

Claves de la historia de Cuenca

Cátedra Abierta de Historia de Cuenca y su Región
Universidad de Cuenca



Claves de la historia
de Cuenca



Claves de la historia de Cuenca

© Cátedra Abierta Editores

Autores: Ana Luz Borrero Vega, Juan Carlos Brito, Catalina Carrasco Aguilar, Manuel Carrasco Vintimilla, Tamar Durán, Ana Paula Jerves, Jacinto Landívar Heredia, Juan Martínez Borrero, María de los Ángeles Martínez, Gerardo Martínez Espinosa, Isabel Matute Crespo, Gabriela Neira Escudero, Ismael Ochoa, Estefanía Palacios Tamayo, Fabricio Quichimbo, Jessica Redrován, Agatha Rodríguez Bustamante, Gabriela Tapia, Juan Pablo Vargas Díaz.

Aval académico: Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación, Universidad de Cuenca, 15 de marzo de 2017

GAD Municipal del cantón Cuenca

Ing. Marcelo Cabrera Palacios

Alcalde de Cuenca

Doctor Francisco Abril Piedra

Director Municipal de Cultura, Educación y Deporte

Universidad de Cuenca

Ing. Pablo Vanegas Peralta, Ph. D.

Rector de la Universidad de Cuenca

Dra. Catalina Soledad León Pesántez, Ph. D.

Vicerrectora de la Universidad de Cuenca

Soc. Humberto Chacón Mgs,

Decano de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación

Dra. Elena Monserrath Jerves Hermida, Ph. D.

Subdecana de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación

Dra. Ana Luz Borrero Vega, Ph. D.

Directora de la Cátedra Abierta de Historia de Cuenca y su Región

Edición de textos: Lcda. Ángeles Martínez Donoso, Dra. Ana Luz Borrero Vega,

Lcda. Agatha Rodríguez Bustamante y Mgs. Marcia Peña Andrade

Corrección histórica de textos: Lcda. Agatha Rodríguez Bustamante

Diseño y diagramación: Punto Aparte

Cuidado de la edición: Mgs. Silvia Ortiz Guerra

Impresión: Editorial Don Bosco - Centro Gráfico Salesiano

Fotografía de portada: Grupo familiar con el doctor Luis Cordero Crespo, colección privada

Primera edición, 500 ejemplares

Derechos de Autor: CUE-003244 **ISBN:** 978-9978-14-369-8

Cuenca - Ecuador

Diciembre, 2017

Claves de la historia de Cuenca

Cátedra Abierta de Historia de Cuenca y su Región
Universidad de Cuenca



ÍNDICE

Prólogo.....	11
Cuenca y su región.....	15
12 000 años de historia.....	17
La Cuencaandina.....	23
El mito de origen de los cañaris: la gran inundación y los que se salvaron.....	25
El culto a las Huacas en la provincia de Tomebamba.....	29
Mitmacuna, una historia de cañaris. Compleja convivencia de tiempos prehispánicos.....	33
Tomebamba. La otra historia... de las fuentes oficiales a las cotidianas.....	37
<i>Qhapaq Ñan</i> el complejo vial andino: una mirada al Tambo de Molleturo.....	42
La encomienda de Rodrigo Núñez de Bonilla.....	47
La fundación de una ciudad soñada.....	51
Para la historia de la alimentación: el pan en el siglo XVI.....	57
Formación y consolidación de la hacienda tradicional, 1557-1820.....	63
La poco conocida descripción del jesuita Mario Cicala hacia la mitad del siglo XVIII.....	72
Violencia en el siglo XVIII: mala fama, una mirada externa.....	82
Luego de empezado el baile venía el desorden: borrachera y fandango.....	86
Las Reformas Borbónicas y su impacto.....	91
Lo que se comía en el siglo XVIII: las frutas.....	95
No tener <i>cristo</i> en qué morir.....	99
Antecedentes históricos del glorioso 3 de Noviembre de 1820.....	103
De los cuencanos y sus visitantes.....	107
El asesinato del cirujano Jean Seniergues, miembro de la Misión Geodésica.....	109
El paso de Alexander von Humboldt.....	115
El banquete de bienvenida al Libertador Simón Bolívar en septiembre de 1822.....	122
La sombra de la poeta Dolores Veintimilla.....	127
La estadía del historiador Federico González Suárez.....	132

Max Uhle. Iniciador de la arqueología científica ecuatoriana.....	139
Simón Bolívar a través de los escritos del poeta Remigio Crespo Toral.....	143
Manuel Antonio Muñoz Borrero, el cónsul cuencano «Justo de las Naciones».....	148
Gabriel y Eduardo Cevallos García en la historia local.....	157

Identities mestizas.....163

Historias del patrimonio cultural azuayo: de las llanuras de Tarqui a las fiestas de Cumbe....	165
Conventos de monjas, otros roles de las mujeres en el siglo XVIII.....	168
La evangelización del Oriente Azuayo en el siglo XIX: bautizo de jíbaros en Cuenca.....	173
Breve historia de la Fiesta de Lira.....	178
Los poetas bohemios y modernistas en los años veinte.....	185
Profesores extranjeros en la Universidad de Cuenca durante la década de 1940.....	189
Teddy King, el <i>Toledo</i> y la gastronomía: los bares judíos.....	193
<i>La Escoba</i> : intelectuales, tertulias y cantinas.....	197
Las fiestas de Corpus Christi, pasado y presente.....	200
Personajes de Navidad: el «Pase del Niño».....	205
El arte en la Catedral de la Inmaculada.....	209
El chazo azuayo: apuntes de una identidad eludida.....	214
Mujeres en la historia.....	219
El chocolate, parte de la tradición culinaria y artesanal.....	223
La cestería en San Joaquín y su relación con la horticultura.....	228
El tejido de la paja toquilla en la comunidad de Maluay, parroquia El Valle.....	232
Las Herrerías, parte de nuestra identidad hoy.....	237

Vida, muerte y curación.....240

El Hospital Betlemita 1747-1822, un cambio en atención a la salud.....	244
La Casa de la Temperancia: sitio de moderación y templanza para los alcohólicos.....	249
Las parteras: aproximación a su historia.....	255
La medicina a principios del siglo XX: Emiliano J. Crespo.....	260
Exportación de zarzaparrilla y condurango desde el sur.....	265
La quina o cascarilla: la olvidada planta nacional del Ecuador.....	269
La explotación de cascarillas o quininas y su auge en los siglos XIX y XX.....	273

Movimientos sociales y crisis.....279

La rebelión de los jóvenes en 1869 en contra de García Moreno.....	281
Todas las clases apoyaron la campaña por la candidatura de Antonio Borrero Cortázar.....	285
La apropiación de cantos vascos en la fuerza de <i>La Voz del Azuay</i> en 1876.....	290
Inicio de la resistencia conservadora-progresista a la Revolución liberal.....	293
Lucha política y alzamiento en armas el 5 de julio de 1896: la muerte del gobernador Luis Malo Valdivieso.....	297
El <i>Club Electoral Azuayo</i> y su apoyo a la candidatura de Emilio Estrada en 1910.....	302
Municipio, obra pública y educación en la época de la Revolución liberal, 1900-1910.....	307
La prensa obrera a principios del siglo XX.....	311
Fiestas por la Patria y la Libertad: celebraciones centenarias del 10 de Agosto de 1809 y 3 de Noviembre de 1820.....	316
El levantamiento indígena de 1920 y la Huelga de la Sal de 1925.....	322
La Gloriosa y sus repercusiones.....	327
Pánico en 1950: el río se lleva todo a su paso.....	330
La Asociación de Joyeros del Azuay, del fútbol a la lucha social.....	333
Lucha ideológica en los años sesenta.....	338
Las mujeres indígenas y su lucha por una educación intercultural bilingüe en las provincias de Azuay y Cañar.....	342
Conflicto limítrofe entre Guayas-Azuay, una mirada pendiente.....	346

Comercio, dinero y progreso.....351

La minería colonial en la jurisdicción del Corregimiento.....	353
Auge y crisis del tejido de sombreros de paja toquilla. El cambio en la economía de Azuay y Cañar entre 1930 y 1950.....	357
Comerciantes judíos: las casas exportadoras de sombreros de paja toquilla entre 1930 y 1950.....	363
Las dificultades de la vialidad azuaya en la primera mitad del siglo XX.....	367
SEDTA: La aerolínea alemana que volaba a la ciudad entre 1939 y 1941.....	371
El tren llegó tarde, los camiones de carga se le adelantaron.....	376
El memorable raid Cuenca-Molleturo-Naranjal de 1969.....	381
La disyuntiva entre encierro e influencia externa a inicios del siglo XX.....	387

Conclusión.....	391
Para saber más.....	393
Autores.....	396

Prólogo

Ana Luz Borrero Vega

El libro *Claves de la historia de Cuenca* nace como resultado de un importante convenio a lo largo de dos años (2014-2016) entre diario *El Telégrafo* y el Programa Académico Universitario Cátedra Abierta de Historia de Cuenca y su Región de la Universidad de Cuenca, que permitió a profesores, investigadores y estudiantes de la Carrera de Historia y Geografía de la Facultad de Filosofía de esta misma universidad, así como a investigadores invitados relacionados con ella, publicar interesantes avances de sus investigaciones y temas del campo de su interés, con la visión y meta de difundir la historia de Cuenca y su región y de las provincias del Sur. Los artículos publicados en este libro surgieron de una selección de aquellos que tenían una relación directa con la historia de Cuenca y que llegaron a un amplio y heterogéneo público.

Este libro se divide temáticamente y no cronológicamente, sus varias secciones corresponden a diferentes momentos de la historia de Cuenca y la región, siguiendo diferentes líneas de investigación que provienen de la historia social y cultural. Invitan al lector, guiado de la mano de cada uno de los autores, a adentrarse en sucesos, procesos y realidades históricas, muchas de ellas inéditas, y otros temas que algunos investigadores nos habían dado a conocer, pero desde otra perspectiva e interpretación.

El libro se abre con una panorámica de Cuenca con el artículo «12 000 años de historia», que muestra la presencia humana en la región desde el mundo precolombino hasta el siglo XXI. Con este artículo inicia la colaboración de Cátedra Abierta de Historia con diario *El Telégrafo*. Directamente esta puerta nos conduce a la Cuenca andina, ciudad asentada en las serranías australes del Ecuador: comienza esta sección con un artículo sobre el mito de origen de los cañaris, los artículos

que le siguen nos dan una mirada al mundo aborigen, una revisión de los cañaris como herederos de una tradición y de un proyecto político del incario que trasladó y, a la vez, trajo pobladores a las distintas circunscripciones territoriales bajo su dominio. Viene la conquista y colonización con la creación de la primera encomienda, la fundación de la ciudad soñada y la consolidación socioeconómica de la misma. La tradicional habilidad de los artesanos de la región habla por sí misma en el artículo sobre los ebanistas y escultores del Azuay, tales como Manuel Jesús de Ayabaca, cuyos cristos y niños Jesús adornaron las iglesias y domicilios de Cuenca. No para aquí el siglo XVIII, el jesuita Mario Cicala describe la ciudad que ya fue recorrida y estudiada por los geodésicos franceses y españoles, quienes muestran dos visiones distintas de Cuenca, la primera amable y la segunda no tan amable, como resultado de la crisis de violencia y muerte del médico de la Misión.

La tercera y cuarta sección tratan sobre «Los cuencanos y sus visitantes», los aspectos de la «identidad mestiza» de Cuenca, y su patrimonio que va desde las mujeres y los conventos al arte religioso, como la evangelización del oriente azuayo, los judíos en Cuenca de mediados del siglo XX, los personajes que han dado fama e identidad a la ciudad: el chazo azuayo, el Pase del Niño, el Corpus Christi, los visitantes ilustres como Humboldt, Simón Bolívar y Max Uhle; los personajes propios y ajenos como el sabio González Suárez y el cónsul Muñoz Borrero, temáticas como las mujeres, la Fiesta de la Lira y otros aportes culturales.

La quinta sección se intitula «Vida, muerte y curación», que va desde la fundación del primer hospital colonial y la profesionalización de la medicina a inicios del siglo XX, pasando por el estudio de las parteras locales hasta la explotación de distintas plantas medicinales como la cascarilla y la zarzaparrilla.

La sexta sección «Movimientos sociales y crisis» trata sobre política, movimientos sociales y la crisis en la región de Cuenca, las luchas y guerras civiles en los siglos XIX y XX, el levantamiento indígena de inicios de la década del veinte

y la Huelga de la Sal en 1925. Algunos autores tratan de desmitificar que en Cuenca existía una sola posición política, la conservadora, hecho muy alejado de la realidad, pues nuestra ciudad es cuna del progresismo; así, se abordan temas como la educación laica y la educación intercultural, la irrupción del pensamiento obrero y el obrerismo vinculados con la artesanía de la paja toquilla.

La séptima y última sección «Comercio, dinero y progreso» considera temas económicos y sociales con una amplia gama de artículos que recogen la memoria social de la región y aspectos de su economía, la importancia de las memorias sociales, la del primer transporte aéreo comercial, la vialidad y la paja toquilla. Un abanico de miradas sobre la historia de nuestra ciudad, de algunas claves de su pasado y su presente, es el aporte que la Cátedra Abierta de Historia de Cuenca y su Región, la Universidad de Cuenca y la Municipalidad de Cuenca a través de su Dirección de Cultura, Educación y Deportes, entregan al público, una escritura de manos múltiples, que nos trae recuerdos, sonoridades, memorias, luchas y personajes.

Capítulo I

Cuenca y su
región



12 000 años de historia

Juan Martínez Borrero

Cuenca, ciudad y región a la vez, esconde tras sus adoquines y gentes una historia rica en tradiciones, esperanzas y sueños, una historia que permite ver hacia el futuro contemplando el pasado.

Del mundo precolombino a los umbrales del siglo XXI

Trazar una línea de tiempo en una región con doce mil años de historia es una tarea ambiciosa y muy difícil. Los párrafos que siguen son un esbozo de algunos de los momentos que vale mirar con más detalle para entender quiénes somos y reconocer la fuerza del tiempo que nos impulsa al futuro.

El mundo precolombino 10 000 a. C. a 1534

Los golpes rítmicos de los martillos de basalto sobre núcleos de cristal de roca se detuvieron ante el sonido de los pingullos. Los sordos balidos de las llamas se apagaron ante el estruendo de la fiesta y la excitación de todo el grupo; más tarde, luego de un festín de carne y peces, las cabezas de los animales sacrificados serán depositadas en un pozo con carbones encendidos para que la tierra también coma. Al día siguiente las recuas, lentas por la carga de cuentas y mullos labrados, caminan hacia donde se pone el sol mientras hombres y mujeres las dirigen por las montañas, apoyados en la dirección del viento, el curso de los ríos y el aroma de las plantas. Las investigaciones arqueológicas nos permiten imaginar este relato y acercarnos a la vida de los pueblos que habitaron este valle siglos antes de la llegada, desde el sur, de los incas.

Mil años más tarde el recuerdo está todavía presente en Huayna Cápac cuando se asoma a la llanura grande como el cielo, cursada por estruendosos ríos y sembrada de chacras de maíz, quinua y ataco, entre los árboles de pacay, lucma y chirimoya. Estos momentos marcan casi el principio y el final de la historia cañari en este valle en el que un poco más tarde

se fundará la ciudad de Cuenca. Atahualpa será el encargado de quemar el sueño en venganza por lo que considera una traición, más tarde en Cajamarca él mismo tomará el nombre de Francisco para evitar el fuego.

El mundo colonial 1534 a 1820

La fundación de Cuenca, el 12 de abril de 1557, provocó que vertiginosamente las cosas cambien, se sustituye lo poco que queda de la lengua cantarina de los cañaris (algunos dicen que está su recuerdo en el cuencano actual) por el sonoro quichua y el seco hablar castellano. Francisco de San Miguel, nombrado por el Cabildo como alarife mayor, traza el damero en el que los vecinos se apropiarán de solares para la construcción de pequeñas casas de barro y paja y alguna pobre iglesia, que los indios de los alrededores levantan, mientras los vecinos reúnen unos pocos caudales para explotar minas que les traicionan, y que décadas después serán el lugar de las ánimas, el Albarradón. La ilusión minera persistirá hasta hoy.

Siempre junto a la tierra, los cuencanos, que son criollos, indios, mestizos y unos pocos negros y mulatos, todos casi pobres, descubren la riqueza del cultivo, siembran trigo y caña dulce, frutales y hortalizas junto a las plantas de la tierra y crían ganado y cerdos a la par que cuyes y conejos. Las mujeres hacen pan que se sirve con espumoso chocolate que viene de Molleturo, preparan cajas de dulces, anudan alfombras y tejen tocuyos, mientras los hombres organizan largos viajes hasta Piura, Cajamarca y Lima con miles de cabezas de ganado y grandes piaras; en atrevidos y peligrosos viajes atraviesan el camino de la Sierra y retornan con unos pocos artículos exóticos, entre ellos vino y aceite de oliva, seda y brocado y muebles chinescos llegados al Callao desde Filipinas por vía de Acapulco.

Las casas siguen míseras y pequeñas, se arriman a la plaza y el dinero no fluye como se querría, apenas si los jesuitas han construido su iglesia al oeste de la plaza mayor, vecina de

la calle de Santa Ana, y han levantado muros de piedra y las únicas cúpulas de su tiempo, pero esta es abandonada cuando son expulsados de los territorios españoles hasta volverse una ruina. En este improbable escenario, y ya hacia el siglo XVIII, aparecen actores franceses que trastocan la vida de una sociedad aficionada al juego y a los toros, cuyos hombres pasan la tarde entre el billar y los naipes, mientras ejercitan espada y cuchillo, también presentes en el cinto de las muchachas díscolas.

Las torres de la iglesia mayor sirven de referencia para el arco del meridiano, y las llanuras y montes de Tarqui, en donde se yergue el monte Franceshurco, para jolgorio de los indios que visten pelucas y se pintan la nariz de colorado ante el azoramiento y la ira de los gabachos. Y entonces la tragedia se dispara, el seductor franchute Seniergues, cirujano de la Misión Geodésica, muere luego de una agonía de días, rodeado de cirios de la tierra y de velas de cera legando sus escasos bienes a los pobres. El albacea Carlos María de La Condamine, no descansará en su afán de que el populacho asesino que actuó en la improvisada plaza de toros de San Sebastián, sea castigado y que Diego de León, a quien se acusa de instigarlo, reciba la pena que merece... nadie piensa ya en Manuela Quesada, la *Cusinga*, amante doblemente abandonada, sin embargo, la «Carta a una señora en París» colocará a Cuenca en un imaginario infame que tardará años en disiparse.

Luego vienen los cambios acelerados, la presencia del gobernador Vallejo y del obispo Carrión y Marfil marca el final del pacto colonial que ha sido tan largamente acuñado, y en el suelo yace el cadáver hermoso del espadachín Zabala, entre gritos de «que mueran los chapetones». Tal vez Joaquín Antonio Calderón, precursor de la independencia de Cuenca, cuando era aún niño, se asomó entre las piernas de la muchedumbre para mirar al odioso gobernador y la escena contemplada le llevó a apoyar el lema «Cuencanos a morir, o a vivir sin rey» antes de ser capturado por las fuerzas realistas ya a inicios del siglo XIX. Las paredes de los comedores de los monasterios

de las Conceptas y del Carmen, lugares ocultos a la vista de la mayoría, reflejan la vida local multicolor y quedan como testimonio único en el país sobre los anhelos y expectativas de una sociedad que se ha transformado.

La república 1820 a 2000

Una rápida respuesta española y los errores tácticos impiden que Cuenca se sume al movimiento quiteño del 10 de agosto de 1809 y habrá que esperar a la paulatina victoria de Bolívar para que en 1820 se declare, mediante un cabildo ampliado, la independencia y se proclame la «República de Cuenca» cuyas aspiraciones se plasman en una constitución inédita. En 1829 La Mar es derrotado en Tarqui, lo que trastoca los planes de la población y poco después se inaugura el Ecuador asumiendo Cuenca un papel comprometido y, a veces, protagónico, pese a los afanes permanentes de minimizar sus capacidades. Hombres y mujeres se empeñan en reconstruir una sociedad quebrada por la guerra y la sobre explotación armada, Solano discute con las autoridades de la iglesia al entender que el hombre no es libre... polemiza e investiga.

El sombrero se vuelve una tarea diaria y común en las manos de tejedoras que se multiplican. Los bosques de cascarilla son un tesoro que se explota sin misericordia, hasta acabar con ellos para beneficio de colonialistas distantes que se han apropiado de la India. A partir de este trabajo de miles empiezan las primeras fortunas de unos cuantos, modestas en casi todos los casos, mayores en unos pocos, y la ciudad cambiará con enorme rapidez. Cada calle, cada esquina son escenarios en donde se levantan enormes andamios y se vive un febril momento constructivo que dejará algunas joyas y un estilo reconocible. Sigue Cuenca, sin embargo, como una ciudad de tierra, de adobe, bajareque y teja, solo más tarde dominarán el ladrillo y el cemento de la mano del ambicioso proyecto de la catedral nueva.

La Revolución liberal se enfrenta a los poderes locales en una cruenta guerra, la imposición de la fuerza muestra la incapacidad de negociar de ambas partes y una nueva tragedia marca a mucha gente. Esto no es un obstáculo para que el pensamiento de Peralta defina la ideología de los triunfadores. Mientas que grupos de indígenas portadores traerán, para el capricho de las élites locales desde el puerto de Guayaquil, los símbolos del nuevo poder económico y de una naciente, añorada, modernidad; la ropa a la moda de París se acomoda en los intersticios que dejan los automóviles, los pianos, los muebles de Viena en su lenta marcha desde Naranjal hasta las calles empedradas de Cuenca. También llegarán las turbinas para la primera planta eléctrica y las tuberías para la de agua potable. Cuenca es la primera ciudad con iluminación pública y una de las primeras con teléfonos, aunque estos nuevos tiempos chocan de frente con la revolución indígena de la sal que pone sitio a la ciudad en 1925 y recuerda a todos que subsiste otro tiempo y otras condiciones en el campo al que se mira, a veces, con romántica condescendencia. Otro francés se enamora de una cuencana, pero esta vez el prestigioso Paul Rivet huye a tiempo, con ella, recordando lo que pasó un siglo y medio antes.

La bohemia cuencana atraviesa como un cometa la vida local, fotógrafos, dibujantes, poetas, que construyen un mundo propio que pretende ser moderno y que, como pasó en otros lugares, termina casi siempre en tragedia y en olvido. Llegan entonces las guerras a Cuenca, la una de mano de la invasión peruana que trae aparejada la presencia de refugiados de Loja y El Oro, la otra guerra distante permite que por las calles de adoquín se escuchen extraños dialectos germánicos de los judíos, y los portales del parque sean escenario de salones como el *Varsovia* y el *Húngaro*, mientras el *Toledo*, un poco más distante del parque, se convierte en la sensación de la ciudad, improbables hijos de la guerra europea en los Andes.

Parece que nunca llega el tren soñado, siempre en construcción, y la historia se acelera ante el crecimiento de una ciudad en plena crisis económica que impulsa a los primeros emigrantes fuera de las fronteras. El carácter, sin embargo, se mantiene y ser cuencano significa algo en especial, aunque no siempre se sepa qué es. Las artesanías retroceden ante el mercado y los cambios culturales; se pierden en el campo para siempre las huellas de la «Mama Huaca» y se abandonan los pendones, las arpas y violines, los redoblantes y los pingullos, ante la emigración, ahora masiva, también de las mujeres.

En 1999, al borde del siglo XX, y, casi sin quererlo, el centro histórico de Cuenca es reconocido como patrimonio mundial, aunque un par de años antes ha sido el atleta Jefferson Pérez el que ha mostrado al mundo de qué madera están hechos los cuencanos. Nuestras calles esconden cosas que queremos compartir...

Capítulo II

La Cuenca

andina



El mito de origen de los cañaris: la gran inundación y los que se salvaron

Juan Martínez Borrero

El mito de origen de los cañaris es una reelaboración inca sobre una base local. Al estudiar sus mitos de origen es evidente que no contamos sino con una somera información, aunque fascinante, sobre el tema.

En este breve recuento nos referiremos a un tema bastante conocido en la historia local, pero, lastimosamente, casi nunca a partir de la muy interesante versión original. Por eso, y a riesgo de alargarnos, transcribimos el texto del mito sobre el origen de los cañaris del cronista cusqueño Cristóbal de Molina:

En la provincia de Quito está una provincia llamada Cañaribamba, y así llaman los indios Cañares por el apellido de la provincia, los cuales dicen que al tiempo del diluvio, en un cerro muy alto llamado Huacayñán que está en aquella provincia, escaparon dos hermanos en él, y dicen en la fábula que cómo iban las aguas creciendo, iba el cerro creciendo, de manera que no lo pudieron empezar las aguas, y que allí después de acabado el diluvio y acabándoseles la comida que allí recogieron, salieron por los cerros y valles a buscar de comer y que hicieron una muy pequeñita casa en que se metieron, a do se sustentaban de raíces y yerbas pasando grandes trabajos y hambre, y que un día, habiendo ido a buscar de comer, cuando a su casilla volvieron, hallaron hecho de comer y para beber chicha, sin saber de dónde ni quién lo hubiese hecho ni allí traído; y que esto les acaeció como diez días, el cavo de los cuales trataron entre sí querer ver y saber quién les hacía tanto bien en tiempo de tanta necesidad; y así el mayor de ellos acordó quedarse escondido y vio que venían dos aves que llaman aguaque, por otro nombre llaman torito, y en nuestra lengua las llamamos guacamayos. Venían vestidas como Cañares y cabellos en las cabezas, atada la frente como ahora andan; y que llegadas a la choza la mayor de ellas vio el indio escondido, y que se quitó la lliclla que es el manto de que usan, y que empezó a hacer de comer de lo que traían, y que como vio que eran tan hermosas y que tenían rostro de mujeres salió del escondrijo y arremetió a ellas; las cuales como al indio vieron con gran enojo se salieron y se fueron volando, sin hacer ni dejar este día que comiesen. Y venido que fue el hermano menor del campo que avía ido a buscar que comer, como no hallase

cosa aderezada como los demás días solían hallar, pregunta la causa de ello a su hermano, el cual se la dijo; y sobre ello vieron gran enojo; y así el hermano menor se determinó a quedarse escondido para ver si volvían. Y al cabo de tres días volvieron dos guacamayas y empezaron a hacer de comer y que como viese tiempo oportuno para cogerlas, entró al tiempo que vio que ya avían hecho de comer; arremetió a la puerta y la cerró y las cogió dentro, las cuales mostraron gran enojo y así asíó de la menor, porque la mayor, mientras tenía a la menor, se fue. Y con esta menor, dicen tuvo acceso y cópula carnal; en la cual en discurso de tiempo, tuvo seis hijos y hijas con los cuales vivió en aquel cerro mucho tiempo, sustentándose de las semillas que sembraron, que dicen trajo la guacamaya; y que de estos hermanos y hermanas, hijos de esta guacamaya que se repartieron por la provincia de Cañaribamba, dicen proceden todos los Cañares; y así tienen por huaca el cerro llamado Huacayñán y en gran veneración a las Guacamayas; y tienen en mucho las plumas de ellas para sus fiestas.

Otras versiones son las de Bernabé Cobo, casi idéntica a la de Molina y la de Sarmiento de Gamboa. Los elementos básicos en estas tres versiones de los mitos son el concepto de diluvio, la importancia de un cerro cuya cima no puede ser cubierta por las aguas, la supervivencia de dos hermanos y la sobrenatural aparición de dos mujeres que terminan desposándose con los supervivientes para procrear la raza cañari. Las disparidades en las versiones se refieren a la identidad de las mujeres, a la suerte que corre uno de los hermanos y al nombre de los protagonistas.

En la versión de Sarmiento de Gamboa las mujeres poseen un origen sobrenatural (huaca) porque ellas no han sido afectadas por el diluvio que ha matado a toda la gente en una extensa zona (se destaca el concepto de creación u origen por sobre una población previamente existente). Los hermanos reciben los nombres de Cusicayo y Ataorupagui y uno de ellos se convierte en culebra al penetrar en una laguna, lo que vincula este mito con la *Relación* de Pedrarias Dávila sobre la existencia de una laguna llamada Leoquina, que según él significa culebra en laguna o Pacaibamba, sitio o lugar de ocultación, escondite, con lo que esta se convierte en huaca, sitio sagrado vinculado con el origen de los cañaris o pacarina.

Se han hecho muchas referencias a posibles sitios en los que los hermanos se salvaron del diluvio y en los que uno de ellos se habría hundido en la laguna. Podemos aceptar una multiplicidad de localizaciones dadas las características del mito andino. Sin embargo, hay factores que señalan que el sitio considerado como huaca, por asociárselo con el sobrenatural salvamiento, podría ser el Cojitambo aunque es más aceptada su asociación con el cerro Fasayñán.

Las referencias a este sitio que encontramos en los autores consultados coinciden en que se trataba de un lugar de enorme importancia (véase por ejemplo el texto de la *Relación de Azogues*); las tradición oral contemporánea continúa considerándolo como un sitio de carácter sobrenatural unido con el Huahual Shumi a través de un «túnel» subterráneo y por lo tanto asociado con Paccha, o la «fuente» en un intento por explicar el origen del agua en el área de Cuenca. Los hitos del señorío cañari conquistado por los incas se encontrarían entonces en el Cojitambo y en Leoquina o Ataucocha, lo que demuestra de manera clara el empleo de los mitos para racionalizar la ocupación del espacio y definir sus límites y características. Un extremo está definido por una montaña y el otro por una laguna (que en la concepción mítica andina, permanente en los mitos, sería el mar o el Titicaca). Si trazamos una línea entre estos dos puntos se atraviesa Tomebamba.

El tema de los cacicazgos puede estar directamente vinculado con el de la ocupación del espacio. Si bien no puede atribuirse una «racionalidad» mayor a la organización política, parecería evidente que los eventos rituales corresponden a una ideología determinada y se centrarían en un punto geográfico manejando un tema central desde la perspectiva ritual.

Tomebamba descrita por los cronistas de Indias

Pedro Sarmiento de Gamboa, Bernabé Cobo, Cristóbal de Albornoz, entre otros, tratan brevemente del área cañari.

Los textos que se encuentran en las *Relaciones Geográficas* de 1582 son de valor dispar y presentan un cuadro ya modificado por dos acontecimientos traumáticos, la guerra civil entre Huáscar y Atahualpa que tuvo como unos de sus principales escenarios precisamente a Tomebamba y el área cañari y la conquista y colonia españolas con instituciones económicas como la mita y la encomienda, a más del reparto de tierras en toda la zona a partir de una época

que antecede a la fundación de Cuenca. Estos hechos impiden observar a esos grupos, posibles señoríos complejos o aún Estados incipientes, en funcionamiento, por lo que es necesario manejar la información con mucho cuidado y comparándola con la disponible en varias fuentes. Los mitos de origen ocupan un importante lugar en la visión histórica de los pueblos indígenas. En estos mitos pueden multiplicarse los elementos explicativos hasta lograrse una compleja visión de la realidad.

El culto a las Huacas en la provincia de Tomebamba

Juan Martínez Borrero

Las creencias andinas contemporáneas tienen una profunda raíz en los rituales celebrados por los incas hace siglos, por ejemplo en septiembre se sacrificaba a las huacas para que caiga agua del cielo.

Varios cronistas de Indias reseñan las principales fiestas del área andina y casi todos ellos coinciden en destacar la existencia de fiestas de importancia diversa. Entre ellas se encontraban fiestas familiares o comunitarias restringidas, como las asociadas a determinados ritos de paso o a la marca de los animales de los rebaños entre los pastores. Excepcionales referencias a los ritos y ceremonias encontramos en la obra de Cristóbal de Molina, el cusqueño, en su *Relación de las fábulas y ritos de los ingas...* (1560-1580?), que es considerada como una de las obras fundamentales para la comprensión de la religión precolombina y su universo simbólico y en *La nueva crónica y buen gobierno* (1615) de Felipe Huamán Poma de Ayala en que nos acercamos a la visión desde adentro que el indio cronista presenta sobre los Andes.

La Citua o Coyaraimi, gran fiesta de purificación en agosto

Los rituales de la *citua* o Coyaraimi, durante agosto, son descritos ya en 1560 con gran detalle por Molina. La *citua* es uno de los más complejos rituales del calendario litúrgico inca. Esta fiesta se caracterizaba por la purificación destinada a superar las enfermedades que podrían presentarse con las primeras lluvias y se iniciaba con la llegada al Cusco de «las figuras de las huacas de toda la tierra de Quito a Chile, las cuales ponían en sus casas que en Cusco tenían para el efecto (...)». Para que la fiesta se realice debían salir del perímetro de la ciudad todos los forasteros y:

todos los que tenían las orejas quebradas, y (...) todos los corcovados y que tenían alguna lesión y defeto en sus personas, diciendo que no se hallasen en aquellas fiestas porque por sus culpas heran así hechos, y que hombres desdichados no era justo que se hallasen allí porque no estorvasen con su desdicha alguna buena dicha; hechaban también los perros del pueblo porque no aullasen.

Cien indios aderezados como para ir a la guerra corrían en dirección a cada uno de los cuatro suyus, entregando las voces «Salga el mal afuera» a mitimaes que a su vez trasladaban las voces a otros mitimaes hasta llegar a ríos caudalosos en donde se bañaban estos y sus armas, al mismo tiempo salían todas las gentes a las puertas «dando boces, sacudiendo las mantas y llicllas diciendo: Vaya el mal fuera», según nos refiere Molina. Posteriormente, el inca y todos los demás iban hasta las fuentes y los ríos a lavarse y al retornar a sus casas comían del «çanco», una mazamorra espesa de maíz, ellos y los difuntos y los pobres absteniéndose de actos de violencia. Esta mazamorra servía para *calentar* a los difuntos y para ofrecerse a las huacas. Posteriormente se conducían a la plaza los cuerpos de los difuntos y las imágenes de las huacas a las que mochaban (o adoraban) todas las gentes ricamente vestidas y aderezadas.

El sacrificio de los carneros

Al día siguiente se repetía la adoración, pero se conducía a la plaza multitud de carneros blancos sin defecto alguno, de los cuales escogía el sacerdote cuatro para sacrificarlos echando su sangre en el «çanco», al que entonces se denominaba «yahuarçanco», todas las personas, adultos y niños, hombres y mujeres, sanos y enfermos, comían una porción de este «yahuarçanco». El sacerdote hinchaba los bofes de los animales muertos para de esta manera conocer si las cosas serían prósperas aquel año. Se sacrificaba una parte de los animales para que la gente pudiese comer y al día siguiente se permitía la entrada de todos los súbditos que habían venido de los suyus con sus huacas a los que se ofrecía también el

«yahuarçanco» y la comida. Luego retornaban las gentes que habían sido arrojadas fuera por sus defectos y participaban también en las ceremonias. Como rito imperial este de la *citua* tenía un carácter inicialmente excluyente para luego ampliar la participación a grupos marginales como los súbditos no incas y los *desdichados*.

Dar muerte a posibles espíritus negativos

No conocemos si existían versiones de este rito a nivel local como se ha señalado, por ejemplo, para los rituales de «armar caballeros», pero dada la estructura rígidamente centralizada del Tahuantinsuyu, que implicaba la réplica de los ritos por las autoridades locales, podríamos suponer que, efectivamente, la delegación del poder del inca, que alcanza su máxima expresión en la «Capacocha», posibilita a los grupos locales realizar también esta ceremonia de carácter profiláctico.

Suponemos que eventos como el de «cortar la plaza», dando muerte ritualmente a posibles espíritus negativos, podría ser una reminiscencia contemporánea de la *citua* en las fiestas religiosas actuales. El motivo por el que se conserva un rasgo de este tipo, así como otros que podríamos suponer semejantes, puede ser aclarado desde una doble perspectiva, la primera involucra el carácter básicamente conservador de la fiesta religiosa y la utilización de símbolos locales para la difusión de la religión católica. Por otro lado, la creencia en la fragilidad de la vida, amenazada por fuerzas externas, que pueden, sin embargo, ser conjuradas con actos rituales que replican actos efectivos, es una poderosa razón para que se proceda a *limpiar* los espacios en los que se efectúan rituales, es decir a *purificarlos* ante el peligro de la contaminación.

Huamán Poma, más escueto, se refiere a la gran fiesta de la luna, señora del sol. La fiesta la hacen las mujeres principales o del pueblo y convidan a ella a los hombres. Los hombres arrojan con sus hondas a las enfermedades fuera de los pueblos. En septiembre, rogativas a las Huacas para que llueva durante el mes de septiembre, señala Molina que

se realizaban ceremonias del «Guarachico» en áreas cercanas al Cusco. Poma de Ayala menciona que se sacrificaban a las huacas principales para que enviasen agua del cielo, 100 carneros blancos y se ataba a los carneros negros sin comida «para que ayudasen a llorar», se maltrataba a los perros mientras que hombres, mujeres y niños, ancianos y tullidos, cada uno por su parte lloraban. Se realizaban procesiones de cerro en cerro pidiendo a grandes voces agua al creador del hombre (*Runa Camac*).

Toda esta compleja interpretación de la realidad permitió al hombre andino enfrentarse con gran creatividad a difíciles condiciones de supervivencia a través de ritos y ceremonias que tendían a la conformación de sociedades profundamente integradas al territorio y al cosmos. La antigua provincia de Tomebamba fue también escenario de estas creencias, algunas que perviven profundamente transformadas y marginales en rituales contemporáneos.

Mitmacuna, una historia de cañaris. Compleja convivencia de tiempos prehispánicos

Gerardo Martínez Espinosa

El sistema de conquista incásica que consistía en desarraigar y aculturizar a los pueblos sometidos fue aplicado a los cañaris en nuestra región.

Gregorio Zhaum, indio cañari, a quien conocí hace muchos años, no solo era cañarejo, era cañari de los Hatun Cañar. Bien proporcionado, con el torso ancho de las razas que moran en los Andes, la trenza de pelo grueso que llegaba hasta media espalda, vivía en la comunidad de Sígsig-huayco y trabaja como mayoral en la cercana hacienda de Coyoctor, junto al río Silante que baja por Ingapirca. Decía que otros vecinos de la misma comunidad con apellidos comunes como Cuganchi y Telenema eran mitayos, realmente mitayos, descendientes de gente afuereña cuyos antepasados vinieron a trabajar hace un tiempo difícil de medir.

Los Zhau, tienen en su apellido el fonema zh, típicamente cañari como tantos otros en Azuay y Cañar: Zhapán, Zhañay, Zhicay, Zhindón; o como los toponímicos Zhiña, Zhud, Zhuir, Carzhau. Los otros, Cuganchi, Telenela y demás ¿eran los mitayos, indios del Tahuantinsuyu que se ocupaban en el trabajo del Estado? ¿Eran parte de la mita que sacaba un determinado número de habitantes de una comunidad para emplearlos en trabajos públicos?

Hay por supuesto, una relación del mitayo con la institución de la mitmacuna que los incas usaron para equilibrar y «estandarizar» su imperio, llevando agricultores y artesanos a donde hacían falta, reforzando con soldados los puntos débiles u hostiles dentro del Tahuantinsuyu o enseñando el runa-shimi, la lengua del Cusco a los más periféricos. Los magníficos caminos *inga-ñam*, facilitaban el traslado masivo de mitimaes como los llamaron los españoles, con toda su familia, sus herramientas, sus armas, semillas y animales. A los cañaris les

correspondió una de las mayores cuotas de esta mita. A buena distancia aparecen después los chachapoyas, tribu del noreste serrano de Cajamarca.

Todo empezó cuando en Dumapara los cañaris, sin poder resistir su fuerza, debieron aceptar las condiciones de Túpac Yupanqui. Esperaban iniciar así desde ese momento una vida común centrada en Guapondelig, Surampalte como lo llamaban algunos cronistas. Huayna Cápac la terminó de construir y embellecer. A su vez, conscientes del destino imperial del Tahuantinsuyu los grandes consejeros del Cusco habían tomado otra decisión y optaron por crear un segundo centro administrativo y religioso en el extenso Chinchaysuyu.

Túpac Yupanqui levantó entonces la ciudad imperial de Tumi-pampa, la alabada Tomebamba de los cronistas. Gobernantes con objetivos claros, fundaron esta ciudad, para hacerla capital septentrional del Imperio, más necesaria porque ya planeaban la conquista de Quito y toda la tierra que hacia el norte se extendía. Los cañaris en cambios, tuvieron a Tomebamba como ciudad propia, nacida de Guapondelig y la creyeron suya.

Debía ser pequeña, pero decisiva la presencia de los cusqueños en Tomebamba mientras los cañaris constituían el grueso de la población que provenía del «llano grande como el cielo». No podemos afirmar cuántos habitantes tenía, pero los cronistas la clasificaron como una gran ciudad. Si tomamos, aún con reservas, la cifra histórica de los sesenta mil cañaris de Tomebamba, hombres y niños, que Atahualpa ordenó matar cuando la destrozó en la guerra contra Huáscar; si también sumamos los sobrevivientes, en su mayoría mujeres, y agregamos los mitimaes, desperdigados en el imperio, nos aproximaremos a su real tamaño y explicaremos, además, por qué en 1547 Cieza de León encontró que las mujeres excedían a los hombres en un número de quince a uno.

La vida en común resultó un proyecto ilusorio para los cañaris pues la política imperial iba por otro mundo. Sin mayores alardes y a socapa de privilegios, Túpac Yupanqui y luego el mismo Huayna Cápac emprendieron un profundo

quebrantamiento de la nación cañari con el traslado de grandes grupos de habitantes de Tomebamba a las distintas partes del Perú y especialmente del Cusco. Los incas confiaron su guardia personal a guerreros cañaris, tal era su buena fama. En el Cusco vivían en un barrio determinado y ninguno de ellos en condición de yanacona, el siervo ganado en las conquistas. Al contrario, las referencias posteriores hablan de los cañaris como guerreros valerosos –y en una trasposición de ánimo muy interesante– totalmente leales al Sapa Inca que los empleaba en tareas duras y peligrosas.

Como cada extranjero debía identificarse por su tocado y atavío, los cañaris enrollaban su pelo alrededor de su cabeza y lo sujetaba con un aro de madera o calabaza –mate– que les valió el apodo de *mate-uma*. Formaban parte habitual del colorido paisaje urbano del Cusco a decir de los cronistas. Además de los guerreros, dentro de su política de la mitmacuna, los incas llevaron al Cusco a los principales señores de los pueblos sometidos como rehenes en garantía de lealtad. A los señores o a sus jóvenes hijos varones.

Los jóvenes integraban un plan proyectado al futuro; debían absorber la cultura inca, «aculturarse», para compartir valores políticos, religiosos e históricos y aprender el ejercicio del mando que practicaban después al modo incásico, pero de manera sumisa, cuando regresasen a sus pueblos. Recibían la misma educación de los nobles del Cusco en su adoctrinamiento de gobernantes y en su formación de guerreros. El Sapa Inca en persona perforaba las orejas de los jóvenes que superaban las duras prácticas del adiestramiento final con simulacros reales de la guerra a la que pronto servirían. Se les reconocía entonces como «Orejones».

Hacia 1528 se desató el más grande cataclismo en Tomebamba. Atahualpa marchaba hacia el Cusco en pos del Imperio huérfano desde la muerte de Huayna Cápac. Derrotado por los cañaris en el primero momento y prisionero en Tomebamba según dicen algunos cronistas, fugó con la habilidad de un Amaru, de una serpiente, y regresó para volcar toda su rabia sobre la ciudad hasta no dejar rastro de

nada ni siquiera de las *acla-huasi*, la casa de las escogidas que congregaba a las jóvenes cañaris más lindas para su aprendizaje. En las ruinas de Tomebamba los caminos del *inga-ñan* volvieron a ser caminos de llanto, los *huaycay-ñam* de los comienzos cañaris. En las ruinas nació la venganza, dulce y fragante como el aroma del quantug del floripondio, que termina por embriagar. Concluyó el pacto de Dumapara y comenzó la guerra. Se apagó la alegría y brotó un odio oscuro en todos los cañaris.

La medalla tenía un oscuro reverso: la mitmacuna expulsaba también de las tierras conquistadas por los Incas, a los naturales del lugar y los trasladaba a la parte central del Imperio. Los extrañaba de la tierra con toda su gente cuando no eran confiables por sus afanes de ser libres, su carácter guerrero o su fuerte personalidad. Centenares de miles de súbitos del Tahuantinsuyu, tal vez millones, fueron víctimas de esta política y se calcula que en alguna comarcas, una tercera parte de sus habitantes sufrieron esta reubicación forzosa. En el caso de los cañaris esta fue la táctica usada, y de ahí que sea extensa y compleja su historia.

Tomebamba. La otra historia... de las fuentes oficiales a las cotidianas

Manuel Carrasco Vintimilla

En el caso de la historia de la ciudad incásica hay versiones que podrían profundizarse, parece ser que no todo está dicho, aún.

Los historiadores, en el arte de escribir Historia, tienen como base las fuentes, las mismas que pueden ser de diversa naturaleza: la tradición oral, fuentes monumentales, fotográficas, en fin; a la postre, las fuentes escritas terminan por ser las que mayor confianza inspiran y, en consecuencia, las más utilizadas. Suelen ser clasificadas en primarias o documentales y en secundarias o bibliográficas, ambas sujetas a un riguroso proceso de evaluación, contrastación y otros procesos a fin de confirmar su validez, que en último término, conformarán el corpus histórico consagrado en lo que hemos denominado la «historia oficial», sin embargo, a veces nos salta por ahí una, permítasenos el término, «sorpresiva liebre historiográfica», fundamentada en la lectura e interpretación de otras fuentes, que desequilibra y tambalea el añoso corpus de nuestros supuestos bien cimentados conocimientos, precipitándonos al abismo de la «cochina duda» y acaso a la constitución de «otra historia».

Algo de esto ronda desde hace algún tiempo por nuestras inquietudes historiográficas en torno a ciertos tópicos de nuestra historia regional, relacionados con la ubicación de la urbe prehispánica, sus denominaciones, el o los nombres de sus primeros pobladores. Juan Cordero Íñiguez en *Historia de la Región Austral del Ecuador desde su poblamiento hasta el siglo XVI* (2007) realizó una acertada síntesis e interpretación de todo o casi todo lo que se ha escrito sobre Cuenca y la Región Austral. Por cierto, la obra abarca tres volúmenes. En la segunda parte, bajo el subtítulo «Conquista del Chinchaysuyu» enfoca el avance de los incas al norte de Sudamérica y concretamente sobre la Región Austral del actual Ecuador; en la

parte pertinente escribe: «Casi todos los cronistas, informantes e historiadores coinciden en que fue Túpac Yupanqui quien fundó la ciudad de Tomebamba en el antiguo sitio donde estaba ubicada Guapondelig o Guap Ton Telé [según el padre Miguel T. Durán] Los dos nombres significan lo mismo: llano grande o espacioso como el cielo».

Dicha síntesis sobre la fundación de Tomebamba es la versión generalmente aceptada por quienes han estudiado la historia de este período de nuestro pasado nacional y comarcano, es decir, lo que podría denominarse la «historia oficial» de nuestra región. Sin embargo, en 1993, en uno de nuestros viajes al norte del Perú, en compañía de los estudiantes de la Carrera de Historia y Geografía, adquirimos la *Historia del Tahuantinsuyu* de María Rostworowski de Diez Canseco, una de las historiadoras de mayor autoridad y prestigio del vecino país, quien en la indicada obra y bajo el subtítulo de «Otras conquistas de Túpac Yupanqui» enfoca el hecho de la conquista del Chinchaysuyu de la siguiente manera:

Después de lograr una victoria sobre estas etnias –cañaris y quitus– descansó Tupac en Quito y ordenó poblar la región con numerosos mitmaq, es decir de gente traspuesta de otras regiones, para que edificaran una ciudad. Antes de partir dejó como gobernador a un anciano Orejón llamado Chalco Mayta, con licencia de ser llevado en andas y la obligación de enviarle cada luna un mensajero con noticias sobre Quito (...) Posteriormente, el Inca pasó a un lugar llamado Surampalli donde ordenó se edificaran unas estructuras que se denominaron posteriormente Tumipampa, nombre de una de las panacas reales.

En la misma obra, bajo el subtítulo de «Conquistas de Huayna Capac», nos relata lo siguiente:

Para Cieza de León, después de lograr la paz en Chachapoyas, Huayna Cápac continuó hacia el norte e hizo una entrada a la selva contra los bracamoros pero por ser un lugar inhóspito poblado de gente bárbara decidió retirarse. Mientras tanto, Huayna Cápac llegó a Surampalli, en tierra cañar, donde se holgó en extremo; es posible que durante esta estadía ordenase el cambio de nombre al lugar de su nacimiento, dándole el nombre de su panaca: TUMIPAMPA.

De lo expuesto hasta ahora se desprenden dos retos investigativos: una relectura rigurosa de la obra de Cieza de León, especialmente de la segunda parte, fuente de la historiadora Rostworowski y de otros cronistas que puedan decirnos más en sus obras del ignoto Surampalli; y una profundización en el tema de las panacas reales incásicas y su relación con la etimología de Tomebamba.

Surampalli debía estar asentado en tierras cañaris, pueblo que según Torres Fernández de Córdova se denominaba a sí mismo como *SITUMA* y citando al cronista Alonso Castro de Lovaina lo describe así: «reino pre incásico que habitó en las provincias de Azuay y Cañar y parte de las provincias de Loja, Guayas, EL Oro y Morona Santiago. A esta nación se dio por llamar Kañari, voz que es claramente kichua, no así *Situma*, nombre con el que los habitantes de esta comarca lo conocían antes de la invasión inka».

No obstante, Encalada Vásquez piensa que «*situma* parece claramente una composición quichua, donde es visible el elemento *uma*, que significa cabeza», y que se trata de una antroponimia de origen no hispánico. Cordero Íñiguez, en su obra *Tiempos indígenas o los sigsales* incorpora el término *situma* «con el que pudo haberse llamado a los cañaris antes de esta denominación dada por los incas, según la autorizada opinión de Glauco Torres (...)». Al respecto, Burgos Guevara dice «Pero es un hecho irrefutable que se está cuestionando el origen de la identidad <cañari> pre-incásica desde sus orígenes».

Siguiendo la opinión de una autoridad en la materia, la del padre Máximo Glauco Torres Fernández de Córdova, una eminencia americana en lingüística kichwa, podemos constatar que desde el nombre «cañari» está siendo discutido pues a pesar de que todos los cronistas afirman la existencia de un pueblo «cañari», él presenta la excepción a la regla, mostrando al cronista Alonso Castro de Lovaina, quien en 1582, y refiriéndose a los cañaris habría escrito una crónica sobre ellos, bajo el título de «Gobierno de los *situmas* antes de los señores

yngas comenzasen a reinar y trata quienes fueron y mandaron en aqueste valle» citado por Hirschkind en 1995.

Los especialistas se quedarían perplejos –y mucho más la sociedad– si es que el gentilicio *situma* pudiera ser confirmado como el apelativo originario de los cañaris pre-incas. Por un cambio fonético de la «t» en «d», dice el lingüista, obtendríamos «duma» en vez de «tuma», y así podríamos comprender el origen del clásico linaje cañari Duma –un cacique del Sígsig, testigo de la fundación española de Tomebamba–, al igual que la toponimia Dumapara. Así las cosas, encontramos que hay mucha tela para cortar.

La necesidad de plantearnos renovadas preguntas

No vamos a referirnos con «la otra historia» al librito, por su pequeño formato, de Alejandro Carrión Aguirre, publicado hacia 1978, de similar título al de este escrito, en el que a través de un conjunto de ensayos un tanto novelados recoge y revela episodios desconocidos o asuntos controversiales de la historia nacional y regional, es decir, «la otra historia», cuyo volumen de nuestra propiedad fue acaso olvidado en manos de algún estudiante.

Evoco ahora lecturas ya un tanto difuminadas en la memoria del viejo profesor jubilado que persiste en la necesidad de repensar y reflexionar en variados asuntos de la historia de la patria grande y en la del terruño, tópicos manidos por la denominada «historia oficial». La validez de esta denominación ha sido discutida últimamente por Julio Carpio V. y que, pese a su opinión, está pre-

sente en nuestra cotidianidad académica, consagrada por el peso de los programas oficiales en el campo educativo, avalada por la «autoridad» de determinados historiógrafos, y, por lo tanto, presente en los imaginarios que conforman y consolidan nuestra existencia como país.

A esta «historia oficial», a la que acaso podríamos también motejarla de cotidiana, vamos a tratar de contraponer lo que llamamos la «otra historia», fundamentándonos en *La historia del Tahuantinsuyu* de María Ros-tworowski de Diez Canseco, el *Diccionario Kichua-Castellano* de Glauco Torres Fernández de Córdova y *La identidad del pueblo Cañar. De-construcción de una nación étnica* de Hugo Burgos Guevara, como un grupo de reflexiones que pensamos se deben realizar sobre este asunto.

Qhapaq Ñan, el complejo vial andino: una mirada al Tambo de Molleturo

Juan Pablo Vargas

Debemos recordar la enorme importancia que el sistema vial tuvo para los Andes al convertirse en una verdadera columna vertebral para la comunicación, el transporte y la circulación de bienes y personas.

Las arterias principales de este complejo vial recorrían la región andina y costanera, respectivamente. En lo que compete a la región andina el camino andino se encargaba de unir Talca, lo que hoy constituye la República Argentina, con la ciudad de Quito en Ecuador y el extremo sur de Colombia en un trayecto de algo más de 6000 kilómetros; mientras que la vía de la Costa recorría de Tumbes, en Perú, hasta Santiago en Chile. Largos trayectos viales que permitían la comunicación de los espacios de dominación incaica, y que al mismo tiempo permitían el control del Imperio y la facilidad de poder desplegar tropas según las necesidades.

A lo largo de toda la ruta había lugares de aprovisionamiento y descanso para el Inca y sus tropas; conocidos como tambos, mismos que constituían habitaciones domésticas, corrales para la variedad de animales andinos domesticados o no. Constituía la carretera principal que posibilitaba el control económico y político del imperio y los territorios anexados a él. Recordemos tan imponente construcción vial a través de uno de los documentos producidos durante la Colonia y que hemos revisado:

Segundo la Composicion de los caminos, facilmente Verificable, por los Indios de los Pueblos inmediatos a ellos, pagandoles su travaxo, segun, y como lo pagan los Hacendados, criando su fondo de alguna moderada contribucion, de todos los Vecinos de esta Capital, y sus Provincias, y tambien de los mismos Indios con su asistencia Personal, para cuio efecto seria preciso Diputar Personas inteligentes, y tambien que en dichos Caminos, y a ciertas distancias, se pongan quando nó Poblaciones formales, Postas, y posadas de Personas obligadas con las respectivas fianzas a proveer de Mulas de

Silla, y de Carga por el precio de un Real por Legua, como se estila en la Carrera del Perú, a todos los Caminantes, y Comerciantes sin detenerlos, ni inferirles molestias.

Esta impresionante obra, fue construida en su mayor parte durante el siglo XV, cuando el Tahuantinsuyu se encontraba en proceso de expansión durante el gobierno de Pachacutec (1400-1448), los trabajos de expansión tanto del Imperio como de la red vial serían continuados por Tupac Inga Yupanqui (1448-1482), hasta llegar a la época de Huayna Cápac (1482-1529).

El complejo vial en el Ecuador

Las evidencias arqueológicas, más notorias del *Qhapaq Ñan*, se encuentran emplazadas en la región interandina, en donde el camino se encarga de atravesar la zona montañosa cubierta de pajonales, lagunas e innumerables recursos hídricos, en un terreno irregular muy propio de la geografía andina.

En lo que respecta a la parte física, el ancho de la vía tiene entre tres y cuatro metros de ancho, en ocasiones llegando únicamente al metro de ancho, también hay que aclarar que cuando se presenta el camino en los tambos el camino puede presentar tamaños entre siete y diez metros de ancho. En estos lugares, por lo general el camino se presenta empedrado, con canto rodado y la presencia de zanjas a los lados para evacuar las aguas lluvia. Por lo habitual las personas y animales lo transitaban, incluso para el uso del mismo Inca en sus recorridos por el Tahuantinsuyu. El camino del inca, fue empleado también para la identificación de los diferentes grupos étnicos que se encontraban próximos al mismo, lo que de alguna manera permitió tener una especie de mapa de dichos grupos, y considerar los flujos de los productos, los recursos de ecosistemas, chacras y producción de determinados espacios.

El sistema vial andino –*Qhapaq Ñan*– atraviesa la provincia de Chimborazo, llega a la de Cañar luego de recorrer lugares como Paredones de Culebrillas, Ingapirca, Cojitambo y Pachamama. En el Azuay recorre sitios como: Guabizhun, Llaaco, lo que ahora constituye la avenida «Huayna Cápac», la

Calle de las Herrerías, Icto Cruz, Arrayanes, Cruz del Camino, El verde, Nabón, Dumapara y Carboncillo hasta llegar a Paquizhapa en Saraguro.

Importancia del Tambo de Molleturo

A finales del siglo XVIII, los archivos de la administración de la ciudad de Cuenca anotan en el apartado que compete a las sugerencias, la idea de abrir un camino para reactivar a la sociedad de dicha que se encuentra en pobreza, debido a la imposición de nuevos impuesto reales, como el de las administraciones, el estanco de los aguardientes y el tabaco. No se sabía cómo podían soportar y cubrir el pago de los nuevos gravámenes, por lo que era necesario para la facilidad de los transportes y expendio de efectos mercantiles ejecutar la composición del camino desde la ciudad hasta el puerto de Guayaquil.

El «nuevo», entre comillas pues se trataban de rutas que ya habían sido usadas, proyecto propuesto por el presidente de la Real Audiencia, prometía resultado y debido al aumento de tránsito y comercio, se sugiere la colocación de tambos en todo el camino, en atención al abandono que tenía, y el bien que representaba para la sociedad. Como lo demuestra la siguiente cita:

siendo muchisimos los Transeuntes de comercio para esa citada de Guaiaquil redundará en beneficio comun, para el total alivio de todos los que siguena quel comercio. Y pareciendo a los que informan a la justificacion de vuestra Señoria y en virtud de lo antedicho puede ser el primer Tambo el citio, y puesto que denominan obispo puñona. El segundo debera ser en el citio de (Miguir) Lliguiz: El Tercero en el álto que llaman del Inga pirca; que es en quanto a la serrania.

De este Tambo, para adentro en la Montaña hasta dar al Pueblo del Naranjal, y supuesto deveremos entender, que por lo fragoso del camino, y lo inutil de ella podrá ser el primer tambo en un sitio.

Este tipo de relación entre la Sierra y Costa, como se puede observar en el siguiente extracto, sin lugar a duda fue muy importante y desde épocas muy tempranas, el siguiente extracto da razón de ello:

en este lugar daré noticias del gran camino que los ingas mandaron hacer por mitad de ellos, el cual, aunque por muchos lugares está desbaratado y deshecho da muestra de la grande cosa que fue y del poder de los que lo mandaron hacer (...) también cuentan algunos dellos que ingaYupanque, abuelo de Guaynacapa y padre de Topainga, fue el primero que vio la costa y anduvo por los llanos de ella; y en estos valles y la costa los caciques y principales, por su mandato hicieron caminos tan ancho como quince pies, por una parte, y por otra parte dél iba una pared mayor que un estado bien fuerte (Pedro Cieza de León, la Crónica del Perú).

Por lo antes expuesto, podemos considerar que el centro administrativo de Paredones de Molleturo o Wamani, era el lugar en el que se aprovisionaba el ejército imperial. El mismo que cumplía también con las funciones ceremoniales desde donde se controlaba la producción agrícola y la organización de tributo en fuerza de trabajo que debían realizar las comunidades locales para el mantenimiento de la estructura social. Es así y sin lugar a dudas el Tambo de Molleturo constituyó un valioso punto de control y paso entre la Sierra y la Costa, mismo que podrá una vez más demostrar su majestuosidad gracias al trabajo en conjunto con los miembros de la comunidad, entidades públicas, en busca de un proceso de conservación, restauración y puesta en valor del sitio.

El *Qhapaq Ñan*, Patrimonio Cultural de la Humanidad

El 21 de junio de 2014 la Organización de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) reconoció al *Qhapaq Ñan* —Sistema Vial Andino— como Patrimonio Mundial. Reconocimiento en el que la Unesco resalta que luego de 41 años de existencia de la Convención de Patrimonio Mundial, confiere por primera ocasión la distinción a seis países, Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador y Perú gracias a un trabajo conjunto. Este se suma a los seis reconocimientos efectuados anteriormente por la Unesco al Ecuador.

De todos los tramos que constituyen el complejo vial *Qhapaq Ñan* que se enviaron como parte del expediente del Ecuador, algunos han quedado fuera del reconocimiento, pues, lo que se solicita es el tratar de recuperarlos e integrarlos al interés social de los grupos aledaños al camino, pero varios no cumplen

con este requisito. Por citar un caso podríamos mencionar el tramo que atraviesa por el sector de la Raya, Guabizhun, Llacao en la región sur del país. Lugares considerados de importancia, por las propias características que presenta el camino, que debió de tener un nivel de importancia considerable pero que deben de contar con proyectos de vinculación social aún mayor.

Algunas partes del camino prehispánico, gracias al olvido de los últimos años, está desapareciendo. En esta primera aproximación se pretende dar a conocer uno de los tramos de mayor importancia que constituyen el complejo vial andino, esperando presentar otros tramos en futuras exposiciones.

La encomienda de Rodrigo Núñez de Bonilla

Manuel Carrasco Vintimilla

El sistema económico como forma de dominación en el siglo XVI y su impacto en la realidad local en la Colonia temprana: abusos y lucha desde las leyes, una mirada al poder de uno de los primeros españoles avecindados en la región de Cuenca.

La Encomienda fue la recompensa que la Corona castellana confería a los conquistadores por sus servicios al Rey. Así Pizarro encomendó a sus colaboradores los grupos étnicos de los alrededores del Cusco para premiarlos y motivarlos a permanecer en estas tierras lejanas y para establecer el control de un pequeño número de españoles sobre un sinnúmero de gentes andinas, hacia 1533, año de la ejecución de Atahualpa; mas, para 1549 la concesión de encomiendas se había extendido por todo el territorio del antiguo Tahuantinsuyu.

Fue favorecido Rodrigo Núñez de Bonilla, quien, se dice, estuvo con Pizarro en la captura de Atahualpa y acompañó a Sebastián de Benalcázar en la conquista de Quito; hacia 1538 recibió el beneficio de la encomienda de los indios cañaris, constituyéndose en uno de los primeros castellanos que se asentó en el valle de Paucarbamba, donde en 1557 se erigió la ciudad de Cuenca. Empero, la institución que beneficiaba a los castellanos se convirtió en instrumento de explotación de los indios, lo que efectivamente sucedía a pesar de que la Corona trató de controlar este mal. En 1536 lo intentaron mediante real cédula para que Francisco Pizarro y Fray Vicente Valverde adoptaran las providencias necesarias para la realización de una visita general, luego se expidieron las *Nuevas Leyes de Indias*, una de las causas de la sublevación de Gonzalo Pizarro ya que se expedían reformas legales en torno a la encomienda.

Al término de las guerras civiles en el Perú el licenciado Pedro de la Gasca asumió el gobierno de la presidencia de la Real Audiencia de Lima e inició una serie de reformas

administrativas, tendientes a la pacificación de la tierra; una de ellas fue la visita general y tasación de encomiendas a fin de poner límites a los enormes beneficios que percibían los encomenderos. La acción de la Gasca tiene como antecedente inmediato la cédula de 1536, reunió a los obispos de Lima, Cusco y Quito manifestándoles la necesidad de iniciar la visita general que daría lugar a la tasa «que no sólo convenía a sus conciencias y a la de su magestad, sino que serviría a la conservación de los naturales». El documento de la tasa de 1549 fue localizado por María Rostworowski en la Real Academia de Historia de España.

En la «Relación de algunos repartimientos de los reinos del Piru de la cantidad de indios que tienen y tributos que han sacado de la visita y tasa primera que se hizo por mandato del presidente lizenziado Gasca» constan las encomiendas de Quito, a saber: los repartimientos de «la provincia de los cañares encomendado a Rodrigo Núñez de Bonilla», el de Chambo encomendado a Rodrigo de Paz y «el repartimiento de Otavala (sic) encomendado en el capitán Rodrigo de Salazar», los tres vecinos de la ciudad de Quito. Así mismo, la connotada historiadora peruana anota que en un documento del Archivo Británico de Londres se halla un resumen de las visitas y tasas ordenadas por La Gasca y se especifica que «quedaron sin tasar, entre otros, los repartimientos de Loja, Guayaquil, Puerto Viejo y Zamora», con lo que completaríamos esta breve visión de las encomiendas existentes en lo que hoy es el Ecuador hacia 1549. A continuación un extracto de tan valioso documento:

- Repartimientos de la cibdad de San Francisco de Quito
El repartimiento de la provincia de los Cañares encomendado a Rodrigo Núñez de Bonilla vezino de Quito son indios serranos
- Hallaron los visitadores que los visitaron quatrocientos y veynte indios
 - Esta el repartimiento cinquenta y cinco leguas de la cibdad de Quito
 - Tienen a nueve lenguas minas de oro
 - Esta tasado que de en cada un año los tributos siguientes
 - Un mil pesos de oro de ley perfeta en oro o en plata
 - Y cient mantas de algodón de una vara y media en largo y otro tanto en ancho
 - Y dos toldos de algodón medianos

- Y treynta libras de hilo de algodón para pavilo todo en Quito
- Y ciento y veynte puercos en sus tierras o en las minas
- Y setecientas gallinas en sus tierras o minas
- Y cada semana de quaresma cient huevos y en la quaresma cada semana dozientos huevos en sus tierras
- Y treynta y seis venados frescos o secos en sus tierras cada un año
- Y setenta pares de perdices en sus tierras
- Y cada un año quinientas fanegas de mayz
- Y ciento e cinquenta fanegas de trigo
- Y ciento y veynte fanegas de papas

Como podemos observar en las disposiciones sobre la encomienda de Rodrigo Núñez de Bonilla, los indígenas cañaris no eran más de 420 individuos, según señalan los visitantes. Pero, inmediatamente, salta a la vista que cerca de esta región, a nueve leguas, se hallan minas de metales preciosos, por lo que los encomendados deberán entregar a Núñez de Bonilla «mil pesos oro de ley perfecta de oro y plata», además, encontramos que los indígenas entregarían tejidos de algodón, muestra de una práctica que se mantendrá durante décadas y que nos permite comprender las relaciones de intercambio muy activas con zonas de la Costa. También se intercambiaron animales de caza, venados y perdices, animales domésticos y sus productos, como puercos, gallinas y huevos a más de productos agrícolas tradicionales como el maíz y la papa, y el trigo, recientemente introducido.

La presencia de Núñez de Bonilla quedará marcada por esta temprana incorporación de los cañaris al sistema colonial español y dejará como vestigio los «Molinos de Todos Santos» descubiertos en la década de los setenta del siglo XX, e investigados bajo la dirección de Manuel Agustín Landívar, en los que se superpone la presencia española al anterior dominio inca e incluso a lo cañari: cámaras de molino con piedras talladas de Pumapungo, espacios de producción económica, junto a hornacinas de piedra caliza, espacios rituales y la posible presencia de un muro cañari, de uso indeterminado.

Bajo la influencia del dominico Bartolomé de las Casas se plantearon normas jurídicas que tenían la pretensión de evitar los excesivos abusos que los conquistadores habían

ejercido contra los indígenas. Como señala Morales Padrón, en estas leyes se reformó el sistema de Encomiendas y se ordenó que pasaran a la administración de la Corona «todos los indios que tengan los virreyes, gobernadores, oficiales, tenientes, obispos, monasterios, hospitales y casas de religiosos», pero además, las Audiencias se encargarían de dejar sin efecto las encomiendas autoproclamadas o aquellas en las que se pudiese encontrar maltratos; a partir de estas nuevas disposiciones ya no se encomendarán más indios y todas las encomiendas que caducaren volverían a la Corona.

La fundación de una ciudad soñada...

Ángeles Martínez Donoso

La fundación de la ciudad de Cuenca se produce en parte por su ubicación privilegiada entre Lima y Quito, grandes centros fundados también por los españoles, pero la importancia de esta fundación se sustentó en su pasado prehispánico y en las posibilidades que ofreció a los conquistadores y que fueron aprovechadas.

Nuestros primeros pobladores, los cañaris afamados guerreros, después de las cruentas batallas contra los incas, y frente a la táctica del desplazamiento de mitimaes hacia Perú o Bolivia, entre otros lugares, se rebelaron contra los opresores cusqueños, colaborando, en muchos casos, con la conquista española y convirtiéndose en un as bajo la manga, para momentos claves de la historia, como en el apoyo que brindaron a Sebastián de Benalcázar para la conquista de Quito: una nada desdeñable saga de soldados y espías.

Para los españoles las Indias fueron el sueño, nunca mejor dicho, dorado, por la fiebre de oro –y otros metales preciosos–, esta ambición se plasmó en los primeros saqueos, y posteriormente en un interés poco sano por la minería. Como bien ha estudiado Luis Miguel Glave: la ley reconoció, luego de muchos años de negociaciones y pactos, que las tierras eran propiedad de los indígenas naturales y caciques, pero a pesar de esto muchas fueron dadas a los españoles, junto a mano de obra indígena, bajo el sistema de la Encomienda, como premio a los servicios prestados al rey. Se trata de una primera explotación de la tierra que encendió en los Andes una lucha por derechos de protección, plasmados en las leyes, normas y ordenanzas dictadas en España, pero que en la práctica no se cumplían.

Ahora bien Tomebamba, la antes Guapondelig, había despertado pasiones desde que se supo de su existencia, tanto así que en el año de 1529 se emite una cédula real que permitía a Francisco Pizarro fundar una ciudad española en

esas tierras, para la que se designaría a regidores españoles para administrarla. «En los archivos de Indias todavía existen las viejas páginas del expediente de las capitulaciones que entregaron Tomebamba al conquistador. La ciudad cañarina encarnó en su momento el sueño del conquistador, tanto así que los monarcas hicieron española a una ciudad desconocida». Sin embargo, Pizarro se demoró demasiado entre la burocracia, sus ocupaciones y la guerra civil, y para cuando llegó nuevamente a Tumbes para iniciar la conquista de Perú en 1532, se enteró de que Tomebamba había sido destruida: «Pizarro se dirigió a Cajamarca para encontrarse con Atahualpa y su destino. Jamás estuvo en Tomebamba ni quiso ver su ruinas». Y para cuando se fundó la ciudad, él había muerto asesinado, nos recuerda Gerardo Martínez Espinosa.

¿Pero sobre qué se funda Cuenca? Los hermosos aposentos que esperaban encontrar habían sido destruidos por Atahualpa, algo que sucedió también en Quito, pero que en el caso de la provincia de Tomebamba, no por el miedo de que cayera en manos colonizadoras, sino como el precio, a decir de los cronistas, que pagaron sus pobladores por haberse aliado a Huáscar (el vencido) en la guerra civil que vivieron nuestros pueblos. De ahí la leyenda: «Arranquen y siembren el corazón de los cañaris para ver qué nace del corazón de los traidores». De todas formas no quedaron abandonadas tan interesantes y bellas tierras, ya se habían asentado españoles, y no sabemos qué pesó más, o si fue una suma de factores, la «amabilidad cañari» o las zonas de las que se podía extraer oro, aunque esas empresas fracasaron tempranamente, por falta de mano de obra, tecnología, capitales y por el poco rendimiento de las minas.

En el año de 1538 Pizarro –conquistador del Perú– había nombrado a Rodrigo Núñez de Bonilla, como encomendero de la Provincia de los Cañaris o Tomebamba, tierras de «pan sembrar», es decir, para el cultivo del trigo, su asentamiento lleva el nombre de Santa Ana (si se preguntan ustedes el porqué del nombre católico de nuestra ciudad). El primer molino

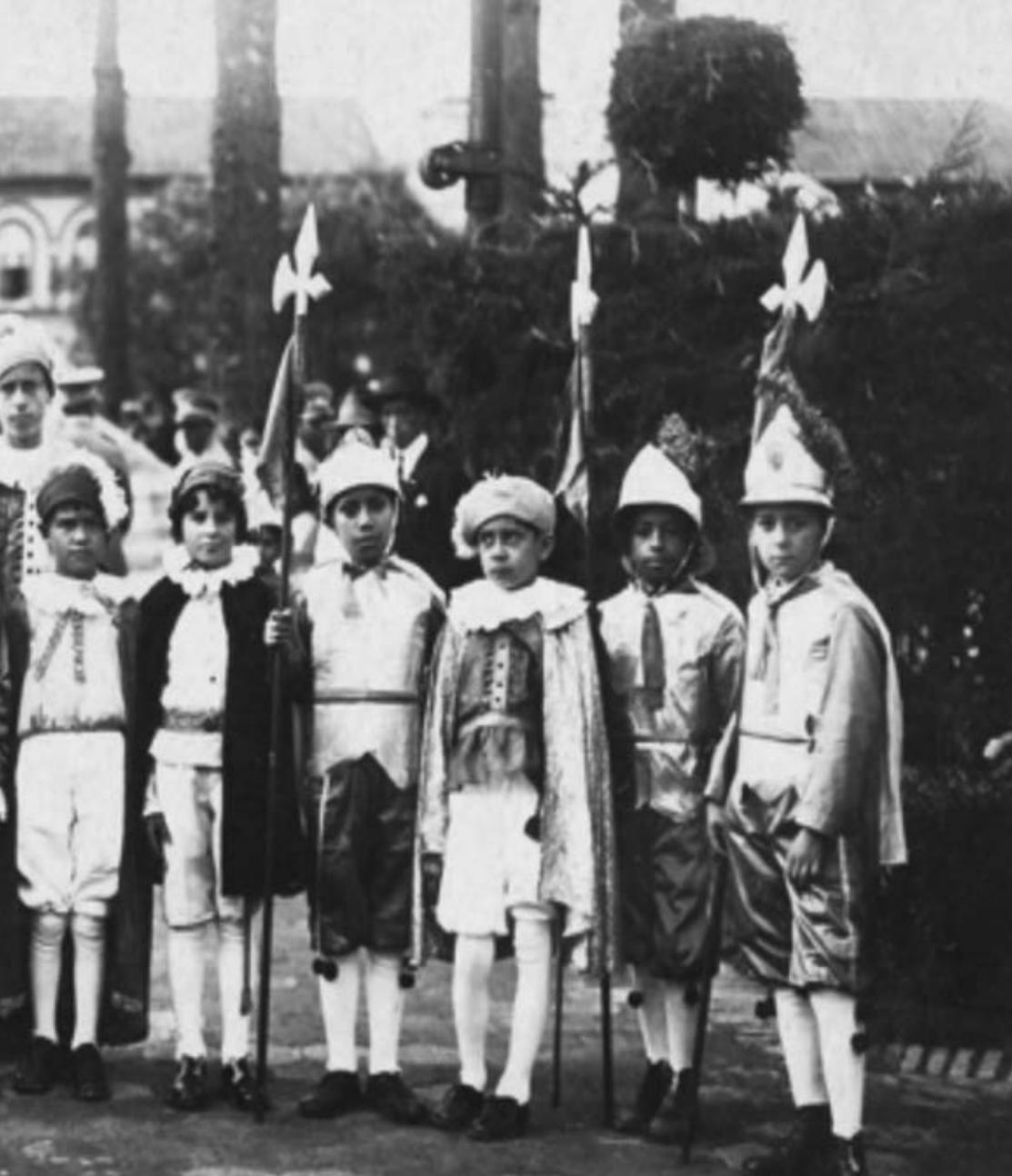
construido en la ciudad por don Rodrigo, tuvo una interesante peculiaridad, fue construido con piedras cañaris e incas –sí, con esas piedras que los incas decían que había traído arriándolas con látigo desde el Cusco, y que la arqueología reconoció en su recorrido. En ese territorio, existían también casas con techos de paja, una zapatería, y buenos pastos para los animales recién introducidos. Pasaron diecinueve años desde entonces, el castellano Marqués de Cañete Andrés Hurtado de Mendoza, virrey de Perú, ordenó fundar Cuenca, nombre de su ciudad amada, al hidalgo Gil Ramírez Dávalos, quien anduvo previamente en líos con las revueltas de los encomenderos (cada vez más tiránicos y poderosos), y que luego fue absuelto en un juicio en Lima quedando con su honra intacta, no así su fortuna que se había esfumado. Y así, fundó, tal cual se le encargó, un lunes santo, el 12 de abril de 1557 una ciudad que sería conocida como «Nueva Cuenca del Perú».

1 | [Cuenca (alegoría) Gil Ramírez D. y su comitiva
en el Tomebamba presentada por los HH. CC.],
s. f. Fotógrafo Salvador Sánchez, Archivo del
Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador.



CUENCA (ALEGORÍA) GIL RAMÍREZ D. Y SU COMITIVA EN EL

0519



TWIBAMBA PRESENTADA POR LOS NIÑOS DE SANCHEZ

La Cuenca andina, la Cuenca castellana, unidas por más que un nombre

Juan Cordero Íñiguez en la tercera parte de su *Historia de Cuenca* nos recuerda que en su tiempo Julio Matovelle dijo que Cuenca no ha sido muy agradecida con Andrés Hurtado de Mendoza, considerado el verdadero fundador de la ciudad, quien mandó incluso a realizar el escudo de armas para Cuenca, por los mismos «reyes de armas» que habían trabajado desde la edad media para su región. Gil Ramírez Dávalos fue solo el ejecutor de sus planes, nos dice Cordero y cuenta que el doctor Luis Cordero Crespo, alcalde de la ciudad inauguró «un gran monumento, en el inicio de la Av. España, integrado por este personaje en un lado y por una mujer cañari devenida en chola cuencana al otro lado».

Lastimosamente el monumento de Hurtado de Mendoza ahora se encuentra en la zona de Milchichig, bastante olvidado al norte de la

avenida España. Y el parque de San Blas que en 1919 fuera bautizado por Ordenanza Municipal con su nombre, ha perdido su nominación. Así también parece que hemos olvidado la cercana relación de con la Cuenca castellana, que en 1950 cuenta mi abuelo, quien fuera a representar al alcalde Arízaga Toral en las festividades conqueses, hacía un homenaje a esta Cuenca. En la misma tumba del Marqués de Cañete, se celebró una misa a petición nuestra por el alma del fundador en la Catedral de Cuenca de España con sus más altas autoridades, en el altar las llaves de la Cuenca andina, juntas las heráldicas, las emociones.



PLACA DE MARMOL QUE EN EL SALON DE SESIONES DE LA MUNICIPALIDAD DE CUENCA SE COLOCO EL 12 DE ABRIL DE 1939. Presidía la Corporación el Sr. Dr. Don Carlos Aguilar Vazquez.

2 | «Placa de mármol en el Salón de sesiones de la Municipalidad de Cuenca», 1939. Fotografía no identificado, Archivo del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador.

Para la historia de la alimentación: el pan en el siglo XVI

Juan Martínez Borrero

En Cuenca, tempranamente y luego de años de ensayo y error, se consolidó la panificación como un rasgo económico importante y típicamente realizado por mujeres que evadirían las reglas impuestas para dominar el arte de hacer pan. El producto estrella durante la Colonia sería el bizcocho.

Las tierras de «pansebrar» y «panlabrar»

La presencia española en el valle de Paucarbamba se inicia antes de la fundación de Cuenca y sirve como un antecedente básico para la historia de la alimentación, ya que se concede a Rodrigo Núñez de Bonilla una encomienda de tierras de pan sembrar y se establece un primer molino hidráulico de trigo, cuyas cámaras fueron construidas con piedras labradas del destruido Pumapungo de los incas, y que fue localizado en la década de los setenta del pasado siglo en el sitio arqueológico de «Todos Santos». Esta primera actividad productiva hispánica implicará la presencia local de molineros y panaderos, y también la creación de redes comerciales para la exportación del producto y sus derivados a diversos lugares del Virreinato del Perú, que se mantendrán a lo largo del tiempo. Quizá el indio Juan Chimagua, de la encomienda de Rodrigo Núñez de Bonilla que pide y recibe tierras en 1585 en «Yuymaute», en cuya posesión se encuentra desde antes de la fundación de la ciudad, fue su primer molinero aunque la historia recuerde el nombre del español Pedro Márquez.

Apenas cuatro meses después de la fundación de la ciudad debe ya regularse el precio de la molienda de trigo, como se puede leer en el *Libro de Cabildos de la ciudad de Cuenca*, en la versión de Jorge Garcés de 1957, es así que el 13 de agosto de 1557 se establece lo que debe cobrarse por moler cada fanega: «(...) atento a que no hay al presente en

ella otro molino más que uno del Tesorero Rodrigo Núñez de Bonilla vecino de Quito, y que hay pocos vecinos que hayan de moler trigo para que se sufriera ponerlo en más bajo precio, por razón de haber mucho que moler y la ganancia de dicho molino fuera para el poder sustentar (...)».

En el solo molino existente debe cobrarse el alto precio de medio peso de oro corriente por cada fanega y no más, lo que se advierte al encargado Pedro Márquez so pena de una multa de veinte pesos de oro destinada a las obras públicas. Los molinos trabajan a tiempo completo, de día y de noche, por lo que debe obligarse a los dueños a mantener luz de candela aunque se prohíbe que mujeres solas, de cualquier condición, lleven a moler los granos, como se manifiesta el 7 de mayo de 1579, esto muestra la presencia de panaderas independientes en la urbe.

Pan bueno y bien cocido

Luego de una experiencia de casi un tercio de siglo en los Andes, los españoles habían entendido bastante bien las particularidades de la adaptación de variedades específicas a los distintos nichos locales. De nada hubiese servido el trigo sin la posibilidad de fabricar el pan, y efectivamente estaban disponibles los distintos productos requeridos para la panificación, los huevos, la grasa de cerdo, la levadura y los hornos en los que debían cocerse los panes. La experticia se consolida al extremo de determinarse la existencia de profesionales que fabrican pan blanco, bien amasado y bien cocido que se expende a un precio relativamente alto, aunque variable según la abundancia o la carencia, también frecuente, de la harina.

La expansión de la cultura alimentaria española va de la mano del pan, por ello este producto es objeto frecuente de interés y de regulaciones. En la misma sesión de abril de 1560 se señala su precio, a razón de treinta y dos libras por un peso, o de cuatro libras de pan por un tomín, pesadas después de

haber sido cocido. Podríamos suponer que se trata de grandes y pesados panes al estilo de la panadería española de la época, pero las futuras referencias a la variación del peso que puede comprarse por un tomín nos muestra que se trata de panes o *raciones* individuales de una libra de peso, de pan blanco y bien amasado (2 de agosto de 1579). Si no se respeta el precio el pan será repartido a los «pobres de la ciudad», ya existentes. Un año y medio más tarde, octubre de 1561, se ratifica lo que puede cobrarse, pero alegando que «(...) queste año se ha cogido en esta ciudad cantidad de trigo y vale más barato que el año pasado (...)», aunque esto no lleva el precio a la baja sino se mantiene el mismo tomín por «(...) cuatro libras de pan bueno y bien cocido», habría entonces mejores y peores panaderos y algunos que quizá ofrecían pan de poca calidad. El precio parece elevado si los comparamos con el de otros insumos y estará sujeto, como veremos, a variaciones, es así que el 22 de septiembre de 1562 se obliga a los panaderos a vender cinco libras de pan, amasado y bien cocido, por un tomín y en 1579 hasta siete libras de pan por un tomín –es decir siete panes de una libra– lo que se ratifica en 1586 donde también se señala que por un real se darán seis panes. Para 1563 un solar fuera de la traza de la ciudad se avalúa en diez pesos de oro y en veinte pesos de oro dentro de la traza de la ciudad.

En esta misma fecha podemos encontrar una referencia al que será unos de los productos básicos de la panadería local durante toda la Colonia, es decir, los bizcochos, cuya arroba se venderá a un peso. La producción de trigo, sin embargo, decae al año siguiente al extremo de prohibirse la exportación de harinas y bizcochos para que no se sienta escasez en la ciudad, lo que se ratifica en mayo de 1581 cuando se supone que hay un perjuicio para la hacienda al no declararse cuanto trigo se coge en la región ante la exportación de bizcochos y harina. Según Salazar de Villasante la harina y los bizcochos se llevan a Guayaquil, que dista unas treinta leguas, a lomo de recuas por el Puerto de Bola, frente a la isla Puná, yéndose de

allí a la ciudad en balsas de indios. Desde la Puná se traerá también la sal al igual que de Yaguachi.

Los molinos deberán funcionar apropiadamente, aunque ante el descuido de sus propietarios el cabildo debe señalar, en sesión del 9 de diciembre de 1586, en donde se toman varias resoluciones sobre el precio del pan, de la harina y la molienda, que «tengan buen avío en los dichos molinos y hagan buena harina picando sus piedras como tenían de costumbre (...)» porque al parecer se había descuidado la calidad de este producto básico, que también se veía afectada por la presencia de cerdos, pollos y gallinas de propiedad de los molineros y que medraban en sus alrededores.

Aunque al inicio de las referencias se habla en términos generales de panaderos, este término se reemplaza por el de «panaderas» en 1579, por lo que sabemos que esta actividad estuvo a cargo de mujeres emprendedoras que llevaban también a moler su propia harina por las noches aunque estuviese prohibido por el cabildo. Esta tradición de género se mantendrá en Cuenca hasta finales del siglo XX cuando las panaderías tradicionales empiezan a perder su lugar ante las industriales o los expendios de «punto caliente» típicamente masculinos. Resulta extremadamente interesante conocer que para 1588 indias y negras vendían el pan en la plaza pública, señalándose el precio de un real por cinco panes en dicha plaza y en los *tiangués*; por otra parte Arteaga ha señalado que la venta de pan en «tiendas» en el barrio de «Todos Santos» pudo haberse desarrollado a partir del siglo XVII.



3 | Juan Martínez Borrero (1983), «[El Banquete] en la cena del refectorio del convento del Carmen, Cuenca». *La pintura popular del Carmen. Identidad y cultura en el siglo XVIII.*

Formación y consolidación de la hacienda tradicional, 1557-1820

Manuel Carrasco Vintimilla

Varios autores han apuntado la importancia de la hacienda en los Andes. En Cuenca durante el Corregimiento, 1557 y en la Gobernación creada en 1777, las haciendas fueron claves para su desarrollo y el de su región.

Contrario a lo que el imaginario colectivo piensa sobre el surgimiento de la hacienda o propiedad rural en nuestro medio, que manifiesta «la llegada de jinetes sedientos de oro y tierras que, alzando la cruz y la espada, señalaban en el horizonte, de este cerro hasta aquel río y de éste a la quebrada onda, es mi propiedad», como supuesta actitud con la que se establecía el latifundio, la formación y consolidación de la hacienda como unidad económica de posesión y producción de la tierra obedeció a un largo y complejo proceso histórico que se efectuó entre mediados del siglo XVI y finales del XVIII. En este artículo trataremos de precisar las principales incidencias del proceso que organizó una de las instituciones más importantes para la historia económica, política, social y eclesiástica de los Andes.

Su influencia estuvo presente en la región del Austro hasta la década de los sesenta del siglo pasado, a partir de la cual la industrialización marcó otros rumbos en la historia social de la molarquía. Consideramos fundamentales para la comprensión del papel histórico de la hacienda en nuestro medio, las opiniones de la historiadora Susan E. Ramírez que, en parte transcribimos, y que nos dice en su artículo «La hacienda señorial, la plantación esclavista, el minifundio y las tierras de indios (1590-1650)» de forma muy ilustrativa que:

para muchos la palabra «hacienda» trae a la mente varios estereotipos. El más popular es el de una propiedad extensa, de bajo rendimiento; algunas veces aislada geográficamente, trabajada por mano de obra barata y subempleada; que utiliza un capital mínimo y escasa tecnología y produce para un mercado limitado. A la vez, la hacienda sirve como fuente de prestigio y poder y de lugar de descanso y diversión para una

élite urbana. Junto a esta imagen de la hacienda tradicional o clásica, con una gran casa y su capilla, está la figura del señor hacendado.

Y continúa diciendo sobre lo citado en líneas anteriores:

comúnmente este estereotipo oculta la variedad de situaciones sociales; la complejidad de sus génesis y desarrollo; la interrelación con otras instituciones y formas de tenencia de la tierra y el dinamismo propio de su historia. Este conjunto de imágenes convencionales no incluye el drama y conflicto que surgió entre los españoles y las comunidades de naturales por el acceso a los recursos, por el agua de riego; por el control de las acequias y de mano de obra. No aparecen los pequeños y medianos productores que fueron absorbidos por las haciendas. Oscurece, además, el contexto político y especialmente el rol y el interés del Estado — muchas veces ambivalentes y contradictorios- (...) además, la imagen común de un terrateniente poderoso no nos habla de los primeros pobladores europeos que muchas veces empezaron solos, con poco ganado y poco capital. Invisibles, también, son las viudas, que algunas veces tomaban las decisiones después de fallecido del marido, y los administradores, mayordomos, artesanos y trabajadores que cumplieron sus órdenes.

A poco de fundada la ciudad en abril de 1557 el Cabildo, mediante provisión del Virrey fundador en 1559, recibió la licencia y facultad «a fin de que de aquí y en adelante pueda proveer y dar solares, cuadras, tierras y estancias en la ciudad y sus términos» echando mano de las tierras realengas y baldías esto es, de la corona o el estado en un caso, y en el otro de aquellas que no están labradas ni adhesionadas. En ocasiones los vecinos echaron mano de las tierras comunales de los indígenas a fin de ampliar la extensión de sus heredades; con esta acción se establecía «la merced de tierras» que habría de regir la distribución, conformación y consolidación de la propiedad urbana –solares– y de la rural –cuadras y estancias– que, según nuestro criterio, estas últimas con el paso del tiempo pasarían a denominarse «haciendas», del latín *facienda* –o que ha de hacerse– esto es, conjunto de bienes y riquezas concentradas en una finca agrícola.

Podemos afirmar que el origen de la hacienda en la región se encuentra en la merced de tierras hecha por el cabildo, en nombre del rey a los españoles avecindados en Cuenca, pero

«no siempre fue el orden y la precisión lo que caracterizaron al reparto de tierras, pues, sin acordarse de llevar registro en el libro de cabildo, muchas veces los señores capitulares hicieron mercedes de tierras a vecinos que, aprovechándose de esta falta volvían a pedir, por registro, nuevas tierras ocasionando pleitos y embarazos» según lo señaló el historiador Juan Chacón. Sin embargo, para Ramírez, la oportunidad para establecer una base formal para el futuro crecimiento y desarrollo de estas unidades –las haciendas– se presentó a fines del siglo XVI con una Real Cédula dada por Felipe II en 1591, que mandaba hacer una revisión de títulos o una visita para la «composición de tierras», con lo que se agregaba otro instrumento jurídico a fin de garantizar la posesión y propiedad de tierras en las colonias de ultramar, a la vez que aportaba una contribución monetaria más al erario castellano. Un tercer instrumento jurídico normó la relación terratenientes-Estado en la América colonial: el «amparo» mediante el pago a la Hacienda Real, por parte del ocupante de la tierra, en dinero o especies.

Al parecer los terratenientes coloniales, a fin de mantener el derecho sobre sus propiedades, tuvieron que gestionar permanentemente ante las autoridades la posesión de sus predios, lo que significaba egresos de sus haberes e ingresos fiscales. Así, doña María Isabel Coronel de Mora, propietaria de El Paso, hacienda sobre la cual investigamos hace algún tiempo, en un juicio por la ocupación de Chalcay, tierras denunciadas como baldías por don Manuel Ordóñez Morillo, hacia 1780, aseguraba que su posesión y la de las tierras aledañas se fundamenta en:

la merced que hizo el Cabildo, Justicia y Regimiento de la ciudad a Diego Suárez, vecino della, el año pasado de mil quinientos ochenta y uno; el segundo, la composición que hizo el insinuado Alguacil Mayor don Joan Coronel Mora, mi rebisabuelo, con el Señor Lisenciado Don Juan de Lisaraso, el año pasado de milseiscientos quarenta y seis y el tercero el que hizo el citado Depositario General Don Pedro Coronel de Mora, mi bisabuelo, con el Señor Don Fernando de Sierra y Osorio, por el año de nueve de este siglo, corroborativamente unos en pos de otros. La quarta, el amparo librado por el Excelentísimo e Ilustrísimo Señor Virrey, el año diez de este

siglo, y últimamente los amparos librados por Don Luis Pérez Romero, Don Visente de Luna Victoria, corregidores que fueron de esta ciudad.

Sobre el caso antes citado y que ilustra de forma notable nuestro punto, explicaremos que en efecto en 1581 el Cabildo cuencano, en el que fungía de alcalde ordinario el capitán Antonio de Mora, cabeza de las familias Coronel de Mora y de Mora, de esta ciudad, concedió alrededor de cinco mercedes de tierras de cincuenta y ocho cuadras en el valle de El Paso «junto al camino nuevo que el capitán Joan Martín abrió para Samora» a vecinos de esta ciudad. Entre los que se encontraba el presbítero Diego Suárez quien además de las cincuenta y ocho cuadras posteriormente solicitó ocho cuadras más de tierra «para corrales y el sustento del servicio de su estancia de vacas que tiene en dicho valle de Paso» y un mes más tarde pediría «un herido de molino y con él cuatro cuadras de tierras para el servicio de dicho molino».

El 13 de septiembre de 1639 «Don Antonio de Peralta presbítero vecino en esta ciudad de Cuenca del Perú» suscribió una escritura de venta de «un citio y corral de vacas que tengo y poseo en Paso, términos de esta ciudad» a favor de Joan Coronel de Mora, el mozo. Desconocemos el destino de las otras mercedes de tierras, pero es probable que luego de transcurridos los años, como disponía la ley, fueran vendidas a los Coronel Mora las estancias que iban surgiendo en torno al camino nuevo que conducía a Zamora. Con el tiempo pasarían a constituir el hato para la cría de vacas y yeguas de «El Paso» y ya en el siglo XVIII sería la hacienda del mismo nombre.

El surgimiento de la propiedad rural en el Austro está vinculado estrechamente a varios aspectos que intentaremos reseñar en este trabajo sobre las haciendas. En primer lugar diremos que los sitios o estancias alejadas de los centros urbanos, que hacia el siglo XVIII, serían denominadas haciendas, estuvieron destinadas a la cría de ganado porque, según Ramírez «la historia rural bajo el mandato directo de los europeos empieza con la cría de ganado».

Por su parte Chacón anota que «antes que la agricultura, se desarrolló en Cuenca la ganadería». Para 1559, ya había cantidad de vacas y yeguas que, al pasar quebraban los puentes de la ciudad según indica. Apoyan estas afirmaciones la solicitud que hizo Diego Suárez de ocho cuadras más «para corrales y el sustento del servicio de su estancia de vacas» en 1581 y la venta que realizó el presbítero Peralta de «un citio y corral de vacas» en 1639. Hacia el siglo XVIII la distinción entre hacienda y hato es clara: la primera estaba destinada a la producción agrícola, mientras que en los hatos se criaba todo tipo de ganado.

En segundo lugar la propiedad rural nace vinculada al poder político; en el caso de los Coronel de Mora su padre, el capitán Antonio de Mora, era alcalde ordinario del cabildo que efectuó las concesiones de tierras en el valle de «El Paso» a varios vecinos que al cabo de algunos años al parecer cedieron sus derechos a Joan Coronel de Mora quien consolidó en su persona el hato para la cría de vacas y yeguas. Luego sus descendientes fueron propietarios de la hacienda. Joan Coronel de Mora, el mozo, fue Alférez y posteriormente Alguacil Mayor de la ciudad, su descendiente don Pedro Coronel de Mora se desempeñó como Depositario General y don Mariano fue Maestro de Campo mientras que Antonio Coronel de Mora tuvo el grado de capitán. Naturalmente esto constituye solo un ejemplo de lo que afirmamos, sería interesante estudiar, a lo largo de la Colonia, la Independencia y buena parte de la República, la vinculación de las familias terratenientes con el poder político.

En tercer lugar el clero secular tuvo temprana vinculación con la tierra; además de Suárez y Peralta hemos encontrado presbíteros que han solicitado mercedes de tierras o son propietarios de estancias en Nabón, Cochapata, Uduzhapa y Susudel, quienes al parecer fungían de testaferros de los terratenientes, en algunos casos, y en otros, negociaban las propiedades que habían adquirido en gracia de las mercedes o por compra directa.

Al parecer el clero secular coadyuvó a la formación y consolidación de la propiedad rural de los vecinos cuencanos, como hemos visto con anterioridad; acaso de esta vinculación se haya derivado el término «curuchupa» utilizado antaño en nuestro medio para motejar a los militantes del partido conservador cuyos miembros, especialmente los directivos, en su mayoría, eran hacendados. Cordero Palacios señaló dos acepciones posibles del término: «quichuismo de Curo, gusano y Chupa, rabo, cola y según otros, y es lo más probable, de Cura, en sentido de sacerdote y de Chupa, rabo, cola». Es decir, políticos rabos de los curas, dependientes en una alianza económica y política que mantuvo una larga hegemonía en el Austro. Sin embargo, la vinculación de los hacendados con el clero regular y con los conventos de monjas tal vez tuvo un signo contrario; tenía dos vertientes: en el primer caso, los censos o hipotecas que comprometían sus propiedades, como es la situación del capitán Antonio Coronel de Mora, quien establece censo sobre el sitio principal de «El Paso» para que su nieta María de Astudillo y Coronel de Mora sea aceptada como monja, en otros términos, se endeudaba a fin de cubrir la dote de su nieta.

Esta deuda, unida «al tanto» de la herencia que le correspondía al padre mercedario, fray Pedro Coronel de Mora, quien había donado su parte al convento, llevó a un largo juicio de la familia Coronel de Mora con la Orden de Mercedarios. A finales de 1792 se dictó sentencia para que los clérigos tomaran posesión de la hacienda de «El Paso». Por el momento nos interesa señalar que por debido a las dotes, donaciones y censos no cumplidos las propiedades y fortunas en muchos casos pasaban a manos de las órdenes religiosas de clérigos y monjas que llegaron a poseer numerosas propiedades urbanas y rurales y otro tipo de bienes y riquezas a través de este mecanismo.

Pese a que la Corona castellana trató de evitar el surgimiento de una clase feudal en sus colonias de ultramar mediante la asignación de mercedes con superficie señalada

de cincuenta y ocho cuabras en el caso de las estancias y una legua a la redonda para los hatos de ganado, estas propiedades podían ser negociadas al cabo de seis años de posesión dando oportunidad a familias adineradas para acumular tierras; por otra parte, ante las necesidades fiscales la corona estableció la «composición de tierras» y los «amparos» mediante los cuales los terratenientes podían acceder a terrenos realengos y tierras baldías e incluso despojar a comunidades indígenas, declarándolas tales, en unos casos y en otras mediante la compra a sus caciques para el pago de tributos.

Para el despojo de las tierras de las comunidades indígenas se instituyó las «reducciones» o pueblos de indios durante el gobierno del Virrey Toledo; los pueblos debían constar con una plaza mayor, iglesia, cabildo, tierras comunales y solares individuales y caja de comunidad, en lo esencial. Su finalidad fue también la agrupar a la población india, cobrar los tributos y contar con mano de obra cercana. Así, en el transcurso del tiempo familias adineradas fueron acumulando en una especie de mayorazgo: cuabras, estancias o haciendas y hatos para sí y sus descendientes. Para ejemplificar lo dicho retomamos el caso de los Coronel de Mora que en 1708 señalaban los términos de su composición de tierras en el valle de «El Paso» de la siguiente forma:

por la parte de arriba con el pueblo de Cochapata y Tambo Viejo, y por la parte de avajo con la cerca de la estancia de Juan del Carpio y demás casiques llamada Chalca, cogiendo dicho lindero para así a Nabùn, donde está una cerca de cabuyos de Mejico con un cerro llamado Potrero, dando caída a una quebrada que baja de Guadalel, y con un cerro llamado Moso y Zhililcay y Yanasacha y por el otro lado unos cerros llamados Cado, Rumiurco y Pagcha.

La familia poseyó tierras en Zhiña, Chibillín, Patadel, Trancapata, Sauce Potrero, Chalca, Ñamarin, en términos del pueblo de San Juan de Nabón, llamado Casacono; dominaban las cuencas altas del río León y su tributario, el Chalca, además de propiedades en Ludo, Machángara, Yanuncay, Girón, Cañaribamba, San Fernando y Yunguilla.

La función económica y social de la hacienda

En los primeros años las mercedes de tierras y luego las composiciones hacían referencia a solares, en la urbe, y a cuadras, sitios, estancias y hatos, en el campo. En la documentación el término hacienda empieza a utilizarse hacia la segunda mitad del siglo XVII. Ahora bien ¿cuál era la función económica y social de estas propiedades rurales?

Colmenares dice que en América se crearon estas unidades dentro un sistema agrario a fin responder a las circunstancias locales; fueron unidades productivas de desarrollo tardío vinculadas directa o indirectamente a sectores de exportación de metales preciosos o de materias primas agrícolas.

Ramírez opina que la hacienda en los Andes fue una institución dual, con una faceta básica capitalista y otra «feudal», es decir, las haciendas en sus relaciones exteriores parecían capitalistas, pero en sus relaciones internas eran más personalistas, es decir «feudales». Entendiendo su funcionamiento por «feudal» por practicar una economía autárquica, con régimen interno que giraba en torno al propietario y a la hacienda, de la que dependían sus dueños y trabajadores. Los bienes que se adquirían en el exterior eran muy escasos y la mayoría de alimentos se producían y consumían al interior de la unidad productora, prendas de vestir, aparejos para la labranza y el cuidado de animales se confeccionaban en la propiedad, mientras que se vinculaba con el exterior mediante la producción minera o la exportación de cascarilla.



4 | *Arriero*, escultura policromada del siglo XVIII, colección privada.

La poco conocida descripción del jesuita Mario Cicala hacia la mitad del siglo XVIII

Jacinto Landívar Heredia

Las descripciones de los territorios españoles en América tuvieron importancia por distintas razones, desde el inicio de la Colonia era importante para la monarquía conocer sus nuevos dominios, pero para el siglo XVIII las descripciones tomarán un sentido más científico.

Mario Cicala fue un sacerdote jesuita italiano, que vivió alrededor de veinte años en la Real Audiencia de Quito, él escribió la obra *Descripción histórico-topográfica de la Provincia de Quito*, que llevaba por subtítulo: «Escrita por un sacerdote de la misma provincia de la compañía de Jesús», primera parte. Esta obra escrita en Viterbo, Italia en el año de 1771, es traducida y editada en Quito por el padre Julián Bravo y el general Marcos Gándara Enríquez, con un tiraje de mil ejemplares, sin año de publicación. En la obra hace una descripción de cada una de las ciudades y sus alrededores, de la Real Audiencia de Quito. El capítulo XII se refiere a Cuenca, titulado: «De la ciudad de Cuenca en general».

Hemos encontrado en el texto algunas descripciones originales que merecen ser relatadas y analizadas para su conocimiento y divulgación. El relato está basado en numerosos testimonios de padres jesuitas americanos y europeos y muchas otras personas moradoras de la ciudad de Cuenca, así como forasteros que vivieron en ella algún tiempo para atender sus negocios y comercio. Añade el padre Cicala que referirá con la mayor fidelidad todo lo que fue narrado por el padre Pablo Torrejón, misionero jesuita, que vivió algunos años en el Colegio de Cuenca, –hoy Seminario San Luis–. Es de anotar en honor a la verdad que el padre Cicala nunca estuvo en Cuenca. La narración comienza así:

La ciudad hoy en día noble, bella y grandiosa de Cuenca, que existe en la Provincia de Quito, en la América Meridional, es una de las más majestuosas y dignas de consideración entre las de su provincia y tal vez entre las muchísimas otras provincias y reinos de la América Meridional y Septentrional. Ciudad muy admirada y alabada por los académicos franceses, quienes recorrieron por varios meses la ciudad y sus campos.

De su distribución

Existe en la Ciudad de Cuenca tres parroquias eclesiásticas, a saber: la primera es la de la Iglesia Matriz o Mayor, bajo la advocación de Santa Ana siendo parroquia exclusiva de españoles y mestizos, esta parroquia tiene anexa al Ejido, localizado entre los dos grandes ríos, el Matadero y el Yanuncay. La segunda es la de San Blas, de solamente indios y la tercera más pequeña que la anterior y también de indios, la de San Sebastián. Aconseja que con el fin de gobernar en lo eclesiástico de la mejor manera, se debe crear una diócesis en Cuenca con un Vicario Foráneo dependiente de Quito.

En lo civil y en lo político Cuenca no cuenta con un gobernador. A principios de cada año se eligen dos alcaldes jueces que predisponen a grandes discordias y litigios. Al gobierno de ellos entra las jurisdicciones de Loja, Zaruma y Alausí, adquiriendo una gran jurisdicción. No ha habido autoridad que a final de su gobierno haya salido bien librado ante el temperamento inquieto, litigioso y violento del habitante cuencano debe gobernarse como un militar con la espada en la mano, en lugar de la pluma.

Su geografía

De su situación geográfica refiere que la gran ciudad de Cuenca enriquecida por la naturaleza por cuanto esta puede dar de delicia, belleza y excelencia, está ubicada en una extensa llanura, la hace bella el estar situada alrededor de tres caudalosos ríos: el Machángara, el Matadero y el Yanuncay. La ciudad tiene una extensión de 16x8 cuabras, lo que le da un aspecto de un paralelogramo, aunque los barrios de indígenas le dan otra forma por la irregularidad de sus solares y casas. Cuenca ha rivalizado con Quito, sea por los materiales de sus

edificios como por lo formal y civil. La ciudad a pesar de ser antigua, está edificada a la moderna, con las calles bien rectas y amplias, limpias, todas ellas empedradas, Supera a la ciudad de Quito porque sus calles tienen todas ellas agua con cunetas y acueductos que circulan en el centro de ellas, lo que permite regar el huerto y jardín de cada casa. Con esto se comprende cuanta es la belleza, la amenidad, el encanto y los atractivos de esta ciudad. Los académicos franceses inmediatamente que vieron la ciudad la llamaron la «Versalles de América».

De las iglesias, religiones y casas de la ciudad de Cuenca

Las iglesias de Cuenca están construidas con buenos y sólidos materiales y no faltan las bóvedas reales muy bellas, vistosas y nobles. En algunas iglesias hay bellísimos artesonados de madera dorada. La iglesia Matriz tiene tres naves. Existen en la ciudad dos monasterios de religiosas, las de Santa Teresa con su convento y hermosa iglesia; en el convento se albergan veintiún religiosas escogidas entre las mejores familias, trabajan con sus manos, flores artificiales y otras manufacturas. El otro monasterio es el de las religiosas Conceptas, cuyo número es de 60, son particularmente famosas por fabricar dulces secos y conservas muy delicadas. Ambas comunidades están dirigidas por los padres jesuitas. Para entrar en las comunidades, la aspirante debe poseer pureza de sangre, proceder de una familia honorable y tener una dote que donará a la comunidad, además, debe esperar que alguna religiosa abandone la misma, o se produzca el deceso de una de ellas.

Hay en Cuenca seis órdenes religiosas: las de San Francisco, Santo Domingo, San Agustín, la Compañía de Jesús con doce sacerdotes, además, la de La Merced. Hay un Hospital Real confiado al cuidado y asistencia de religiosos betlemitas, por otro nombre Borbones. Todos los conventos tienen buenos edificios. En el segundo piso están los pequeños claustros y en las iglesias se celebran las fiestas con mucha pompa y

magnificencia. El Colegio de los Jesuitas es grande y bello, cuenta con amplias y espaciosas habitaciones. En el recinto hay un largo y ancho huerto plantado con árboles y hortalizas de muy buena calidad, alrededor de ese espacio se extienden pérgolas de uvas italianas blancas, moscateles y negras, de escogidos sabores. Tiene su fachada hacia la Plaza Mayor. Resaltan en el edificio los campanarios, altos y majestuosos, y las cúpulas. En el de la Iglesia Matriz hay un buen reloj que da las horas y sus cuartos, por lo que se rige toda la ciudad.

Los edificios de Cuenca son de dos pisos, bajo el uno, alto el otro, todos de fuertes muros, con hermosísimos detalles, embellecidos con pinturas y ornamentos con nobles adornos. En cada casa, además del patio, hay un huerto y el jardín, y por esto el aspecto de la ciudad de Cuenca es muy agradable a la vista, porque durante todo el año se muestra frondosa en su verdor, de florida primavera, o de fructífero otoño. Todas las casas están cubiertas con tejas. La ciudad tiene muchas plazas, pero la que está en el centro, la Plaza Mayor, es con mucho la más espaciosa que cualquiera y no faltan quienes dicen que es la plaza más grande entre todas las de la Provincia de Quito. Las casas situadas alrededor de la plaza tienen todas, sus pórticos y esto lo hace más hermosa y encantadora.

Del clima de la ciudad

Siempre oí a todos alabar el agradable clima de la ciudad de Cuenca, por saludable, ameno y templado, reconociéndose semejanza con el clima de Quito, aunque Cuenca tiene más templanza. A cuantos he oído hablar del clima de Cuenca le han dado preferencia frente al de Quito. Siendo tan bueno y delicioso durante todo el año, una especie de otoño y primavera juntos, hecho excepción los meses de junio, julio y agosto que es donde los vientos soplan fuerte desde el famosísimo páramo llamado del Azuay, que dista nueve leguas al norte, y soplan los vientos demasiado fuerte. En veces el frío es igual al del páramo del Azuay y la ciudad se vuelve gélida. De todos

modos, aquella ciudad es un muy agradable prado de delicias, donde la vista goza de los jardines floridos y de los frondosos árboles frutales, así como de los campos verdes y agradables.

De las cualidades naturales y morales de los nativos de Cuenca que peyorativamente les llaman morlacos

La población de Cuenca hoy es menos numerosa que hace algunos lustros, sobre todo ha bajado el número de indígenas, hoy cuenta con unos 14 000 a 15 000 habitantes dentro de la ciudad. Se puede asegurar que la cuarta parte corresponde a personas nobles (blancos) y las tres cuartas partes son mestizos e indios. Los caballeros de noble prosapia son de gallarda complexión de definido color blanco y sonrosado y de buenas facciones, las señoritas son más agraciadas y encantadoras y no faltan las que tienen rostros hermosos. Pero los mestizos y más los indios son feos, toscos y rústicos en su aspecto, son corpulentos y robustos, con su tez de color cobre oscuro y sus rostros desagradables y deformes. En la clase noble las mujeres han sido dotadas por la naturaleza de mayores capacidades, ingenio y prudencia que los hombres, aunque entre ellos existe gente de gran ingenio y que podrían estar en las grandes universidades del mundo. La gente plebeya no tiene grandes capacidades ni ingenio. Las señoras son afabilísimas, dóciles, humanitarias y generosas. Acostumbran dar limosna a los pobres. No así los caballeros y en general los hombres los cuales por lo común y de ordinario son ásperos y duros aunque educados y políticos. Todos los consideran de ánimo inflexible y cabeza dura, indóciles, e inclinados a los pleitos, disputas y caprichos. Son apartados de los sacramentos y de la piedad cristiana.

Reinan impunes en la ciudad de Cuenca los vicios del juego de los dados y de cartas, la embriaguez y otros desórdenes de no poca monta. En todo el país, a los pobladores de la ciudad de Cuenca se los conoce con el nombre de morlacos, sin saber porqué.

De las artes y oficios que florecen en la ciudad de Cuenca

En la ciudad de Cuenca florecen todas las artes serviles: zapateros, peluqueros, sombrereros, carpinteros, tejedores, forjadores, sastres, plateros, torneros, caldereros, confiteros y con eminencia florecen los escultores en marfil y corozo (tagua), marmolistas y los pintores, que son famosos por sus pinturas en tela y más todavía por pintar en delgadas láminas de jaspe, o alabastro blanco transparente o negro. Para decir verdad, los morlacos son habilísimos en las artes mencionadas y están dotados de extraordinaria capacidad para las obras y ocupaciones que necesitan acabados delicados y finos. Pero la desidia y la pereza son desgraciadamente grandes y llegan a lo increíble. Los artesanos son incumplidos.

Se tejen en Cuenca buenas y bellas bayetas de lana y, a pesar de que no son muy finas, son de larga duración. Pero son las telas de algodón las que resultan realmente finísimas y con delicadas labores. Las calcetas y birretes de algodón son también bastante buenos y finos.

Del comercio de los cuencanos

En la ciudad de Cuenca existe mucha afición por el comercio. Sus mejores mercaderías son las bayetas, sargas y con mayor perfección las telas de algodón, que por sí solas producen un ingreso anual de 30 000 a 40 000 escudos. Llegan a Guayaquil durante siete meses al año en gran cantidad telas de algodón que se venden muy bien y los mercaderes del Perú las compran todas a muy buen precio. Además, los peruleros (así llaman a los limeños), entregan a los cuencanos grandes sumas de dinero anticipado para el año siguiente. En 1761 los peruleros enviaron a la ciudad de Cuenca 40 000 escudos, para que a comienzos de 1762 sean entregadas las prendas. Todos los artículos como las jergas, las bayetas, las mulas, los caballos, los asnos, el azúcar, las cajas de dulce, los quesos, sirven para

las ciudades vecinas, además de beneficiar el comercio de la región y no hay duda de que administran no poco dinero y buenas entradas a la ciudad de Cuenca.

Del territorio de Cuenca

El territorio de Cuenca es uno de los más amplios y extensos y si se le añade Alausí, que algunos le agregan a Cuenca entonces sería de los más grandes, su longitud es de sesenta leguas y su latitud excede las setenta. Saliendo de Riobamba desde la segunda jornada en adelante todo es territorio de Cuenca, existiendo no menos de ocho jornadas, todas de mal camino, cruzando montañas, selvas, fangales, por desgracia profunda, con cenagales y pantanos peligrosos. Son dos los senderos para ir a la ciudad de Cuenca, uno el llamado el Camino Alto del Azuay y el otro el Camino Bajo de Culebrillas. El primero es aquel que cruza por el monte nevado del Azuay, tiene una subida de siete leguas y es bastante desagradable, el descenso es de seis a siete leguas no es tan malo como la subida. Aquel páramo de Azuay es uno de los más formidables que puedan existir en toda la Provincia de Quito y casi no hay año en que se sepa de muertos ateridos y helados por el frío intensísimo, al perder al corto tiempo aquellos viandantes la facultad de movimiento por congelación de todos sus miembros. Muchos viajeros por acortar el camino cruzan imprudentemente el páramo en los meses de junio, julio y agosto en donde cae la nieve y sopla un fortísimo viento. Se relata que el jesuita alemán, hermano Hertmann, de constitución robusta y de grandes fuerzas, quien instaló el reloj de la Iglesia Matriz, al cruzar el páramo del Azuay, estando próximo a la muerte aterido de frío y sin poder manejar la rienda, ni pronunciar palabra, ya inmóvil en la silla, es salvado por un guía que de manera providencial se le cruzó en el camino; de inmediato el arriero le sacó de su montura y le comenzó a agitarlo y a golpearlo y a arrastrarlo por la nieve para provocar una reacción que le hiciera entrar un tanto en calor, luego le abrió forzosamente la boca y le metió nieve y así se salvó cuando llegaron a una cueva.

El otro camino el llamado de Culebrillas es más largo, peligroso también, estrecho, escarpado en partes, cenagoso y con muchísimas curvas, contra curvas y precipicios –de ahí de nombre de Culebrillas.

En el territorio de Cuenca todos sus terrenos son feraces con toda clase de frutas, asimismo existe toda clase de climas fríos y cálidos, templados y tibios. Es un territorio comprendido entre las dos cordilleras nevadas, tiene llanuras, colinas y montañas. Hay en él mucha escasez de indios agricultores y trabajadores por lo cual muchas regiones están incultas.

De las poblaciones en el territorio de Cuenca

Son numerosas las poblaciones del territorio de Cuenca, pero las principales y conocidas que circundan la ciudad están a siete, ocho y nueve leguas de ella. Estas son: Azogues, Cañar, Paute, Gualaceo, Girón, Los Baños, Cañaribamba, Sayausí, Oña, Paccha y Saraguro. Son curatos administrados por sacerdotes seculares, todos con buenos y pingues ingresos. Las mencionadas tierras son de indios, pero entre ellas hay mestizos y en pocas existen españoles y blancos americanos. Todas tienen buen clima excepto Cañar que en veces es húmedo y neblinoso. El más importante de los nombrados es el de Azogues, cuyo nombre deriva por la presencia de la plata líquida (mercurio) existente en el lugar, este territorio es inmensamente extenso, tiene dieciocho centros y poblaciones llamados anejos con infinidad de parroquianos, su iglesia matriz es grande ornada de los mejores cuadros y altares con fina platería. Sus fiestas sobre todo de Corpus Cristi y Semana Santa son majestuosas y magníficas. El territorio de Azogues es abundante en minas.

De la fertilidad del territorio de Cuenca

Son terrenos muy fértiles los de Cuenca, pero a decir verdad, por la poca cantidad de gente y por la desidia y descuido, es

causa de escasez. Se produce entre otros frutos: la cebada, el trigo, el maíz y algunos tipos de granos y legumbres, escasean las papas. La carne es abundante y buena, especialmente la de novillo y vaca; la de cabrito y la oveja es escasa. En cambio es muy abundante la miel de caña, el azúcar negro y blanco y el aguardiente de caña que suministra aquel valle famoso de Yunguilla, de donde llegan los melones de agua y finos de mesa, piñas, chirimoyas y aguacates. De Paute llegan abundante cantidad de fresas, peras, manzanas, membrillos, granadas limones, naranjas, albaricoques duraznos, uvas de diversas clases, uvas pasas, etc. Además, hay nueces. En la ciudad de Cuenca se preparan variedad de dulces en cajitas de manera abundante.

Hay también gran abundancia de quesos de distintos tipos, formas, sabores, que compiten con los mejores de Italia, debido tal vez a la bondad de los pastos. De Cuenca se hace recolección de buena y fina cochinilla, siendo sus terrenos muy adecuados para producirla excelente en calidad y cantidad.

De los ríos y minas

Los ríos de Cuenca, como tenemos dicho, son tres: el Machángara, muy caudaloso e imposible de pasar por vados, su corriente es muy rápida. El segundo río, el Matadero quiere decir en italiano Macello; lleva también mucha agua que corre con violencia y tampoco se puede vadear, sino pasar por un puente de vigas. El tercero es el Yanuncay. Todos los tres ríos y otros de menor importancia tienen su curso hacia el Oriente, sus orígenes están en las montañas de la cordillera. Son muy útiles pues permiten regar en sus márgenes huertos, predios y jardines, lo que permite que la ciudad tenga gran cantidad de provisiones de frutas y hortalizas. Los tres ríos tienen abundantes peces llamados bagres de hasta media libra. A distancia de un cuarto de legua de la ciudad los tres ríos se unen formando el Paute que va hacia el Oriente uniéndose con otros ríos y luego con el Catamayo para formar el Santiago que desemboca en el Marañón.

Minas de rubíes, diamantes y amatistas

El río de Azogues que cruza la ciudad del mismo nombre en tiempos de lluvias intensas entre enero y mayo deja en las orillas que ha arrastrado piedras y arena, pequeños rubíes que da a entender que la mina debe estar en las partes altas del cauce del río.

En la jurisdicción de Cuenca existen algunas minas de esmeraldas, si bien se ha observado que aquellas que han sido halladas no están perfectamente cristalizadas y no son del todo valiosas aunque buscando la mina probablemente se encuentren piedras de mejor valor. Hay también gran cantidad de amatistas bellas, gruesas y de gentiles colores, es decir, de color rosado blanquecino.

Hay en aquel territorio de Cuenca depósitos y canteras de piedra llamada por los habitantes jaspe –en italiano diaspro–, es un mármol blanquecino muy fino y hermoso. Sus láminas son de un color lechoso, transparente y diáfano. Por sus características debe ser llamado alabastro y no mármol. Con este alabastro se trabajan piedras sacras, pilas y recipientes de agua bendita y los artistas usan lascas para pintar en ella cuadros de rostros e imágenes muy bien logradas.

De las minas de oro

En la jurisdicción de la población de Gualaceo hay una gran mina de oro que por la inopia y la pobreza de los habitantes no ha sido jamás trabajada; pero la mina más famosa y opulenta, de oro finísimo, se encuentra en un gran tajo o torrente en la jurisdicción de la tierra de Azogues, llamada la fosa o torrente rico, donde es fama común que hay una gran abundancia de oro, de allí el nombre de Torrente rico.

El jesuita Mario Cicala aunque jamás estuvo en la ciudad realizó, a través de los testimonios que recogió, una detallada y bellísima descripción del territorio que comprendía la región bajo el gobierno de esta y que en líneas anteriores se han transcrito tan solo fragmentos de sus escritos, permitiéndonos imaginar cómo fue Cuenca y su región.

Violencia en el siglo XVIII: mala fama, una mirada externa

Ángeles Martínez Donoso

Nada benigna fue la forma en se refirieron a Cuenca durante el siglo XVIII exploradores, funcionarios reales y hasta científicos, pero ¿en realidad tenían razón?

Es ¿Cuenca históricamente violenta? Está claro que hay eventos lamentables que han dado fama internacional a la ciudad y que han tenido trascendencia. Interesa reflexionar, sobre una mirada externa no muy halagadora sobre nuestra hermosa ciudad. Nos situamos entonces en el siglo XVIII, durante la Colonia y sin perder de contexto el soberbio criterio eurocentrista, en épocas del pensamiento ilustrado, que cometió errores en su exceso de racionalidad y de miradas hacia lo que se consideró exótico, e incluso «salvaje».

Los documentos de viajeros y autoridades de la época crean un perfil que señala la actitud violenta y pendenciera de nuestra gente. Empecemos por la descripción, de la sociedad de entonces, hecha por el Corregidor y Justicia Mayor, don Joaquín de Merisalde y Santisteban, en su informe realizado «por mandato del EXCMO. Señor Virrey del Nuevo Reino de Granada». En 1765, escribe:

Presumen generalmente de valientes, y para mantener este crédito comenten indispensablemente frecuentes, alevosos, homicidios. Ninguno merece el renombre y epíteto de fuerte, sino se debe á su fortuna algún sangriento progreso, y se hace vanidad de un delito que afea como bárbaro el natural remordimiento. Amparanse para esto de la traición y del tumulto, y á expensas de la muchedumbre quieren que se crea valor lo que es cobardía. Ni los hijos respetan á sus padres, ni los padres educan bien á sus hijos. No bien lleno el uso de la razón, cuando ya les llenan la cinta con el cuchillo y les castigan como culpa la timidez y encogimiento. Tan común es esta barbaridad, que ya se ha hecho de moda aun para las mujeres, y con ninguna otra gala juzgan adorar mejor su delicado talle, que con este desaliño y escándalo de su sexo (...) jóvenes infelices de una siniestra índole, son á los quince años famosos galanteadores y atrevidos espadachines.

Cuenca queda marcada como una especie de *Far West* andino, donde cualquier cosa puede ocurrir y es celebrado el asesinato y el uso de las armas en la sociedad civil. Hay que reconocer, sin embargo, que detrás de las expresiones de Merisalde se ocultan resentimientos personales contra una sociedad que se negó a acogerle, esto no significa que su opinión sea subjetiva, sino que debe matizarse. Unos años antes, en 1735 la Real Audiencia de Quito recibió a la Misión Geodésica Francesa, su paso por Cuenca quedaría grabado para siempre, no solo por los informes emitidos por Jorge Juan y Antonio de Ulloa, no muy favorecedores para la ciudad, sino por la lamentable muerte del cirujano francés Jean Seniergues a manos del populacho enfurecido aparentemente por su amancebamiento con la cuencana Manuela Quesada y la cercanía de su antiguo novio –quién había roto el compromiso de matrimonio con la *Cusinga*– a grupos de poder.

Dice Ulloa en la *Historia Secreta de América*: «La ciudad de Cuenca está regulada de 25 á 30 mil almas; su jurisdicción se compone de 9 pueblos principales (...) la casta de Mestizos abunda mucho en toda la jurisdicción; es gente altiva, muy perezosa, llena de vicios y mal inclinada». Ulloa habla también de los castigos brutales a los que estaban sometidos los indios. Charles Marie de La Condamine, por su parte escribió su célebre Carta en 1739 sobre el motín de Cuenca. Es entendible su dolor y rabia sobre la muerte del cirujano Seniergues, cuatro días después de ser atacado por la plebe el 28 de agosto de 1739 en medio de una corrida de toros en San Sebastián; «Pueblo miserable, los indios de esta región se emborrachan de una forma indecente», maldeciría el francés. Él mismo dio seguimiento al proceso judicial, que a todas luces no se llevó a cabo de manera transparente.

La fama de Cuenca trascendería al Viejo Continente, aquél día al grito de «abajo los franceses, que muera el mal gobierno y viva el rey», ya que los prestigiosos sabios que conformaban este equipo, temieron por sus vidas, ante una multitud que incluso les puso un ultimátum para que abandonaran la ciudad, que finalmente no se cumplió.

Francisco José de Caldas, notable científico, cercano a Mutis, que estuvo en Cuenca en 1804 recogerá las opiniones de La Condamine y, además, agregará:

El morlaco, nacido en el seno de las tinieblas de su patria, se cree el ser más importante del universo y mira con desprecio a cuantos le rodean. Orgullosos, creen que todo existe para que sirva sus caprichos tan vanos como insensatos. La más ligera resistencia a sus deseos, la falta más leve enciende el fuego de la discordia. Su valor está en arruinar a todo el que no dobla la rodilla en su presencia, en tener grandes riquezas, y jugar la espada (...) A pocos años que el desafío, el asesinato y las manchas de la sangre del desgraciado era el más precioso blasón de su gloria. Amigos de los litigios, viven rara vez en paz.

Cuando Bernardo Recio escribe su *Compendiosa Relación de la Cristiandad*, recoge sus impresiones en el viaje que hizo a Cuenca en 1759 acompañando al obispo de Quito, Joan Nieto Polo del Águila; como es natural en aquella época menciona la muerte de Seniergues y presenta su propio juicio sobre lo acontecido, señalando: «le salió muy cara la fiesta, porque les mataron a uno de ellos (...) porque no sólo corren toros, que son por allí bien bravos, sino que se desmandan al beber, y aún se desmandan en máscaras y bulla de bacanales (...)». Recio, testimonia desde otro ámbito el abandono de la guía eclesiástica y el consecuente y profundo deseo de reforma, pero señala en forma precisa algunos de los problemas presentes. Ahora bien ¿qué hay de imaginario en estos relatos?, es claro que se vive un momento complicado en la sociedad, y que es Cuenca, quizá la que peor fama alcanzó como ciudad caótica y violenta en la Audiencia de Quito, pero hay que distinguir un par de elementos trascendentales. Ninguno de los testimonios expuestos pertenecen a gente nativa, no se sienten pertenecer y por lo tanto todos son de una manera u otra: extranjeros. Merisalde responde a intereses de poder, al igual que Ulloa y en el caso de La Condamine está claro que era muy poco atinado para describir costumbres que le eran ajenas, aunque no se puede negar que el asesinato de su compañero fue un acto brutal, pero recordemos que cuando el francés habla de la

Amazonía, por ejemplo, no tiene empacho de tildar de estúpidos por naturaleza a los indios de la región. Tampoco es cierto que la sociedad europea estaba en otro nivel de evolución, es interesante, por ejemplo, leer y comparar la historia del siglo XVIII, especialmente conflictiva para la vida de las ciudades en otros lugares el mundo.

Por otro lado, cuando se trata la violencia, nos encontramos con la idea manejada por Hannah Arendt sobre que «la violencia se da por la ausencia de poder», una autoridad falible que está muy bien documentada en la corrupción de las autoridades políticas y religiosas del tiempo al que hacemos referencia. Falla del sistema o no, ese es un motivo de otro análisis, por supuesto, la violencia no se justifica. En otra ocasión hablaremos de la gente que se enamoró de estas tierras apasionadamente.

Pero ¿qué hay detrás de las opiniones de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, de La Condamine, Caldas, Velasco, Merisalde y Santisteban y otros? ¿Se trata solamente de un juicio interesado y erróneo sobre un imaginario que a los ojos de los visitantes se interpreta como violencia? o, por el contrario ¿son los casos públicos denunciados solamente la punta de un ovillo que atraviesa la sociedad colonial? ¿Se acostumbra a resolver los problemas al margen de la ley y fuera de las disposiciones de la convivencia civil?

Luego de empezado el baile venía el desorden: borrachera y fandango

Juan Martínez Borrero

Describir los territorios de la Real Audiencia de Quito es un motivo para destacar la abundancia de la tierra y la fertilidad de sus campos así como para mostrar un lado casi desconocido: la vida cotidiana de sus pobladores.

Antonio de Ulloa describió en su característico estilo hiperbólico los fandangos o fiestas «en Quito mucho más licenciosos y frecuentes» y en donde «las liviandades llegan a un extremo que se hace aun el imaginarlo abominable y el desorden es a correspondencia», se cuida de señalar que la «gente de lustre» no participa de estas diversiones pecaminosas en las que circula abundantemente el aguardiente de caña y la chicha endulzada.

Señala Díaz para la Nueva Granada que «el fandango o los fandangos», en la época colonial, pudieron haber representado el tipo de baile «popular» más extendido y común, no solo porque en ellos se daban cita distintos estamentos sociales, sino porque, al parecer, generaba litigios de competencias entre las autoridades regionales dado el celo institucional por regular, controlar y prohibir este tipo de espacios lúdicos. De allí que no pueda desvincularse el juicio moral del intento de control de la población. Quién baila, canta, interpreta música, se emborracha y participa de las seducciones y de redes sociales informales, no trabaja y es, en este sentido, antisocial y mala persona. La mirada externa juzga y descalifica esta actividad, Cicala escribe refiriéndose a Quito:

El baile universal, de todas las clases sociales, sin excepción de las más respetables, es el que se llama fandango o fandanguillo, un baile confuso, sin orden, sin arte, sin simetría, entre mujeres y hombres; parecen otros tantos locos de cadena; algunos hacen los gestos más obscenos, las actitudes más escandalosas, los movimientos más insolentes, las acciones más desvergonzadas, y son ellos los más aplaudidos y alabados.

Estos bailes pueden durar noches enteras sin descanso y es, universalmente, el consumo del aguardiente el que posibilita estos alardes. El fandango en la ciudades se relaciona con colectivos subalternos, por lo tanto, no resulta extraño que el juicio sobre esta actividad sea siempre negativo. Lejos de verse como un espacio de socialización en el que cobra importancia la negociación personal y que se convierte en un momento de diversión y sensualidad de carácter carnavalesco, el juicio moral lo descalifica en cuanto los participantes se alejan de sus obligaciones de trabajo dependiente para subvertir el orden esperado.

Que el fandango ha sido un espacio de creación y poesía popular, en el que se establecieron las bases de la música criolla, es un aspecto reconocido por los investigadores como Bernand, Guerrero Gutiérrez y Díaz. Bajo este nombre genérico se encuentra no solamente el baile en sí, sino que también se cobijan diversos géneros musicales, por ejemplo los «jarabes, chuchumbés, mariacumbés, nombres que tienen evidentes resonancias africanas», como lo indica Bernand o, en el caso del territorio quitense, el «costillar», habitualmente acompañado de arpa; el «cañirico cañarico, canerico, canirico, canariquito, o cañiriquito», que pudo haber sido popular en toda la Audiencia de Quito y cuya presencia en el Corregimiento de Cuenca está demostrada; el «arrayán», la «verdulera» y otros incluyendo el alza, han sido señalados por Guerrero Gutiérrez. En muchos de estos casos se ha podido trazar sus elementos básicos y las letras de las canciones que, con frecuencia, tiene referencias sensuales y eróticas y manejan el doble sentido de las palabras, señala Guerrero Gutiérrez. Siendo el cañirico un «pecaminoso baile de la época colonial» en el que, al ritmo de los versos coreados por los asistentes, los bailarines se despojaban de las prendas indicadas en la canción, no sorprende entonces el escándalo que provocaba. Guerrero Gutiérrez citando a Aguilar nos da una muestra del tipo de letras coreadas: «Cañirico, quítate el rebozo, Cañirico, sácate el poncho, Cañirico, sácate la pollera, Cañirico, sácate el calzón». Como el aguardiente de caña fue la bebida más

difundida en Quito para los fandangos puede ser evidente la relación entre esta bebida y el espíritu carnavalesco de la fiesta. Si bien el «trago» se bebía en innumerables ocasiones, como en las velaciones del Niño Dios, ofreciéndose como «fuerza» para el trabajo, para combatir el frío, como apoyo en los viajes, etc., la mayoría de los autores señala su relación directa con los fandangos y la descomposición moral.

Las pinturas murales del Carmen de la Asunción de Cuenca, terminadas en 1801, ofrecen una descripción detallada de algunos de estos bailes desenfadados tal como debieran haberse efectuado en Cuenca, así en una escena puede verse a un hombre interpretando el arpa –acompañado de dos asistentes, uno de los cuales parece ofrecerle una bebida– a cuyo ritmo baila una pareja. La mujer, está elegantemente vestida con blusa y pollera (falda), esta terciada de cintas, y que sujeta con ambas manos, como en ademán de bailar. El hombre, tocado con sombrero de paño –quizá un sombrero de vicuña según la descripción de la época–, se acerca a la mujer con un pañuelo a la mano. Por detrás otro hombre, este tocado con pañuelo, se aproxima a los bailarines para sumarse a la diversión. La pintura parece representar claramente el baile del «costillar», que en la novela *Entre dos tías y un tío: costumbres y sucesos de antaño en nuestra tierra* de Juan León Mera, aparece descrito así: «El arpista, entre tanto, se había sentado en una piedra al pie del tronco del famoso capulí, y tocaba el costillar (...) menudeaban las copas de Mallorca y de la exquisita mistela (...) El efecto de las frecuentes libaciones se manifestaba ya en una tumultuosa alegría y comenzó el baile. Zapatearon hasta las viejas, y no se diga más (...)».

El baile es entonces motivo para tentaciones pecaminosas y la mujer está expuesta a la seducción erótica del fandango. Al tratarse de pinturas murales en un monasterio carmelita de estricta clausura, podemos suponer que se trata de ejemplos morales en los que se muestra cómo las mujeres están expuestas a la perdición en contraste con la residencia en el *hortus conclusus*, que previene la mala vida, cambiándola por la oportunidad de la salvación eterna.

El conflicto entre lo inmoral y lo aceptado

Fandangos y bailes, momentos de desorden social, son denunciados en forma repetida por muchos autores. Aparece aquí el contraste entre los comportamientos que son moralmente aceptables por parte del observador y el disfrute del baile, la bebida, la música, la compañía de los amigos y la atracción sexual, de los participantes. Los espacios de diversión, públicos o privados, son escenario de licencias inmorales. La venta del aguardiente es propicia

para la tentación ya que, como señala Cicala:

las bodegas y estancos reales (...) para tener más concurrencia y ventas y también para atraer y acostumbrar a todos a frecuentar sus bodegas, se han servido de la más infame y diabólica invención, de tener escondidas detrás de algunas telas y esteras 6 y más mujeres jóvenes, pagadas por aquellos, a fin de invitar a los hombres que entraban, o al baile, o al canto o a otras nefandas acciones, convirtiéndose las tabernas en otros tantos burdeles y lupanares.



5 | Juan Martínez Borrero (1983), «[El Fandango] en la cenefa del refectorio del convento del Carmen, Cuenca». *La pintura popular del Carmen. Identidad y cultura en el siglo XVIII.*

Las Reformas Borbónicas y su impacto

Agatha Rodríguez Bustamante

En 1777, el Corregimiento de Cuenca se convirtió en Gobernación y adquirió un importante estatus político-territorial. La recaudación de impuestos causó gran descontento en comerciantes y hacendados, pero lo que causó indignación fue el excesivo «control social» que impuso por el nuevo gobernador borbónico Joseph Vallejo y Tacón.

Las Reformas Borbónicas han ocupado un lugar central en los estudios sobre el siglo XVIII tanto en España como en la que fue la América Hispana. Pensemos en Cuenca y su región durante este siglo y preguntémosnos ¿cómo la llegada de un nuevo funcionario real a la recién creada Gobernación de Cuenca afectó el desarrollo de la vida política, económica y social? y, por otra parte, ¿por qué la sociedad percibió que Joseph Antonio Vallejo Tacón, nuevo gobernador, cambió las normas de esta región? Tomaré como punto de partida un documento encontrado en Archivo Nacional del Ecuador (ANE) y que se refiere a los conflictos entre el gobernador y Bernardino de Espinosa y Alvear.

Cuenca ha sido un caso particular en la historia por varios factores, su economía, por ejemplo, no respondía directamente a los intereses de la capital de la Audiencia, ya que mantuvo fuertes relaciones económicas con Guayaquil y Piura, lo que le permitió exportar cascarilla y tejidos de algodón. Merece por lo tanto un estudio focalizado sobre lo que sucedía en su región en medio de los cambios generados al convertirse en una Gobernación y la llegada de nuevos funcionarios a «disciplinar» todos los ámbitos de la vida de los cuencanos. Las Reformas Borbónicas –enmiendas políticas, económicas, sociales e incluso morales– afectaron de manera desigual los territorios donde fueron aplicadas. Los nuevos planes puestos en ejecución por los reyes borbones y sus funcionarios provocaron reacciones dispares. En el marco de estas reformas

en la década de 1770, Cuenca se erigió como Gobernación por orden de Carlos III y fue enviado como gobernador el Alférez de Navío Joseph Antonio Vallejo y Tacón, quien tomaría posesión del cargo ante el cabildo cuencano. Descrito como un hombre de esmerado comportamiento al sustituir al Corregidor incorporó en él sus funciones «con la añadidura de las políticas y militares (...) más la inspección de la Hacienda Real. Su prestigio era mayor, y tenía todos los derechos, facultades y atribuciones de los demás funcionarios en toda la provincia».

La sociedad cuencana experimentó un notable crecimiento económico en el siglo XVIII debido al auge de la cascarilla, un producto de exportación que entró en la lógica de las reformas por ser una materia prima; y en lo político y territorial por haber sido elevada a Gobernación. Tuvo un proceso de mestizaje temprano, pero también era una sociedad llena de contradicciones que gustaba de los llamados «juegos prohibidos», dados y apuestas, que se practicaban a vista y paciencia de las autoridades. Los distintos funcionarios reales que pasaron por esta comarca vieron con preocupación el «relajamiento moral» de los cuencanos. Los episodios de violencia llegaron a su punto álgido con la muerte del cirujano de la Misión Geodésica Francesa, Seniergues. A su paso por Cuenca Joaquín de Merisalde y Santisteban escribió «y es notable la extravagancia de su genio y sus costumbres. Presumen generalmente de valientes, y para mantener este crédito cometen indispensablemente frecuentes, alevosos homicidios». Aunque la cuestión de la defensa del honor era muy común y estaba muy arraigada en la mentalidad española, a juzgar por esta observación los cuencanos habían llegado hasta situaciones consideradas extremas para defenderlo. Vallejo y Tacón, ante la situación, pretendió «una necesaria, inevitable y creciente intervención del Estado».

Ese era el contexto de Cuenca y su provincia en el siglo XVIII, y esa la sociedad que el reformador borbón encontró a su llegada. Este personaje quizá pensó que Cuenca, en su condición de ciudad secundaria en la Audiencia, estaría

predispuesta a un cambio profundo, pero no fue así. La recaudación de los impuestos –que aumentaron notoriamente– causó en los comerciantes y hacendados gran descontento, así como una resistencia que llevó a denuncias y pleitos con el gobernador. Es el caso de Espinosa y Alvear, quien se dedicaba al comercio de la cascarilla, la intervención en todos los aspectos que Vallejo y Tacón aplicó en Cuenca alcanzó a dicho señor en 1779, como efecto de las políticas fiscales del reformismo, que llevó a exigir mayores presiones fiscales. Uno de los aspectos del cambio en la política económica fue el del comercio y es el motivo por el que se produce el conflicto con Espinosa y Alvear.

El asunto recogido en el expediente del caso, señala que se había ordenado el remate de las haciendas «Rumi Urcu» y «Nuca», propiedad de Espinosa y Alvear, para cubrir la deuda que este mantenía con el Real Fisco y la cofradía de Santo Chisto de Xiron (Santo Cristo de Girón). El acusado decía haber pagado con las mejoras realizadas en el hato de Calsari. La situación se complicó cuando se encontraron problemas en la venta del hato al caballero por parte de los capellanes de Girón y desde Quito se invalidó la venta. Él escribió dos peticiones en las que indicó que su deuda había sido pagada con las mejoras, entre las que constaban ganado, utensilios y «las deudas de los Yndios de su serbicio [que] ajustaban la quenta» y que fueron los herederos de Tomás de Neyra quienes dilapidaron las mejoras. Indicó que de no atender con «justicia» a sus peticiones recurriría a una instancia superior.

Lo que hizo en noviembre de ese año. Tildó el remate como un acto «tirano, é inhumano [para] que dichas fincas salgan de mi poder» pero se negó la suspensión del procedimiento por parte del gobernador. Ante esto, Espinosa y Alvear recurrió al tribunal en Quito y acusó de indebido «el modo conque se manejan los Ministros secular y eclesiastico» en Cuenca. Pidió que se dicte sentencia en Quito ya que desde la Gobernación se había dilatado un

arreglo. De estas acusaciones se defendió Vallejo y Tacón, quien denunció como falsas las afirmaciones del hacendado y lo culpó de querer vender a altos precios el ganado, la cascarilla y de asegurar que las mejoras realizadas sumaban más de lo que en realidad valían. Parte del problema de las reformas, o su efecto durante la Colonia, es que las comunidades criollas se vieron seriamente limitadas en la toma de decisiones económicas y administrativas, los criollos fueron relegados de los principales cargos de la administración virreinal, lo que aumentó su descontento, además, los indígenas sufrieron las presiones más fuertes y se sublevaron en distintas ocasiones y territorios.

Las tensiones del poder: el control del gobernador

Cuando se introdujeron las Reformas Borbónicas en la América hispana, el orden moral de antiguo régimen se vio estremecido por las nuevas regulaciones. La creación de la Gobernación supuso la llegada de Joseph Antonio Vallejo y Tacón, funcionario real enviado para disciplinar política, social, económica y moralmente a una sociedad muy contradictoria. Su intervención significó una ruptura en las costumbres de la sociedad cuencana, desde la prohibición de los juegos a los que eran aficionados, hasta un control político y económico que no fue bien visto. Espinosa y Alvear pretendió pagar la deuda a las Cajas Reales por medios que no eran las habituales, lo que Vallejo y Tacón debió considerar una alteración al orden que él representaba, un perjuicio al Fisco Real, y por lo tanto al rey.

Un hombre de las convicciones de Vallejo y Tacón, dispuesto a cumplir con las órdenes, no permitiría ver burlado su gobierno. Buscó la forma de cobrar la deuda y decidió poner en remate los bienes de dicho caballero, quien se vio perjudicado por el exceso de intromisión del gobernador y comenzó el pleito cuyo desenlace desconocemos.

Sabemos que incluso la misma Audiencia criticó al gobernador; la resistencia al funcionario no solo se debió a su rígido carácter y a veces su doble moral, de lo que se le acusó en repetidas ocasiones, como cuando disparó a sangre fría a Marino Zabala, conocido como el «Espadachín Zabala» causándole la muerte, sino a que parte de la sociedad se oponía a los cambios que se estaban dando a partir de la aplicación de las Reformas Borbónicas.

Lo que se comía en el siglo XVIII: las frutas

Juan Martínez Borrero

Si algo ha caracterizado a la alimentación cuencana es la presencia permanente de una enorme variedad de frutas de todo tipo. La temporada de mayor abundancia, estaba entre febrero y abril, pero a lo largo de todo el año, y de manera oscilante, también la dulzura y acidez de muchas frutas de origen local alegraba las mesas o la media mañana.

Hoy estamos más acostumbrados a la insípida fruta del supermercado, o a las frutas que importadas han reemplazado a muchas de las variedades tradicionales aún en los mercados tradicionales. Como ejemplo sirva la manzana, ahora de forma, tamaño, peso y color perfectos, pero que en su armonía visual ha perdido al menos dos importantes valores: sabor y textura. Cuando hemos saboreado una «flor de mayo» de pequeño huerto, redescubrimos por qué esta ha sido una fruta tan apreciada y echamos de menos, en las demás, perfectas frutas, su calidad.

La extraordinaria diversidad

En la primera mitad del siglo XVIII, señala Antonio de Ulloa, que en Cuenca hay todo género de frutas, carne en abundancia de novillo, vaca, o carnero, buen trigo y pan doméstico, hay poca abundancia de legumbres verdes, que son suplidas por raíces y legumbres secas. De los valles cálidos, yungas o calientes vienen los camotes, arracachas y yucas y de las tierras altas las ocas y las papas, pero el comercio de alimentos se centra también en productos que son buenos para el paladar por sus sabores sutiles y su aroma, entre ellos los plátanos dominicos, los guineos, chirimoyas, aguacates, granadillas, piñas, guayabas, guabas, que vienen de las tierras cálidas y los duraznos, de las variedades prisco, melocotón y guaytambo, los albaricoques, melones y sandías de las tierras frías. Se suman a estas las frutillas o fresas del Perú, tunas, manzanas, y entre los cítricos las naranjas llamadas de China o Portugal,

a más de naranjas agrias, limones reales y sutiles, limas dulces y agrias, cidras y toronjas cuyos árboles mantienen todo el año el azahar. Las frutas son tan deliciosas y abundantes que están siempre en las mesas por esto:

La abundancia y permanencia de tantas y tan diversas especies de frutas, es regalo continuo, con que se cubren las mesas: ellas son los primeros platos que las adornan, y los últimos, que se quitan, cuando las levanta, después de haber servido la diversidad de manjares de otras especies: entre cuya muchedumbre sirven no sólo de diversión a la vista, si también de deleite al paladar; pues según es allí costumbre, varía el gusto con ellas el de los otros platos.

La sabrosa chirimoya y el delicado aguacate

Antonio de Ulloa se deleita extensamente en la descripción de algunas frutas, que al parecer le gustaron sobremanera, entre ellas las chirimoyas, aguacates, guabas, granadillas y frutillas. De la chirimoya destaca su forma y color, pero se detiene en su gusto al decir «esta carne tiene así mismo un jugo algo meloso, en el cual está empapada; salpicado de un agrio muy moderado y delicado con fragancia tan agradable que realza la calidad de su exquisito sabor».

Por su parte Antonio de Alcedo dirá que las chirimoyas de Cuenca son mejores que las de Quito, estas pequeñas y con muchas pepas, siendo excelentes las de Popayán. La chirimoya, como señala este autor, se come como fruta fresca aunque ocasionalmente podía prepararse en conserva o como crema para relleno de pasteles. Las chirimoya, fruta propia de los valles ligeramente abrigados cercanos a Cuenca, como Gualaceo y Paute, a más de los mismos huertos urbanos y de los extramuros, puede considerarse como una fruta de prestigio, tan notable que se encuentra servida en la misma mesa de Santa Teresa de Ávila, en el refectorio del Carmen de la Asunción, una mesa en la que se sienta también Cristo, a más de aparecer en bandejas y en pinturas de recolección de frutas en la que interviene mujeres mestizas, o cholitas

cuencanas, elegantemente vestidas con su traje tradicional de pollera y pañolón.

Del aguacate o palta que se come con sal para destacar su sabor, que es insípido según Alcedo y Velasco, pueden identificarse diversas variedades por ser «unos redondos, otros ovales, y otros con cuellos largos: unos de corteza verde, que son los más, otros de negra y otros de morada; unos tienen la médula fibrosa y otros no; unos tienen la médula casi verde, otros casi blanca y otros tan amarilla como la yema del huevo». Esta fruta, dirá el jesuita, se come por lo común con cuchara y puede considerarse entre las mejores, compitiendo con la chirimoya y la piña.

Las guabas y granadillas

La guaba y el pacaes —*pacay*—, parece estar cubierta de terciopelo por el exterior mientras que su interior está compuesto de cavidades con semillas que envuelven una médula esponjosa que parece propiamente algodón con un jugo dulce y fresco, Alcedo dirá que son las mejores las que están cubiertas de vello de color anaranjado a la que se llama peluda.

De la granadilla dirá Ulloa que es «como un huevo de gallina, pero más grande y de cáscara lisa y gruesa y con unas semillas cuyo (...) gusto es agrídulce, tan agradable que ni fastidia el uno ni molesta el otro, la calidad de ella, muy cordial, fresca y tan sana que, aunque se coma en abundancia, no hay peligro de que redunde daño». Velasco, que indica que es como un limón regular en su tamaño, se referirá a ella como granadilla tripona, destacando que está llena de «semillitas chatas, cubiertas de carnosidad delicada y dulce; y bastante agua de bellissimo gusto».

La recolección de granadillas, fruta de origen local al igual que la chirimoya y el aguacate, se representa también en el Carmen en una escena en que una mujer mestiza, tocada con sombrero de toquilla, cubierta con pañolón y vestida con

pollera bordada, asiste a un hombre que, descalzo, ha trepado al árbol para alcanzar las frutas, conjuntamente con otros dos hombres situados detrás de un montón de granadillas en el suelo.

Estas frutas locales han permitido el desarrollo, gracias a la abundancia del azúcar, de una variedad de dulces hechos en casa: las conservas y bocadillos, los dulces pasados, las espumillas, los cortados, la «tiza», las mermeladas, que también han ido desapareciendo abrumados por las latas de productos foráneos. Hoy, cuando se discuten los valores de la alimentación, y lo que es o no saludable, queremos echar una mirada a la abundancia frutícola de Cuenca, antes de que la industria florícola, el crecimiento del hábitat urbano, la transformación de las prácticas de cultivo y el abandono de los espacios agrícolas urbanos propiciaran la destrucción de los huertos, fenómenos que han caracterizado a los últimos años.

No tener *cristo* en qué morir

Gerardo Martínez Espinosa

Durante la época colonial la famosa Escuela Quiteña incluyó importantes artistas de Cuenca, que dieron su toque particular a imágenes religiosas y dejaron su legado muchas veces olvidado.

¿Qué nexos había entre las grandes obras de arte y religión que dictaba España y la obra de los imagineros americanos de este provinciano escultor Ayabaca y otros más, de las imágenes religiosas que salían de los talleres de Quito y Cuenca? Casi nadie sospechaba la consanguinidad en el arte con los grandes maestros españoles de la imaginería en madera como Gregorio Fernández en Valladolid; Juan Martínez Montañés en Sevilla o Alfonso Cano en Granada. Se sabe que los frailes franciscanos Jodoco Ricke y Pedro Gocial trajeron a Quito algunas obras de imagineros españoles como modelo para la enseñanza de la escultura y la pintura de la escuela recién fundada con el deseo de continuar la producción artística española. Sus primeros frutos aparecieron en Quito desde mediados del siglo XVI y la presencia del escultor toledano Diego de Robles vecinado en Quito hacia 1584 facilitó la tarea.

Del mismo modo, dominicos, mercedarios, agustinos y jesuitas trajeron cuadros, esculturas y, sobre todo, libros ilustrados de devoción y estampas religiosas que se imprimían y grababan profusamente en España y en la flamenco Amberes, muy unida con Sevilla en aspectos comerciales y en la producción de libros que llenaban la imperiosa necesidad de llevar a todos los confines las imágenes propias de una pedagogía cristiana que respondiese a la estrategia adoptada por el Concilio Trento para frenar y, si fuese posible, derrotar las doctrinas de Lutero.

Nació la «Escuela de Quito» en el arte plástico americano. Algunos críticos la ven solo como una proyección del arte barroco español mientras los más acogen un razonamiento inapelable: una escuela artística se llama así

cuando un conjunto de caracteres comunes distingue sus obras de las demás en una época o región. Y esto lo cumplía la «Escuela de Quito». A su vez, los talleres quiteños acunaron el arte plástico cuencano. El padre Juan de Velasco, luego de referirse elogiosamente al pintor quiteño Miguel de Santiago, agrega que en su entorno conoció «a varios que estaban en competencia y tenían sus partidarios y protectores. Era un maestro Vela, nativo de Cuenca y otro llamado el Morlaco (...)». El contexto permite asegurar que no eran artistas despreciables sino maestros notorios, ligados a la ciudad natal, con discípulos primero en Quito y después en Cuenca no solo para copiar modelos, sino quizá para introducir alguna modificación en las imágenes.

No eran casos aislados. El padre José María Vargas agregó el nombre del hermano jesuita Miguel de Santa Cruz, también cuencano, colaborador del padre Juan de Narváez y del pintor Nicolás Javier Gorívar en el célebre grabado de la Provincia Jesuítica de Quito en 1718. Dice Vargas a continuación: «El Corregimiento de Cuenca contó en la colonia con pintores y escultores que dieron aire local a cuadros y efigies de la Virgen. De indudable estilo cuencano es el alto relieve que presenta María con el Niño Jesús y San Juan Niño, como una réplica escultórica de una Madona de Rafael de Urbino».

Luego en 1751 hablando de Cuenca, el padre Bernardo Recio se refirió al mármol: «que por tener sus manchas llaman allá jaspe; de estas piedras se hacen obras exquisitas, de todo género, que, realizadas con el primor de las pinturas, son una admiración, de modo que se apetecen y llevan hasta Lima (...)». En el Museo de las Conceptas de Cuenca hay dos pequeñas pinturas sobre mármol que obedecen a esta descripción.

Sería de mucho interés ahondar el estudio de las obras plásticas de Cuenca, lo decimos a guisa de ejemplo, como los lienzos de los Misterios del Rosario de la basílica de Santo Domingo. Su buena factura entusiasmó al padre Vargas, magnífico conocedor del arte ecuatoriano, que los tenía por quiteños. Cuando poco después expertos de la Conferencia

Episcopal examinaron estos lienzos durante el proceso de limpieza profunda, los catalogaron como de autores cuencanos, queda abierto el tema a los entendidos. Si la pintura colonial cuencana, a pesar de lo dicho no fue suficientemente conocida y apreciada, la escultura presenta otros ribetes. En sus libros de historia del arte ecuatoriano el padre José María Vargas trata con extensión el tema.

Cuando declinó la maravillosa talla de madera en Quito con la desaparición de Caspicara y demás maestros, Cuenca produjo desde los años finales de la Colonia hasta el siglo XIX y comienzos del XX un grupo de escultores, especialmente de «Cristos» con una concepción religiosa profunda que en muchas ocasiones consiguió a la vez dramáticas, pero mesuradas expresiones en la iconografía del dolor del Crucificado y una encarnadura, ya velada, ya con brillo, con resultados casi siempre estupendos. No quedaban atrás las imágenes de la Virgen María talladas en la actitud propia de sus advocaciones.

Ha llegado hasta nosotros apenas una parte ínfima de la producción de los talleres cuencanos. A la destrucción de cuadros e imágenes en bulto por la incuria, la humedad o la polilla habría que sumar la constante depredación de los comerciantes y aficionados, mientras más cultos, más peligrosos, ¿cuántas obras salieron de esos talleres para satisfacer las exigencias mercantiles locales, nacionales o de otros países que apreciaban la obra plástica de la escuela de Quito en que se incluía Cuenca?

El arte religioso, fuente de trabajo de numerosos cuencanos, permitía mejorar la economía local, siempre al borde de las soluciones milagrosas. El mercado del arte religioso, relativamente vasto, podía abarcar a todos los dueños de casa, a los párrocos y más clérigos, a las cofradías, hermandades, doctrinas y parroquias que requerían tallas y cuadros con afanes religiosos, o como el único adorno de los hogares más o menos cultos, carentes de paisajes o retratos desconocidos en el medio. Nos queda, por supuesto, hablar de Sangurima, Vélez, Alvarado, Figueroa, Velasco, Guamán, Arce, entre otros, escultores locales de gran trascendencia.

Manuel Jesús de Ayabaca, desde el último rastro

El maestro Manuel de Jesús Ayabaca habría nacido en 1844 y por los años 1940 lo hemos visto envejecer lentamente. Ya no tallaba «cristos» y no quería contar cómo aprendió a hacerlos en el taller del maestro José Miguel Vélez por temor a que se descubrieran sus «secretos». Incansable, el arte le debía muchas obras como un Calvario para la Iglesia del Santo Cenáculo, un grupo de Soledad de María, el Descendimiento de la Cruz para la iglesia de la Virgen de Bronce, una imagen de Cristo Pobre de profunda devoción popular, para la Iglesia de San José. Incontables cristos y niños, tallaron sus manos. Todavía trabajaba a los noventa y ocho años y su muerte le llegó cuando cumplía ciento tres, en 1947.

Su última obra artesanal fue una talla de relieves florales en las puertas de madera de una pequeña casa en la calle Montalvo y Bolívar. Allí vivió

sus últimos años con sus dos hijas, cuando después de ser oficial de Vélez resolvió establecerse por cuenta propia y halló el apoyo de don Antonio Vintimilla Argudo que le encargó como muchos otros vecinos de Cuenca, algunos cristos y uno que otro calvario. No podía ser de otro modo. Todo fiel cristiano necesitaba la imagen del Señor en la cruz para la oración diaria y el momento final. «No tener Cristo en qué morir», un dicho que hacía referencia a quienes no contaban con un crucifijo por falta de medios o peor aún por la condición trágica de ya no esperar nada, de haber perdido la esperanza.

Antecedentes históricos del glorioso 3 de Noviembre de 1820

Manuel Carrasco Vintimilla

A vísperas de celebrar el Bicentenario de la Independencia de Cuenca es válido reflexionar sobre la fecha en cuestión y que ha marcado el ritmo del calendario «patriótico» de la ciudad.

La historiografía tradicional ha consagrado a Cuenca como «el bastión realista» frente a los sucesos del 10 de agosto de 1809. En efecto, el realismo cuencano estuvo representado por las autoridades españolas: el gobernador Aymerich y el obispo Quintián y Ponte, quienes impusieron un régimen de terror apenas se recibieron las noticias de Quito; entre las múltiples acciones contra los simpatizantes de la junta quiteña se decretaron muchas prisiones por meras sospechas, varias acusaciones versaban sobre haber mirado el semblante de algunos con faz alegre, como que aprobaban los acontecimientos de la capital. Para juzgar a los reos se conformó un Juzgado de Comisión cuyos jueces no tuvieron piedad con los acusados. Fueron especialmente duros con 8 presos, a quienes se remitió a Guayaquil para que sean juzgados por el gobernador Cucalón. De estos destacamos los casos de Francisco García Calderón, contador de las Cajas Reales, que se negó a proporcionar los fondos fiscales a los miembros de la junta antiquiteña, y al alcalde de Primer Voto don Fernando Guerrero de Salazar y Piedra.

Por otro lado, se interpreta el proceso independentista cuencano como una prolongación casi mecánica del 9 de octubre de 1820. Es indudable la influencia guayaquileña en los sucesos que se desencadenaron a raíz del «movimiento octubrino», sin embargo, consideramos que los hechos y los procesos históricos no se producen de la noche a la mañana por generación espontánea, sino que en su desencadenamiento existen fuerzas generativas ocultas y subterráneas que han madurado paulatinamente. La génesis

del proceso independentista de Cuenca acaso se encuentre en las profundas contradicciones sociales que fueron gestándose a lo largo de la Colonia, especialmente en la dicotomía chapetón-criollo.

Con el paso de los meses el movimiento quiteño dio marcha atrás y las circunstancias políticas volvieron al cauce anterior al 10 de Agosto. Luego, vino el sacrificio de los próceres en 1810 y, finalmente, el arribo del Comisionado Regio don Carlos Montúfar quien intentó avanzar sobre Cuenca en donde se había instituido la Real Audiencia al mando del presidente Joaquín Molina y Zuleta, designado por el virrey del Perú; apoyaban el ingreso de Montúfar un grupo de cuencanos liderados por Joaquín Antonio Calderón y Salazar. Detenido en Guasuntos en marzo de 1811, juzgado y sentenciado por delitos de Estado, tras juicio sumario instruido por un oficial del Cuartel Real de Lima, a la sazón acantonado en Cuenca, fue remitido a la prisión de Cádiz, ciudad en la que logró su libertad por intervención de José Mejía Lequerica, convirtiéndose en una especie de apátrida en la Península. Refugiado en Astorga, Reino de León, hacia 1816 fue denunciado nuevamente en calidad de sedicioso por don Manuel de Mello, antiguo cortesano, presunto favorito de María Luisa de Parma, deseoso de recuperar el favor de la Corte de la que había sido expulsado tras los sucesos de Aranjuez.

Conviene decir que como consecuencia del juicio seguido en contra de Calderón y Salazar resultaron procesados un tío de él, sus hijos, dos sacerdotes –uno cuencano, otro quiteño– y el escribano Ignacio Pazmiño, confinado a Lima. En *Secuelas del 10 de agosto en Cuenca*, Diego Arteaga da a conocer la prisión de por lo menos doce personas acusadas de haber manifestado su simpatía por los insurrectos de Quito; los procesos judiciales transcurren entre abril y mayo de 1811, es decir, después del enjuiciamiento a Calderón y Salazar que tuvo lugar en marzo de ese año. Creemos con firmeza que la vertiente social insurgente en nuestra ciudad fue significativa; en el

proceso judicial instaurado en contra de Calderón y Salazar hay testigos que coinciden en manifestar que «en el año pasado [1809] estuvieron engañados los de Cuenca y por tanto se opusieron, pero en la presente habían conocido el bien y estaban llanos a recibirlo [a Montúfar] los principales sujetos de esta ciudad como eran don Luis Andrade, don Miguel Malo, don Manuel Andrade, don Ignacio Pazmiño y muchos otros» cuyos nombres son citados por diversos testigos que comparecieron en el indicado proceso.

Confirma esta apreciación Joaquín de Molina y Zuleta en su recomendación al Consejo de Regencia de España e Indias de las personas que se destacaron en la defensa de Cuenca contra las tropas patriotas, y comunica que ha concedido a la ciudad el honroso título de Cuenca del Rey, manifestando:

Muy dichoso sería yo si pudiera explicarme de la misma manera acerca de los demás habitantes de esa jurisdicción pero hay derramada visiblemente entre algunos de sus clases, especialmente en la más distinguida y opulenta, aquella maldita semilla de libertad, independencia y odio contra los europeos, que ha cultivado y propagado la traición quiteña entre varios individuos de Cuenca, Loja, Zaruma y otros pueblos menores y por medio de ellos la infección se ha comunicado al más dócil de los terrenos. No serían grandes los daños si se acude prontamente a remediarlo por el medio único y eficaz que consiste sacar de dichos parajes a los Valdiviosos, los Radas, los Crespos, los Salazares, los Malos, los Chicas y otros semejantes y trasponerlos a Ultramar.

Si juntamos los nombres de los patriotas que respaldaron en 1809 a la Junta de Quito con los aquellos que «estuvieron prestos a recibir a Montúfar» en 1811, a quienes habría que agregar aquel indefinido «y demás sujetos» que acompañaban a los implicados en la campaña de Calderón Salazar, amén de las expresiones lapidarias vertidas por Molina y Zuleta, podemos reiterar que la vertiente social insurgente en Cuenca a partir de 1809 fue, como hemos dicho, significativa y, a no dudarlo, constituye el más claro antecedente histórico para el estallido del 3 de Noviembre de 1820.

Capítulo III

De los cuençanos

y sus visitantes =



El asesinato del cirujano Jean Seniergues, miembro de la Misión Geodésica

Ángeles Martínez Donoso

F«ue un hecho oscuro en la historia de la ciudad que le significó la fama de «violenta», fama a veces injusta, sin embargo, debemos reconocer que en varias ocasiones de la historia, no solo en Cuenca, la turba ha actuado de manera brutal.

Un asesinato

El asesinato del doctor que acompañaba a la Misión Geodésica que provenía de Francia es uno de los episodios de la historia cuencana que se recuerda con cierto recelo por parte de quienes conocen este suceso ya que fue un hecho de violencia que no se esclareció con rapidez y que aún hoy sigue planteando dudas sobre lo que realmente sucedió; lo que sigue es un recuento de los hechos desde como los observaron los miembros de dicha misión, en especial Charles Marie de La Condamine, hasta datos que provienen de la visión que tuvieron los cuencanos sobre este episodio de su historia.

Era el año 1735, el rey Felipe V permitió que en sus dominios en América se realizaran investigaciones por parte de la Misión Geodésica Francesa que fue enviada a varios lugares del mundo para realizar algunos trabajos y mediciones que permitan determinar la forma de la Tierra, cuánto mide y algunos puntos estratégicos como el mismo centro de la Tierra que resultó estar en la ciudad de Quito, capital de la Real Audiencia de Quito en medio de la infranqueable cordillera de los Andes y donde el tiempo pasaba lento y la vida era un tanto monótona, a donde los franceses llegaron en 1736. En esta misión se encontraba el geógrafo Charles Marie de La Condamine, el físico Pierre Bouguer, el astrónomo Louis Godin, el doctor Jean Seniergues y los españoles Antonio de Ulloa y Jorge Juan.

En 1739, la Misión Geodésica se encontraba en Cuenca realizando algunas investigaciones y mediciones que necesitaban para lo que se trasladaron desde Quito. A la ciudad llegó primero el doctor Jean Seniergues por lo que tuvo tiempo de familiarizarse con la población y por supuesto con su gente; lo que le traería problemas. En su oficio de médico que con presteza proporcionó en la ciudad tuvo la oportunidad de conocer a Manuela Quesada cuando atendía a su padre que se encontraba enfermo; luego de visitar varias veces su casa, más de las debidas según el pensamiento de la sociedad cuencana empezaron a correr rumores de una relación amorosa indebida entre el caballero francés y la dama cuencana.

Manuela Quesada, que pasó a la posteridad como la *Cusinga*, estuvo comprometida a matrimonio con don Diego León quien rompió su palabra al abandonar a Manuela para casarse con la hija de un alcalde, por supuesto, movido por razones de conveniencia a lo que Manuela interpuso una oposición pues León había dado su palabra, este último ofreció pagarle a la familia Quesada cierta cantidad de dinero para que le dejasen casarse, pero cuando consiguió su objetivo no pensó cumplir con este compromiso.

El conflicto lo conocía toda la ciudad, incluyendo a Jean Seniergues quien pidió explicaciones del proceder de don Diego León al enterarse de un agravio cometido por una esclava suya quien se había presentado en la casa de Manuela y, tratándola mal, le había pedido la devolución de unas joyas que León le obsequio durante su noviazgo, pero el caballero negó que su esclava actuara de tal modo y rehusó orgulloso a castigarla, lo que provocó la ira de Seniergues.

Estos sucesos llevaron a que León con una pistola cargada se enfrentara con Seniergues quien respondió el ataque sable en mano en plena calle sin haber mayor infortunio para ninguno de los dos. Cuando las cosas estaban ya en este estado un padre jesuita tomó a su cargo la reconciliación de ambos personajes, pero en realidad empeoró la situación ya que dicho sacerdote sería uno de los principales calumniadores

del doctor francés acusándolo de «amancebamiento público» con Manuela Quesada y abriéndole proceso criminal por esta razón. Tal reconciliación no llegó a cumplirse nunca pues un hidalgo de apellido Neira, que se había comprometido a llevar a León a la cita para llegar a dicha reconciliación no cumplió y tampoco se excusaron, lo que provocó que la querrela no tuviese un final distinto. La sociedad cuencana no aprobaba este tipo de comportamiento y era ya un escándalo que en una ciudad tan pequeña era conocido por todos.

Cuando toda la comitiva francesa estuvo ya en Cuenca fueron invitados a una corrida de toros que tendría lugar en la plaza de San Sebastián, durante el quinto y último día de la celebración todos los involucrados en el escándalo se encontraban en dicha plaza. Seniergues que se encontraba ofendido por el proceder de Neira y León, que no se presentaron al encuentro, cometió quizás la peor de las imprudencias al mostrarse en público con Manuela Quesada, después de pasear por los palcos, ingresó en el que se encontraba dicha dama con su familia, por supuesto con el reproche de los presentes.

En ese instante Manuela reconoció a su padre en medio de una contienda que se desarrollaba en la plaza mientras llevaba puesto una capa escarlata que le pertenecía a Seniergues quien se la había prestado; Neira insultaba a Quesada por lo que Manuela empezó a gritar que mataban a su padre, entonces Seniergues creyendo que Neira confundía a Quesada con él bajó a la plaza a defenderlo, pero cuando llegó ahí se dio cuenta que se trataba de una mofa y nada más por lo que regresó a su puesto en donde se encontraba en compañía de los españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa.

Neira quien se había declarado enemigo mortal de Seniergues por ser amigo de León y de su suegro el alcalde Serrano se acercó al palco de la comitiva e insultó al doctor francés acusándolo de no permitir que la corrida se desarrolle en paz provocando pleitos innecesarios, pero Seniergues sintiéndose aún más ofendido le respondió y amenazó a Neira. Este se retiró con dirección a sus compañeros a quienes le dijo

que Seniergues había querido matarle y que amenazó también con matar a todos por lo que se debía suspender la corrida de toros.

Esta situación fue suficiente para enfurecer a la gente que se encontraba en San Sebastián, de la cual Marie de La Condamine se referirá en cartas personales como «la Plebe», quienes rodeando a Neira empezaron a gritar ¡Viva el Rey! ¡Muera el mal gobierno! ¡Mueran los franceses!, y otros gritos sediciosos en contra no solamente de Seniergues sino de toda la comisión.

Las gentes que apoyaban a Neira se acercaban al palco de Seniergues quien creyó que no era alarmante tal situación y se lo comunicó así al capitán Jorge Juan que le dejó solo pensando que el alboroto que se escuchaba al otro lado de la plaza era porque se disponían a soltar a un toro, pero en realidad era el populacho dirigidos por Neira y por el alcalde Serrano gritando: ¡Favor a la justicia!, aunque es sabido que este último se retiró junto a su yerno enviando solamente al alcalde de refuerzo, permaneciendo lejos del disturbio que habían incitado.

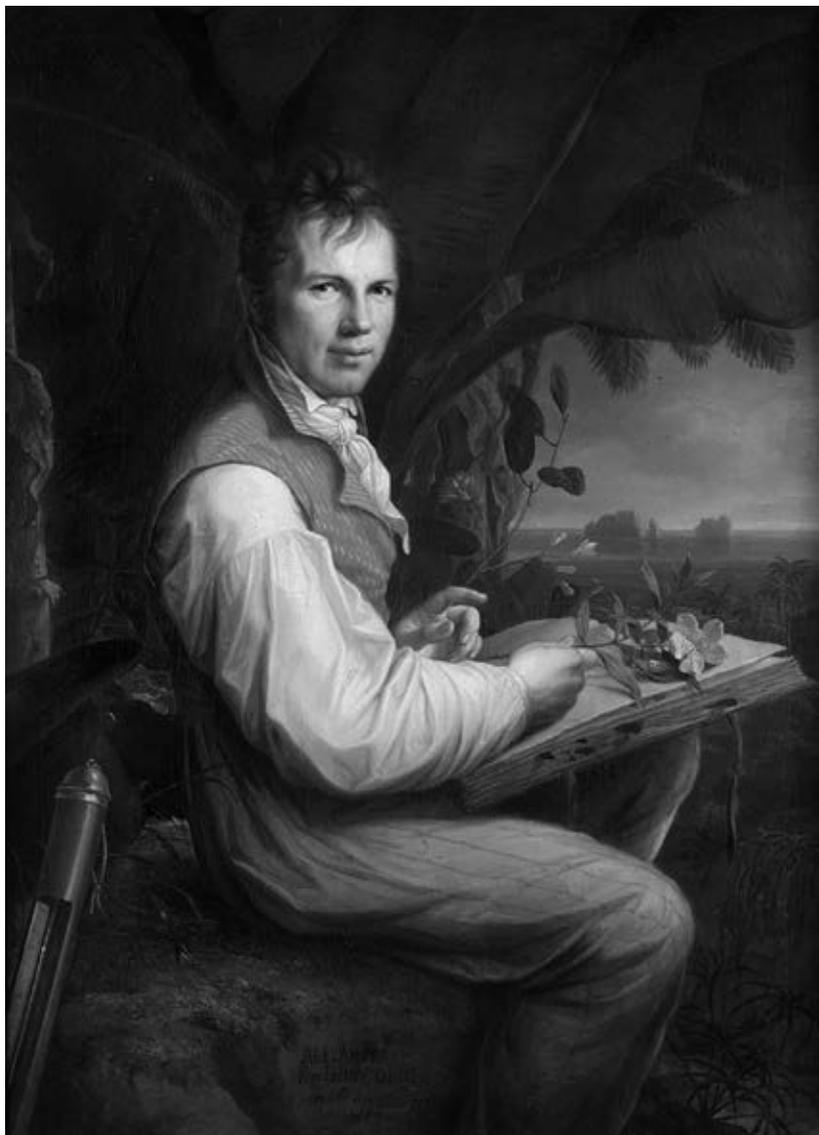
Mientras tanto Seniergues al observar que la situación estaba comprometida decidió retirarse pero la multitud lo había alcanzado ya, así que decidió defenderse con su sable de los ataques y los varios golpes que le propinaban. De este modo, llegó a un lado de la plaza de toros bajo las constantes pedradas, las cuales le habían derribado las armas y de las cuales se defendió con las manos, en un último intento de huir intentó abrir una puerta que cerraba la barrera dejando medio cuerpo afuera ya que no logró abrirla por completo siendo blanco fácil de sus perseguidores quienes aprovecharon este contratiempo al grito de ¡matadle!, cayendo así Seniergues acibillado y dándole la estocada final según la misma gente el propio Neira, corría a su ayuda el capitán Jorge Juan pero fue detenido pues pensaban que se exponía demasiado.

El resto de la comitiva, donde se encontraba Charles Marie de La Condamine y Antonio de Ulloa, que se hallaba en

otro palco también fue atacada a pedrazos y enseguida se vieron con las espadas en el pecho. León, aparentemente, no había intervenido en los sucesos de la plaza de San Sebastián ya que influido por el miedo se refugió en la iglesia; pero después que recibió las felicitaciones de sus amigos y de los asesinos que le daban la noticia por la muerte de Seniergues, recobró la valentía. Prometieron al pueblo, para calmarle, que los franceses saldrían de la ciudad en el plazo de veinticuatro horas. Aquella misma tarde dictó Seniergues sus últimas disposiciones, y murió cuatro días después, en la casa de Charles Marie de La Condamine.



6 Muerte de Seniergues en Cuenca. Ch. M. La Condamine, *Journal du voyage fait par ordre du roy à l'Equateur servant d'introduction historique*, (1751).



7 | Friedrich Georg Weitsch. *Retrato de Alexander von Humboldt*, 1806. Óleo sobre lienzo, 126×92.5 cm. Alte Nationalgalerie, Berlín.

El paso de Alexander von Humboldt

Jacinto Landívar Heredia

La visita de la Misión Geodésica Francesa a Cuenca se vio turbada por la muerte de Jean Seniergues. Una nueva expedición científica a comienzos del siglo XIX realizada por el célebre Alexander von Humboldt llegaría a la ciudad, ¿qué opinión tuvo el científico de este rincón de los Andes?

Cuenca a finales del siglo XVIII

La ciudad andina de Cuenca perteneciente a la Real Audiencia de Quito tenía para el año de 1779, según el censo ordenado por el Rey de España 16 001 habitantes y para el año de 1802, a la llegada del científico Alexander von Humboldt contaba con alrededor de 20 000 habitantes. Las calles tenían similar trazado al actual y contaba con tres parroquias a saber: la central, El Sagrario, San Sebastián al occidente y San Blas al oriente, estas dos últimas eran parroquias periféricas de indios. Humboldt la describe así: «la ciudad conserva el trazo ordenado en damero, tiene casas menos que mediocres, las que eran casi todas de un piso, con techo de paja y pisos de tierra, Cuenca no pasaba de ser una ciudad de segunda».

La ciudad, para ese entonces tenía su historia con un trasfondo triste. Hace 60 años que la Misión Geodésica Francesa había determinado a Cuenca como un sitio importante para trazar el «Arco de Meridiano Terrestre», hecho oscurecido por el asesinato del cirujano de la misión, Jean Seniergues. Para 1779 se crea la Gobernación de Cuenca, con su primer gobernador el Alférez de Navío Joseph Antonio Vallejo y Tacón, y por este tiempo se alza la ciudad a calidad de Obispado, con su primer obispo Joseph Carrión y Marfil.

El mundo científico de la época

El siglo XVIII es el «Siglo de la ciencia ilustrada», del positivismo devoto del naturalismo científico, de las revoluciones, entre ellas la Revolución francesa y del inicio de la industrialización con las primeras maquinarias. Fue una época de cambios radicales. Se empieza a aceptar que las cosas tienen que evolucionar, es decir entra en uso el término «progreso». A finales del siglo XVIII las naciones con sus pueblos trabajaron denodadamente para mudar las cosas a mejor. En la ciencia aparece el término naturalista que es un hombre sabio y de vastos conocimientos. Quienes podían serlo eran los hijos de los señores, algunos de ellos eran adinerados, dueños de las tierras, a este grupo perteneció el padre de Humboldt, Alexander Jorge, un ilustrado señor, con títulos de nobleza, que educó a sus hijos Guillermo y Alexander bajo la imagen del saber de la época.

La personalidad de Alexander von Humboldt

Humboldt nace en Berlín, Alemania el 14 de septiembre de 1769. Estudió en las universidades de Frankfurt, Berlín y Gotinga, y en la Escuela de Ingenieros de Friburgo. No siendo un estudiante destacado, colecciona desde muy pronto y de manera sistemática, insectos, plantas y piedras. Asistiendo a la formación señalada por su padre, de jurisconsulto, él prefiere asistir a los cursos de ciencias naturales. Atendiendo al deseo de su madre Alejandro ingresa a la Escuela de Comercio de Hamburgo. Sin que su madre sepa, –su padre había fallecido– solicita ser recibido en la Academia de Minas de Friburgo; al mismo tiempo es nombrado director de las minas de Ansbach. Con un gran bagaje de conocimientos, que respondía a una amplia formación, y poseyendo notables dotes personales, como fácil sociabilidad y adaptabilidad a circunstancias difíciles, en el año de 1799 viajó a España y obtuvo del rey Carlos IV permiso para explorar los

territorios españoles en América. En ese momento es un científico formado con las características de un naturalista, y en compañía del botánico y amigo francés Aimé Bonpland recorrerá por espacio de cinco años los vastos territorios de Venezuela, el río Orinoco, la isla de Cuba, Nueva Granada sobre todo Bogotá, la Real Audiencia de Quito y México. Ya en el Viejo Continente en 1804, tras haber conseguido importantes datos científicos, geográficos, etnográficos y estadísticos emprendió la gran tarea de poner sobre el papel sus descubrimientos y conclusiones.

Hay que destacar que el viaje a la América fue trascendente para Humboldt y sus teorías. Simón Bolívar, a quien conoció, fue su amigo y en cierto modo fueron coidearios en algunos aspectos, llegó a presentarle como: «el segundo descubridor de América». Fue un amante profundo de las tierras americanas a las que describió ampliamente en sus dos obras fundamentales: *Cosmos* y *Cuadros de la Naturaleza*.

Humboldt, su obra trascendental *Cosmos* y las tierras americanas

La obra primordial de Humboldt fue *Cosmos, Ensayo de una Descripción Física del Mundo*, publicada en el año de 1876, en Madrid. Se trata de un compendio magnífico y es su obra cumbre, la terminó de escribir prácticamente con su muerte acaecida en el año de 1859. La obra sería impensable sin su viaje por América. En uno de los tomos describe: «La región montañosa cercana al Ecuador, es la zona más pequeña de la superficie de nuestro planeta en la que se observa mayor diversidad de la naturaleza. En la arrugada cadena de los Andes de la zona de Nueva Granada y la Real Audiencia de Quito, el hombre puede contemplar al mismo tiempo todas las formas de las plantas». Naturaleza y espíritu se identifican en *Cosmos*.

Luego de una expedición de tres meses a Cuba, Humboldt y Bonpland llegan a Cartagena en marzo de 1801. En Colombia se quedaron por espacio de 8 meses entre la excursión fluvial por el río Magdalena, su estancia en Bogotá es de otros tres meses, donde contacta con el mejor botánico del Nuevo Mundo, el español José Celestino Mutis; luego viaja a Popayán el 29 de noviembre, donde descansa. Llegó a Quito el 2 de enero de 1802. La ciudad era la más poblada de los Andes, supera los 35 000 habitantes, y según Humboldt: «la más bella por sus templos y sus casas». El viaje a Pasto fue muy penoso debido a la inclemencia del tiempo y los malos caminos. En el trayecto a Ibarra conoce al sabio colombiano Francisco José de Caldas, quien no pudo unirse, como era su deseo, a la expedición por incompatibilidad de caracteres.

En total permanecieron en lo que hoy es territorio ecuatoriano por espacio de ocho meses. Una de las actividades más importantes fue la de intentar ascender a los dos volcanes, el Pichincha, al cual llegó en su segundo intento, ya que la primera y una vez en el cráter sufrió mal de altura (puna o soroche) y un terremoto seguido de veinte y cinco temblores menores que lo hizo retornar del cráter. En la ascensión al Chimborazo (6310 m), el volcán considerado, para la época, como el más alto del planeta, alcanzó los 19 286 pies de altura (5872 m), quedándose a unos 400 metros de la cima. Su abandono fue debido a un abismo infranqueable, tan ancho que no había posibilidad de salvarlo. Hasta sus noventa años de vida él pensó y lo escribió: «de todos los mortales era yo el que había subido más alto en todo el mundo (...)». Debió llevar con él algunos trozos de roca del Chimborazo, pues prevenía que en Europa le habrían de pedir una muestra.

En la ciudad de Riobamba se detuvo algunos días en la casa del hermano de Carlos Montúfar. Se dedicó a conocer el idioma de los incas, el *kichwa*, del que refiere: «tiene tal riqueza y variedad de giros y locuciones que los jóvenes

utilizan para cortejar y galantear a las damas cuando han agotado el tesoro del castellano». En el páramo del Azuay, cerca de Cuenca, se toparon con la obra colosal de la gran calzada de los incas, el *Qhapaq Ñan* o Camino del Inca, la gran red de caminos que comunicó al Tahuantinsuyu en tiempos precolombinos del que escribió: «poseían cimientos firmes y profundos, y estaba empedrada con pórfido perfectamente labrado de color negruzco». El gran camino atravesaba el Imperio inca y llegaba hasta los últimos confines. Describe y esboza un dibujo de la fortaleza de Ingapirca en los territorios del Cañar.

El viaje desde Cañar hacia Cuenca

No fue fácil el trayecto entre la ciudad de Cañar y Cuenca, recordó: «en el páramo del Voeste (sic) al tambo de Burgay, las mulas se hundían hasta la mitad del cuerpo». Pero logró hacerlo en dos días adelantándose uno para evitar el fausto recibimiento que preparaba la ciudad de Cuenca a tan importante viajero, pese a ser muy sociable no gustaba de las acogidas fastuosas, era un científico más bien solitario. Llegó a Cuenca el 4 de julio de 1802 y se aloja de inmediato en la Casa Curial. Quienes recibieron al científico fueron los sacerdotes Tomás Estanislao Landívar y Centeno, Canónigo Penitenciario y Domingo Delgado, Deán de la Catedral, para quienes tiene elogiosos comentarios. Todos los días posteriores a su llegada, la ciudad se engalanaba con la fiesta de toros, pero Humboldt prefirió buscar reposo, para recuperarse del esfuerzo de la ascensión al Pichincha y al Chimborazo, y su paso por el Nudo del Azuay y también para curar las heridas en uno de sus pies.

Humboldt en la ciudad de Cuenca

Humboldt describe a Cuenca en los siguientes términos:

Cuenca está situada en una gran llanura, rodeada por montañas un poco áridas de piedra arenisca. Del lado sur la llanura es muy verde y ofrece una hermosa vista [quizás se refiere a Turi]. Se tejen telas de algodón ordinarias llamadas «tocuyos», se tejen además medias, pero con una enorme lentitud (...) Lo más notable de Cuenca es Don Pedro García, un español que se ha formado aquí como sabio óptico, algebrista y químico. Ha construido un excelente microscopio solar, cuyo efecto hemos admirado, además de un telescopio. Ha fundado una imprenta, ha hecho porcelana, destila ácido sulfúrico; es de esas personas que tiene todo en la cabeza y en las manos. Es profesor de física y matemáticas en el nuevo Seminario (...) Don Pedro Hunda, otro ciudadano cuencano, tiene un bello barómetro, un teodolito, un péndulo astronómico, pero por celos no lo ha usado en 20 años. En la plaza de San Sebastián se enseña todavía con horror el lugar donde el infeliz Seneguergue (sic) murió al defenderse con singular valentía contra la multitud que le atacaba: Hace poco ha muerto la bella dama que fue la causa de la querrela (...) Todavía viven en Cuenca dos hijas de La Condamine (hijas naturales), que siguen el oficio de galantería de su madre (...) A media legua de Cuenca se hallan los Baños que presentan un fenómeno novedoso, la piedra formada por el agua es más interesante que el agua misma, esta es transparente, cristalina y no despidе mal olor. Se dice que tiene virtudes contra las erupciones cutáneas y las afecciones de las articulaciones (...) Hemos visto magníficos pedazos de madera fosilizada (...).

Continúa con su relato y refiere que: «Cuenca está situada entre tres ríos pequeños, al norte el Machángara, al sur el río Matadero y más al sur el río Yanuncay (...)». observando que los tres ríos van al río Paute y describe a uno de ellos así: «[el] Yanuncay es muy curioso, tiene aguas que en masa son de color pardo, uno se imagina que el color viene de las zarzaparrillas, sobre las cuales corre el río y cuyas aguas se beben con preferencia».

Humboldt, a más de sufrir un terremoto en Tambo, lluvias, neblina densa y otras vicisitudes, se dedicó a explorar con éxito la botánica local estudiando plantas como el *Embothrium* (Gañal), la quina (*Cinchona*) y algunos líquenes. Hizo astronomía con el telescopio de Hunda, realizó estudios

geológicos y sobre las aguas de Baños. Hizo observaciones sobre el clero azuayo, y de las costumbres de los cuencanos; todo ello revela su amplia personalidad y formación integral. Sale de la ciudad de Cuenca el 17 de julio luego de permanecer trece días, sin dejar de pasar por Tarqui donde La Condamine hizo sus mediciones, encontrando únicamente en una hacienda la piedra medio quebrada que indicaba la latitud del lugar, que el maestro tuvo la curiosidad de anotar.

Refirió la existencia de una mina de plata en Sayausí, explotada en la época por el obispo Carrión y Marfil, sobre la presencia del metal mercurio en Azogues consideró que este estaba agotado y en El Cebollar describe una mina de mármol blanco diciendo que es parecido al mármol de Carrara, además del feldespato para la cerámica, la que había trabajado don Pedro García. En Nabón describe un sitio real inca denominado Dumapara. En el trayecto a Loja describe la planta de la quina o cascarilla (*Cinchona*, sp.).

En definitiva Alexander von Humboldt, el sabio universal, durante su permanencia en Ecuador y en Cuenca nos dejó muchas enseñanzas; abrió para la ciencia alemana y europea en general, el paraíso de los trópicos americanos, cuyos efectos, todavía hoy, están vivos en el lenguaje y en el pensamiento de los hombres; su nombre en América es un símbolo, su influencia casi se pierde en lo mitológico. Para nosotros los americanos sus conocimientos científicos son de increíble trascendencia.

El banquete de bienvenida al Libertador Simón Bolívar en septiembre de 1822

Ana Luz Borrero Vega

Cuenca recibió con gran expectativa a Simón Bolívar y aunque mucho se ha dicho sobre las visitas que el héroe realizó a las ciudades, en ese momento parte de la Gran Colombia, es poco lo que se ha escrito sobre su paso por Cuenca, a continuación el relato del espectacular banquete en su honor.

Visita de Bolívar a Cuenca

El Libertador Simón Bolívar, visitó la ciudad de Cuenca el 8 de septiembre de 1822 y se quedó hasta el 4 de octubre, se hospedó en una casa del sector de Chaguarchimbana, la Guardia de Honor se alojó a su vez en la Casa de Jacoba Polo (entre las calles Sucre y Cordero). Cuenca recibió al Presidente con banderas, festejos y música. Para dar la bienvenida al gran personaje, en la zona de entrada de la ciudad barrio de El Rollo se colocó el primer arco triunfal con la siguiente inscripción: «A SIMÓN BOLIVAR, PRESIDENTE DE COLOMBIA», al reverso el mensaje decía: «EL PUEBLO DE CUENCA». Presumimos que los colores de las banderas podían ser las del tricolor colombiano. Cuenca, para esas fechas, formaba parte de Colombia, y era ya la sede de la primera Corte Superior de Justicia de los territorios del actual Ecuador, fundada el 20 de marzo de 1822 por el Mariscal Sucre.

Durante el mes de junio comenzaron los preparativos para recibir de manera adecuada al Presidente en la ciudad de Cuenca, es así que 25 de junio, el Cabildo Eclesiástico de Cuenca nominó dos diputados para que felicitaran y recibieran al presidente a su arribo en Quito, y para pedir que la diócesis y clero de Cuenca, quede bajo su protección, los nominados fueron José María Landa y Ramírez y al canónigo Pedro Ochoa.

Se apresuraron las reuniones preparatorias para la visita a Cuenca de Simón Bolívar, tanto por parte del Cabildo Civil como por parte del Cabildo Eclesiástico. El general José Antonio de Sucre dirigió al Cabildo cuencano, una orden para que los propietarios de casas en el centro de la ciudad y de las afueras, las refaccionaran, pintaran y blanquearan, dándoles un plazo de quince días para hacerlo, además, pedía que se coloquen los nombres de las calles. El Cabildo Eclesiástico se reunió el 20 de julio para organizar un banquete en honor al presidente, quién para esas fechas se encontraba ya muy cerca, en Guayaquil, donde se produjo el 27 de julio, el importante y hasta hace muy poco tiempo, misterioso encuentro entre San Martín y Bolívar. Con la visita de Bolívar a Guayaquil, esta ciudad y provincia quedó incorporada a Colombia. La reunión fue indudablemente un triunfo diplomático para Bolívar. Para dirigirse a Cuenca, «El Libertador» tomó la ruta Naranjal-El Cajas, donde arribó el día 8 de septiembre de 1822.

«El Banquete y Refresco ofrecido al Presidente Bolívar el 8 de septiembre»

El Cabildo Eclesiástico de la ciudad de Cuenca, el 8 de septiembre de 1822, ofreció al Señor Presidente de la República de Colombia –del que el actual Ecuador formaba parte en ese momento– un banquete y «refresco» para él y para su séquito y acompañantes, sobre este homenaje conocemos ciertos detalles, gracias a las Actas del Cabildo Eclesiástico que se han conservado en el Archivo de la Curia de Cuenca. El 20 de julio, como se señaló, se reunió el Cabildo Eclesiástico en sesión extraordinaria, para organizar el banquete y refresco de bienvenida a Simón Bolívar, que fue costeadado por dichos miembros, bajo la organización de la madre priora de las Carmelitas de Cuenca, María Josefa de Jesús y los Arcángeles. Se conoce extraoficialmente que también ayudaron a la confección del impresionante

banquete las señoras Juana Andrade, Mariana Ochoa y Josefa Chagaray, quiénes merecieron un voto de aplauso por parte de la Corporación Municipal. Los miembros del Cabildo Eclesiástico de Cuenca, que sesionaron para organizar la bienvenida fueron Fausto de Sodupe, deán de la Catedral, doctor José Mexía, canónigo, José de Granda y Bernardino de Albear, racioneros de la Catedral y el doctor Juan Aguilar Cubillus, medio racionero.

Variedad de platos y bebidas

El banquete para una época de vacas flacas después de la guerra de la independencia, fue extraordinario, por la variedad de bebidas y de comidas, de las que lamentablemente no podemos tener las recetas, pero, al leer la lista de productos que se utilizaron para la invitación y homenaje a Bolívar podemos darnos cuenta, que no dejaron de lado nada. Hubo desde productos importados de Francia, España, de especias venidas del Oriente, así como de productos de la Costa, traídos en canoa y luego a lomo de mula, y los de las tierras andinas de Cuenca. Las dos mesas se cubrieron con blancos manteles (de lana), con servilletas con guarda dorada, se adornaron con papel industriosamente decorado, para homenajear a los invitados, los salones se iluminaron con velas, «ceras del norte» y faroles. El banquete costó 1176 pesos con siete y medio reales, todo a costa del Cabildo Eclesiástico, y luego se sumaron otros costos de vajilla y manteles, que suman más de 200 pesos. Las blancas mesas, lucieron vajillas de cristal, de porcelana azul y cubiertos de plata, la mayoría prestada por vecinos de la ciudad, poncheras, jarras de cristal, tacitas de café, y otros utensilios, además de cinco piezas de seda para adornarlas. Se mandó a traer «nieve», los fletes para acarreo de esta suman quince pesos, indispensable para los refrescos, los «sorbetes», «granizados» quizás y helados, recordemos que la nieve más cercana era la del Chimborazo.

De carnes se sirvió «gordos cerdos», lechones, borregos «hornados», ternera y borrego para el puchero, gallinas, pollos, pavos, patos, cabritos de leche, pernils y róbalo. De bebidas y licores, a más de café y té, se sirvió abundante vino, aguardiente, tres docenas de resolí,—una bebida de aguardiente de vino con café y anís— vino de Burdeos, coñac, champaña, aguardiente de Ginebra, vino Moscatel y seis tinajas de aguardiente de ron, este último licor comprado en Cuenca. Entre los productos que formaron parte de la cena, enviados a comprar por el Cabildo Eclesiástico y las monjitas del Carmen, están: arroz, aceitunas, aceite de oliva, canela de Ceylán, canela de la tierra, clavo de olor, pasas, maní, «pepita de melón», aguardiente seco para condimentar las carnes, maíz blanco, garbanzo, chuño, huevos, mantequilla, trigo, anís, ajonjolí, almendras, leche, frutas y dulces, se sirvió dulce de higos, de pera, y quesos, además, se degustó chocolate con canela en la noche del «refresco». Se trajeron los licores y bebidas desde las bodegas de Yaguachi, para ello se mandaron arrieros con veinte y cinco mulas.

Bolívar permaneció en Cuenca del 8 de septiembre al 4 de octubre, fecha en la que se dirigió a la sureña Loja donde sus vecinos le recibirán con un espléndido baile, luego otra vez a caballo, por los páramos del sur de estas tierras, retorna a Cuenca el 21 del mismo mes, donde descansará hasta el 30 de octubre, momento en el que parte hacia Quito. En su visita a Loja, el presidente decretó que la peregrinación a la Virgen del Cisne, se convierta en «feria», con todas las exenciones tributarias, este decreto contemplaba que la Virgen del Cisne fuese trasladada a la ciudad de Loja todos los años. En pocos meses el gobierno dirigido por Bolívar había consolidado bajo su control los territorios que pasaron del Nuevo Reino de Granada a la República de Colombia: Quito, Cuenca, Loja, y la ciudad libre de Guayaquil y que en 1830 conformarían el actual Ecuador.



7 | «El Libertador Simón Bolívar, su Estado Mayor y su guardia de honor al visitar Cuenca», 1931. Fotógrafo Manuel Serrano, Archivo del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador.

La sombra de la poeta Dolores Veintimilla

Ángeles Martínez Donoso

La historia, incluso la de la ciudad más amada, como es para muchos de nosotros Cuenca, entraña episodios polémicos, complicados y que más de una vez han sido juzgados con rigor justa o injustamente. El caso de la muerte de la poeta quiteña Dolores Veintimilla Carrión de Galindo, es quizá uno de los más sonados.

Corría el siglo XX, 1857 para ser exactos, y el suicidio de Dolores Veintimilla despertó furia contra un pueblo tachado siempre de conservador, sin valorar sus ideas progresistas y su gente de vanguardia. Entre las tantas publicaciones sobre el tema seguiremos una, que nos pareció seria e interesante en el trato al tema, pues nos remite a documentos reales usándolos como argumentos y reúne obra de la poeta, incluso inédita. Nos referimos a *La Safo Ecuatoriana... estudio histórico-literario*, de Ricardo Márquez Tapia. El padre del autor fue contemporáneo, amigo muy cercano, del hijo de Dolores, y presenció el suceso a los ocho años, el autor incluye una interesante correspondencia con el nieto de Dolores para verificar datos, lo que muestra un trabajo responsable.

De su llegada a Cuenca

Hay que resaltar que la poeta fue recibida con entusiasmo por los intelectuales cuencanos. Ella abriría las puertas de su propia casa, como centro literario para ella y sus colegas. Sin embargo, se dice que los amigos dejaron de frecuentarla poco a poco, por sus «excentricidades mentales» y se le dio los calificativos de altiva, orgullosa, y menos eufemísticamente el de «descomedida».

La anécdota de la mascarada en casa del doctor Valdivieso, quedó para la posteridad. Ella no quiso respetar

las reglas de la velada: aquella cuya identidad era descubierta, debía mostrar el rostro. La poeta se negó y su amiga, dueña de la casa, intentó descubrirla, el berrinche que armó, terminó con el ánimo festivo y no pudieron calmarla ni presentándole al doctor Mariano Cueva a quien ella admiraba mucho pero con quien terminó por ser descortés. Sin embargo, también las firmas, comentarios y fidelidades de los vates cuencanos en vida y después de muerta se pueden constatar; basta dar una mirada a su *Álbum Literario* escrito con admiración y cariño por Mariano Cueva, M.A. Corral, Antonio Marchán, Benigno Malo, Francisco Eugenio Tamariz, Luis Muñoz, entre otros.

De pasquines tóxicos

Uno de los hechos que más trascendencia tuvo fue el enfrentamiento público de pasquines entre el alma sensible de la poeta y un pensamiento misógino y lleno de odio. Cierto que no debemos olvidar que las batallas intelectuales de la época no eran precisamente blandas, sino frontales, pero nada justifica pasar un límite. Dolores escribe *Necrología* en defensa al indígena Tiburcio Lucero, ajusticiado por parricidio en la plazuela de San Francisco, acto que ella mismo presencié, llama a la ley bárbara, menciona no solo a Dios, sino al Gran Todo como un espíritu superior. La respuesta no se hizo esperar y en otra hoja volante, titulada *Graciosa Necrología*, en clara alusión a la de la poeta, donde se refutaba a Dolores en estos términos: «una persona que dicen pertenecer al bello sexo, que despedazando el idioma castellano, y manchando con frase absurdas la literatura de nuestra época ha escrito una página de memoria a un criminal justamente sacrificado».

Las publicaciones vienen y van, cada vez con tono más destemplado. El autor de las réplicas fue el canónigo doctor Ignacio Marchán, «nativo de Cuenca, inteligente e ilustrado, pero lleno de pasiones vehementes a quien él no estimaba;

en un estilo soez e injurioso a sus adversarios, porque no guardaba respeto por persona alguna», y siguió incluso cuando la poeta prefirió callar, dudando de su decencia, hablando de las visitas de los intelectuales a su casa. Hasta que pocos días antes de su muerte ella respondió con su *Al público* en el que pedía al calumniador que dé la cara y compruebe lo dicho. Dice Ricardo Márquez: que con esta publicación acabó la mentada polémica, con el suicidio de la poetisa, «siendo su único responsable el señor Canónigo doctor Ignacio Marchán».

La noche y mi dolor

«(...) al medio día del 23 de mayo la señora Galindo recorrió varios comercios de esta plaza y compró medias blancas, crespones de seda negros, espermas nacionales y una cantidad de cianuro de potasio». Lo que sucedería después a las cuatro de la mañana no es un misterio, arreglada, elegante como de costumbre, bebió su último trago. Al encontrarle su hijo pensó que dormía, le acomodó en su cama y se lamentó el resto de su vida, que sería corta tan solo treinta y seis años, de no haberle proporcionado un antídoto. Pero como la poeta habría escrito desde el inicio, desde su nombre, el destino estaba trazado.

Extrañas protecciones: «A mi niña le han envenenado»

Lo primero que buscábamos para empezar el tema, era una carta en la que Galindo, su esposo decía que suicidarse era lo mejor que había hecho en su vida, junto por supuesto a los versos de la poeta: «Quejas» y «A mis enemigos». Las palabras finales de Dolores a su madre, parecían una bofetada de vuelta: «Mamita adorada: perdón una y mil veces; no me llore; le envió mi retrato, bendígalo; la bendición de la madre alcanza hasta la eternidad. Cuide a mi hijo... Déle un adiós al

desgraciado Galindo».

No encontramos aún la carta esa, del desgraciado de Galindo, pero en el libro señalado, sí están cartas que explican, en parte, ese terrible comentario. Hubo una gran polémica por la autopsia practicada por el prestigioso doctor Agustín Cueva Vallejo, pues el médico colombiano doctor Galindo, le escribe fuertes reclamos por ultrajar el cuerpo de su amada. Cueva a los insultos responde como un caballero ofendido: «aquello de voraces panteras, famélicos tigres, buitres del desierto, lo recibo como producción de un cerebro acalorado». Finalmente, ese impase termina en entendimiento y digamos en amistad, con la mediación del doctor Borrero.

Galindo llegó a Cuenca un año después de la muerte de Dolores, como esposo indignado ante la calumnia y apoyado por Agustín y Mariano Cueva, con la defensa de José Rafael María Arízaga y la palabra de su confesor doctor Vicente Cuesta, logran lo que se llama un «juicio de rehabilitación de su amada memoria».

En 1958 se trasladaron sus restos al Cementerio Sagrado desde el lugar profano en que estaban sepultados por ser una suicida, conocido con el nombre colonial de «Supay Guaico», y nos dice Márquez: «con la concurrencia de elementos eclesiásticos, civiles y, en especial de los hermanos de lira, que tanto sufrieron por su trágica desaparición». El argumento para lograr el respeto a su memoria estaba basado en una especie de contradicción a simple vista en que se aseguraba «no ser un acto deliberado tomar el veneno» ¿cómo? Pues bien, para salvar el alma de Dolores, para que descansara en paz, y poder poner en su tumba la cruz del calvario, como seña de redención, en una especie de pacto se dejaron atrás las culpas; la polémica que se había armado con la publicación de su *Necrología*, las palabras del sacerdote que le contestó, pública pero a la vez anónimamente, que mejor debía dedicarse a los quehaceres domésticos; sus excentricidades; la razón del sobrenombre de llamarle *Safo ecuatoriana*; la ausencia del marido que llega al año de muerte; la frigididad de la sociedad frente a la mujer

liberal; las penurias económicas; se le declaró con una afección mental, enferma de locura, inocente, y así se cierra el capítulo. Interesa esbozar algunas miradas, más allá del lugar común, sobre este triste episodio, buscar los vínculos con la ciudad (su gente), los motivos, y despejar mitos, que llegaron incluso a publicar en un periódico centroamericano, una historia truculenta que bien podría hoy estar en cualquier medio sensacionalista: honrada mujer, poeta, decide suicidarse pues al no acceder a los deseos carnales de un cura, este buscó venganza, en los sermones del púlpito. Tampoco podemos desconocer que se nos ha enseñado, como parte de su leyenda, que Dolores fue atacada desde la Iglesia cuencana y que ese fue uno de los principales motivos para tomar la trágica decisión.



8 «El primer balcón a la izquierda es de la pieza en que se suicidó Dolores Veintimilla de Galindo en 1857, calle Bolívar entre General Torres y Padre Aguirre», 1943. Fotógrafo no identificado, Archivo del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador.

La estadía del historiador Federico González Suárez

Jacinto Landívar Heredia

Once años permaneció el insigne historiador en la ciudad, desde agosto de 1872 hasta enero de 1883, dejando una profunda huella en la sociedad cuencana, publicando algunas de sus obras y ocupando cargos públicos importantes.

Antonio Borrero Vintimilla, exgobernador del Azuay, en su libro *Filosofía y Pensamiento Político del Antonio Borrero Cortázar* comenta que:

Monseñor Federico González Suárez vivió en Cuenca y vive en el recuerdo de los cuencanos en donde tiene un sitio de honor, por sus méritos y su luminosa y formidable obra como historiador de la Patria y sus lecciones de moral. Proverbial es su patriotismo (...). En Cuenca tuvo un maestro, benefactor y confidente el Doctor Antonio Borrero Cortázar, vivió en su austera mansión.

Federico González Suárez tuvo en la ciudad de Cuenca amigos como el ilustrísimo obispo de Cuenca Remigio Estévez de Toral (1861-1883), quien fue su protector y lo tenía a su lado. Honorato Vázquez fue su amigo más querido; fueron asimismo sus discípulos y amigos Julio Matovelle, Remigio Crespo Toral, Rafael María Arízaga, Alberto Muñoz Vernaza. Fue su amigo e igualmente protector otro cuencano, el arzobispo de Quito monseñor Ignacio Ordóñez.

El historiador nació en la ciudad de Quito el 12 de abril de 1844, justamente el día de la fundación de Cuenca; al día siguiente del nacimiento recibió las aguas bautismales con el nombre de Manuel María Federico del Santísimo Sacramento, siendo el hijo primogénito y único del señor don Manuel María González, de nacionalidad colombiana y de la señora doña María de las Mercedes Suárez. El padre se ausenta a Colombia muy temprano, temiendo haber contraído la triste enfermedad de la elefancia (lepra). Los cortos años que vivió enfermo

luego de una dolorosa, pobre y abandonada existencia fallece joven, sin que Federico conociera a su padre. A pesar de la riqueza de su familia materna, pronto quedó junto a su madre en la pobreza, la misma que aceptó con resignación, no sin haberle forjado su carácter y una la religiosidad heredada de su madre. A los cinco años entró en la escuela conociendo ya los rudimentos de la lectura y escritura, gracias al esfuerzo de su progenitora. Por dos ocasiones durante la infancia, su vida peligró debido a enfermedades graves de las que salió con vida, fue un niño enfermizo.

Estudió el colegio en el Seminario San Luis de Quito y pronto abrazó el estudio de la Teología. Entra inesperadamente en el noviciado de los jesuitas el 12 de octubre de 1862 permaneciendo en este, como bien lo señala, sin vocación y por espacio de diez años. Salió de la Compañía de Jesús el 1 de agosto de 1872, debido a la extrema pobreza de su madre y para mantenerla debe salir de Quito, ciudad en que no consigue apoyo, radicándose en Cuenca en donde el obispo Remigio Estévez de Toral lo acogió luego de haber sido rechazado por los obispos de Quito e Ibarra.

Es ordenado sacerdote por el obispo cuencano, siendo su padrino de vinajeras el doctor Antonio Borrero Cortázar, que luego será Presidente de la República y uno de los mayores benefactores de González Suárez. Cedió su casa de hacienda de Challuabamba, la que tiene un oratorio doméstico, para que González Suárez reciba las órdenes sacerdotales y da su primera misa el 22 de agosto de 1872, acompañado de dos sacerdotes, señores Mariano Hermida e Isidro Rodríguez. Vivió por espacio de algunos años en la casa de Antonio Borrero Cortázar y luego en la casa ubicada en la calle Juan Jaramillo y Borrero, que hoy pertenece a la familia Tenorio Carpio, donde existe una epigrafía.

El obispo cuencano, por una especial consideración de amistad, le concede la secretaría de la Curia, luego pasó a ser canónigo de la iglesia Catedral de Cuenca. Completaba sus ingresos siendo profesor del Colegio Seminario San Luis, donde

dictó las cátedras de teología y literatura. Publicó su primer estudio literario en 1874 titulado *Observaciones sobre el poder temporal del Papa*. Luego apareció otro escrito *Observaciones sobre Italia y Pío IX*, lo que le permite darse a conocer como escritor, literato y apologista. Sus magistrales oraciones fúnebres llamaron la atención de pensadores azuayos, Cuenca ya era conocida como la cuna de la poesía y de la oratoria. Destacó la oración fúnebre al presidente García Moreno a raíz de su asesinato, oración realizada el 21 de agosto de 1875, que refiere que la compuso en dos horas y que por un desliz al final, González Suárez incluyó la frase: «No pertenezco yo a su partido político, como es notorio», frase que fue catalogada de inmediato como parte del liberalismo de González Suárez. En aquel tiempo ser liberal significaba estar en contra de la religión oficial del Estado, que se hallaba en la Constitución decretada por García Moreno, la que sería conocida como la «Carta Negra».

Cuando el doctor Antonio Borrero Cortázar es candidatizado a la Presidencia de la República, González Suárez recomienda a su amigo y protector que no lo haga pues será un fracaso, por el momento político que se está viviendo. No se equivocó pues el gobierno progresista de Antonio Borrero duró muy poco, menos de un año, de diciembre de 1875 a septiembre de 1876, siendo defenestrado por el general Ignacio de Veintimilla. Durante la dictadura de Veintimilla, por publicar *Exposiciones Catilinas*, es perseguido y extraditado a Panamá. Tiene que refugiarse en la campiña azuaya hasta el año de 1878 cuando es candidatizado y gana la diputación por el Azuay a la Convención de Ambato.

En el año de 1882 aparece el ensayo *Estudio Histórico sobre los Cañaris, Antiguos Pobladores de la Provincia del Azuay en la República del Ecuador* que se constituyó en una novedad, algo enteramente excepcional y pionero en la literatura patria y que presentaba una nueva faceta del autor, muy conocido en ese entonces por otros motivos, el de incursionar por primera vez en el estudio histórico basándose en documentos y en piezas

arqueológicas. Luego a instancias del obispo de Riobamba, el sacerdote cuencano Ignacio Ordóñez y de Estévez de Toral publicó el primer tomo de *Historia Eclesiástica del Ecuador*, en una edición sencilla en cuanto a su presentación, de la que nunca hubo un segundo tomo, pues se preocupó por entero de su obra magistral titulada *Historia General del Ecuador* que aparecería en siete tomos, el primero de ellos se publicó en 1882, escribiendo el texto durante su permanencia en Cuenca.



9 César Villacrés. *Federico González Suárez, arzobispo de Quito y diputado de la República del Ecuador*, 1906. Óleo sobre lienzo.

«Estudio Histórico sobre los Cañaris, Antiguos Pobladores de la Provincia del Azuay en la República del Ecuador»

La arqueología fue el área de estudio de su predilección, siendo considerado el padre y creador de la Arqueología Ecuatoriana. Ya en el tiempo que escribe la obra *Estudio Histórico*, esta se constituyó un hito fundacional de este tipo de contenido pero que, como es conocido, en su época no se le dio la importancia que tenía, ni despertó interés por ser conseguida y leída, además, que la edición fue escasa. La publicación tiene sus méritos: por un lado el amplio estudio bibliográfico sobre la nación cañari, valiéndose de los cronistas, como Garcilaso de la Vega, Cieza de León, Oviedo y Montesinos y otros; además, habla sobre la mitología cañari, y los recientes entierros descubiertos en Chordeleg, y da la voz de alarma del peligro que constituyen los huaqueros, aquellos buscadores de tesoros, señalando que no es el precio intrínseco pecuniario del oro lo realmente valioso,

sino su valor cultural para el conocimiento del pueblo cañari.

Con la publicación de la mentada obra surgió la inquietud de formar la «Sociedad de Estudios Históricos Americanos», que fue fundada y que posteriormente será la Academia Nacional de Historia. La Sociedad estuvo conformada por contemporáneos suyos, entre los que destacan nombres como Jacinto Jijón y Caamaño, quien a la muerte de González Suarez adquiere su biblioteca y Manuel Larrea, que es el que hace la introducción a la obra «Estudio Histórico sobre los Cañaris, Pobladores de la Antigua Provincia del Azuay».

Max Uhle. Iniciador de la arqueología científica ecuatoriana

Jacinto Landívar Heredia

El científico alemán expuso pruebas concluyentes que demostraban que Tomebamba, el segundo centro administrativo del Imperio inca, se hallaba al sureste de la ciudad de Cuenca, zanjando así el debate intelectual sobre su ubicación, este había involucrado a Julio María Matovelle y a Jijón y Caamaño, entre otros.

Más de treinta años trabajó Max Uhle en América, catorce de ellos en Ecuador. De su pluma salieron innumerables artículos y obras publicadas en revistas científicas y literarias del Ecuador, América y Europa. Nació en Dresde, Alemania en el año de 1856, estudió en las Universidades de Gotinga y Leipzig, donde se graduó de etnólogo, dedicándose especialmente al estudio de las sociedades orientales, de manera particular en lenguas; una vez egresado, intensificó sus estudios de Etnología en los museos de Dresde y Berlín. Simultáneamente se dedicó al estudio de la Arqueología. Ya maduro en el año de 1883, comenzó sus campañas americanistas con otro científico también alemán, Adolf Stübel.

Uhle realizó investigaciones arqueológicas en Argentina, Bolivia, Chile, Perú y Ecuador. Fundó, formó y organizó los museos nacionales de Lima, su sección de Antropología (1908) y el de Santiago de Chile (1912). Sus actividades fueron pagadas, primeramente por el Gobierno de Alemania, quien lo envió a América del Sur; y en otras dos ocasiones, por las universidades de Pensilvania y de California.

En el año de 1919, el generoso filántropo y erudito Jacinto Jijón y Caamaño, para entonces director de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos, le invitó a venir a Ecuador para que realizara investigaciones arqueológicas en varias zonas. Uhle aceptó la invitación y en noviembre de dicho año empezó a estudiar en Loja a la tribu de los paltas. La Sociedad lo nombraría «Miembro Correspondiente» por su

enorme labor en el Ecuador. Pocos años antes de su muerte acaecida en Alemania, el 11 de mayo de 1944, en la ciudad de Loben, casi nonagenario se refería, con pasión, a sus viajes por América del Sur.

El nacimiento de la arqueología científica ecuatoriana

Para los años que Max Uhle visitó tierras sudamericanas, y especialmente el Ecuador, las investigaciones arqueológicas eran incipientes. Contados arqueólogos habían llegado a nuestro territorio. Entre otros, estuvo en el país Marshall Saville, quien escribe sobre las famosas Huacas de Chordeleg. En la introducción al extenso artículo leído en el año de 1923 en el Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay, en su párrafo introductorio dice textualmente que: «Todos los pueblos modernos, que merecen figurar entre los civilizados poseen como norma y guía de su desarrollo futuro una historia escrita de su pasado (...) esta debe estar fundada en principios de crítica científica con el uso de documentos auténticos; tradiciones orales, solamente, en ningún caso pueden reemplazarlos (...)». Juan de Velasco, Federico González Suárez y la prehistoria del Ecuador

Max Uhle analizó rigurosamente a Juan de Velasco y su *Historia Antigua* y a Mons. Federico González Suárez en su *Historia General de la República del Ecuador*. De Velasco refiere que «las fuentes originales del Reino de Quito, la historia de los Caras y de sus pobladores, no han sido encontradas en ninguna parte, no siendo de crédito las descripciones realizadas (...)». De la obra de Pedro Fermín Cevallos *Resumen de la Historia del Ecuador*, publicada en 1858, dice que repite los criterios del padre Velasco, sin aportar nada nuevo sobre la prehistoria del Ecuador.

Sobre González Suárez, entonces presbítero cuencano, que se interesó por el pasado del país, Uhle comenta:

Tuvo este sacerdote inclinaciones a trabajos históricos, y juzgaba con mucha razón al asegurar que un historiador, sin el conocimiento de los indígenas de su país, carecería de facultades para hacer conocer a sus lectores el pasado de su nación toda (...). Se concentró el Historiador sobre todo de la historia de los Cañaris. En su voluminosa obra, en el primero de ellos [el primer tomo] se dedica a la historia antigua, del período prehispánico. Entra de plano en conflicto con los relatos de Juan de Velasco.

Uhle consideró que los argumentos de González Suárez son válidos, y por ello los analizó.

Las ruinas de la ciudad de Tomebamba, el segundo centro administrativo de los incas para control del Tahuantinsuyu

Cuando Max Uhle llegó a la región del Azuay, su primera inquietud fue definir el lugar exacto donde estaba ubicado el segundo centro administrativo en importancia del Tahuantinsuyu incaico. Cita al cronista Cieza de León en su obra *Crónicas del Perú*, quien dice: «Estos aposentos famosos de Tomebamba están situados en la provincia de los Cañares, eran de los soberbios y ricos que hubo en todo el Perú, y adonde había los mayores y más primos edificios».

Múltiples trabajos de investigadores cuencanos hablaban de las ruinas de Tomebamba, cuyas huellas parecían haber desaparecido para siempre. El padre Julio María Matovelle, publicó un artículo, en 1876, en la *Luciérnaga de Cuenca*, donde asevera que Tomebamba estaba localizada en la unión de los ríos Jubones y León; y existe otro artículo publicado en el año de 1890, donde el erudito doctor Luis Cordero Crespo, sospechó ya que la antigua Tomebamba se hallaba en las cercanías de Cuenca.

Uhle luego de minuciosas y extensas excavaciones, iniciadas en 1920 con numeroso personal, anunció el 6 de enero de 1921 que: «La legendaria ciudad de Tomebamba,

la segunda ciudad del Imperio de los Incas esta en la región sureste de la ciudad de Cuenca, con todas sus reliquias e igual a los mejores restos encontrados en el Cuzco», y continua su informe diciendo: «En el curso de las excavaciones que pude emprender se descubrieron los fundamentos y la planta total de un Palacio Real y del Templo del Dios Viracocha, los dos edificios alzan su frontis en oposición uno al otro. El Palacio, localizado en el sur, da su frente a la plaza principal». A lo que añadió, para zanjar el debate iniciado por la ubicación de Tomebamba, que:

La presencia de los restos de una ciudad antigua de la importancia de Tomebamba en la inmediata vecindad sureste de Cuenca, ofrece por sí misma un timbre de gloria para la ciudad moderna. Se prolonga con esto su historia hacia la antigüedad, y una región escogida libremente por los últimos monarcas incas, los más desarrollados de la antigüedad sudamericana, fue elegida como lugar para la construcción de la segunda sede de su poderoso gobierno, por ello mismo posee por sí misma valores geográficos y etnográficos que en todo tiempo deberían predestinarla para el desarrollo de una alta cultura (...).

Se determinaba así, de manera definitiva, el emplazamiento de la antigua ciudad de Tomebamba, asunto litigado por siglos, con argumentos y excavaciones rigurosamente científicas. No dejaremos de lamentar como la colonización española no supo valorar las riquezas monumentales de la ciudad de Tomebamba; los edificios, sobre todo iglesias y primeras construcciones de la ciudad de la Cuenca colonial ocuparon absolutamente todas las piedras talladas de las ruinas incaicas, en los muros de sus construcciones. Las últimas investigaciones patrocinadas por el Banco Central del Ecuador, en la década de los ochenta del siglo pasado, lograron desenterrar y restaurar los cimientos del Palacio Real y sus alrededores.

Una vez esclarecida la ubicación de Tomebamba, Uhle avanzó a los sitios de Azogues, Chordeleg, Quingeo y Sígsig, formándose una clarísima idea, completa y cabal del desarrollo prehistórico del austro ecuatoriano, desde sus lejanos tiempos

hasta la entrada de los incas en el siglo XV, arribando a conclusiones definitivas que expone en el tratado *Influencias Mayas en el Alto Ecuador*, publicada entre mayo y junio de 1922.

Simón Bolívar a través de los escritos del poeta Remigio Crespo Toral

Agatha Rodríguez Bustamante

Sin duda, de todos los personajes de nuestra historia quien ha despertado más pasión es Simón Bolívar, el gestor de la independencia americana. El héroe y el hombre fueron retratados con gran destreza por el poeta Remigio Crespo Toral.

El mito del héroe se construye

El 24 de julio de 2016 se cumplieron más de dos siglos del nacimiento de Simón Bolívar, exactamente 233 años. Es también el momento de preguntarnos por el mito que lo rodea, por el hombre detrás del héroe, de desmitificarlo sin hacerlo. Y aunque esto parezca paradójico es posible hacerlo. Porque finalmente una forma de recordar al gran hombre es preguntarnos qué lo hizo tan grande.

Y él mismo lo dijo en cierta ocasión «siempre es grande emprender lo heroico», y eso fue lo que hizo cuando se puso al mando de los ejércitos independentistas. A 200 años de haber pronunciado estas palabras y de emprender un proyecto político de tal envergadura, que inició según el historiador Hernández Sánchez-Barba en 1810 cuando decidió su participación en el movimiento provincialista de Caracas y que terminó con el resquebrajamiento de la Gran Colombia en 1830, nos preguntamos ¿cómo se construyó la imagen de «El Libertador»? y ¿para qué?

El historiador Benedict Anderson nos habla de la construcción de las naciones como «comunidades imaginadas» y aunque podríamos cuestionar en el término «imaginada» estamos de acuerdo en que la palabra «construcción» es la más acorde al proceso inmediato a la independencia. Estas comunidades necesitaban para asegurar su existencia, entre otros aspectos una historia en común que los identifique y parafraseando a Anderson

aunque los miembros de la nación más pequeña no se conozcan jamás en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión, la que necesitaba de héroes. Contrario a lo que podamos creer no fueron solamente los literatos quienes mitificaron a Simón Bolívar, fueron también los historiadores en su afán de legarnos una historia patria. Y fue esta historia patria del siglo XIX quien nos legó al héroe.

No queremos restarle importancia al gran estadista, político y estratega que fue Simón Bolívar. Sin embargo, es necesario ver más allá del héroe, ver al hombre sobre el cual se construyó el mito, para entender porque durante 200 años ha movido la imaginación de escritores y ha provocado que historiadores le dedicaran cientos de páginas. Entonces, ¿cuándo se construyó la figura del héroe indiscutible?

Para contestar esta pregunta necesitaríamos más que unas breves líneas, pero tomaremos un ejemplo de cómo el héroe se perpetuó en Cuenca. La revista *América Latina* publicada en Cuenca desde 1922 hasta 1924, dirigida por Manuel Moreno Mora, en su primer número anunciaba que defendería «los ideales que principalmente han de mantener viva y creciente la tendencia a la unión del nuevo mundo latino [y] los de conservar y consolidar la emancipación política y mental, conquistada por dos genios americanos, Bolívar y Rubén Darío (...)», siendo en realidad un homenaje más al ideal que representaba el General que al hombre.

En su número de 1924 encontramos un capítulo del ensayo «Bolívar, Genio de América» de Remigio Crespo Toral, el gran hombre, poeta y político cuencano. Este ensayo formaría parte del libro que el Perú publicaría con motivo del centenario de la Batalla de Ayacucho, según una nota de pie de página, el escrito al que nos referiremos, no fue enviado con el borrador al Perú. En las siguientes líneas encontraremos al Bolívar mitificado y lo veremos a través de los ojos de Remigio Crespo Toral, –no olvidemos que este caballero fue el referente de su época no solo en Cuenca, sino en todo el país– y así prosigue su texto: «El niño, el

joven Bolívar, en la sociedad de los marqueses de Toro, de los linajudos Bolívares de Cantabria: de los Palacios, de los Sojo, más que por su elevación, se distinguía por la solicitud a favor de los servidores a quienes consideraba iguales» y en las primeras líneas nos señala a Bolívar por encima de sus contemporáneas desde muy niño.

No escatimará el poeta Crespo Toral en exponer sobre Bolívar solamente sus virtudes, las mismas que iban desde su falta de interés por la riqueza, de la que se desprendió durante las guerras de la independencia. Descrito como hombre de fuertes convicciones, amante de su familia y sobre todo de su «Patria». El héroe es perfilado con todas las virtudes posibles: generoso, familiar y leal patriota.

Aunque no tuvo descendencia sí tuvo el título de padre, padre de la Patria y Crespo Toral lo recordaba diciendo:

cerca de morir, se le rechazó en su patria, de Bogotá salió proscrito, el Perú acababa de volver la espada contra su libertador, la hija Bolivia no guarda del padre sino el nombre. Sólo Quito —la menor de las hijas colombianas—, llamó al padre, le rogó se asile en sus montañas. Título imperecedero de nobleza para la hidalga Quito. ¡El Libertador como el infausto Edipo, bien pudo honrarla con sus cenizas!

Sabemos que no lo hizo y eligió otro camino, no sin agradecer el gesto. A Bolívar, dice nuestro escritor, le esperaba un destino muy alto «reservada la gran empresa, la de la caballería en América, la locura de la libertad (...) el hombre de hierro [aquel que al mismo tiempo] presencié las hecatombes de la guerra más despiadada del siglo [XIX]». Y continúa diciendo que «renunció a todo por servir a sus compatriotas en la causa de la emancipación y en la quimérica de la libertad: mayor heroísmo que el de lanzarse a cien batallas (...) además de muchos dones del cielo, del talento (...) es eminencia que orilla la sublimidad heroica, que casi se confunde con la santidad».

Y sobre su carácter volátil dice: «No es posible negar que el genio, contemplándose en un desierto humano, incomprendido (...) navegando en aguas del porvenir; al sentir el vacío y el desequilibrio entre su ideal y la realidad circundante,

prorrumpía en acerbadas acusaciones, dictaba sentencias de terrible veredicto histórico y arrojaba el haz de rayos sobre la frente de los malvados». Cita a Bolívar cuando sintiendo el fin de su proyecto decía:

en esta infausta revolución, tan infaustas son la derrota como la victoria (...) los españoles se acabarán pronto; ¿pero nosotros cuándo? Semejantes a la corza herida, llevamos en nuestro seno la flecha, y ella nos dará la muerte sin remedio, porque nuestra propia sangre es la ponzoña (...) este nuevo mundo no es más que un mar borrascoso que en muchos años no estará en calma.

Al final del texto dice que cuando se le pidió hacer un último sacrificio, Bolívar se negó diciendo que «los tiranos de mi patria me la han quitado, y yo estoy proscrito: no tengo patria a quien hacer el sacrificio». Finalmente, refiriéndose al hombre decía que «hasta los héroes no puede triunfar sobre sí mismos [pero] que el heroísmo y la santidad en una sola pieza la encontramos únicamente en los altares», ese era Simón Bolívar, el héroe mitificado.

Desmitificar al héroe sin fragmentar el mito

Los sentimientos hacia «El Libertador» no eran exactamente los mismos que hoy, se podría decir, le profesamos. En realidad el hombre y el político despertaban pasiones y sentimientos encontrados y disímiles en todas las ciudades por las que pasó, como fue el caso de Cuenca. De hecho Simón Bolívar tenía un gran número de detractores que consideraban que la política que pretendía implementar para la Gran Colombia, para el Perú y el Alto Perú, después Bolivia, no era la más conveniente. Tanto en Perú como en los territorios de Colombia tenía firmes defensores, como José Antonio de Sucre y Juan José Flores, pero al mismo tiempo hombres que lucharon con él se le opusieron tenazmente, Francisco de Paula Santander y José Antonio Páez, son los ejemplos más conocidos. Y así decía sobre este tema Crespo Toral «En la amistad

tuvo magnanimidades hasta con los traidores a ella (...)».

Pero no solo encontró resistencia en sus ex colaboradores, sino en muchos sectores de la sociedad y de los territorios que ayudó a independizar pues no todos compartían sus ideales y resentían colaborar en una guerra que no habían querido y que les estaba costando mucho.

Simón Bolívar fue muchas cosas, brillante político, militar destacado y un gran hombre sin duda, pero la historia fue lo que fue y los documentos lo muestran cada día, lo que no es motivo para dejar de recordar este día, 24 de julio como lo que es, el día que nació un hombre extraordinario.

Manuel Antonio Muñoz Borrero, el cónsul cuencano «Justo de las Naciones»

Agatha Rodríguez Bustamante

El trabajo de los cónsules sudamericanos durante la Segunda Guerra Mundial ha sido muy cuestionado a lo largo de los años y hay autores que afirman que los cónsules ecuatorianos se enriquecieron con la venta de visas, aseveración que debe ser discutida y confrontada con las actuaciones de cónsules como José Ignacio Burbano y Manuel Antonio Muñoz Borrero.

La posición de varios países latinoamericanos ante una masiva migración desde Europa fue disímil. Argentina y México limitaron la entrada de judíos mientras que países como Bolivia y Ecuador facilitaron su entrada. Para este propósito las reformas en las leyes vigentes eran necesarias y así sucedió aunque eso no cambió la opinión personal sobre este asunto de altos funcionarios de Estado. El caso más claro fue el del Ministro de Relaciones Exteriores doctor Julio Tobar Donoso.

Tobar Donoso, a pesar de las leyes vigentes, dio órdenes expresas en «Circular Reservada» de diciembre de 1939 para que se limite al máximo la entrada de judíos al país. En este contexto varios de los cónsules en Europa obedecieron la orden enviada desde el ministerio mientras que otros desatendieron aquellas palabras por motivos humanitarios arriesgándose a perder su carrera.

Se ha reservado destinos impresionantes para algunos hombres, este es el caso del cuencano Manuel Antonio Muñoz Borrero nacido en 1891. Hijo de Alberto Muñoz Vernaza ilustre cuencano como ha señalado Gerardo Martínez en su libro *Pasaporte a la Vida* donde narra la vida de Muñoz Borrero y al referirse a su padre dice: «Político, historiador (...) soldado con más de treinta acciones de armas al mando de tropas, diplomático, exiliado por sus opiniones, industrial y economista autodidacta, Alberto Muñoz Vernaza es una de las personas que dibujan la fisonomía de Cuenca de todos los tiempos».

A Manuel Antonio la historia lo ubicó en el lugar indicado y en el tiempo justo para cumplir una significativa tarea: colaborar con la salvación de la vida de decenas de judíos perseguidos por el régimen nazi. Muy joven acompañó a su padre a Colombia, donde este había sido designado ministro plenipotenciario y embajador extraordinario, en Bogotá se graduó de doctor en jurisprudencia y derecho internacional y cumplió su trabajo de adjunto civil de la Legación del Ecuador. Su carrera tuvo un ascenso muy rápido y en 1931 fue enviado como cónsul de Ecuador a Estocolmo, pero en 1935 fue removido del cargo y se le designó cónsul honorario en ese país.

Manuel Muñoz y el conflicto con la Cancillería de Ecuador

En 1939 la guerra lo sorprendió en Suecia mientras desarrollaba su trabajo como cónsul honorario del país. El doctor Efraim Zadoff, fue el historiador encargado de la investigación sobre la actuación del doctor Muñoz Borrero para lograr salvar a familias judías y al finalizarla presentó en nombre de cinco familias de sobrevivientes al «*Yad Vashem*, la Autoridad de Recordación de los Mártires y Héroes del Holocausto» en Israel, el pedido de reconocimiento como «Justo de las Naciones» para el cónsul cuencano.

En su artículo «Pasaportes de Ecuador para la protección de judíos en la Shoá» describe los acontecimientos más destacados sobre la actuación de Muñoz Borrero. La situación en Europa para los judíos se complicaba a medida que avanzaba la guerra y en contraparte también aumentaban las organizaciones judías mundiales que se ocupaban del salvamento de judíos y que mantenían sus bases de operaciones en Suiza y Suecia países que se mantenían neutrales.

Zadoff explica que existían dos tipos de documentos: el clásico pasaportes y el segundo denominado: promesa «en el que constaba que su portador era ciudadano de un país de América Latina y que al presentarse en el consulado

correspondiente recibiría visa de inmigración [pero] ni los judíos ni los diplomáticos que emitían los documentos consideraban que estos documentos serían utilizados para emigrar a los países en cuyo nombre habían sido emitidos (...)».

En 1941 se cerró totalmente la posibilidad de salir de Europa y fue precisamente en ese año cuando empezaron los procedimientos de Muñoz Borrero para entregar pasaportes a judíos apátridas que perdieron su nacionalidad con las Leyes de Nuremberg entonces, ¿de qué servían aquellos documentos?

Como se señaló Ecuador tuvo una política de Estado muy abierta en cuanto a la recepción de migrantes aunque con excepciones. En 1941 Muñoz Borrero recibió instrucciones para negociar y tramitar la inmigración de 80 personas, en su mayoría judíos, al Ecuador. Zadoff describe este episodio un poco confuso así:

Muñoz Borrero consideró que si este grupo había recibido visa para ingresar a Ecuador, podía enviarles pasaportes ecuatorianos para que en Estambul completaran los datos necesarios y sus fotografías, y así tener la posibilidad de conseguir visas y arribar a su destino (...) el grupo estaba representado por un judío, Józef Wentland, quien solicitó que enviara los pasaportes mencionados, firmados y en blanco, al consulado chileno en Estambul (...) al recibir los pasaportes, Briones Luco (encargado del comercio de Chile en Turquía) notificó del hecho a su cancillería.

Al llegar estas noticias a Quito se pidió que se investigue la actuación del cónsul Muñoz Borrero en este caso, pues en la época era muy común el comercio de pasaporte y visas, lo que planteaba grandes problemas para los países emisores. Cuando empezó la investigación sobre el tema de los documentos enviados por Muñoz Borrero para las 80 personas desde Quito negaron conocer el asunto y sin escuchar explicación alguna removieron al cónsul de su cargo pidiendo, además, al Gobierno sueco que abriera una investigación en su contra, lo que no pasó en la práctica, mientras que los pasaportes fueron devueltos a la embajada ecuatoriana. Este percance le costó el puesto a Muñoz Borrero, pero sería el inicio de su labor humanitaria.

El cónsul Muñoz Borrero perdió definitivamente su trabajo por el asunto de los pasaportes enviados a Estambul. El Ecuador no aceptó ninguna explicación y seguramente tampoco estaba el Gobierno interesado en resolver este asunto debido a la inestabilidad política y social que en esos años se vivía en el país. La guerra con el Perú en 1941 y la firma del Protocolo de Río de Janeiro habían desgastado a la sociedad y el Gobierno de Arroyo del Río tan solo se había dedicado a la represión constante.

En este panorama Muñoz Borrero, como señala Zadoff «se ocupó, probablemente a comienzos de 1943, de emitir pasaportes a judíos que los precisaban para salvar sus vidas», habíamos indicado en la primera parte de este artículo que los documentos entregados por Muñoz Borrero no abrían la posibilidad de emigrar al Ecuador, pero sí protegían a sus portadores de ser enviados a campos de exterminio.

Durante los años finales de la guerra en Estados Unidos se crearon campos donde se internaron a los «súbditos de los países del Eje», es decir, a los ciudadanos de los países enemigos: Alemania, Italia y Japón para protegerse de los espías, pero con la secreta intención de intercambiarlos con prisioneros de guerra. Lo mismo sucedía en la Alemania nazi donde tenían campos como el *Sonderlager* (campo separado) o al *Sternlager* en Bergen-Belsen para personas con pasaportes de los países aliados que podían ser intercambiados.

Precisamente esta fue la utilidad de los pasaportes otorgados por cónsules de Paraguay, Honduras, Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Haití, Nicaragua, Perú, Venezuela y por Ecuador. Los proporcionados por Muñoz Borrero sirvieron para demorar el traslado de decenas de judíos al campo de *Westerbork* (campo de transición) o a los campos de trabajos forzados.

Acudieron a pedirle su ayuda varios dirigentes judíos entre ellos el rabino Abraham Israel Jacobson, Jacob Ettlinger, Fritz Holländer, Moritz Pineas y John Benzian, que colaboraban con el Congreso Mundial para el salvamento de judíos en

zonas ocupadas por los alemanes. Al aceptar ayudar a estas personas arriesgo todo, incluyendo su propia vida y:

a partir de este momento Muñoz Borrero comenzó a emitir pasaportes para los judíos cuyos nombres, datos personales y fotografías le eran entregados por alguna de las personas antes nombradas y se ocupó en enviar cartas y certificados suplementarios en los casos en que los alemanes cuestionaban la veracidad de lo escrito en los pasaportes (...) en el testimonio presentado por Muñoz Borrero en el interrogatorio realizado por la policía de Estocolmo (entre septiembre y diciembre de 1943) atestiguó que emitió los pasaportes en 1942, y que los documentos emitidos en 1943 eran solo duplicados ya que los originales se habían extraviado. Sin embargo, es de suponer que este testimonio estaba dirigido a reforzar la validez de los pasaportes, emitidos probablemente en la primera mitad de 1943, al convertirse en relevante la posibilidad de utilizarlos como documentos de protección.

Como relata Zadoff en líneas anteriores Muñoz Borrero claramente desafió las decisiones del Gobierno ecuatoriano, en las declaraciones dijo que los pasaportes firmados por él cuando ya no tenía el cargo de cónsul habían sido emitidos mientras era parte del cuerpo diplomático para asegurar su validez, aunque nos queda claro que mintió, lo hizo por un bien mayor ya que sabía que servirían de protección a los judíos que los portaban.

Muñoz Borrero cobró por estos documentos las tasas estipuladas por el Ecuador, entre quince a veinte dólares y en varios casos, como recuerdan algunos sobrevivientes pudieron obtener estos pasaportes sin pagar por los mismos:

Jacob Hirschmann recuerda que su padre Max le había contado que recibió el pasaporte sin tener que pagar por el mismo. Asimismo, al finalizar la guerra y liberarse del campo de Biberach donde estaba recluido con su familia, el padre viajó a Estocolmo donde encontró a Muñoz Borrero para agradecerle por los pasaportes. Al ver la deplorable situación económica en la que se encontraba le dio una suma de dinero.

Zadoff afirma en su artículo que se conoce que Muñoz Borrero otorgó decenas de documentos que sirvieron como protección y que mejoraron la forma en que fueron tratados sus portadores. El primer destino de los pasaportes emitidos por

Muñoz Borrero y el rabino Jacobson fue Polonia. No existen testimonios de sobrevivientes que hayan recibido pasaportes por este medio, pero se sabe que habían 2500 judíos provenientes de Varsovia con documentación de países latinoamericanos, tan solo 350 no fueron enviados a campos de concentración de los cuales uno poseía pasaporte ecuatoriano. Un segundo grupo de 300 judíos con pasaportes latinoamericanos fue enviado al campo de detención de Vittel, Francia, diez poseían pasaportes otorgados por Muñoz Borrero, pero lamentablemente no se salvaron debido a la demora de los países emisores en reconocer los documentos. Esta situación fue fomentada por los Aliados y su desconfianza hacia los alemanes, ya que permitieron el inicio del proceso de canje de prisioneros recién en 1944, intercediendo ante los países latinoamericanos para que reconocieran los documentos de forma rápida. Ecuador aceptó el pedido por razones humanitarias y no rechazó desde ese momento los documentos emitidos en nombre de nuestra nación.

El tercer grupo en recibir pasaportes ecuatorianos estaba compuesto por judíos alemanes que emigraron a Holanda, este caso se conoce más ampliamente, y según Zadoff «de los 3670 judíos con pasaportes de América Latina enviados entre febrero y agosto de 1944 desde Westerbork a Bergen-Belsen, 96 portaban pasaportes de Ecuador y estos fueron los únicos judíos que pudieron salvar la vida utilizando pasaportes ecuatorianos».



10 | Manuel Antonio Muñoz Borrero, el cónsul
cuencano nombrado «Justo en las Naciones»,
1926. Colección privada.

El reconocimiento a Manuel Antonio Muñoz Borrero por el Yad Vashem

En 1953 se aprobó la ley de Recordación de los Mártires y Héroes, por la que se estableció en Jerusalén la «Autoridad de Recordación de los Mártires y Héroes del Holocausto—*Yad Vashem*» que sería la encargada de otorgar galardones especiales y un memorial a las personas no judías que salvaron a judíos nombrándolos «Justos de las Naciones».

Yad Vashem realiza una investigación profunda que permite determinar si la persona, por sus acciones destinadas a salvar a judíos, merece ser reconocida con tan preciado honor. En 2009 cinco descendientes de sobrevivientes que lograron salvarse gracias a los pasaportes entregados por Muñoz Borrero junto a Tzémaj Jacobson, nieto del rabino Jacobson, presentaron en nombre de sus familias la solicitud para que fuese reconocido.

La solicitud fue presentada junto a la investigación realizada por el doctor Efraim Zadoff quien hizo un trabajo muy importante en los archivos de Estados Unidos, Inglaterra, Ecuador y Suecia demostrando que la actuación de Muñoz Borrero fue totalmente desinteresada y que ayudó a cientos de judíos durante la guerra. En 2011 fue reconocido como «Justo de las Naciones» y así «tendrá parte en la vida eterna» como ha sentenciado dicha institución para aquellos que sacrificaron su carrera y arriesgaron su vida durante el Holocausto.

El reconocimiento llegó por fin para el cónsul, pero el país aún tiene una deuda pendiente y aunque ha recibido varios reconocimientos, incluyendo en Cuenca, todavía no se le reintegra póstumamente al servicio diplomático, ofrecimiento del exvicepresidente Lenín Moreno y cargo que jamás debió perder.

En el 2015 se conmemoraron setenta años del final de la Segunda Guerra Mundial. No han faltado las celebraciones en los países vencedores, los homenajes a los personajes que fueron parte del triunfo aliado y, por supuesto, se ha recordado de varias maneras el terrible genocidio del pueblo judío conocido como el Holocausto. Estas celebraciones se presentan en el contexto, según dice la prensa europea, de una migración masiva de personas de África y Medio Oriente solamente comparable con el éxodo ocurrido durante los años de la Segunda Guerra Mundial y que movilizó a millones de personas a través del mundo, incluyendo al Ecuador.

Nos planteamos varias preguntas entre ellas si la guerra ha desaparecido o solamente se ha trasladado a otro lugar del mundo, algunos pensadores lo han afirmado y la historia se repite

nuevamente con otros rostros, pero ante esta situación, ¿qué deberíamos hacer? Hace más de setenta años el Ecuador abrió sus puertas a un grupo de personas, judíos y no judíos, para que pudiesen salvar sus vidas y encontrar un nuevo hogar. Muchos lo hicieron y son parte de nuestra historia. ¿Acaso es momento de repetir esta parte de la historia?

Gabriel y Eduardo Cevallos García en la historia local

Gabriela Neira Escudero

Gabriel: vertical, reflexivo y profundo humanista del siglo XX; Eduardo: solitario, mordaz, irónico e irreverente, nacieron en una misma cuna, pero sus caminos fueron muy distintos.

Gabriel y Eduardo Cevallos García nacidos en la segunda década del siglo XX en el seno de una familia de herencia conservadora, fueron dos intelectuales cuencanos con perfiles opuestos e indudables aportes a la cultura. Grandes lectores, acudían con frecuencia a las bibliotecas de amigos, siempre en contacto con gente vinculada a la cultura. En palabras del propio Gabriel Cevallos su casa era punto de encuentro de gentes cultas, indudable influencia del apego al humanismo que los caracterizó.

Gabriel Cevallos García en la política, la prensa y la Universidad de Cuenca

Gabriel se dedicó a la docencia, la política y la gestión universitaria; Eduardo era un apasionado de la lengua, un sagaz crítico de las normas establecidas, pero prefirió mantener un perfil más bajo cuando se trataba de la vida pública. Los intereses compartidos fueron el periodismo y la escritura.

Gabriel Cevallos García enseñó en aulas colegiales y universitarias, además, incursionó en el periodismo, como corrector de textos y articulista de periódicos que editó con Eduardo en la Imprenta Austral, de la que eran codueños. Según contaba: «yo ponía los artículos y mi hermano se encargaba de rellenar el periódico con sus conocidas bromas». Su palabra era frontal y muy dura cuando se trataba de defender las ideas heredadas de su madre. Participó

activamente en la política nacional en dos ocasiones. Formó parte de *La Escoba* –en su segunda etapa– la que se editó en su imprenta.

Viajó a España con una beca, hecho que marcó un importante cambio en su vida profesional y personal, sus maestros influyeron significativamente en su pensamiento. A su regreso de España lideró la reapertura de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Cuenca en 1952, por encargo del entonces rector Carlos Cueva Tamariz, más adelante fue decano de esa Facultad y también rector de la Universidad de Cuenca (1960-1967). Mantuvo una permanente preocupación por entender al ser humano, que se encuentra en el centro de su pensamiento, posible influencia de Ortega y Gasset, de ahí el calificativo de filósofo de la historia, por su forma de abordarla.

Eduardo Cevallos García, la ágil pluma irónica

Eduardo tenía una mente ágil y una ironía implacable. En palabras de Felipe Aguilar, su inteligencia radicaba en la capacidad de observar, entender e interpretar la realidad del mundo y de la vida. Su humor es corrosivo e irreverente. Otros consideran que su actitud responde a una suerte de resentimiento intelectual y social. Claudio Malo dice que gran parte de su producción y su humor procura ridiculizar y desacralizar las concepciones conservadoras, recoletas y autosuficientes de Cuenca «la Atenas del Ecuador». Extraordinario conocedor de la lengua, manejaba asombrosamente los manuales de gramática, rápido para la palabra y la escritura, tenía el comentario oportuno en el momento apropiado además de poseer una memoria prodigiosa.

Inicia su producción con *Los Otros* (1943) –serie de textos cortos en tono irónico– esta, como todas sus obras, se vendió más rápido que el pan de Todos Santos. Aguilar y Malo lo califican de irreverente, todo lo puso en entredicho

y lo ridiculizó: las «disque verdades» de la historia, los chovinismos de las ciudades, en particular de la «cultura Cuenca», la incapacidad de los políticos, la poca inteligencia de las autoridades, la deshonestidad de los jueces, el incumplimiento de los votos de los religiosos e incluso, el significado de las palabras en su *Diccionario de Brutalidades* (1951).

Su genialidad y rapidez mental eran tales que era capaz de escribir un *Soneto sin A*, por una apuesta y en menos de lo que canta un gallo, o prefería escribir un verso a la Virgen de quien era devoto, en vez de sacarlo de sus libros. Su personalidad era muy distinta a la de su serio hermano Gabriel. Al ver trabajar a su hermano Gabriel por horas en su estudio, le decía, «tanto tiempo dedicado a escribir y luego tienes que regalar tus libros porque nadie los compra, en cambio yo escribo poco y mis libros se agotan en seguida». Prefirió el anonimato. Como secretario municipal escribía los discursos que los alcaldes pronunciaban, un hecho poco conocido, en estos se guardaba de ser mordaz y era políticamente correcto. Además, escribía los famosos testamentos de año viejo, muchas veces ganadores con el nombre de terceros. Si bien por su carácter solitario e introvertido procuraba la penumbra pública, sus obras no se quedaron en la opacidad, al contrario, fueron sumamente polémicas, tal es el caso de una de las más leídas de la literatura cuencana: *De Ingapirca al Vaticano* (1950) y la famosa *El Ecuador en Paños Menores*, que para muchos es la más real de las historias de nuestro país.

Su legado

Gabriel Cevallos García produjo una cuantiosa obra –casi toda producto de las reflexiones de las cátedras que dictó– que se recopilan en sus *Obras Completas*, once tomos publicados por el Banco Central del Ecuador en 1988, y luego dos tomos más publicados en 2004 por la Fundación

Gabriel Cevallos García, con temas de historia, literatura, ensayos, prosa, religión y otros muchos que hoy constituyen referente de la historiografía ecuatoriana.

En forma paralela a las *Obras Completas*, fue presentado el volumen *Obra(s) casi completa(s)* de Eduardo Cevallos García, con sus textos. El título es una burla ya que ni él mismo conocía el paradero de sus trabajos y así mantuvo su habitual estilo. Eduardo y Gabriel hermanos diferentes, caracteres opuestos, los dos han dejado una huella importante en la cultura de nuestra ciudad, aún conservada años después de su muerte.

Soneto sin A

Eduardo Cevallos García

El sol, en el cenit, tiene resplandores;
tiene hermosos crepúsculos el cielo;
 el ruiseñor, sus trinos y su vuelo;
 corriente el río; el céfiro, rumores.
Tiene el iris sus múltiples colores;
todo intenso dolor tiene consuelo;
tiene mujeres mil, pechos de hielo,
Y el pomposo vergel, tiene sus flores.
Tienen sus religiones sus creyentes
 tiene mucho de feo ser beodo;
tiene poco de pulcro decir «mientes»;
 Todo lo tiene el que lo tiene todo;
 y tiene veinte mil inconvenientes
El escribir sonetos de este modo.

Capítulo IV

Identidades

mestizas





1 1 | [Chola cuencana], s. f. Fotógrafo no identificado,
Archivo del Ministerio de Cultura y Patrimonio del
Ecuador.

Historias del patrimonio cultural azuayo: de las llanuras de Tarqui a las fiestas de Cumbe

Juan Martínez Borrero

Alguna vez nos hemos detenido a preguntarnos el ¿por qué de ciertas costumbres?, ¿dónde se originaron o en qué fecha empezaron a celebrarse?, o más precisamente, ¿cuál es el significado que tuvieron ciertas festividades en nuestra región?

Una tarde fría de enero del año de 1740 una escena de lo más curiosa se desarrolla en las brumosas llanuras de Tarqui. Arropados bajo ponchos que alguien les prestó, un variopinto grupo observa la fiesta indígena en honor de la sangrante imagen de Cristo que se conserva en la vieja iglesia de adobe y tapial que se adivina detrás del movimiento de los sacerdotes.

De repente, por un extremo de la plaza, avanzan jocosamente varios hombres caminando con andar exagerado, los movimientos de las manos parecen manejar extraños y obsesivos instrumentos y sus cabezas se cubren de rizadas pelucas de cabuya bajo las que se adivinan ridículas antiparras. El grupo asistente ríe admirando esta muestra de ingenuo salvajismo hasta que uno de ellos se da cuenta que los indios los imitan en su andar por los montes en los que procuran medir el indefinible arco del meridiano terrestre. Entonces se sienten víctimas de una burla. Afectados por el irrespeto los sabios franceses y españoles regresan a sus habitaciones en la hacienda que les facilitó un ganadero cuencano, molestos, sintiéndose víctimas de esta atrasada sociedad a la que no pertenecen. Esta anécdota narrada en tono disgustado por uno de los miembros de la Misión Geodésica Francesa ha sido traída en este momento para iniciar esta breve, excesivamente breve, visión del patrimonio inmaterial del Azuay.

Algunas ideas parecen surgir directamente de este hecho, que es más que anecdótico, una de ellas es la pregunta sobre el origen histórico de algunos elementos culturales contemporáneos, otra la reflexión sobre los procesos de mestizaje o hibridación que se han producido a través del tiempo, y aún el cuestionamiento de las fuentes disponibles y la forma como estas son utilizadas. Una visión histórica del patrimonio inmaterial azuayo encuentra muchos más vacíos que certezas, porque lo que tendemos a ver como congelado en el tiempo tuvo, sin duda, un origen histórico preciso, además de que algunos de los elementos se inscriben en claros procesos de reciente data mientras que otros profundizan en la larga duración andina.

Los acontecimientos rituales y actos festivos, conocen en el Azuay amplia difusión. Como un ejemplo de gran interés en el patrimonio inmaterial azuayo, por una eés en el patrimonio inmaterial azuayo, están las festividades del Señor de Cumbe cuya imagen original se remonta a los años iniciales de la presencia española y muestra la difusión de las figuras barrocas, que tanta importancia asumirán en los territorios con población indígena. Las festividades en honor a esta imagen se desarrollan en el marco de fiestas con prioste, ayudantes diversos y capitanes. La fecha establecida es el 24 de junio, relacionándose así con la de la Eucaristía o Corpus Christi.

Dentro de los elementos rituales destacados se incluyen la coparticipación masculina y femenina. La esposa del prioste asume un importante papel y no es tradicionalmente posible asumir el cargo de la fiesta sin un acuerdo previo de la pareja; en la procesión del día de fiesta la mujer llevará la imagen del Señor, en los bailes de las vísperas participarán danzantes mujeres junto a los danzantes masculinos, algo muy distinto que, por ejemplo, en la fiesta de San Lucas en Llaqueo en donde las «mujeres» son hombres disfrazados.

Por otra parte se utiliza una parafernalia visual muy atractiva, a través de empleo de flores de papel colorido o metálico, de cruces adornadas con detalles de ese mismo

material, de los objetos que se llevan, como las ollas o los tejidos, y esto completado con la música de chirimía y diversas bandas y con el estruendo de los cohetes todo en forma simultánea con lo que la capacidad comunicativa del acto ritual es enorme y trasciende el espacio en el que se realiza. Estos rasgos son en gran medida un producto de la hibridación cultural pero también de la capacidad de adaptación y respuesta que esta sociedad de campesinos, ganaderos, artesanos, trabajadores independientes, peones hacendarios y trabajadores urbanos, a más de emigrantes de corta y larga distancia, han desarrollado.

Entre los elementos de mayor interés ritual se cuenta la práctica del «gallo pitina o corte de gallo» en la que los capitanes de a caballo deben arrancar ritualmente la cabeza a un ave colgada en la mitad de la plaza, justo en el área que ha sido sacralizada en la víspera. Esta práctica se inscribe en la tradición de sacrificios de sangre en el Azuay, que incluyen también y de manera destacada, al pucara o *shitanacuy*, practicado en áreas cercanas o el sacrificio del toro del vecino Girón. Asistimos entonces a una práctica históricamente construida con antecedentes andinos prehispánicos, pero incluida en una religión híbrida en la que la imagen física del Señor de Cumbe es la deidad con la que se establece una negociación individual, basada en el cumplimiento de obligaciones mutuas.

La presencia de nuevos rasgos culturales, a veces vistos con terror por los puristas culturales, es una parte de los procesos de adaptación al cambio en una sociedad flexible y que renegocia en forma continua las relaciones sociales, familiares y aun religiosas. Si la escena que narrábamos al inicio, que se desarrolló en la cercana Tarqui, nos deja alguna lección es precisamente la de la adaptación y del cómo los rasgos culturales se metamorfosean ante influencias externas importantes.

Conventos de monjas, otros roles de las mujeres en el siglo XVIII

Gabriela Neira Escudero

Los conventos de monjas conservan una historia muy rica que va desde la reproducción del sistema colonial en lo social dentro de los monasterios, su fuerte vinculación con el sistema hacendario hasta anécdotas acerca de celebraciones profanas como la «fiesta del puro».

Durante la Colonia española los monasterios de monjas jugaron un papel fundamental en muchas ciudades americanas. Es difícil comprender la lógica, social, económica y religiosa de la época sin referirnos a ellos. Los roles asignados a las mujeres las confinaban al matrimonio o, en su defecto y para preservar su honra, al ingreso a la vida conventual, por lo que la profesión religiosa se debe entender en el contexto colonial de jerarquía y masculinidad versus feminidad.

El matrimonio exigía una dote significativa y había familias criollas que se encontraban en situaciones económicas paupérrimas, a veces era por tanto más fácil dotar a la hija para un monasterio y esta podía ser cubierta en moneda, cuando había circulante, mientras en otras ocasiones se podía entregar propiedades, cosechas, joyas y otros bienes. Los conventos parecen haber librado a la sociedad de la manutención de un gran número de mujeres célibes.

Los votos obligados

La vida conventual era considerada como un recurso para garantizar la honra de las mujeres de la esfera criolla. Se trataba de una situación muy común en un espacio respetable para damas de elevada posición social, e incluso símbolo de estatus para sus familias. Pero es también cierto que muchas mujeres escogían el convento porque suponía un camino de escape a las

restricciones de la sociedad patriarcal. En comparación con su vida de cautivas del hogar, el claustro ofrecía, con un indudable precio, la posibilidad de liberarse del mundo masculino.

Cuatro votos fundamentales regían la vida de los monasterios: pobreza, castidad, obediencia y clausura, normas muy estrictas que en la práctica no siempre eran respetadas por las religiosas, a pesar de una permanente vigilancia y la crítica colectiva. Los monasterios reproducían los esquemas sociales y un claro ejemplo fue el uso del velo negro y del velo blanco que diferenciaba a las religiosas. Aquellas que postulaban para monjas de velo negro ingresaban al convento acompañadas de sus sirvientas, donadas y recogidas; se establecían en celdas muy cómodas que podríamos denominar «lujosos apartamentos», que incluían cocina y estudio, es decir, cada monja reproducía y plasmaba su identidad en su espacio vital.

Hacia finales del siglo XVIII en Cuenca dentro del monasterio vivían 184 personas, pero solo había veinte y siete religiosas de velo negro, una de velo blanco y una novicia, el resto correspondía a la servidumbre: mujeres y hombres. En México, por ejemplo, en conventos mucho mayores, dentro de algunas celdas había tinajas y braseros para calentar el agua. La vida de las monjas transcurría dentro de aquellas celdas, en largas rutinas que incluían rezo, comida y trabajo, estas actividades se llevaban a cabo al interior de sus «apartamentos». Pero también era posible cantar, interpretar y componer música, bordar, escribir y pintar, actividades no comunes, pero de las que hay muestras excepcionales en los monasterios locales.

Se podría pensar que la vida conventual era una opción cómoda y poco sacrificada, sin embargo, las religiosas ingresaban a edad muy temprana, aún niñas, de manera que llevaban, incluso, entre sus pocas pertenencias sus juguetes y se enfrentaban a una vida desconocida. Algunas monjas no aceptaron la vida en el convento y sabemos que, por ejemplo, la monja Martina Catalina de Barzallo, interpone una demanda por nulidad de profesión y hábito, al sentir que esa no era su vocación ni el tipo de vida que deseaba, según Catalina León

Galarza, quién ha investigado el tema, se le aplicaron severos castigos por su desobediencia.

Reproducir la vida social

El voto de pobreza no se cumplía en forma permanente, las monjas declaraban tener dinero y otras pertenencias, recursos que usaban para sus gastos personales, además de lucir alhajas a diario y otros objetos de valor que aún se exhiben en el Museo del Monasterio de las Conceptas de Cuenca.

Durante la Colonia en el convento de las Conceptas de Cuenca las seglares podían entrar y salir a placer mientras que el ingreso de particulares era frecuente, las visitas de autoridades eclesiásticas y civiles, de familiares y amigos que pasaban horas en amena conversación con las religiosas eran muy comunes, aunque estaba prohibido el acceso a la zona de clausura y estas actividades se desarrollaban en la sala de visitas.

El primer obispo de Cuenca, José Carrión y Marfil recurrió a las autoridades civiles para poner freno y sanción a actividades que habían sido constantes desde mucho antes de su llegada a Cuenca, aunque lo hizo en el marco de sus diferencias con el gobernador Vallejo y Tacón. Así el Monasterio de las Conceptas fue denunciado como escenario del «baile del puro», fiesta profana en la que participaron distintas personalidades, autoridades, seglares y algunas religiosas disfrazadas, sin hacer uso de su hábito. La fiesta incluía licor y actividades poco relacionadas con las de un convento de clausura. Los documentos muestran que las monjas denunciadas fueron sancionadas duramente, incluso con reclusión durante meses a pan y agua y con prohibición de recibir visitas.

Motor de la economía

La consolidación del sistema hacendario benefició a la comunidad concepcionista propietaria de grandes extensiones agrícolas. La administración de esas haciendas estuvo a cargo de mayordomos, siempre en vinculación con la abadesa o priora y las vicarias, constituyendo importantes ingresos para sus rentas. Esta riqueza, así como el poder que concentraron y ejercieron, les movió a solicitar decretos reales a su favor, así como el cobro de tributos a indios mitayos de las comunidades para el servicio de sus haciendas. Incluso la falta de circulante y crisis del siglo XVIII fue menos sentida por las concepcionistas que por el resto de la sociedad de la región. La comunidad se convirtió en prestamista a través de los censos que otorgaban.

La vocación religiosa no fue la razón exclusiva que motivó a las mujeres a ingresar a los conventos durante el siglo XVIII, existieron motivaciones más prácticas, desde la presión social para aquellas que no se casaban o cuyas familias no podían cumplir con una dote apropiada. El Monasterio de las Conceptas, que se inició con tres monjas a finales del siglo XVI, mantiene entre sus paredes icónicas parte de la historia de las mentalidades de nuestra ciudad, su museo requiere hoy un apoyo de todos para conservar su legado.



12 | Interior del Carmen, c. 1950. Fotógrafo no identificado, Archivo del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador.

La evangelización del Oriente Azuayo en el siglo XIX: bautizo de jíbaros en Cuenca

Ana Luz Borrero Vega

En el Archivo General de Indias existe un informe enviado por el Cabildo y Obispado de Cuenca a las autoridades del Reino en febrero de 1818, donde se da testimonio del bautismo solemne de los primeros gentiles de la Provincia de Logroño, catequizados en la ciudad.

Las misiones en el Oriente azuayo

A inicios del siglo XIX, se produjeron importantes acontecimientos en los territorios que estaban habitados en la época por los shuar o «jíbaros», unos pocos colonos y misioneros, que fueron denominados en la época republicana como «Oriente Azuayo» que comprendía las zonas de «Bomboiza» y de «Gualaquiza», siendo parte del Obispado de Cuenca y que, actualmente, pertenecen a la provincia ecuatoriana de Morona Santiago.

Este territorio era parte de las zonas en pleno proceso de evangelización de los pueblos «gentiles» y de la búsqueda del oro, y del mantenimiento del poder del Rey. Una de las últimas misiones españolas en el Reino de Quito, fue la fundación San José de Bomboiza, cercana a Gualaquiza. Parte del interés por esos territorios fue la del control de la zona de la antigua ciudad de Logroño. Galo Sarmiento, en su historia sobre Gualaquiza relata que: «Con la llegada de primer prelado de Cuenca Don José Carrión y Marfil, se revivió el interés por la evangelización de los «jibaros» y la búsqueda de la perdida ciudad de Logroño, varios curas del Azuay como Antonio Carrasco, Antonio Rodríguez y José Antonio de la Cuadra recorren la zona de Gualaquiza sin mayor suceso», por tanto, será años más tarde con el obispo Cortázar que se estructurara la misión.

Antecedieron a la fundación de la misión, la presencia del padre fray José Prieto, religioso franciscano descalzo, quién encontró muy propicio para sus misiones el «oriente de Cuenca». Bautizó a algunos párvulos jíbaros en 1815, con la idea de convertir a toda la «tribu» al cristianismo, en un pequeño pueblo del lugar, construyó una iglesia y casa para misioneros, ése fue el origen de Gualaquiza, el fraile vino a Cuenca procedente de Canelos, en búsqueda de la famosa Logroño. La búsqueda del control de los territorios y la evangelización de los indígenas de la zona también se debió al interés del obispo de Cuenca, el guayaquileño doctor José Ignacio Cortázar Lavayen, de fortalecer la misión de Bomboiza, así mostraba que esos territorios pertenecían a la Audiencia de Quito, y no al Obispado de Mainas, como pretendían desde Lima.

La visita de los jíbaros a Cuenca en septiembre de 1817

El padre Prieto iría a Cuenca, para pedir apoyo para su trabajo misional, en respuesta a su pedido, en septiembre de 1816, una comitiva de militares y criollos, entre los que se incluye Pablo Hilario Chica, cuencano que posee una hacienda en las estribaciones del Oriente, visitan la zona de Gualaquiza y celebran el importante acontecimiento. Un año más tarde, el colono José Suero, retornará a Cuenca con algunos miembros de la mencionada comitiva, en compañía de un grupo de «naturales» o jíbaros, que visitarán Cuenca, frente a la admiración de la gente, estos llegan a Cuenca el 16 de septiembre de 1817. Suero había sido educado en Canelos y conocía la lengua de los indígenas de la región. En el *Archivo General de Indias*, existe un informe enviado por el Cabildo y Obispado de Cuenca a las autoridades del Reino en febrero de 1818, donde se da testimonio del bautismo solemne de los primeros gentiles de la provincia de Logroño, catequizados en la ciudad. Se bautizaron a los «gentiles jíbaros», siendo padrinos el teniente asesor de Gobierno López Tormaleo y el

vicario de la Iglesia Catedral, quienes vistieron con «decencia a los bautizados» y «regaron» una considerable cantidad de plata para el público (los capillos de los padrinos) y, además, ofrecieron un banquete espléndido.

Solamente podemos imaginar hoy que pasaría por la mente de los vecinos de Cuenca a la llegada de los indígenas orientales, así como las reacciones de los jíbaros entrando en Cuenca, invito a los lectores a ese creativo proceso.

La fundación de la misión en Bomboiza-Gualaquiza

Para conseguir sus fines, Cortázar mandó a los padres José Fermín Villavicencio y Manuel Mogrovejo, en compañía del padre Prieto, seguidos más tarde por dos padres franciscanos que trabajaron igualmente en la evangelización de los pobladores de la zona y en la fundación de la misión en el año de 1818. El historiador Manuel Lucena Salmoral develó en una reciente publicación un interesantísimo dato de la fundación de la misión que consta en el *Diario* del padre Prieto, con sus notas de viaje.

Partieron de Cuenca, para establecer la misión en el Oriente el día 31 de marzo de 1818, junto con Prieto, los misioneros citados, enviados por el obispo y don José María Suero, en una expedición con ochenta peones, que transportaban en sus espaldas, los fardos con alimentos, implementos y regalos, por un camino lleno de dificultades, un viaje por etapas, y sufriendo los ataques de los elementos, lluvias torrenciales y ríos crecidos. En abril llegaron al entable de Dionisio Samaniego, en territorio jíbaro, luego ya en San José, hicieron contacto con los «naturales», que estaban esperándolos desde hacía varios días:

Continuaron hasta Colonda, poblado del cacique Tenedecha, y finalmente el día 15 llegaron a Bomboiza, donde iban a fundar la misión. Tras un solemne Te Deum, el Superior de los religiosos -posiblemente Villavicencio- habló a los naturales sobre el objetivo evangelizador, sirviéndose de Suero como intérprete. Los jíbaros ofrecieron comida y bebida a los recién

llegados y éstos correspondieron con regalos como chaquiras, agujas, telas, etc. El 16 se bautizó la misión como San José de Bomboiza, y se dijo una misa solemne con los naturales que había bautizado unos años antes el Padre Prieto (...) Tras nuevos bautismos, los jíbaros rozaron una cuadra de terreno para levantar en ella la iglesia. Prosiguieron luego los nombramientos de autoridades indígenas y nuevos bautismos.

A la doctrina de Bomboiza del padre Prieto, asistían diariamente varios pobladores shuar-jíbaros: diecinueve hombres y veinte mujeres que fueron bautizados, así como treinta y dos varones y veinte mujeres infieles. La misión católica, así como el control de los territorios movían a las autoridades eclesiásticas y civiles de Cuenca hacia ese territorio y en búsqueda de la antigua entrada o vía hacia Logroño. La región será posteriormente conocida como la provincia de Gualaquiza, en medio de los extremos de Canelos y Zamora.



13 | [Niña vestida de *jibara*], c. 1915. Fotografía no
identificado, Archivo del Ministerio de Cultura
y Patrimonio del Ecuador.

Breve historia de la Fiesta de Lira

Ángeles Martínez Donoso

Cuenca ha sido llamada, por derecho propio, la «Arcadia de los Andes», ciudad de poetas y de poesía, fue escenario de la «Fiesta de la Lira», una muestra del profundo amor por la cultura, tan celebrada como criticada.

Recuerdos del pasado

Tal como lo indicaba Rafael María Arízaga mantenedor de la Fiesta de la Lira en 1920, en una publicación que llevaba el mismo nombre de la fiesta: «Cuanto fervoroso y encariñado culto al suelo propio late en ese ideal, cuya íntima aspiración no hay duda que se endereza a honrar y dar lustre a Cuenca, a esta Arcadia de los Andes, como place llamarla cuando se piensa que por su hermosura y querencia al gay saber trae al recuerdo la poética región griega». La primera edición de la Fiesta de la Lira se desarrolló el 31 de Mayo de 1919 en la heredad de Roberto Crespo Toral (El Ejido), convocada por un «Consistorio del Gay Saber» formado por seis poetas; así lo indica Rafael María Arízaga, en la revista «Fiesta de la Lira en Cuenca», publicaciones de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay:

Nos reunimos un grupo cuasi familiar en la heredad de uno de los más amables y beneméritos de nuestros hombres representativos Don Roberto Crespo Toral, disteis comienzo a estos simpáticos torneos de las letras y del arte, que, si traen a la mente la Academia de la gaya ciencia y las justas literarias de pasadas edades, tiene en vuestra intención un carácter más íntimo, por eso hemos preferido en vez de reunirnos en solemnidades urbanas, la amplitud de los campos en flor, en plena caricia de la luz, para comulgar con la amable naturaleza (...) la musa autóctona de vuestros cantos.

En la primera Fiesta de la Lira se había instaurado cuatro premios: La Flor Natural, la Violeta de Oro, el Capulí de Oro y la Lira de Oro; siendo esta última el máximo premio. Es importante mencionar que la Fiesta de la Lira no solamente se

instituyó y forjó en: «Simples y efímeros concursos de poesía», pues estos trascendieron en sus encuentros y certámenes, según Teodoro Rodríguez Muñoz, a: «Verdaderos recitales y los más grandes eventos de la declamación que se conozca en el acervo cultural y literario del país». Por otra parte, el historiador Juan Martínez Borrero nos relata un episodio sobre la fiesta que nos da una idea muy clara sobre su significado:

En la quinta de Roberto Crespo Toral se realiza por vez primera este juego de poetas y son premiados con la flor natural Gonzalo Cordero Dávila con su poema «Nati» y con la violeta de oro Remigio Romero y Cordero con su «Egloga Triste». Declama Cordero «Nati, la hija del áspero baldío, crecida en la vivienda más oscura, aunque se halla en los quince tiene frío; porque es flor de miseria su hermosura (...)». Romántica visión de la vida forjada en la diaria experiencia de la campaña cuencana. Continuará la fiesta por décadas pero, como sucede con todo, la decadencia también le alcanzará. Un día, atacada por los reformadores del grupo Elan, cuando era solamente una sombra de lo que llegó a ser.

Las críticas

Rafael María Arízaga escribió:

La Fiesta siguió realizándose anualmente hasta que en 1932 fue atacada por Benjamín Carrión que la calificó de arcaizante y elitista, propia de una sociedad que vivía de espaldas a la miseria y atraso en que se debatía el Ecuador, el Azuay. Poco tiempo después se sumaron las críticas de un español avecindado en Guayaquil Francisco Ferrandiz Albors, que escribía en *El Telégrafo* y del joven pero ya famoso literato Joaquín Gallegos Lara, quienes manifestaron que la tal Fiesta de la Lira era aberrante, de aristócratas terratenientes que consideraban al paisaje sin el hombre, eje de todo proyecto cultural por muy academicista que fuere. De todas formas la Fiesta se siguió realizando hasta 1935 como un encuentro poético, artístico y social, ocasión para la expansión del espíritu dentro del marco elitista, conservador y bucólico de esos días.

Lloret Bastidas la describe como «El último calorcillo romántico de la ciudad de Cuenca, que en esos años centenarios y los que continuaron después de 1920, anduvo calada hasta los huesos por una multitud de versos sin memoria (...)».

Los tantos «poetas»

Los más destacados intelectos de la ciudad se reunían a manera de gremio para llevar adelante la fiesta de los poetas que tenía como escenario la propia naturaleza. Se contaba con un cuerpo ejecutor llamado «Consistorio» integrado por siete personas estrechamente vinculadas al que hacer intelectual, por un secretario y por el mantenedor, que se nombraba cada año por parte del «Consistorio» y que tiene a su cargo la realización misma de la fiesta.

Los que suscribieron el acta de fundación de la Fiesta, fueron: Honorato Vázquez Ochoa, Remigio Crespo Toral, Rafael María Arízaga, Roberto Espinoza, Roberto Crespo Toral, Nicanor Aguilar, Juan María Cuesta, Alfonso Jerves, Ceslao María Moreno, Alfonso Borrero, Octavio Cordero Palacios, Isaac Ulloa, Luis Cordero Dávila, Juan Íñiguez, Miguel Cordero Dávila, Alfonso Andrade Chiriboga, Nicanor Merchán, Emiliano J. Crespo, Presb. Manuel María Palacios, Octavio Martínez, Manuel María Ortiz, Roberto Crespo Ordóñez, Remigio Tamariz Crespo, Gonzalo Cordero, Rafael Florencio Arízaga, José Rafael Burbano, Luis Moreno Mora, Alfonso Moreno Mora, Alfonso Cordero Palacios, Emmanuel Honorato Vázquez, Cornelio Crespo Vega, Carlos Cueva Tamariz, Agustín Tamariz Crespo, Remigio Romeo y Cordero, Vicente Tamariz Toral, Manuel Moreno Mora, Antonio Borrero Vega, Octavio Muñoz Borrero, Luis Romero y Cordero, Ricardo Darquea Granda, Manuel María Muñoz Cueva, Luis Cordero Crespo, Alejandro Arízaga, Nicolás Espinosa Cordero.

De la lista de cuarenta y siete, el mismo Lloret Bastidas explica «más o menos la mitad son poetas; los otros son juristas, médicos, sacerdotes. Hay uno o dos pintores (...)» y aunque afirme que «todos son discípulos de la escuela romántica, todos están apegados de una u otra forma a las puras tradiciones del Azuay, comenzando por la tradición católica» hay algunos personajes que están ya embarcados en otro pensamiento.

Un mito por confusión

Hubo ciertamente una confusión entre los poetas románticos y los modernistas con los que coexistieron, mientras los unos eran muy apegados a la religión, la tradición, la tierra y la patria, basta leer la «Institución de la Fiesta de Lira» por lenguaje y contenido: «*Et estantes infra octava Ascensión de Don Jesu Christo a los cielos, por lema et empresa cimera de la FESTA DE LA LIRA en tierras de Tomebamba (...)*»; los otros en los años veinte disfrutaban de herir calculadamente las costumbres y la moral de la sociedad, y como los unos eran los padres y los otros eran los hijos, se juntaron los tiempos en el que sobrevivía el pensamiento del siglo XIX con el del ansioso siglo XX, las discusiones eran ciertamente acaloradas.

Lo interesante, es cómo en el llamado «desastre de la Josefina», ocurrido hace ya tantos años, marzo de 1993, se escuchaba a la gente comentar que el terrible deslave era un castigo de Dios, porque en la zona de «El Descanso» estaba una hacienda en la que esta Fiesta de Lira era celebrada, misma que quedó sepultada bajo el lodo, cierto es que ahí también se reunirían los modernistas, pero recordemos que la minería irresponsable no necesita de fuerzas sobrenaturales para tener consecuencias.

El presente

Hace unos pocos años volvió a realizarse un certamen poético con el nombre de «Festival de la Lira, Certamen de Poesía Hispanoamericana» que «aspira premiar el mejor libro de poesía en lengua española publicado durante el bienio anterior a su convocatoria, y tiene entre sus objetivos de propiciar la reflexión sobre el hecho poético y contribuir al conocimiento de la poesía que actualmente se escribe en nuestra lengua». Creado por la Fundación Cultural del Banco del Austro, con el apoyo de la Municipalidad de Cuenca, la Universidad de Cuenca y la Casa de la Cultura, bajo la batuta de Cristóbal Zapata,

primero y ahora de Jorge Dávila, dos de nuestros importantes intelectuales, y que acaba de realizarse la quinta edición. Loret Bastidas muchos años atrás exclamaba: «No ha faltado el intento por rehacerla, pero ¿cabe una cosa semejante?».



14 | «Fiesta de la Lira», 1919. Fotógrafo Salvador Sánchez, Archivo del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador.

Cuando todo cuencano es un poeta...

Juan Martínez Borrero en su artículo: Una historia cotidiana de Cuenca que forma parte del libro *Santa Ana de los Aguas*, retrata un momento clave para los poetas cuencanos, que tuvo lugar a inicios del siglo XX:

Creen los cuencanos que viven en una nueva Arcadia, esa mítica tierra griega en la que conviven los pastores y los músicos, los dioses y los poetas, y deciden, basados en la tradición mariana de los «Sábados de Mayo» impulsada por Miguel Moreno, entregarse a los juegos de la poesía bajo la ilusión colectiva de la «Fiesta de la Lira». En 1917 se corona en efígie a Luis Cordero Crespo, el presidente, en acto póstumo que tiene como escenario la calle junto a su antigua casona, unas semanas más tarde será Remigio Crespo Toral quién rodeado de muchachas vestidas de musas, recibirá la áurea corona de laurel en clásico ritual heleno. Se trata de un acto vivido con plena conciencia de la estética. Nada se deja al azar, ni las fotografías de Emmanuel Honorato Vázquez o de José Salvador Sánchez, ni

los discursos elocuentes de los extraordinarios oradores de la época (José Cuesta Heredia, 1989). Y entonces en 1919 se convocará la primera edición de la «Fiesta de la Lira». «Y los que abajo ponemos nuestras firmas, secamos la tinta –como con tierra para nuestra futura fosa– con las arenas del Tomebamba que allí, entre sauces, llora» (Crespo Ordóñez, 1946),

siguen cuarenta y siete firmas de poetas románticos y modernistas, conservadores y vanguardistas, jóvenes y consagrados, bucólicos y reflexivos.



15 | «Portada de Revista Austral» (1922).

Los poetas bohemios y modernistas en los años veinte

Ángeles Martínez Donoso

No se entendería la inauguración del siglo XX en Cuenca sin el andar byroniano de Cornelio Crespo Vega, su crítica despiadada y conversaciones inteligentes ni las fotos provocadoras y vanguardistas de Emmanuel Honorato Vázquez o los poemas y la actitud armada de poesía de Rapha Romero y Cordero y al menos una docena de nombres como Héctor Serrano, Alfonso Moreno Mora y sus hermanos o Ernesto López Díez.

Hablamos de un grupo de modernistas, que pusieron a la ciudad de cabeza, con el ideal nada fácil de convertir a Cuenca en una ciudad contemporánea de París y Londres —como bien explicaría Octavio Paz— al destacar las pretensiones de un movimiento vanguardista literario que bullía en toda América Latina. Estos poetas en la ciudad, cuyo trazo, realidad y límites eran muy distintos a la que hoy respiramos, se enfrentaban con la dominante corriente literaria romántica, y con el pensamiento conservador que combatieron desde sus revistas *anti-stablishment*: *Austral*, *Philelia* y *Azul*.

Los espacios del modernismo: Cornelio

¿Cómo recorrer la ciudad siguiendo los rastros que dejaron? O mejor aún ¿cómo recuperar su memoria? Empecemos la caminata en la Av. Solano: ahí está el monumento a Remigio Crespo Toral, figura trascendente para la ciudad y poeta coronado en vida por los tres poderes del estado, una figura dominante en lo político e intelectual. Se representa sentado junto a musas semidesnudas, el monumento, está claro, no fue hecho a gusto del hombre que tenía como lema: «Dios la patria, su tierra y la familia», él ya había fallecido y en su entierro multitudinario el orador cuencano Luis Cordero Dávila

pronunció un conmovedor discurso y pidió «un minuto de silencio pues vamos a enterrar al emblema de la patria».

El monumento se realizó bajo el criterio estético de su hijo más rebelde, quién le causaría tanto orgullo, como dolores de cabeza, Cornelio Crespo Vega, que a veces firmaba como «El Gran Calavera», publicaba artículos en los que hacía gala de su aguijón para la crítica, coqueteaba con la izquierda, se trajo de París los vicios y los ideales, fue gobernador del Azuay, cónsul en España, profesor del Benigno Malo y nunca, pese a la ilusión de su padre de que sus desvíos sean solo un episodio, abandonó el arte —fue director artístico de la *Revista Austral*— en su vida fuera de toda regla.

Todo un *dandy* a la Lord Byron por su cojera, a lo Baudelaire por su sensibilidad, no se casó, no tuvo hijos, y su muerte ocurrió en la más terrible soledad y pagando el precio cruel que la Parca cobra a los amantes de los paraísos artificiales de la bohemia.

La casa de Taita Crespo: Emmanuel

Y si seguimos hacia el centro histórico, llegaríamos a la casa de Remigio Crespo Toral, conocida hoy como «Museo de la ciudad» y podríamos visitarla —si estuviera abierto y ya restaurado, como se prometió, y para el que exigimos un plan que tome en cuenta su valor real—, pues en allí en pleno Barranco, Taita Crespo sostuvo largas y serias conversaciones con su muy querido amigo Honorato Vázquez Ochoa, diplomático, lingüista, pintor de paisajes, y devoto de la Morenica del Rosario.

En los pisos bajos su hijo Emmanuel Honorato, «yunta» de Cornelio, casado con su hermana Rosa Blanca, tuvo apasionadas discusiones, pero muy distintos intereses. Sus fotografías se adentraban en la vanguardia, sus desnudos artísticos causaban roncha a las beatas y los hipócritas, quizás oficiaron por ahí alguna misa negra, planearon quizá

el robo de la picota de Cuenca junto a otros bohemios, no por vandalismo sino con la idea de sacudir a una ciudad de su polvo y mugre.

Emmanuel creador de «puchos» (breves y particulares poemas) y director artístico de *Austral*, junto a Cornelio, también estudió en París, también trajo las mismas maletas; inventaría el «pirófano: gotas de éter disueltas en la llama azulina del buen zhumir», sería mecánico, haría los planos de la pista que construyó para la llegada de Liut. Emanuel, cuya obra de vez en cuando aparece en alguna exposición, se merece un sitio permanente que los cuencanos vergonzosamente no le hemos dado.

A la muerte de Honorato Vázquez Ochoa una multitud conmocionada creyó incluso que el alma del santo caballero milagrosamente ascendía al cielo, él había enterrado con tristeza a sus dos hijos, la hermosa e inteligente María, musa de la bohemia y al genio de Emmanuel muertos muy prematuramente.

La casa de la poesía: Rapha

A esta altura del texto puede que usted sienta hambre, nada mejor que bajar a la Av. Loja y sentarse por un tinto y unos chumales, le quedará muy cerca una casona de San Roque, que por esos años era conocida como el «Hogar de los Poetas», la casa de los Romero y Cordero. Remigio Romero y León y Aurelia Cordero Dávila, pasarían sus genes a los hijos, de ellos se decía que eran pobres porque preferían escribir a comer. Su hijo, el poeta modernista Rapha Romero y Cordero, decía que en esa casa, de aspecto conventual, tuvieron que habitar por la crueldad del destino.

Aurelia que, a diferencia de su esposo, era más cercana a sus hijos en temática, letras y actitud, estaba enferma y se la había prescrito que descansara en un lugar tranquilo, alejada del ruido de la ciudad. La casa entonces en las afueras, pertenecía a su padre, Luis Cordero Crespo.

Rapha, que se quejaba de la «divina invalidez de ser poeta» autor de «la pobre Mariucha», poeta hasta la médula en cada paso, director de Philelia, empuñaba sus letras y a los veinticinco años respondía a Crespo Toral quién habló de la «píldora dorada del hastío» y a otros de la talla de Manuel J. Calle, del que dijo ser un crítico hermosillesco que se tambaleaba en su pedestal de lodo, mientras en su revista daba cabida a las nuevas voces. La suya se apagó a los veinte y cinco años, junto a su hermano José de diecinueve, también poeta; la muerte de la madre dos años antes había ahondado su tristeza, sus cuerpos fueron arrastrados por el río Paute.

Nos hace falta memoria

Bueno sería, que se pueda como en Santiago de Chuco, ir a leer los poemas en las tumbas de estos poetas, como se hace en la de César Vallejo, llevarles como a Jim Morrison en París un trago de ajeno, un tabaco, unas rosas, nuestros versos, un recuerdo de su amada Francia, un letrero como los que cambiaban de lugar en las noches... ¡Pero tenemos tanto que hacer cuencanos! Y es que nuestra memoria y capacidad de gestión del patrimonio ha mostrado una pobreza de la que debemos con urgencia deshacernos.

Está claro, el progreso materialmente tuvo sus símbolos: la llegada del primer avión —El Telégrafo— con el piloto italiano Elia Liut, antes del tren cuyo proyecto fue un sueño que, a decir de Cornelio Crespo Vega, se construía «más lento que las pirámides de Egipto» y que solo se materializó brevemente en los años sesenta, los primeros automóviles que llegaban sin carreteras a lomo de indígenas explotados, el alumbrado eléctrico que molestaba a los poetas, grandes fortunas de la exportación de cascarilla y los sombreros de paja toquilla... tantas cosas.

Profesores extranjeros en la Universidad de Cuenca durante la década de 1940

Agatha Rodríguez Bustamante

Nuestra ciudad ha permanecido por largas décadas «desconectada» del resto del país por la falta de caminos, y en el siglo XX por la demora del ferrocarril que no terminaba de llegar, a pesar de esto la Universidad de Cuenca pudo recibir a profesores europeos de peculiar ingenio, que huían de las guerras para enseñar en los Andes.

El Ecuador en 1940 intentaba superar conflictos políticos, económicos y sociales que había soportado durante décadas, pero todavía no era el momento de alcanzar ese propósito. En este contexto abrió sus fronteras a los europeos que huían del caos imperante en el viejo continente. La Revolución rusa, que había expulsado a quienes no estaban de acuerdo con el nuevo orden, y la Segunda Guerra Mundial dieron paso a que los profesores universitarios que pensaban distinto o eran perseguidos por otras causas, ser judíos por ejemplo, buscaran nuevas oportunidades de trabajo en América Latina.

El Estado ecuatoriano reformó la Ley de Extranjería, Extradición y Naturalización en los años 1938 y 1940, y con esto proporcionó la oportunidad a extranjeros de radicarse en el país, permitiéndoles dedicarse a sus respectivas profesiones. Profesores universitarios y artistas ocuparían espacios laborales sin perjuicio de los nacionales bajo un contrato que duraría un año y que podía renovarse.

La Universidad de Cuenca recibió a varios profesionales a partir de 1940. Encontramos registros de varios profesores extranjeros impartiendo clases en la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas, como entonces se llamaba. En la nómina de maestros dada por la *Revista Anales de la Universidad de Cuenca* de octubre de ese año aparecen los nombres Alexis Lochekareff, Nicolás Reformatsky, Alejandro Onitchenko, Candudus Stüby, este último estuvo encargado

de las clases de Geología, Cristalografía y Mineralogía, Petrografía y Paleontología, según esta publicación. Egon Schwarz, judío radicado en Cuenca en aquella época, afirmó que por el origen de los apellidos, estos personajes eran rusos. ¿Por qué escogieron al Ecuador como destino?, ¿de qué huían y cuánto tiempo permanecieron en el país? son preguntas que no tienen respuesta por el momento, con la excepción del señor Onitchenko, y que merecen una investigación más profunda.

En la lista de extranjeros debemos anotar también a Kurt Sober, quien fue «subdirector-profesor de piano del Conservatorio Nacional de Música de Cuenca» según consta en su contrato de junio de 1940 conservado en el Registro Oficial de la Nación, él, además, dictó, como parte de sus obligaciones, una conferencia en la Universidad titulada: *La esencia y los campos de expresión de la Música* que sería publicada en la *Revista Anales* de julio de 1941.

Pasaron también por las clases de nuestra universidad dos profesores que tenían en común su origen judío y su nacionalidad checoslovaca. Walter Soyka quien llegó a principios de 1939 al Ecuador y fue contratado en noviembre por tres años como profesor de Química Industrial y Farmacéutica Aplicada, e instaló en Cuenca una fábrica de productos químicos llamada AKIOS que funcionó hasta su traslado definitivo a Quito en 1943.

Por otra parte conocemos que el arquitecto checoslovaco Otón Kohn llegó a Cuenca en 1939 procedente de Quito, donde su familia se había radicado después de huir de su país. Del señor Kohn y de su paso por Cuenca poco o nada se conocía. Su hijo el señor Joseph Kohn, quien tiene más de ochenta años y vive en la ciudad de Nueva York, ha permitido recuperar esta historia. En la entrevista que me concedió pudo recordar con mucha claridad los tres años que pasó junto a sus padres en la ciudad de Cuenca, con claridad relata: «Vivíamos en una casa arrendada junto a la del gran poeta cuencano Remigio Crespo Toral, cada mañana al despertar podía ver el reloj del hospital y el río Tomebamba». Estos son sus más vívidos recuerdos,

también contó como su padre firmó el contrato para dar clases en Cuenca: «mi padre estaba muy a gusto en Quito junto a sus hermanos, pero se presentó la oportunidad de dar clases de arquitectura en Cuenca, lo pensó un poco y decidió aceptar. Disfrutó todo el tiempo que pasó en esa ciudad».

Recordó que mientras Otón Kohn daba clases de Proyectos Arquitectónicos, Historia del Arte Decorativo e Historia de la Arquitectura, dedicó un tiempo a escribir una conferencia que fue leída a sus colegas y alumnos, titulada: *Un paseo con un Arquitecto por Cuenca* de la cual, gentilmente el señor Joseph Kohn, envió una copia del manuscrito original que incluye las correcciones de puño y letra de su padre. Es un texto académico que relata la conversación del señor Kohn con un amigo, que acontece mientras pasean por los lugares más emblemáticos de Cuenca. El arquitecto le reclama a su acompañante que los cuencanos no valoren lo que él llama «la arquitectura local» e intentan reproducir los estilos extranjeros, dice: «ustedes tienen muchos balcones graciosos, y terrazas caprichosas; sus amplios patios son de rara sentimentalidad y belleza, que hace sentir al corazón una vida de paz y armonía y que nos hace sentir como en familia». Esa es la imagen que tenía un extranjero de la ciudad en 1941.

Recorre el «mercado del Norte» donde admira los «frescos sombreros blancos de paja toquilla (...) y las vistosas vajillas de barro (...) que gustan tanto a los extranjeros, que la compran y usan como una cosa de novedad». En la calle Bolívar lamenta la desaparición del «estilo barroco español, un arte que ha crecido naturalmente en esta tierra, pero en su lugar [hay] edificios hechos sin gusto y sin arte». Visita el parque Calderón, observa el derruido edificio municipal que le parece encantador, la plaza del Carmen, el mercado de San Francisco, el puente del Vado, la plaza Sucre y llega, por fin, al puente del Centenario. Todo lo observa con gran agudeza, insiste en que la belleza de Cuenca ha estado ahí siempre y por eso se vuelve innecesario copiar otros modelos. Escribe que está de acuerdo en que la modernización es buena, pero

con buen gusto y respetando el arte de los antepasados y sentencia: «Se ha cometido un gran pecado; y los pecados que se cometen en piedra, son los más difíciles de perdonar» como sí por un momento se anticipara hasta nuestro tiempo.



16 | «Director, profesores y alumnos de la escuela Superior de Minas de Cuenca», 1936. Fotógrafo no identificado, Archivo del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador.

Teddy King, el *Toledo* y la gastronomía: los bares judíos

Agatha Rodríguez Bustamante

Natan Lewin, un hombre de andar pausado y gestos nerviosos se preparaba para abrir la crujiente puerta del Café Varsovia, como si esto le permitiera librarse de los fantasmas que le atormentaban. La oferta de platos europeos tentaba a los cuencanos que acudían al salón para, al son de la Orquesta Austral, disfrutar de una gastronomía diferente y sofisticada.

Los judíos llegaron al país, y a Cuenca, a finales de 1930 y durante 1940, uno de los escapes posibles a la persecución de que eran víctimas en Europa, luego de la noche de los cristales rotos. Un largo viaje, en tren, vapores trasatlánticos, a pie y en mula, les lleva a la distante América del Sur y llegan a Bolivia y Ecuador en donde, a pesar de recelos y limitaciones, les ofrecen residencia, temporal o permanente, y la oportunidad de trabajar en la agricultura o en una industria que fuese productiva. Su presencia en la ciudad es parte de nuestra historia, queremos por ahora hablar de los bares que prendieron las noches de la andina Cuenca. Se desconoce casi por completo la historia de los bares judíos que alguna vez funcionaron en casas ubicadas en el corazón del Centro Histórico de nuestra ciudad; sin embargo, su recuerdo está presente en quienes tuvieron la oportunidad de conocer a las familias judías dueñas de estos negocios, y de disfrutar de aquellos locales que brillaron por su gastronomía, nuevas costumbres y por su música, motivos todos de novelaría.

El primer bar de propiedad de judíos abrió sus puertas en 1939 y su dueño fue el caballero polaco, procedente del Perú, Natan Lewin quien llegó a nuestro país en busca de mejores días e inició varios negocios entre ellos el *Varsovia* que tuvo gran aceptación por su sofisticación y originalidad. Por algunos meses funcionó en la calle Gran Colombia, pero el éxito es tal que en 1940 debe abrir una extensión en la calle Bolívar, frente

al parque Calderón. Al fin parece sonreírle la suerte a él y a su familia.

En marzo de 1942 abrió sus puertas el bar-restaurant *Toledo* de propiedad de Joseph Katz y Albert Lichtenstein, una sociedad que dio lugar al negocio judío más recordado por los cuencanos. Se anunciaba como la sorpresa de Cuenca, y se ubicó en las calles Presidente Borrero y Mariscal Sucre: «en una antigua casa, de aquellas que existían en Cuenca en esa época, la misma que desapareció», recuerda el historiador Manuel Carrasco, dejando en su lugar el edificio moderno que hoy ocupa el Banco del Austro.

La fama llegó por su gastronomía

El *Toledo* alcanzó fama entre los cuencanos inmediatamente por su exquisita cocina europea, esencialmente alemana, y pronto debió ampliar sus instalaciones. Una reserva anticipada, algo antes impensado, era necesaria para conseguir una mesa y ser atendido por el propio Lichtenstein. Nunca faltaron los excelentes vinos y los postres, que fueron el toque característico del lugar. Es innegable, según testimonios, que las damas judías eran excelentes cocineras. Pero no se puede concebir el *Toledo* sin la presencia del enigmático y talentoso Teddy King, nombre artístico de Otto Lichtenstein, quién junto a sus *Swing Boys*, su *Jazz Band*, y por si fuera poco el *Cuarteto Internacional*, alborotó las tranquilos gustos de los jóvenes, hombres y mujeres, incitándoles a probar alocados bailes, tan distintos al tango y al apacible bolero.

Fin de la guerra e inicio del retorno

Con los años, la guerra terminó y la paz se restauró en el mundo. Por fin los judíos podían retornar, pero debido a la devastación que dejó el conflicto bélico no existía una casa a la cual volver. Aquella fue la razón por la que la gran mayoría no regresó a Europa. Quienes residían en Cuenca, entre ellos la familia

Lichtenstein, optaron por irse a Estados Unidos, pero otras, como la familia Katz, decidieron quedarse, pues encontraron un lugar al cual pertenecer en este país, en la andina ciudad que les había recibido.

El *Toledo*, que se había consolidado en la ciudad como el favorito de los cuencanos, quedaba así en manos de Joseph Katz, el otro propietario, que por varios años más lo mantuvo funcionando con el mismo éxito. Además, él era dueño de una panadería ubicada frente al hotel Dorado, la cual se quedaría definitivamente con el prestigioso nombre del *Toledo* y que dio continuidad, hasta la muerte de Katz, a la tradición de deliciosos postres, helados y pastas al estilo vienés que caracterizaron desde 1942 a su predecesor y que aún se recuerdan.

El bar-restaurant *Húngaro* estuvo ubicado en el pasaje Hortensia Mata, frente al Teatro Guayaquil y fue inaugurado en 1945, ofreciendo un servicio parecido al de los otros negocios, con la curiosa circunstancia de que fue manejado por distintas familias, todas judías, en muy poco tiempo, de los Zélig pasó a los Schwarz y de allí a los Pins. Sin duda, el *Varsovia* y el *Húngaro*, contaron con un merecido éxito, pero fue el *Toledo* el que marcó un momento fundamental para Cuenca. La riqueza del intercambio cultural, pese a lo duro de los tiempos, tiene un sabor característico, un ritmo de acordeón que invitaba a bailar y soñar y que no debe desvanecerse de la memoria colectiva.



17 | [Teddy King junto a su acordeón], *El Mercurio*,
21 de junio de 1942.

La Escoba: intelectuales, tertulias y cantinas

Agatha Rodríguez Bustamante

Paco Estrella, escritor y editor de La Escoba solía «construir» frases tan célebres como geniales y decía a sus amigos y detractores: «sólo los seres inteligentes beben o ¿acaso han visto un asno ebrio?»

Las cantinas de los años cincuenta y sesenta del siglo XX eran muy distintas a las de hoy, alrededor del aguardiente se desarrollaban tertulias que parecían no terminar jamás, el resultado: *La Escoba*. Bajo la consigna «¡No más tontos! grito de la razón» en este semanario quedaron plasmadas las conversaciones y ocurrencias de un grupo de intelectuales que tenía, una forma de escribir y retratar nuestra cultura local, política, poesía y música, con una ironía que rara vez se ha alcanzado en la posteridad, aunque no podamos olvidar, con el correspondiente salto temporal, magazines en la web desde Cuenca con *El Pub* o la revista electrónica *La Raja* que esperamos tengan continuidad, o ciertas voces como la del crítico literario Felipe Aguilar.

Pero regresemos a las cantinas, y recordamos que existían varios de estos negocios en la ciudad, algunos ubicados en las calles Tarqui y Presidente Córdova. Una cantina muy conocida estaba ubicada en las calles Padre Aguirre y Gran Colombia, propiedad del señor Carlos Ortiz, donde vendían golosinas además de licores extranjeros, a la parte alta del negocio, asistían altos funcionarios como el mismo presidente del Concejo, ministros de la corte o el gobernador y profesionales connotados. Por lo tanto, «había cantinas y cantinas de distinto tipo» y para todos los gustos, nos recuerda Juan Antonio Neira. A pesar de que a comienzos del siglo XX se había exigido, por parte de las autoridades locales, que las cantinas funcionaran lejos de los edificios públicos debido a que sus funcionarios eran asiduos clientes, una realidad preocupante para el correcto funcionamiento del aparato estatal.

Una de las más famosas cantinas que existió en Cuenca, es la recordada *Mi Escuelita* un nombre bastante sugerente. Funcionó primero en la esquina de la Gran Colombia y Borrero, su dueño fue el señor Carlos Flores al que se le conocía como «El Director», que comenzó vendiendo golosinas, papas, colas, pero luego instaló una mesa para vender unas pequeñas botellas de vidrio, con el sonoro nombre de «chucurillas de aguardiente».

La Escuelita tenía connotados estudiantes: Paco Estrella, Ramón Burbano Cuesta, Estuardo Cisneros y Manuel Orellana, escritores y editores de *La Escoba*, entre otros que asistían a tan peculiar lugar. Paco Estrella es por mucho el más interesante de estos personajes, profesor y doctor en jurisprudencia, cofundador de la Facultad de Filosofía, bohemio incansable y dueño de un sentido del humor poco común. Mordaz en sus opiniones y escritos, solía dirigirse al encuentro de colaboradores y amigos siempre con su característica elegancia tanto en sus modales como en su vestimenta. No debemos olvidar que *La Escoba* –en su segunda aparición en nuestra ciudad– la escribieron muchos otros intelectuales de gran prestigio como Gabriel Cevallos García o Efraín Jara, de quienes se dice no frecuentaban este punto de encuentro.

La Escoba se publicaba «cuando le daba la gana, pero eso sí puntualmente, a las siete y media de la mañana ya estaba en circulación, pero en el parque enseguida se agotaba», recuerda Juan Antonio Neira. Y es que, dicho semanario fundado por Fray Vicente Solano, a finales del siglo XIX, tuvo un gran auge en su segunda fase (1949-1961) cuando fuera editado por estos incendiarios. El grupo de Paco Estrella, que se reunía tanto en su casa como en *La Escuelita*, era ideológicamente homogéneo, criticaban a la sociedad en la que vivían con una gran inteligencia y con mucha gracia, gritando verdades incómodas, pero con mucho estilo. *La Escoba* fue un semanario irreverente, de humor fino que se burlaba de la sociedad, la política, las

costumbres y los personajes de Cuenca. Lo particular de estos textos es quizá que se «hacían en minga», por decirlo de algún modo, ya que los artículos no están firmados, con excepción de algunas colaboraciones ocasionales, porque estaban pensados, discutidos y redactados por todos los miembros del grupo y acompañados por una «chucurilla».

En verdad tenían una lengua tremendamente punzante y del mismo modo que podían citar a César Vallejo de memoria, segundos después hablaban con la misma pasión del fútbol. Ante las críticas y malestares su consigna era «el único enemigo de la escoba es la basura» y asunto zanjado. *La Escoba* tuvo un tercer momento que es poco conocido y no tuvo mayor difusión, pero que sería interesante investigar. *La Escoba* se editaba en una «prensa Chandler» y en la Editorial Amazonas, en su mayor parte financiada por quienes escribían los artículos, pero, además, «se tomaban la libertad» de publicar anuncios de negocios locales sin su permiso y luego mandaban a Juan Antonio Neira a recaudar el valor de dicha publicidad, dicha «broma» era generalmente correspondida con el pago que *La Escoba* reclamaba.

El nombre *La Escuelita* tiene sus razones bien fundamentadas, esta cantina al aumentar su clientela tuvo que mudarse a la calle Luis Cordero. El *Inspector General* era Paco Estrella, el mismo que estableció las normas. Colocó seis cubículos que hacían referencia al número de grados que tenían las escuelas entonces junto a Carlos Flores mejor conocido como «el Director» acomodaba a sus clientes de acuerdo con la frecuencia con que visitaban su cantina y la manera en la que bebían, así entre más frecuentaban el lugar se hallaban en un grado superior, pero no podían cambiarse de grado sin su permiso pues eran castigados. A «la Escuelita de tomar trago» iba gente diversa e interesante, y no sólo los intelectuales de *La Escoba*, pues encontramos también que músicos como los hermanos Ortiz Cobos, tan

talentosos con la guitarra, tenían su propio grado y tan solo con el permiso del director podían llevar a otras personas.

El alcohol es un mal social que afecta de muchas maneras, pero al escribir sobre las cantinas de Cuenca no se tiene la intención de hacer apologías, sino de rescatar parte de nuestra historia desde la vida cotidiana. Con todas sus ocurrencias, como su sección «El retrato de la víctima», que literalmente despellejó a unos cuantos «ilustres» cuencanos, *La Escoba* significó también un espacio para poder reírnos de nosotros mismos.

Las fiestas de Corpus Christi, pasado y presente

Ana Luz Borrero Vega

La fiesta de Corpus Christi en Cuenca es tan antigua como la ciudad misma, desde los primeros tiempos de la Colonia, ya se celebraba la fiesta con apoyo de los cabildos civil y eclesiástico y de los vecinos y el pueblo.

Orígenes del Corpus Christi y sincretismos

Desde tempranas fechas hay documentos escritos donde se habla de las celebraciones de esta fiesta en la ciudad, la misma que muestra continuidades y discontinuidades hasta hoy, una fiesta que suma a lo sagrado lo profano, a lo religioso y al ritual, lo popular y bullicioso, donde el involucramiento del cabildo civil también es importante. El Septenario es una fiesta en honor a la Eucaristía, es una festividad móvil dentro del calendario litúrgico. La fiesta tiene orígenes cristianos, en el mundo católico se creó en el siglo XIII, luego fue trasladada a América, y vino con la influencia de forma y fondo de cómo se celebrara en Madrid y particularmente en Sevilla, ciudad en donde las celebraciones de esta festividad religiosa alcanzaron su mayor auge.

La fiesta eminentemente religiosa exalta la presencia de Cristo en el Sacramento de la Eucaristía, que va alojada en la custodia, generalmente una obra de arte en oro, plata y pedrería, que sale en la procesión. Esta festividad echó profundas raíces en las sociedades hispanoamericanas, hoy es una celebración mestiza y sincrética, que guarda muchos aspectos de la fiesta barroca. Cuenca, a su vez, fue imprimiendo a lo largo de los siglos su sello especial, que la dotó de un sabor e identidad especial.

La fiesta del Corpus Christi, suele celebrarse cerca o durante la importante fiesta andina o inca del «Inti Raymi». Las dos coinciden con la celebración del solsticio del 21 de junio,

en el caso de Europa el solsticio de verano –vinculado con fiestas paganas– y en Cuenca, vinculada al solsticio de invierno y a los rituales en torno a la divinidad solar. Esto explica para muchos la facilidad con la que los indígenas aceptaron la fiesta de Corpus Christi y la interpretaron como una fiesta solar. Una de las fiestas mestizas e indígenas más importantes en todo el país es la del Corpus.

La fiesta del Corpus, la plaza y la catedral

Desde las primeras décadas de la fundación de Cuenca, se la incluyó al calendario litúrgico, y es aún hoy en el siglo XXI, una de las celebraciones populares más festejadas. Aunque ha perdido parcialmente algunas de las formas del ritual, la pompa, el barroco y tal vez la profunda fe, la fiesta se mantiene. Tiene su razón de ser en la Eucaristía, que dentro de una custodia, era llevada en procesión bajo el palio por las altas autoridades del cabildo eclesiástico y del cabildo civil, recorría la ciudad antes de la misa de Corpus Christi, siendo la procesión uno de los eventos más importantes y el pueblo recibía el paso de la custodia de rodillas. La procesión, con abanderados, autoridades, danzantes, comparsas, velaciones, se acompañaba de todos los elementos de la tradición pirotécnica de Cuenca, cohetes, luces, «globos» dedicados al Santísimo Sacramento, y los famosos «castillos», que no pueden faltar junto con la banda de pueblo.

El recorrido de la procesión, en torno a la plaza central, en este caso el parque Calderón, y calles aledañas, pasaba por arcos triunfales de flores, altares, que eran adornados por los sacerdotes, de diferente origen, desde indígenas de San Blas y de San Sebastián, como sacerdotes de cofradías, de gremios, del cabildo o municipio, y vecinos y señores y señoras de prestigio, sacerdotes que continúan hasta hoy, si bien con cambios en su organización y composición. Para inicios de la época republicana –en 1825 cuando aún

formábamos parte de la República de Colombia– tenemos noticias de que mujeres de los barrios indígenas de San Blas, por ejemplo, mujeres «ladinas», es decir, cholos cuencanas, tenían orden de levantar los altares por parte del gobernador de indígenas, posiblemente con telas, banderines, tapices, jarrones y flores, para adornar la celebración del Corpus Christi, no solamente en la procesión era llevada la custodia, también se sacaban imágenes de santos y de patronos de la ciudad paseaban en la procesión. En sus formas, esta procesión casi desaparece en las dos últimas décadas del siglo XX.

El cabildo y municipio y la fiesta de Corpus

En las primeras actas del Cabildo de Cuenca a partir de su fundación 1557, existen ordenanzas para la celebración de la fiesta de Corpus Christi. Los días jueves de Corpus tenía que hacerse el pregón de la fiesta y llevara a cabo con toda la piedad y el decoro, los tenientes, los regidores y procuradores, es decir, las autoridades del cabildo tenían que asegurarse que la fiesta se realice como es debido. Igualmente la ordenanza municipal indicaba que los vecinos de la ciudad debían contribuir con seis pesos, que serían destinados para la compra de cera y aceite con los que debían alumbrar al Santísimo Sacramento.

El cabildo tanto en las época colonial, como en la republicana, será uno de los actores importantes en la fiesta, por ejemplo el cabildo de mayo de 1807, destinó que se entregue ochenta pesos al procurador general, para los gastos de Corpus Christi en ese año, generalmente los gastos en velas, «espermas», adornos, juegos pirotécnicos, era parte de los preparativos en los que gastaba el Cabildo.

Fiesta del Corpus en la actualidad

Cuando se pregunta a las personas mayores de la ciudad, qué festividades recuerdan con mayor gusto, generalmente responden que la fiesta de Corpus Christi, la visita al parque Calderón, la misa, los castillos, los fuegos artificiales, las luces, la música, las bandas, e indudablemente los dulces, con un sabor a tradición y a variedad: huevos de faldriquera, quesitos, quesadillas, suspiros, yemitas, anisados, biscochos, roscas, cocadas, entre otros. La fiesta contemporánea, a más de lo sagrado, del ritual, de la misa y la procesión, ofrece a propios y visitantes, la más grande variedad de dulces, clásicos y también nuevos. Las mesas, quioscos y estanterías muestran todas las variedades posibles, con texturas, sabores y aromas diferentes. La fiesta no dura solamente un día, dura toda la semana, razón por la que se le conoce como Septenario, con sus vísperas y sus octavas. La Procesión recorre las principales calles de la ciudad, la presencia del obispo, del clero, de la municipalidad y de los sacerdotes hacen posible la fiesta, pero sobre todo la presencia de los «fieles» que llegan todas las noches para celebrar. Lo más importante desde lo ritual y religioso es sin duda la misa en honor al Santísimo Sacramento.

Un elemento identitario de la fiesta son los llamados «castillos», llenos de luz y color, generalmente la quema de los mismos es uno de los elementos que más llama la atención de los visitantes y participantes durante la noche en el parque Calderón, frente a la iglesia Catedral. El momento de la quema del castillo, siempre será amenizado con música de la «banda de pueblo», todavía conservo el recuerdo vivo de la música, las luces y los dulces del 24 de junio de 2014.

Personajes de Navidad: el «Pase del Niño»

Ana Luz Borrero Vega

La Navidad es una de las festividades más esperadas. En Cuenca tiene un significado especial, una mirada a las costumbres de nuestra región nos permite comprender a los personajes tradicionales de la Navidad que aún perviven en las provincias australes.

El mestizaje andino en la Navidad de Cuenca

Una de las principales festividades del calendario litúrgico en nuestro país es la Navidad, que muestra un importante sincretismo religioso, así como la presencia de costumbres y tradiciones, que se remontan a épocas prehispánicas, o que permiten la convivencia de personajes y tradiciones, tanto del mundo andino, como los resultantes del mestizaje cultural y del mundo barroco y colonial. Durante las celebraciones religiosas de la Navidad, un sinnúmero de «personajes» forman parte de las formas simbólicas y de carácter devocional y sociocultural, que participan tanto en los actos litúrgicos, como en las procesiones, desfiles y en la misma fiesta.

Los festejos de la Navidad, se remontan a la época colonial, y por todos es conocido que se relacionan con festejos universales y cósmicos que tienen origen en las creencias espirituales cristianas, como en los antiguos festejos y celebraciones en ambos mundos, el viejo y el nuevo, relacionadas con los solsticios. Los pueblos prehispánicos dentro del mundo andino celebraban el 21 de diciembre el «Cápac Raymi», o fiesta del solsticio de verano austral. Este festejo en el mundo andino, permite la unión de lo humano con lo divino, refleja la tradición con el cambio, y el júbilo y la esperanza que se renueva cada año. La procesión, la misa, el baile forman parte del ritual que cada año muestra la fe y religiosidad de los pueblos.

En las fiestas navideñas, relacionadas con la misa de Navidad, o las misas del «Niño Jesús», o del Día de Reyes del

6 de enero, sobresalen las grandes y a veces multitudinarias procesiones en el caso de Cuenca, llamadas «Pases del Niño», la procesión del día de Reyes en Cuenca. Las procesiones del Niño Jesús, o «Pases del Niño», tienen como objeto la adoración, misa, acompañamiento y celebración de una imagen o escultura del «Niño Dios», algunas de las imágenes son muy antiguas, como es el caso de la conocida figura o escultura del «Niño Viajero», de Cuenca, que tiene más de cien años.

Personajes del «Pase del Niño» en Cuenca

Entre los personajes que participan en las diferentes procesiones del «Pase del Niño», están las figuras bíblicas que forman parte indispensable de la fiesta religiosa, y representan a María Virgen, San José y el Niño Jesús, así como también, el ángel de la estrella, los pastores de Belén, los Reyes Magos, y toda clase de ángeles de todas las edades, el disfraz preferido para pequeños infantes, suele ser el de un angelito con alas y alba túnica. Tradicionalmente y en representación de los pastores, o en este caso del mundo rural y campesino, que rememoran la adoración de los pastores al niño Jesús en Belén, y que acompañan al «Niño» desde la casa del prioste, hacia la iglesia, o casa parroquial, y de vuelta a la casa del prioste, están los personajes que describo a continuación: Los «mayorales», niños o niñas que van a caballo, mostrando un ropaje y ofrendas profusas y elegantes, los «cañarejos», los «indígenas», a éstos se unen otros personajes que forman parte importante de la fiesta y de la danza, los danzantes, los bailarines del «baile del Tucumán», los músicos, tanto tradicionales como populares, como el maestro de la chirimía, del pingullo y del tambor o redoblante, la banda del pueblo y otros músicos populares, además de los indispensables bailarines, que alegran y que inician la procesión: los «negro danza». Para mostrar todo el mundo azuayo campesino y silvestre, también forman parte de los personajes que asisten a esta importante celebración religiosa los «jíbaros», que representan al mundo oriental, a

ese mundo que se vislumbraba en épocas pasadas como lo exótico, cercano y lejano a la vez.

Los «mayorales» del «Pase del Niño» llevan atuendos vistosos, coloridos, bordados y con lentejuelas, pueden ser niños de ambos sexos, con indumentarias campesinas pero festivas, con sombrero de paja toquilla o de fieltro, siendo el poncho en los niños y la pollera en las niñas, lo que les da el toque de distinción, montan a caballo, ricamente enjaezado y adornado, que en sus ancas lleva un «castillo» o armazón de madera cubierto de ofrendas, dulces, galletas, frutas, pan, bombones, ajíes, bebidas alcohólicas, banderas y banderines, y ofrendas, que luego serán compartidas en familia y con los festejantes, invitados y priostes o compadres del pase. La ofrenda principal puede ser un gallo, un pavo, cuyes o un cerdo al horno, con guarniciones de papas cocidas, o ají de cuy. La riqueza y variedad de la ofrenda va en relación con la capacidad económica de la familia del niño mayoral, billetes y dólares son parte de la demostración de fe por un lado y de poder de los padres del niño bajo el disfraz de «mayoral». Los «cañarejos» representan a campesinos e indígenas de la provincia del Cañar, generalmente con su vestuario típico y sombrero, además del zamarro de borrego, látigo, a los niños cañarejos también suelen acompañarles ovejitas adornadas con cintas, lo que muestran su vocación hacia la ganadería y a la vida pastoril.

Los «negro danza», niños disfrazados de afro-ecuatorianos, con maracas y tamboriles, se tiznan la cara, usan peluca rizada y dan el toque alegre y festivo, su ropa de tela brillante, muestra un gran colorido, suelen ir descalzos y hacen gala de su maestría para el baile y el salto, un mundo lúdico se muestra a través de este importante personaje, poco entendido y poco estudiado. Los «jíbaros», representan el mundo amazónico, que también se rinde al Niño Dios, que baila y festeja la Navidad, que muestra que se ha evangelizado y hace parte de la celebración cristiana, personaje que deja ver las relaciones de Cuenca, y su entorno campesino, mestizo

e indígena, y los personajes de las provincias vecinas, que vienen a saludar al niño en la ciudad, a más de los cañarejos, los jíbaros (shuar), se han incorporado en los últimos años, niños disfrazados de saragureños.



18 | «El pueblo de Cuenca en una ceremonia religiosa», c. 1940. Fotografía no identificado, Archivo del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador.

El arte en la Catedral de la Inmaculada

Juan Martínez Borrero

La Catedral de la Inmaculada se ha convertido en un símbolo de Cuenca. Al caminar por la ciudad es inevitable que su majestuosidad no reclame nuestra atención, ¿qué secretos esconde para nosotros?

Si caminamos en dirección al parque Calderón, subiendo por la calle Benigno Malo desde la calle Larga, lo primero que vemos delante de nosotros es la Catedral de la Inmaculada, pero ¿qué pasaría si en su lugar se levantase un edificio de departamentos? ¿Si fuese un espacio vacío, tal vez de hierbajos con bancas oxidadas y de sucias botellas de plástico en imposible descomposición? ¿Si lo que encontramos fuese un *mall*, un no lugar? ¿Podríamos toparnos con ruinas abandonadas, como imaginó Rafael Carrasco en su cómic futurista, como residencia de alienados? Esto que parece imposible podría ser real... nada dura para siempre, en especial si dejamos de creer en su valor.

Hay que mirar la Catedral

Situados, como estamos, en el nivel del suelo, casi nunca alzamos la vista hacia las macizas paredes de ladrillo que se levantan volviendo diminuta a la vereda de la calle Sucre, sin embargo, allí, en esa esquina, es en donde podemos tener una primera mirada plena de asombro ante los detalles obsesivos de la construcción. Rosetones delicadamente florales, esquinas de memoria de acanto, detalles de mármol blanco tallado complementan los miles y miles de ladrillos elaborados en los grandes hornos que poblaron los lugares adyacentes al plano urbano y de cuya delicadeza es muestra la grieta que recorre desde la base de la escultura de bronce de Santa Ana con la Virgen niña hasta el rosetón.

La Catedral de la Inmaculada no solamente es la más importante edificación religiosa de Cuenca, y una de las fundamentales del país, también nos muestra cómo a lo largo de las décadas que tomó su construcción, a cargo de los obispos Estévez de Toral, León Garrido, Pólit Lasso, Hermida, Serrano Abad, de los sacerdotes a cargo de la construcción Peña Ugalde y en especial Palacios Bravo y de la participación fundamental de los maestros mayores Pascual Lojano y Luis Chicaiza, a más de otros muchos anónimos albañiles y alarifes, tal como nos muestra Juan Cordero Íñiguez en una reciente publicación, se desarrolló una propuesta iconográfica que sumó artistas ecuatorianos y españoles para completar los muros de ladrillo y mármol con visualidades alternativas y ricas en texturas y colores.

La puerta principal, que al estar habitualmente cerrada nos da un pretexto para pasar de largo, es, sin embargo, un lugar en el que debemos detenernos en forma obligada. Allí, en tardía y distante referencia, y a escala mínima, de las puertas de Ghiberti que inauguraron el Renacimiento escultórico en Florencia, Daniel Palacio Moreno recrea en bronce escenas de la vida de Cristo y de la Virgen en relieves de gran interés y notable capacidad expresiva. Los paneles culminan en un tímpano con la coronación celestial de María, y llevan nuestra mirada hacia el sentido pleno de la Encarnación –seamos o no creyentes.

No podemos, sin embargo, detenernos allí, pues en el arco marmóreo están las esculturas del maestro Eloy Campos que muestran, en recreación casi medieval, a los discípulos de Cristo expresivamente tallados en piedra y que en actitud estática se asoman confirmando las jornadas de predicación de Cristo, otras tallas de la iglesia son también de su mano.

Hacia el interior

Si la puerta se abre, cosa que sucede cada domingo y en cada fiesta, podemos, por fin, entrar al luminoso interior de

la iglesia. Inmediatamente, porque así se planeó, la mirada recorre la nave principal atraída por el reflejo dorado del baldaquino en el altar mayor. El brillo del metal sobre la madera no cubre las delicadas tallas florales ni nos permite desentendernos de las barrocas columnas entorchadas. Una talla de Cristo en la Cruz, de proporciones heroicas, realizada en España por Salvador Planas, contrasta, por el tono oscuro de su piel, con la brillantez de ese espacio, ¡y entonces domina la luz!

Poco a poco, las manchas de color sobre el piso de Carrara, azules, rojas, amarillas, nos conducen a los altares laterales con imágenes de mármol, como la del Corazón de María o el Corazón de Jesús, o a las policromas tallas de la Inmaculada de José María Figueroa, todas ellas hechas para esta Catedral con la excepción de la antigua, y pequeña, imagen del Señor del Gran Poder con fama de milagrosa y la gran escultura de Cristo en la cruz, obra cuencana de tardío barroco, y que se llevaba en lo alto durante la *Procesión de los Pasos* hasta hace pocas décadas.

Luz en la Catedral

Insisto, la Catedral se llena de luz que atraviesa los vitrales asociados con estos altares laterales, en los que también se encuentra santa Marianita de Jesús, la Azucena de Quito, o el santo Hermano Miguel, aporte de Cuenca al cielo, para mostrarnos en cascada imágenes de flores, de niños, de volcanes, de paisajes, contruidos desde los vidrios de colores emplomados por el vasco Guillermo Larrázabal que vino a Cuenca para formar la empresa ALMA con Álvarez González, filósofo transformado en socio de artesanos y artistas como si recordara a la antigua Arcadia de la que Cuenca fue émula, junto con Manuel Mora Íñigo y Salvador Arribas. La pasión de Larrázabal por el dibujo, por el trazo, crea en la catedral una propuesta excepcional cuando se suma el color también apasionado en imágenes que van más allá de lo religioso.

Al llegar hasta el crucero, casi imperceptible arquitectónicamente, encontramos los otros vitrales, de gran tamaño, técnicamente maravillosos aunque estáticos y solemnes, estos, trabajados en Alemania, muestran a Moisés con las tablas de la ley, San Agustín, San Crisóstomo y San Pedro. Debajo de ellos está el altar del Sagrario, con la talla de la Trinidad del maestro Jimbo, punto focal del dogma de la transustanciación, que ha sido importante para Cuenca en su fiesta del Corpus Christi, todavía celebrada en los alrededores de esta misma iglesia con cohetes, globos, castillo de fuegos artificiales y decenas de mesas donde compramos dulces.

Alzar la mirada al cielo nos permite encontrarnos con la cúpula principal que marca este especial lugar sagrado, y allí, en oscuras imágenes, se despliegan en las pechinas otros personajes del Antiguo Testamento trabajados en cerámica por Mora Íñigo. Es notable el contraste entre el color y la luz que marcaron a Larrázabal y esa expresión de fe contenida de estas imágenes apenas perceptibles que, tal vez, no se contagiaron del colorido de las polleras y paños.

Subir a las torres

Si nos alcanza el tiempo, que a veces solamente lo perdemos, podríamos subir hasta las torres para contemplar el centro de Cuenca. La armónica arquitectura de adobe, bajareque y teja de cerámica que ha caracterizado a esta ciudad es todavía apreciable, a pesar de interrupciones en nuestro campo visual, desde este punto elevado. Aquí es posible entender el sentido de esta obra que el obispo Miguel León Garrido, tildado de loco, quiso emprender, forzando al hermano redentorista Juan Bautista Stiehle a abandonar sus modestos planes, para crear una catedral «digna del Dios de Constantino en quien creo», mientras a nuestras espaldas brillan los azulejos de vidrio checo que recubren las tres cúpulas, símbolo de la Inmaculada.



Cuenca. Ecuador.

Séctor del Parque Central

Foto ORTIZ.

19 | Sector del parque central, c. 1950. Foto Ortiz, Archivo del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador.

El chazo azuayo: apuntes de una identidad eludida

Manuel Carrasco Vintimilla

-Chazo... ¿quién es pues ese man?, fue la pregunta de una estudiante en clase cuando algo dijimos del tema que íbamos a tratar. Bueno, no fueron exactas sus palabras, pero la intención del tono con el que las dijo iba por ahí. - «Es el campesino blanco mestizo», contestamos, y ambos quedamos medio tranquilos. Pero cabe decir que la respuesta no es exactamente esa. El chazo es eso, y algo más.

Para llegar al mestizo, debemos partir del momento mismo en que se iniciaba la conformación de esa cultura, caracterizada, paradójicamente, por su indefinición. Segundo Moreno Y. afirma que «es mucho más fácil determinar lo que es la cultura Shuar o la Huao, que definir lo que es cultura mestiza». Pero tenemos una deuda, con este chazo nuestro a quien le correspondió oficios intermedios entre el español y el indio. Se ha insistido, ya casi hasta el cansancio, de que al iniciarse la conquista y colonización castellana, el Nuevo Mundo fue brutalmente dividido en las Repúblicas de los Blancos y de los Indios, obedeciendo a ese agudizado sentido práctico, muy propio del Renacimiento, pero por más que se haya insistido en que esta fue una sociedad de castas, como tal inamovible e impenetrable, cediendo quizás a los imperativos de la economía y el sexo, los grupos iniciales: el de los castellanos, y el de los aborígenes, encontraron, ya por vía legal, ya por la ruta del barranganaje, las posibilidades de fundir sus sangres, de legar a la posteridad los condicionamientos genéticos, aún no bien explicados ni comprendidos.

Orígenes del chazo

En un libro, bello y profusamente ilustrado con magistrales fotografías, titulado «Chagras», Leonardo Serrano Moscoso al

referirse al campesino mestizo de la Sierra indica la existencia de tres denominaciones regionales para un mismo personaje: el «pupo» del Carchi, el «chagra» de la Sierra centro norte y el «chazo» en las provincias australes, fundamentalmente en Azuay y Loja. En estas provincias dice «aparece el chazo, término sobre el cual parece que los lingüistas no se han puesto de acuerdo. Sin embargo, chazo es un antiguo vocablo utilizado por los indígenas del sur del país para referirse al mestizo» y le describe como hombre de tez blanca, bien parecido, ojos claros y, algunos de pelo rubio.

En efecto, es un mestizo más cercano al blanco que al indio, cuyos orígenes raciales o étnicos no han sido debidamente estudiados. Es posible que sus raíces se encuentren en el maridaje de cholos con españoles, no se puede descartar sus orígenes franceses, en la época de la Misión Geodésica, y sus nacimientos «gringos» como frutos de los exploradores de minas, cascarilleros, científicos, botánicos, militares de la independencia y de misiones extranjeras, en fin, que a lo largo de algo más de quinientos años circularon por los caminos y pueblos del Azuay, fecundando con su genes la savia primigenia de las gentes de esta tierra.

Descripción, oficios y ocupaciones

Al chazo, desde la época colonial, le cupo diversas actividades, algunas de ellas han sido ya citadas y esbozadas por Carrión y Serrano Moscoso:

es y fue gambusino, negociante de oro, chacarero, criador y negociante de ganado, contrabandista de aguardiente y guarda de estancos, pulpero, chalán y mayordomo de hacienda, arriero (...) Anda a lomo de caballo con paso seguro, recortando peligrosos caminos de geografías excepcionalmente duras y desafiantes como son las del Azuay y, sobre todo, Loja. Sobresalió en la época en que grandes recuas de mulas eran arreadas para ser vendidas en el Perú. Igualmente particular en su indumentaria. Su atalaje tiene algo de andaluz: montura de espaldón alto, en ocasiones sin cabezada, como la silla campera andaluza que evoca su ascendencia berberisca. En fin, ha desempeñado o desempeña una variada gama de

actividades económicas y sociales acordes con su situación en el complejo social de ayer y de hoy. Y hoy es, por cierto, también migrante.

¿Y cómo es?

Habitaba y habita en esa gama de poblados que surgieron en la época colonial entre los polos de la ciudad y las reducciones de indios, que hoy se denominan pueblos y caseríos. Viste o vestía, sombrero de paño o de toquilla, saco de casimir, pantalón de lino, zapatos o botas «a la española», se cubre del frío con poncho de lana de borrego -el «huanaco» desapareció definitivamente de su indumentaria-. Su mujer, la chaza, no la chola, exhibe falda o vestido largo, chalina o pañolón, zapatos de taco medio. Al chazo no le falta, o no le faltaba, machete o revólver, alforjas, caballo o mula de raza o paso llano -que en estos tiempos de la modernidad están siendo substituidos por el carro-, gallo de pelea y perro rastreador de venados y demás cacería para la que utiliza escopeta y máuser corto. Juega al naipe y toma trago.

Sus espacios históricos

En la Colonia, habitantes de pequeñas poblaciones más o menos aisladas unas de otras, proveedores y dependientes de los centros urbanos mayores, en las que se asentó una población blanco-mestiza que, con el paso del tiempo, iría conformando la «chasería». En el Azuay, según lo recoge la tradición, es posible que además se hubiesen conformado pueblos de chazos con los habitantes que lograron huir de las devastaciones producidas por los jíbaros de los centros de producción aurífera que con el pomposo nombre de ciudades fundaron los castellanos en el Oriente: Logroño de los Caballeros y Sevilla de Oro. Quizás otros poblados surgieron en la época de la independencia cuando los ejércitos reales se movilizaban por las breñas andinas en persecución de las huestes patriotas. Al perder la guerra

la población civil que los seguía se quedó anclada por ahí, en algún lugar, hechizado por el encanto de la niebla o la dulzura de los cañaverales.

Rescatar su legado...

El chazo, «pariente lejano» –como quien dice, ya no es nada– del hidalgo «vecino» de la blasonada urbe, el alma dividida, este no ser ni de aquí, ni de allá, pese a que constituye parte esencial del proceso de mestizaje, ha sido ignorado por la ciencia, el arte y la literatura, –aunque tal vez *Polvo y Ceniza* sea la gran novela del chazo. Sencillamente no existe para los registros de la cultura dominante. Debe ser visibilizado, no como mero ente folclórico, por medio de la investigación tal como ha sucedido con el gaucho, el charro, el guaso o el llanero.

Con el chazo, personaje esencial de nuestra identidad azuaya y austral, debe y tiene que suceder lo que pasó con el término morlaco, utilizado antaño como denigrante, ofensivo y discriminatorio, hoy reivindicado como parte de nuestra identidad y orgullo.



*Realizando un bateo en una
de las márgenes desecadas.*

20 | «Realizando un bateo en una de las márgenes desecadas», s. f. Fotógrafo no identificado, Archivo del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador.

Mujeres en la historia

Juan Martínez Borrero

Aunque la falta de memoria la ha cubierto de polvo, no sólo en Cuenca sino en todo el país, la presencia de la mujer es y ha sido muy importante en aspectos que van más allá de los roles que se les asignaba comúnmente. Destacan en nuestra historia aquellas mujeres que «rompieron el molde»

Mujeres en la Colonia

Mari López, viuda, carga difícilmente con los pocos bártulos que puede llevar en el largo viaje hacia la ciudad en la que, por fin, podrá avecindarse. Será así la primera mujer de cuyo nombre tenemos noticias en Cuenca, inaugurando una larga historia de esfuerzo y participación femenina en la sociedad local. Más tarde se recordarán, a veces por razones trágicas, en otras por su esfuerzo y significación, frecuentemente por su trabajo y oportunas decisiones en la vida de la comarca, otros nombres.

¿Qué habrá sido de Manuela Quesada?, atrapada entre las intrigas amorosas y la tensión social que se tradujo en la muerte de Jean Seniergues, provocada por las heridas que se le infligieron en la improvisada plaza de toros de San Sebastián en el lejano 1739 y cuya huella se pierde enseguida, a pesar de su aparición fulgurante y desolada. Lo que sí sabemos es que esta mujer cuencana no sería la única en enfrentar los convencionalismos sociales y la rigidez de un medio que, posiblemente, le ahogaba, para asumir riesgos, que no pudo controlar, y que cambiaron su vida para siempre.

La participación de la mujer en la vida colonial, esa larga etapa que va desde 1557 hasta 1820, posibilitó el desarrollo de una sociedad que en su mestizaje se nutrió en gran medida de mujeres a las que se les reconoció un nombre o que en forma callada, mas no intrascendente, labraron la tierra en la que crecían el maíz, la papa y el trigo, elaboraron productos

que se enviaban hasta Lima, como las alfombras reputadas con gran fama, las conservas y cajas de dulces, los bordados y tocuyos que viajaban junto a los centenares de cabezas de ganado rumbo al sur y, fundamentalmente, sentaron las bases de una sociedad nunca vista.

Mujeres en la República

Otra mujer apasionada, otra Manuela, que ha sido llamada «la Libertadora del Libertador» es recordada, frecuentemente, en su faceta de amante de Bolívar, pocas personas se han acercado a sus otros rostros, también de pasión, pero esta vez por la lucha en contra de la presencia dominante de la administración española. Su carácter independiente, también capaz de enfrentar los convencionalismos de una sociedad cerrada, que le llevará a huir de un matrimonio de conveniencia para, a caballo, recorrer los chaquiñanes de los Andes y participar desde dentro en la tragedia de la guerra, se trasluce apenas en las cartas cruzadas con Bolívar, muchas de las que se consideran apócrifas, si no directamente forjadas para resaltar una sola faceta de su vida. Cuando la petaca con sus pocos bienes es quemada tras su muerte, poco quedará para que otra mujer, otra luchadora, pueda recuperar su memoria. Años más tarde, Nela Martínez, símbolo de la lucha social solo puede depositar unas flores en una tumba común en el cementerio de Paita que recoge anónimamente las víctimas de la peste.

Pero en ese siglo XIX, cuando se producen los movimientos de Independencia, ha sido común recoger los nombres de los héroes, pero no de las viudas, de las madres de muertos en combate, de las hermanas que extrañaron por siempre los simples juegos domésticos con el ñaño ido, o de las novias cuyo amado se perdió en Quito, en Junín o Ayacucho, o en la batalla de Verdeloma, esfuerzo suicida para desviar las tropas españolas que marchaban hacia Guayaquil. Esas mujeres son las que educan a los niños huérfanos, las que

reconstruyen la economía local, la que en el mercado venden los pocos productos de la chacra o tejen los sombreros de toquilla o acompañan a los hombres a desguazar los bosques de quina, pero también las que echan ají en los ojos de los soldados alfaristas, que han invadido Cuenca a sangre y fuego, para librar a sus hombres de los disparos de los cañones y los fusiles de combate.

El siglo XIX, en que se construye lentamente una sociedad con nuevas pretensiones políticas, verá surgir en Cuenca, quizá por vez primera, una generación que cambia la ciudad, que dota a la sociedad de una identidad asociada con la cultura y la política, que emprende una transformación urbana de escala inimaginable sustituyendo casi cada casa y cada iglesia por nuevas edificaciones, un grupo de hombres y mujeres que creen en la idea de progreso. De allí unas pocas mujeres se dedicarán a la poesía y al arte, a la literatura y la educación o asumirán empleos antes vedados, en tribunas públicas. Pero también ha estado la historia metafórica de Dolores Veintimilla de Galindo, acogida con entusiasmo por escritores cuencanos, pero víctima de una relación desgraciada y de las presiones de una sociedad injusta.

El trabajo intelectual de la mujer ha sido, así, visto muchas veces con sospecha, porque no se somete a los dictados de la costumbre, porque quizá es una esposa, o hija, o novia, que pretende pensar por sí misma, y eso le gana enemigos y envidias, en la prensa, en la calle, en los corrillos o en las redes sociales.

Deudas pendientes

Pero en Cuenca, y en su región, otras miles continúan con su lucha por el agua, por la sal, por la tierra, por la dignidad, por defender a sus maridos, hijos y hermanos de las injusticias de un poder centralizado que poco a poco pretende intervenir en cada rincón de la vida campesina y urbana. El inicio del siglo XX será el tiempo de las primeras maestras públicas, como

Dolores J. Torres, quién al recorrer las calles de Cuenca recibió por igual muestras de apoyo y de desprecio, pero que educó a niños y niñas y a generaciones de otras maestras que, como ella, dedicarían su esfuerzo, muchas veces no reconocido, a la educación laica.

No solo deben recordarse a las mujeres urbanas, como ya hemos dicho, sino reconocer como las mujeres campesinas e indígenas, muchas veces abandonadas a su suerte, han sido vistas con desdén por los poderes centrales, por los funcionarios públicos y por otras mujeres, más o menos como ellas, aunque han desarrollado un trabajo tesonero por el reconocimiento de sus derechos y la necesidad de crear espacios propios para la educación y la conciencia. Así Dolores Cacuango es una mujer de esta tierra, aunque no haya nacido en ella, porque luchó por las mujeres y sus derechos permanentemente negados.

Pero también es necesario reconocer a las mujeres inmigrantes, como las damas judías que llegaron a Cuenca en la década de 1940, que fueron recibidas por una ciudad en que el estigma traído de Alemania, no fue obstáculo para vincularse con la gente local y emprender proyectos de trascendencia. Las ritualidades, el comercio, la expansión, la modernización, la política, los derechos, las celebraciones, la inmigración han sido temas en que las mujeres han tenido un papel trascendente. Es imprescindible una mirada alternativa en la que se recojan otros aportes, otras voces, como las de las mujeres.

La historia de las mujeres es un tema que con frecuencia ha sido soslayado en una sociedad en la que resulta difícil el abrirse camino por encima de los prejuicios habituales. Aquí están los nombres de Mari López, Manuela Quesada, Dolores Veintimilla, Manuela Sáenz, Dolores J. Torres, Dolores Cacuango y la Virgen del Cisne. Es necesario superar los prejuicios de antaño y recoger los aportes que han realizado las mujeres a la construcción de las sociedades actuales, referirse a su activa participación en el trabajo, la educación, la cultura y entender su crucial papel.

El chocolate, parte de la tradición culinaria y artesanal

Ana Paula Jerves y Tamar Durán

El consumo de chocolate es una costumbre que nació en Mesoamérica y después de la conquista española, se difundió por toda Europa y el mundo. En Cuenca es un producto muy apreciado y forma parte de su tradición.

El xocolatl: de las elites al pueblo

El grano de cacao a través del tiempo ha sido reconocido como un fruto maravilloso y ha sido llamado «el alimento de los dioses», de ahí su nombre científico *teobroma* y que su protector dentro del panteón maya sea «Ek-chua». Esta semilla del sol a la que los aztecas llamaban *cacahuatl* se utilizaba como moneda y como alimento, es decir como materia prima para bebidas consumidas por nobles y campesinos, sazonadas con vainilla, jugo de agave y hasta chiles picantes para mejorar su sabor.

La palabra chocolate proviene del náhuatl *xocolatl* que significa «agua amarga» debido a la forma de preparación azteca de esta bebida, la cual consistía en mezclar con un batidor de madera la pasta de cacao en agua fría hasta conseguir espuma. Los españoles cambiaron la receta de agua fría por agua hirviendo y la bebida fue muy cotizada como parte del desayuno de los ibéricos. Una vez que el chocolate realizó el viaje a Europa se introdujo como bebida de moda entre las mujeres españolas, quienes consumían varias tazas aderezadas con especias como canela y jengibre, en medio de las tertulias.

Pero el encanto de la bebida americana no se quedó tras las fronteras españolas, que entonces era uno de los países más poderosos de Occidente, sino traspasó primero a Italia, luego a Inglaterra, Francia y Holanda, países que comenzaron a cultivar cacao en sus colonias lo que provocó el descenso de

su precio y que el consumo del chocolate se difunda y regularice en toda Europa, entre hombres y mujeres de todo estrato social, ya no como una bebida amarga elaborada con agua, sino con un sabor más accesible a los distintos paladares. La leche se convirtió en la base del chocolate y su acompañante predilecto otro producto importado desde América, aunque mucho más costoso, el azúcar.

Con la Revolución industrial y gracias a la fuerza de la máquina de vapor aparecieron las primeras barras de chocolate y bombones, así como el polvo de chocolate, pero en realidad le debemos a los suizos el sabor actual del chocolate con leche que conocemos, ya que gracias al invento de Henri Nestlé –la leche en polvo– el también suizo Daniel Peter fue capaz de mezclar estos dos ingredientes y transformarlos en barras sólidas.

El cacao en el Ecuador

En Ecuador el cultivo de cacao comienza en el siglo XVI en las riberas del río Guayas, cuando la corona española aún ejercía su monopolio comercial y podía prohibir su cultivo y comercialización. Poco a poco y posteriormente con el beneplácito del rey Carlos IV se expandió la siembra del cacao hacia el río Daule y río Babahoyo, es decir «río arriba», por esta razón se le dio el nombre de «cacao arriba» a la aromática y fina variedad ecuatoriana.

La exportación de la «pepa de oro» significó para el Ecuador la consolidación del monocultivo, convirtiéndose así, –gracias a su éxito– en el sostén de algunas familias para el consumo de productos suntuarios importados. Sin embargo, aunque no generó industrialización, este fue el producto que introdujo al país al mercado mundial como el mayor exportador de cacao del mundo durante la década de 1880. La bonaza cacaotera decayó en el contexto de la Primera Guerra Mundial y la posguerra cuando el precio del quintal de cacao bajo de veinte y seis a cinco dólares con

setenta y cinco centavos, entre 1920 y 1921, dando paso a una profunda crisis económica y social en el país.

En Cuenca se estima la llegada del cacao en el siglo XVI cuando se lo cultivaba en los asentamientos de las familias cuencanas en Molleturo y se lo traía a la ciudad para su consumo local; además, el chocolate era la única opción de bebida caliente ya que no se importaba té, ni se sembraba café. No existen registros de molino alguno en la época, pero se conoce que cada familia tostaba y molía su propio grano para luego darle forma de tableta en la tradicional hoja de achira y así comercializarlo en los mercados o consumirlo en cada hogar.

En 1942 se abrió al público Molinos Fátima en el sector del Batán y en la década de los sesenta «Molinos Mejía» como fábrica chocolatera pionera en la parroquia de San Joaquín. Años después aparecen varios molinos de chocolate en el sector de Cristo del Consuelo, entre ellos Molinos El Cisne.

El propietario de la primera fábrica de chocolate en San Joaquín fue el señor Mariano Mejía y su yerno Wilson Durán, este último continúa con este legado, fundaron la marca El Squisito, chocolate reconocido en el austro ecuatoriano. Al visitar la fábrica el aroma del chocolate en el aire es excepcional. Es importante mencionar que las máquinas de esta fábrica son completamente artesanales, obra del señor propietario quien ha ideado como innovar y mejorar su fábrica chocolatera. Los molinos son de piedra a pesar de que funcionan con electricidad. A la fábrica también acuden las vendedoras del mercado quienes alquilan las máquinas para moler el cacao y producir su propio chocolate. La materia prima para producir el chocolate en esta fábrica es traída de Naranjal, por su prolijo proceso de fermentación. Este fase mata las semillas, anula su poder germinativo, desintegra los principios amargos e inicia la formación del aroma típico del chocolate al mismo tiempo que las semillas adquieren su tono oscuro. Por lo tanto, una fermentación

deficiente repercutirá en la calidad del aroma y sabor del producto final. El proceso concluye a los cinco o siete días y las semillas se secan al aire libre. El cacao utilizado en los «Molinos Mejía» es conocido como «ramilla» o CCN-51, el cual llega al molino en costales de 100 y 150 libras.

Una vez que el cacao ha arribado al molino, para empezar el proceso se realiza una depuración eliminando piedrecillas, trozos de madera, fibras o los últimos restos o impurezas que puedan aparecer antes de pasar a la siguiente fase de tostadura, la cual es el paso más importante para lograr el deshumedecimiento y el desarrollo del aroma y sabor. En el proceso de tostado los granos son sometidos al calor necesario a través de una máquina que funciona con leña, donde se lo tuesta entre cuarenta y cinco minutos y una hora dependiendo del grado de humedad en el que se encuentre. Los granos de cacao, al salir de la tostadora, se enfrían por al menos dos horas. Para acceder a su verdadero contenido es preciso dar lugar al proceso de triturado. Esta fase fracciona las duras cascacas que al tostarse se han separado de los *nibs* nombre que recibe el núcleo triturado del cacao ya limpio, este es el producto básico para la elaboración del chocolate.

El siguiente paso ocurre en la «arreadora» que es una máquina ideada por Don Mariano Mejía, la cual se encarga de separar el cacao grueso del fino en dos canastas de una manera más fácil y limpia. Este proceso se lo realiza de forma manual en otros molinos corriendo el riesgo de que el cacao caiga al piso y se contamine al pasarlo por el cernidor manual.

Ventear es la siguiente etapa, en la cual se aprovecha una fuerte corriente de aire producida por un ventilador que gracias a la diferencia de peso de los componentes arrastras las cascacas a mayor distancia separándolas de su núcleo. La cascaca del cacao no puede ser utilizada en la elaboración del chocolate, sin embargo, es aprovechada en la agricultura como fertilizante en el cultivo de hortalizas, actividad que también caracteriza a la parroquia.

El cacao, una vez limpio, pasa a ser molido. De este proceso se obtiene como resultado chocolate líquido, conocido como pasta o licor de cacao, una pasta parda y brillante que fluye desde el molino a altas temperaturas. Esta pasta para ser moldeada debe primero enfriarse a una temperatura tolerable a la mano humana para tomar la forma de la presentación en la que será comercializada, en tableta de hoja de achira, en «bolita» o en barras cuadrículadas.

La cestería en San Joaquín y su relación con la horticultura

Ana Paula Jerves y Tamar Durán

Junto al desarrollo de la horticultura en San Joaquín se empezaron a tejer cestas que facilitarían el transporte de las verduras... la cestería es parte del ingenio de campesinos transformados en artesanos.

El cultivo de hortalizas todavía era desconocido para los pobladores. En la década de 1950, con la apertura de la vía de acceso principal a San Joaquín, «Tres Tiendas-Balzay» y la carretera «Durán-El Tambo» —que facilitó el acceso a los mercados— inició la producción de flores, la horticultura y estrechamente ligada a esta, la cestería como herramienta de transporte de las hortalizas. Antes de esta fecha, la agricultura era de subsistencia. Las chacras estaban compuestas por maíz, fréjol, morocho, haba, zambo, arveja, cebada y trigo. La siembra de hortalizas aún era ignorada hasta 1972, cuando, a través de una visita de los miembros del Cuerpo de Paz de Estados Unidos, se promueve esta actividad y se brinda capacitaciones y asesoramiento, además, proveyeron las semillas necesarias a los pobladores. Entre los productos pioneros está la col híbrida, cultivada cuando aún no se disponía de canales de riego.

Otro factor importante en el desarrollo de la horticultura fue la intervención del Centro de Reconversión Económica del Austro (CREA), organismo que introdujo el uso de agroquímicos en la producción, según ha explicado Loyola Illescas (2012). Junto con esta actividad se desarrolló la confección de grandes cestas tejidas como soporte para transportar los productos agrícolas. Poco a poco, aumentó la demanda hasta generar productos cotizados como artesanías, con colores llamativos, como objetos para ser utilizados en la vida diaria e incluso como juguetes. Este proceso también se debió a los reducidos de los ingresos

que generaba el agro, por esta razón los campesinos se convierten en artesanos y se ven obligados a compartir su tiempo entre estas dos labores.

En las familias del sector, el trabajo agrícola generalmente recae en los hombres y los quehaceres artesanales en las mujeres, particularmente el de tejer cestas. La cestería en la parroquia, se trabaja en «duda», que es un tallo antes conocido como «chaklla», perteneciente a la familia de las *poaceas* al igual que el bambú. Destaca por su altura, color, forma y textura completamente lisa y cilíndrica que puede llegar a medir entre diez y doce metros de largo, además, crece de manera silvestre en áreas de altura. Por esta razón esta fibra vegetal no puede ser cultivada, es decir, brota sin ninguna intervención antrópica. Durante su ciclo de reproducción –cinco años– la «duda» es útil para la cestería únicamente mientras está tierna, después de este tiempo debido a su maduración no puede ser trabajada, ya que pierde su maleabilidad. Este material en un inicio se utilizaba para la construcción de viviendas rudimentarias.

Posteriormente, según mencionan los moradores de la parroquia, Nicolás Rojas lo emplea por primera vez en la elaboración de cestos, haciendo de la cestería una actividad artesanal característica de San Joaquín. Desde entonces, empleando su imaginación y habilidad, la población elabora objetos como canastas, paneras, pañaleras, abanicos, cunas, carriles, costureras, prensas, etc., para satisfacer diferentes necesidades. La «duda» se obtenía principalmente del cerro Cabugana, situado al noroeste de la parroquia Sayausí. Tras la continua explotación de dicho material solo han quedado tallos maduros o fibras útiles, pero en lugares de difícil acceso. En la actualidad, la «duda» es traída al centro parroquial donde se comercializa los días sábado, temprano en la mañana; llegando desde diferentes puntos como el cantón Oña, zonas limítrofes entre las provincias de Loja y Azuay, la parroquia Zhoray en Azogues, y el cantón Pallatanga en la provincia de Chimborazo.

En los años ochenta, la «duda» era adquirida bajo la denominación de mulas y tercios. La mula tenía un costo que oscilaba entre 250 y 300 sucres que corresponde a «la carga completa de un animal», es decir, dos bultos de cien tallos cada uno; el tercio, en cambio, equivalía a la mitad de la carga, tanto en precio como en cantidad. En la actualidad se continúa utilizando estas designaciones para su comercialización, aunque el precio y cantidad han variado. El costo de la mula oscila entre quince y dieciocho dólares, mientras que la cantidad de varas fluctúa entre ochenta y ciento veinte unidades.

Después de la adquisición de la materia prima, esta comienza su largo proceso de preparación. La primera fase consiste en el «hojado», etapa en la cual se corta la caña para conseguir láminas gruesas o delgadas del largo de toda la vara. Tras rajar esta fibra natural se desgaja de la parte interna el denominado «shungo», entre cuatro y seis tiras u hojas sin desprender la corteza. Del «hojado» se extraen dos clases de material: la duda liza, blanca o pelada y la duda gruesa, verde o sin pelar. Cabe destacar la maestría con el cuchillo que requiere esta tarea, ya que no todos los artesanos tejedores pueden realizarla. El siguiente paso es el secado de las tiras al sol. Una vez seco el material se forman atados de acuerdo con la clase correspondiente (sea esta blanca, verde, gruesa, delgada). La fibra puede ser teñida con anilina, pero únicamente se trabaja con duda lisa, blanca o pelada. Los colores y la firmeza variarán al gusto del productor. Finalmente, el artesano dará forma a una cesta tejida. Primero se debe realizar el tendido, único en cada producto y que marca el diseño con el cual se elaborará. Entre los tipos de tejidos más populares figuran el calado, con pupos, y llano; no obstante, los diseños, modelos y texturas dependerán de la imaginación y creatividad del artesano. Las cestas suelen finalizar con dobleces o «jimbas» que les confieren firmeza como artículos para ser utilizados en la cotidianidad.

Una tradición que se pierde...

En esta zona de Cuenca, donde es complicado determinar el fin de lo urbano y el comienzo de lo rural, también se vuelve difuso señalar la separación entre la actividad agrícola y la artesanal. Pero lo que sí es claro es que con el paso de los años la cestería ha sido desplazada por el auge de los productos plásticos industrializados de menor costo que han sustituido a las canastas artesanales en la cocina y en el transporte y almacenamiento de productos.

Esta labor cada vez más reducida se ve obligada a fungir únicamente como atractivo turístico, y se nos olvida que es una actividad indispensable para el sustento y diario vivir de los pobladores y vecinos de San Joaquín. La cestería ha sido engullida por el avance de la industrialización, de forma similar a la fagocitosis de la ciudad hacia sus vecinas parroquias.

El tejido de la paja toquilla en la comunidad de Maluay, parroquia El Valle

Fabrizio Quichimbo y Gabriela Tapia

La principal actividad de la comunidad es el trabajo artesanal y la elaboración de sombreros ha contribuido en el desarrollo económico de todos los habitantes de la zona. Este arte forma parte de la memoria e identidad de la región.

El tejido artesanal de la paja toquilla es una herencia cultural que se mantiene en la comunidad de Maluay —parroquia de El Valle en la provincia del Azuay— que tiene larga tradición en este arte y también forma parte de la memoria e identidad de la región. Los tejedores de Maluay realizan esta labor con cariño y entrega, así mantienen su identidad, sus raíces y costumbres. En esta comunidad, al igual que en gran parte del Austro ecuatoriano, muchos se dedican a tejer sombreros de paja toquilla, de esta manera la actividad, además de ser la herencia de sus abuelos, se constituye en una fuente de ingresos y de revalorización cultural.

Se realizó una visita a la casa de tres artesanos: Antonio Criollo, de ochenta y dos años; su esposa, la señora María Sánchez, de setenta y ocho años; y su nuera, la señora Celia Chacha, de cincuenta y siete años. Ellos relataron su historia y nos mostraron el proceso de elaboración del sombrero de paja toquilla. Cuenta don Antonio Criollo que desde que era un niño aprendió este oficio: «yo he tejido sombreros aproximadamente sesenta años, me enseñaron mis tíos que eran nativos de Poloma, ellos «me daban cruzando» el inicio del proceso del sombrero, cuando apenas empecé a aprender», dice.

El material para la elaboración del sombrero lo compran cada quince días en el sector del mercado Nueve de Octubre, en la ciudad de Cuenca, lo traen vendedoras desde Azogues. Para un sombrero se necesita mínimo siete tallos o

«cogollos», cada uno de los cuales tiene un costo de veinte y dos centavos. «Yo compro setenta tallos cada quince días, y de eso saco diez sombreros para la venta», relató Antonio, quien, a pesar de su avanzada edad, no ha dejado su labor. La señora María Sánchez indica que lo primero que se hace en el proceso del tejido es «componer la paja», que consiste en quitar las hebras que no sirven, es decir, arrancar aquellas partes ásperas. La confección del sombrero está dividida en tres partes: plantilla, copa y falda. El tejido empieza por la plantilla, que tiene una forma circular, cuenta con dieciocho hebras exactas y es la parte más difícil; posteriormente se teje la copa, en este paso se utiliza la horma de madera, un instrumento esencial para dar forma a la copa; finalmente, se teje la falda. Una vez finalizado este proceso se hacen remates de derecha a izquierda, sin cortar la paja sobrante. Tanto el lavado, como el azocado, el sahumado, el prensado y el «semiblichado» (blanqueado) se realizan en las fábricas de sombreros, que son las que generalmente los ponen a la venta. Es allí donde «rematan» la obra que ha sido entregada por parte de los artesanos.

Durante la elaboración del sombrero las hebras podrían quebrarse debido a la mala calidad de las fibras o al mal manejo durante el tejido; eso no significa que se tenga que deshacer todo el trabajo realizado, o que esa cantidad de paja ya no pueda ser utilizada, únicamente se añaden hebras en el lugar en que se haya arrancado una fibra, y se va dando forma al sombrero. Existen distintos modelos de tejido, refiere don Antonio Criollo, quien dice que los sombreros que él teje son los «pareados con chulla hebra» y los «randeados» que se realizan dejando huecos al momento de tejer. Económicamente, el sombrero pareado resulta más caro al momento de elaborarlo, debido a que las estructuras de las hebras son más estrechas y, por lo tanto, se necesita más paja y más tiempo para realizarlo.

Sobre los aspectos técnicos una de las especialistas en la materia, la doctora María Leonor Aguilar dice: «El número de cogollos que deberán comprar [los artesanos] depende del tipo o clase de sombrero a confeccionarse. Así, para un sombrero fino se requiere de doce cogollos, diez para el grueso o corriente y ocho o nueve para el calado, que resulta el más económico y rápido de manufacturar». Los señores Criollo y Sánchez nos dicen: «Anteriormente vendíamos el sombrero en siete dólares, pero actualmente sí nos están pagando diez dólares»; fue muy difícil la situación que enfrentaron los tejedores hace pocos años, ya que, debido a la abundancia de sombreros, estos tendían a bajar de precio, sin embargo, este oficio fue un importante sustento económico para su familia, por lo que no dejaba de producirlo.

De acuerdo con los entrevistados, la producción de sombreros en Maluay fue muy importante en las décadas de los ochenta y noventa y, según dicen, es cuando más desarrollo obtuvo en la región. Habría sido en estos años cuando la gran mayoría de personas aprendió a tejer, y hasta la actualidad sigue siendo una fuente de ingresos económicos para la población de esa comunidad. Quienes se dedican a tejer sombreros en Maluay son los adultos mayores, algunos se dedican a esta actividad después de realizar sus quehaceres domésticos, en el caso de las mujeres, mientras que, en el caso de los hombres, primero se dedican al cuidado de sus animales –vacas y borregos– y en su tiempo libre tejen. Ni los niños ni las personas de mediana edad se dedican a esta actividad, las razones son varias: muchos de ellos no han aprendido; otros se dedican a trabajar en otros lugares, generalmente en la ciudad de Cuenca; mientras que los jóvenes dedican su tiempo principalmente a estudiar, y un grupo numeroso de ellos emigró hacia Estados Unidos y España, principalmente.

Hay que recordar que el sombrero de paja toquilla, conocido en el extranjero como «Panama Hat» o «sombrero Panamá», tiene a la región de Austro y a las zonas de Jipijapa

y Montecristi como sus principales centros de producción. En la ciudad de Cuenca, es en donde se instalaron las casas exportadoras de este producto, que tuvieron como principal mercado los Estados Unidos, inicialmente las exportaciones salieron rumbo a Panamá, desde donde se repartían hacia distintos puntos. Desde el siglo XIX, esta tradicional artesanía se afincó en la provincia del Azuay, convirtiéndose en una de las principales actividades económicas de muchos de sus pueblos. En diciembre de 2012, el tejido tradicional del sombrero de paja toquilla ecuatoriano se convirtió en Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad, reconocido como tal por la Unesco. Este es un oficio que hay que honrar, tal como lo hacen los habitantes de Maluay.

Con mingas se levantó la iglesia

La comunidad de Maluay se encuentra ubicada en la zona rural de la parroquia de El Valle del cantón Cuenca. En su iglesia, que es la más antigua de la parroquia, se venera a las imágenes de San José, San Antonio y la Virgen del Rosario, que es la más importante, y cuyas festividades se realizan en el mes de octubre. La fecha exacta de la construcción de la iglesia no está escrita, pero se estima que tiene entre 150 y 200 años. Manuel García, natural de dicha comunidad, dice que según las memorias que heredó de sus abuelos, la iglesia de Maluay fue construida gracias al esfuerzo y sacrificio de sus habitantes, y nos dice que «la madera la trajeron de Sombrederas y Leocapa; cargando al hombro, han sabido hacer los viajes».

De igual manera, Antonio Criollo, artesano del lugar, menciona que la

madera de la iglesia «fue traída al hombro desde el Portete». Criollo dice también que para traer la campana de la iglesia se realizaron mingas desde la estación del tren en Huigra: «La campana de Maluay, es traída de Huigra, porque habían mandado a llamar más gente y comida ya que no avanzaban a traer».

Hace aproximadamente sesenta años la iglesia de Maluay empezó a deteriorarse, así que decidieron realizar una restauración, en la cual intervino Criollo. Lo primero que se cambió fue el techo, también se realizó un blanqueamiento de las paredes y un control de la madera a través de químicos para que no entre la polilla.

Las Herrerías, parte de nuestra identidad hoy

Manuel Carrasco Vintimilla

La calle de las Herrerías forma parte de las áreas consideradas por la Unesco para otorgar a Cuenca el título de Patrimonio Cultural de la Humanidad, otrora la calle, formaba parte del Qhapaq Ñan, luego, Camino Real.

Humboldt durante su visita aseguró que aún podían apreciarse en la calle de las Herrerías los últimos vestigios de la calzada incásica en la callejuela que queda entre Ingachaca, en el río Tomebamba y Chaguarchimbana, en el río Yanuncay. En la Colonia este sitio sirvió de límite oriental al Ejido Sur de la ciudad, en el sector entre los ríos ya citados, por donde corría el camino de Ingachaca, cuyas tierras se extendían al occidente de dicha vía, a la par que comunicaba a la ciudad con poblaciones del sur y el oriente; al este se conformaba un triángulo entre el Camino Real, los ríos Tomebamba y Yanuncay, teniendo como ápice, la unión de estos en lo que hoy se denomina «El Paraíso», tierras que no estaban en los predios ejidales y que fueron ocupadas por indígenas, posiblemente arrieros cañaribambas, y terratenientes españoles y criollos, quienes levantaron modestas casas de vivienda, los primeros, mientras que los segundos dedicaron sus parcelas a quintas o cuadras destinadas a la producción hortícola especialmente.

Resulta difícil precisar la fecha del inicio de la ocupación humana del triángulo, denominado hoy «El Paraíso» y más aún señalar cuándo herreros y herradores comenzaron a operar en esas tierras, cuya actividad, a la postre, conferiría nombre al antiguo fragmento de la carrera incásica. Para algunos estos artesanos estuvieron ahí desde la época colonial, otros, en cambio, opinan que se ubicaron inicialmente en el centro de la ciudad castellana recién

fundada para desplazarse luego hacia las parroquias de indios, San Blas y San Sebastián, convertidas en los accesos desde el este y el occidente a la urbe que paulatinamente iba rebasando su traza inicial.

Conforme se amplió el ámbito urbano y el servicio de buses y taxis, herreros y herradores, al parecer en nuestro medio no se hace la diferencia, se asentaron en torno a la vía de herradura posiblemente en los años veinte o treinta del siglo pasado, incluso algunos herreros consultados estiman la estadía de gentes de su oficio en el lugar a no más de ochenta años, aproximadamente; hasta la década de los sesenta del pasado siglo, la calle que hasta entonces se denominaba «Antonio Valdivieso», presentaba un paisaje peculiar: estaba empedrada y dos acequias de regadío corrían a su lado; por esas fechas se suprimieron los soportales de las casas, a fin de lograr mayor amplitud de la calzada, se rellenaron las acequias y se construyó una vía carrozable y en 1974 la calle pasó a llamarse «Las Herrerías» en homenaje a los artesanos del hierro. Completan el conjunto arquitectónico de Las Herrerías: la Casa de Chaguarchimbana y la Plaza del Herrero.

Los artesanos del hierro, no tuvieron caracteres distintivos y a todos se les aplicaba el apelativo de herreros y su presencia ha contribuido a la caracterización sociocultural de su entorno, de tal manera que hoy se puede ya registrar a personas y familias que se han dedicado a esta artesanía. Al parecer la primordial actividad de estos artesanos era herrar y cuidar a las acémilas, a la par que confeccionaban distintos utensilios de labranza para el campo y otros objetos utilitarios para las viviendas; con el paso de los años, esta labor artesanal fue perdiendo ciertas líneas de actividad, como es la de herrar, al tiempo que incorporaban otras, como la confección de objetos rituales y simbólicos –cruces para las cumbreras– y variados objetos para la decoración y arreglo de las viviendas, creando en muchos casos verdaderas tradiciones artesanales que han ido pasando de generación

a generación e incluso existen ahora mujeres dedicadas al oficio y en algún taller se alterna la confección de objetos de hierro con la preparación de bocaditos tradicionales como «tamales, chumales y quimbolitos», actividades que a la postre pueden desvirtuar el carácter tradicional de «Las Herrerías».

La artesanía tradicional está siendo sustituida por elementos y herramientas modernas como el sistema de encendido de las fraguas, la utilización de la suelda autógena, etc.; el oficio ya no es rentable, ni «deja para vivir» han manifestado algunos maestros que tratan de mantener la herrería por el significado que tiene como un arte heredado, pero no saben si sus descendientes continuarán en las labores del hierro, ya que por un lado, la industria con sus nuevas profesiones va ganando terreno y, por otro, es un oficio en donde el sacrificio y el costo de la producción, son elevados, y no siempre hay quien reconozca el esfuerzo.

Las nuevas generaciones están optando por profesiones universitarias o de institutos superiores que ofrecen nuevas oportunidades mucho más rentables, por lo que al parecer la artesanía del hierro se considera como una labor ingrata que requiere ganas, decisión y sobre todo inspiración, pues la tarea del herrero está entrañablemente vinculada a la cultura e inspiración artística, lejos de los condicionamientos mecánicos, y más cercana a la transcendencia vital del espíritu.

Capítulo V

Vida, muerte

y curación



21

[Fachada de la capilla y parte del edificio del hospital San Vicente de Paúl], 1929. Fotógrafo Salvador Sánchez, Archivo del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador.



CUENCA HOSPITAL SAN VICENTE DE PAUL



Foto SANCHEZ 29

El Hospital Betlemita de 1747 a 1822, un cambio en atención a la salud

Jacinto Landívar Heredia

Los Betlemitas, además de poseer libros de medicina y cirugía, tenían una formación médica, esto era un requisito para investirse en la Comunidad. Esta situación les daba una gran ventaja sobre la medicina anteriormente practicada en la Cuenca colonial.

Debieron transcurrir doscientos años para que la recoleta ciudad de Cuenca de Indias tenga un hospital adecuado a las necesidades de una ciudad colonial que crecía y que se había convertido en la más importante del Distrito del Sur de la Real Audiencia de Quito. Las autoridades del Cabildo ante el pedido de la ciudadanía y la presencia de las epidemias que asolaban a la población, causadas por las deficientes condiciones de salubridad de la ciudad –la basura y las excretas se eliminaban en las calles y había una sola fuente pública de agua para bebida en la Plaza de Armas–, se ven precisadas pedir a la Real Audiencia la venida de la Comunidad Hospitalaria de los Betlemitas, para que funden un Hospital en Cuenca.

En el año de 1705 la Comunidad Betlemita llegó a Quito para fundar un hospital, el cual constituye un cambio para la capital de la Real Audiencia, y en 1722 se dirigen a Cuenca, ante la solicitud del Cabildo. En un inicio y debido a múltiples dificultades no pueden crear el hospital. En el año de 1742, cinco frailes betlemitas, sin convento, y sin un lugar adecuado para comenzar su trabajo hospitalario, debieron esperar alrededor de cinco años para que el 9 de octubre de 1747, con el beneplácito de toda la ciudadanía, en el sitio donde funcionaría mucho tiempo después la Escuela Central (Gran Colombia y Benigno Malo), dar inicio al funcionamiento del Hospital Betlemita de Cuenca del Perú. El local fue construido con dos pisos, en el piso bajo estaba una extensa planta para

los enfermos. En la planta alta se hallaba el convento de los frailes, quienes vivían dentro del hospital.

Cuenca en el siglo XVIII

En la segunda mitad del siglo XVIII la ciudad de Cuenca contaba aproximadamente con un total de 30 000 habitantes, de los cuales 12 000 vivían en el perímetro urbano, el que contaba con 1400 casas y mil tiendas (habitaciones modestas de los artesanos, obreros e indígenas). Por datos del censo de 1779 realizado bajo las órdenes del primer Gobernador de Cuenca Joseph Vallejo y Tacón, quien se preocupó sobremanera de la salud, conocemos que existían 55 118 habitantes de los cuales 16 001 vivían en la ciudad y 39 177 en la zona rural. El crecimiento rápido se debió a dos razones, la actividad productiva de tejidos de lana y algodón, y la explotación de la quina o cascarilla. La creación del hospital era, por tanto, indispensable debiendo reemplazar al obsoleto y paupérrimo hospital de la misericordia.

La Comunidad de los Betlemitas

La Orden de Nuestra Señora de Belén de los Padres Belermos fue fundada por el fraile Pedro de Betancourt en 1687. La orden tenía el voto de asistir a los apestados, sean fieles o infieles, se trataba de una comunidad hospitalaria que debía atender a los enfermos y desvalidos. En el nuevo mundo se fundan treinta y nueve hospitales dirigidos por los betlemitas, de los cuales doce estaban en Nueva España y los veintisiete restantes repartidos en América del Sur. La filosofía de los hermanos belermos se centraba en la piedad y caridad cristiana con los menesterosos, con ellos se inició la enfermería organizada y se introdujo en las tierras de América la «moderna» medicina renacentista y la práctica de la cirugía menor.

Los frailes para investirse, entre otras cosas, precisaban estudiar conocimientos básicos de la medicina, para esto

trajeron libros de Medicina, –consta en el inventario de bienes, trece libros relacionados con la incipiente ciencia médica de entonces. Atendieron a los enfermos pobres expósitos y desahuciados para asistirles en sus últimos momentos con el sacramento de la extremaunción. La Comunidad se manejaba con un hermano prefecto, un prior, un boticario, un enfermero, un administrador y un hermano que hacía las veces de ayudante y portero.

En el año de 1822 debido a la crisis de la Comunidad, por un lado, y a las necesidades de un hospital militar que recibiera a los enfermos y heridos de las guerras de la Independencia, por otro lado, cierra sus puertas, para pasar por orden del Mariscal Antonio José de Sucre a ser el Hospital Militar de la Merced. Únicamente quedó en funcionamiento la botica –siendo ésta la primera botica de la ciudad– hasta el año de 1838 bajo las órdenes del Hermano Betlemita José de San Miguel –uno de los líderes de la independencia de Cuenca– y luego con el Hermano Feliciano de la Cruz, quien vendería dicha botica al Señor Benancio Reyes, ayudante de la misma.

El Hospital Betlemita funcionó por espacio de setenta y cinco años; contaba en un principio de una sala general para hombres y mujeres, luego se dividió en dos, una para mujeres y otra para hombres. Poseía una capilla que daba a la calle Luis Cordero y de un cementerio interno. Era un hospital de acuerdo a los principios de la comunidad para pobres, desheredados y enfermos crónicos, que debía prodigarles una buena muerte. El entierro de los fallecidos se realizaba dentro del cementerio propio, librando a las iglesias la obligación de hacerlo.

Inventario del hospital

En un principio por la carestía de fondos, se manejaba por la caridad cristiana, los enfermos o sus familiares aportaban con las camas, mantas y alimentos, pero luego funcionó con los fondos obtenidos de: los diezmos de los indígenas, aportes de los encomenderos, arriendo de las tiendas que poseía

el hospital, incluso aportes de los presos, algunas deudas cobradas y limosnas. En total, para el año de 1778 se tiene un saldo de 12 880 pesos.

El hospital atendía a todo tipo de sujetos denominados miserables, indígenas, forasteros, peñadillos y peregrinos que acudían por auxilio de su salud. En un inventario de la botica se enumeran 311 medicamentos entre jarabes, elixires, ungüentos, cremas, gotas, emplastos, etc. Además de algunos productos en crudo de origen animal o mineral como por ejemplo: grasas y sustancias químicas, respectivamente. Como curiosidad se enumeran algunos productos de origen autóctono, como la quina o cascarilla y la hoja de coca. En el inventario existen balanzas, medidas, instrumentos para fabricar pastillas y obleas, y otras herramientas de botica.

Quien daba las recetas era el ocasional médico que había llegado a la localidad, o en su defecto el hermano boticario, que era experto en la confección de las drogas. Al poco tiempo la botica, la única de la ciudad, a más de servir al hospital pasó a tener servicio público. Esto es trascendental, pues los betlemitas se preocuparon de tener productos europeos de manera permanente. Con esto, el hospital sentó prestigio dentro de la ciudad, para luego pasar a otro destino.



22 | [Accidentado], c.1950. Fotógrafo Salvador Sánchez, Archivo del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador.

La Casa de la Temperancia: sitio de moderación y templanza para los alcohólicos

Jacinto Landívar Heredia

El Museo de Arte Moderno de Cuenca esconde secretos históricos, las paredes que hoy exhiben obras de arte guardan la historia de una antigua institución cuencana de beneficencia.

Ha sido un frecuente problema y un motivo de preocupación constante de las sociedades el alcoholismo, por lo que se han hecho permanentes esfuerzos para reducir a los dipsómanos y tratarlos. En 1835 dos personajes alcohólicos de los Estados Unidos «Los Amantes del Brandy», crearon la asociación Alcohólicos Anónimos (A. A.), que logró éxito parcial para corregir el hábito del alcoholismo; actualmente, se han multiplicado estos centros. Entre otras instituciones de beneficencia, se crearon las llamadas «casas de la temperancia». En Cuenca, personas con pensamientos filantrópicos y cristianos crean diversas entidades de ayuda, como la casa de la temperancia que data de las postrimerías del siglo XIX.

Fundación de la Casa de la Temperancia de Cuenca

El obispo Miguel León inició la construcción de una casa en la antigua plaza de San Sebastián en el año de 1876. El plano de la casa se atribuye al hermano redentorista alemán Juan Bautista Stiehle quien trabajó con el obispo León en este y algunos otros proyectos, el más importante fue el de la Catedral de la Inmaculada de Cuenca. En el mes de abril de 1884, en nuestro país, se crea el Ministerio de Instrucción Pública, Justicia y Beneficencia siendo la institución que, entre otras obligaciones, coordinaría la Asistencia Pública, que para entonces se llamaba la Junta de Beneficencia. Por esta época

se destinó 20 000 pesos para la fundación de una casa para ebrios consuetudinarios en la ciudad de Cuenca.

La casa de la Temperancia de Cuenca abre sus puertas en el año de 1886, comandada por el Obispo de la ciudad Miguel León Garrido, llamado «El Reformador» y por su hermano el sacerdote Justo León, conocido como el «Doctor Justito», para hacer frente a la disolución de algunos frailes y sacerdotes y numerosos dipsómanos que deambulan en la ciudad sin ninguna ayuda y que eran un mal ejemplo para niños y adultos, la casa se convierte en el sitio donde se les acogerá a los aquejados por el hábito del alcoholismo.

En el año de 1892 el gobierno progresista de Antonio Flores Jijón fue pródigo en ayuda a las casas de beneficencia y entre otras, entrega una subvención para la Casa de la Temperancia de Cuenca. La casa donde funcionó en primera instancia la Temperancia fue donada por el obispo León Garrido. Uno de los directores fue Mariano Estrella, afamado por su severidad cuando estaba al frente de la «abominable» Casa de la Temperancia, como la conocía la gente común.

El obispo Miguel León

Este personaje es indudablemente el creador de la Casa de la Temperancia, además, levantó los cimientos de la Casa de Conferencias, luego Buen Pastor, para recluir en esta a los sacerdotes intemperantes alcohólicos. Promovió la construcción del edificio del Lazareto en Miraflores, que reemplazaría al Lazareto de Jordán, para aislar a los leprosos, reconstruyó San Francisco y entregó el ala anexa al convento parroquial, a la Escuela de los Hermanos Cristianos. Al Obispo León se lo conoce, sobre todo, por ser el promotor e iniciador de la construcción de la Catedral Nueva, obra magna, icono de la ciudad de Cuenca, sin su iniciativa y decisión inquebrantable, no se hubiera construido la Catedral de la Inmaculada.

El curita Justo León

El «Doctor Justito», como lo conocían en la ciudad, fue un sacerdote secular, hermano del obispo Miguel León, quien murió con «olor de santidad». Cuentan que luego de las misas de madrugada, es decir, las misas de la aurora, salía a recoger a los ebrios, desperdicios de las tabernas, encontrábalos tendidos en las calles o en las aceras, generalmente en los atrios de las iglesias, o en las plazas, y con delicadeza los cargaba para depositarlos en la Temperancia, si eran civiles o en la Casa de las Conferencias si eran clérigos. En el año de 1890 consta que el «Doctor Justito» recibía contribución económica para el mantenimiento de la Temperancia por parte de la señorita doña Florencia Astudillo y de otras personas benevolentes de la ciudad.

Primeros años

Como casi todas las obras de beneficencia, incluidas el Lazareto, la Casa de Huérfanos y Ancianos y el Buen Pastor, la Casa de la Temperancia tuvo muchos problemas económicos. Para el año de 1904 la Casa de la Temperancia tenía un inspector nombrado por la Junta de Beneficencia, quien recibía un sueldo mensual de veinte sucres, que casi no se podía pagar. El 31 de enero de 1905 se clausuró la Casa de la Temperancia hasta que tenga fondos propios y pueda así asilar a los dipsómanos.

En marzo de 1905 es enviado un perito comisionado, arquitecto del Gobierno para que examine el local donde funcionaba la institución de la Temperancia, mientras tanto debe funcionar en el sitio antiguo. Para la reconstrucción de la casa de la Temperancia en San Sebastián, se remató definitivamente el sitio del antiguo Hospital de Cuenca ubicado en San Blas.

El 8 de julio de 1905 se creaba el reglamento interno. En los estatutos constaba que los que debían ingresar sean dipsómanos, lo que tienen el vicio de la embriaguez, los ebrios consuetudinarios. Y señalaba que debían ser conducidos

por el intendente general de Policía o sus agentes. De las disposiciones municipales correspondientes, entre otros, se menciona que el número de dipsómanos que debía recibir la Casa de la Temperancia, dependerá de los fondos que disponga dentro del presupuesto asignado anualmente por el ministerio del ramo, añadiendo que existían muchos dipsómanos que se hallan «suelos». Un porcentaje de los fondos se destinó para el mantenimiento, entre otros enseres, de las puertas y para arreglos. Con el fondo restante disponible, se contrató al artista Nicolás Vivar para que proceda a pintar y decorar el interior de la capilla y algunos otros recintos.

Por esta época, la Junta de Beneficencia da el desahucio definitivo de la antigua Casa de la Temperancia. En las reuniones posteriores de la Junta se continúa con la formulación de los reglamentos internos. En julio de 1906 la Junta de Beneficencia recibía un comunicado del ministerio del ramo que dice que: «Los alcohólicos dipsómanos que se hallan suelos y deambulan en las calles de las ciudades sean retirados», para los fines consiguientes, intervino el intendente general de Policía que debía capturarlos para enviarlos a la Casa de la Temperancia, siempre y cuando existiesen fondos para la alimentación del ciudadano recluso.



23 | «El Doctor Santiago Carrasco en el asilo de ancianos», 1929. Fotógrafo Salvador Sánchez, Archivo del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador.

De las autoridades de la Casa de la Temperancia, motivos y cambios

Las autoridades de la Casa de la Temperancia eran nombradas por la Junta de Beneficencia. Había un director, entre los que consta Mariano Estrella, un inspector y un guardia. Además de mujeres contratadas que preparaban la alimentación y se encargaban del cuidado de los internos. A las preocupaciones de salud pública y de ayuda humanitaria debe sumarse el concepto mundial de «mal ejemplo» que tenía su peso en la sociedad. Algunas de las personas recluidas se asociaban a este concepto, entre las más conocidas y que crearon época, fue la primera mujer alcohólica ingresada en la Casa de la Temperancia de Cuenca.

Por algún tiempo la Casa de la Temperancia se mantiene cerrada y las tiendas que daban hacia la calle fueron arrendadas por diez, ocho, cinco o tres suces dependiendo del tamaño de las mismas. Posteriormente,

por la década de los años cuarenta, la Casa de la Temperancia pasó a ser un reclusorio para delincuentes y, por corto tiempo, sanatorio para alienados mentales que eran numerosos en la ciudad de Cuenca.

En la década del cincuenta pasa a funcionar la institución igualmente benéfica de la «Gota de Leche» para los recién nacidos cuyas madres pobres habían muerto durante el parto o carecían de leche para alimentar al niño, exclusivamente durante los seis primeros meses de vida. Según testimonios fue cuartel de Policía, luego de algunos años el local fue abandonado hasta que se lo restauró en 1978 para destinarlo al Museo de Arte Moderno de la ciudad de Cuenca.

Las parteras: aproximación a su historia

Jacinto Landívar Heredia

Los primeros especialistas en obstetricia trabajarán tan solo a partir de la segunda mitad del siglo XIX e inicios XX. Entre los que resalta el insigne médico Emiliano J. Crespo, pero ¿cómo los cuencanos venían al mundo antes de estos especialistas?

Un testimonio: doña Bersabé Pachar

Para intentar contestar lo anteriormente planteado tenemos el testimonio vivo de la partera «oficial» de San Bartolomé de Aroxcapa, parroquia perteneciente al cantón Sígsig de la provincia del Azuay. Refiere doña Bersabé, una anciana mestiza, nativa de San Bartolomé, que siendo ella una adolescente de catorce años por curiosidad observó en el hospital del Sígsig, todo el proceso del parto de una tía, hermana de su madre, habiendo sido notada por el médico «doctorcito Corral», le «nacío la afición». El mismo profesional le tomó como ayudante de los partos del hospital, habiendo aprendido los rudimentos más elementales de la técnica sobre todo la asepsia, el transcurso del parto, la ligadura del cordón y la reanimación del recién nacido, y, ante la ausencia de un facultativo y por las necesidades mismas de la comunidad mencionada se dedicó a atender los partos.

A la pregunta de cuántos partos atendió refería que perdió la cuenta, pero dice que toditos del centro de San Bartolomé y numerosos de las parturientas del campo fueron atendidas. Con énfasis decía: «toditos nacieron en mis manos», y que haciendo una aproximación superaban el millar, «fulanito que es doctor o menganito el ingeniero y que viven en Cuenca nacieron en mis manos» y añadía que «malagradecidos son, yo nunca cobraba y solamente esperaba la buena voluntad de las gentes, a veces de noche me llamaban, iba lejos del centro, en dondequiera atendía, me obsequiaban una gallinita, un chanchito, o algún dinerito daban».

¿Doña Bersabé: Algún niño o alguna madre se murió? y de entre sus recuerdos nos dice: «no cuando alguien se complicaba rápido mandaba al hospital, que yo recuerde nadie murió en mis manos, toditos están vivos». Su esposo, pobre como ella, que vivía en su compañía, en su paupérrima choza, asentía a las palabras de doña Bersabé una anciana nonagenaria, cuyas artríticas manos ya no estaban capacitadas para seguir en su loable tarea, a los pocos meses de esta entrevista doña Bersabé moría en la indigencia y en el olvido.

Las parteras de Cuenca y del Hospital San Vicente de Paúl

Hemos podido colegir que en la memoria y en la historia escrita, de la primera partera que se habla en la ciudad es de doña Manuela Mogrovejo, tía de un médico, el doctor José Mogrovejo. En el año de 1897, la Facultad de Medicina de la Universidad de Cuenca creó la cátedra de Obstetricia, la primera especialidad de la Facultad, siendo profesora doña Manuela Mogrovejo. Por falta de alumnas la escuela tuvo que cerrarse dos años después. Doña Manuela, en las dos últimas décadas del siglo XIX fue nombrada por la Junta de Beneficencia, partera del Hospital San Vicente de Paul, atendiendo, además, los partos en los hogares de las parturientas de la élite que no iban al hospital general. A la muerte de ella, acaecida en enero del año 1905, es nombrada en su lugar doña Rosario Cisneros como partera del Hospital y la Facultad de Medicina de la Universidad le nombró profesora instructora de los alumnos de dicha facultad. El 9 de abril de 1913, doña Rosario presenta ante la Junta de Beneficencia una petición de alza de salarios, pues percibía escasos quince sures mensuales. Recién a los seis meses de su solicitud la Junta accede a su petición, concediéndole un alza de quince sures mensuales, dinero que se lo obtendrá de «fondos extraordinarios» de la Junta.

En 1915 doña Rosario muere y es reemplazada por doña Teresa Ramírez quien además de atender algunos partos

en el hospital, acudía al auxilio de la clase pobre, de la ciudad o fuera de ella, que no confiaba en absoluto que el bello sexo sea atendido por un varón durante el parto. Además existe el testimonio oral sobre la comadrona doña Petita Yosa, quien asistió los partos entre la gente pobre de la ciudad. Cuentan que atendía, además, a las mujeres de «vida libre»; probablemente con alguna herida en las manos, durante un tacto vaginal, sin conocerse aún los guantes de hule, parece que se contagió de sífilis, desapareciendo en la posteridad de la vida pública y de la atención de los partos.

El primer especialista en obstetricia, el Doctor David Díaz

En el año de 1912, llegó a Cuenca el primer médico especializado en Francia en la rama de la Obstetricia y la Ginecología, el doctor David Díaz. Fue favorecido por la política del Gobierno Liberal Radical de Eloy Alfaro, que deseaba preparar a médicos y demás profesionales en el exterior, por lo que dicho caballero viajó para formarse primero a Lima y luego a Burdeos y París. En agosto del año 1912 retornó especializado, junto con el doctor Emiliano J. Crespo en Cirugía y el doctor Nicanor Merchán especializado en Alemania en Laboratorio y Bacteriología.

El 13 de diciembre de 1912 la Junta de Beneficencia de Cuenca, presidida por José Peralta, nombró como médicos del hospital a los doctores David Díaz, Emiliano J. Crespo, Antonio Ortega y Manuel Antonio Coello. El doctor Díaz de inmediato solicitó a la Junta de Beneficencia se le entregara una mesa de obstetricia e instrumental que se hallaba embodegado. A instancias suyas el hospital creó una sala de partos en donde él atendió de manera gratuita a las parturientas de la institución, trabajó en el hospital hasta muy entrada la década de 1940. Siendo, además, profesor de la especialidad en la Facultad de Medicina. No existen datos que indiquen si hubo controversia o enfrentamiento con las parteras del hospital y la ciudad y el doctor Díaz, quien se manejó con cautela e inteligencia al respecto.

Con el avance de la ciencia y el continuo perfeccionamiento de la obstetricia y la presencia de nuevos especialistas, las parteras, sin perder completamente el trabajo y la confianza de la gente sobre todo en las áreas donde no hay cobertura médica, dejan progresivamente de atender, aunque no de manera total a las parturientas. Seguirán atendiendo sobre todo en el área rural, donde la partera no ha perdido vigencia y su oficio permanece todavía vivo.

Un poco de historia

El parto es un acto biológico y fisiológico normal, y debe desarrollarse aparentemente sin problemas. Desde la antigüedad el parto ha sido atendido de preferencia por una mujer, a la que se le denominó partera o comadrona, quien era una persona con conocimientos empíricos, que sin tener estudios, ni titulación ayuda a la parturienta. En la actualidad, el parto se ha instrumentalizado y ha pasado de ser un hecho natural, a la alta profesionalización por parte de elemento humano estudiado y calificado, al que se le denomina obstetra o tocólogo. La ciencia de los partos se denomina Obstetricia.

En la ciudad de Cuenca, mucho antes de la llegada de los primeros especialistas en Obstetricia, concretamente en la segunda mitad del siglo XIX e inicios del siglo XX, la atención del parto fue realizado por parteras, llegando, si no a la perfección de su arte, a una

gran habilidad, ganándose la confianza de la futura madre, su entorno familiar y de la sociedad misma. No solo atendían el parto, seguían el embarazo, «componían» a la mujer de ciertos problemas del embarazo e inclusive hacían el seguimiento posparto de la parturienta, para evitar los «entuetos y el pasmo» –nombres comunes de complicaciones posparto). Algunas comadronas llegaron a «dominar su especialidad. A estas personas, incluidas las parteras, poseedoras de saberes no científicos basados en la experiencia, la antropología las denomina ahora como «profesionales de notorio saber».

La medicina a principios del siglo XX: Emiliano J. Crespo

Agatha Rodríguez Bustamante

Además de médico, Emiliano J. Crespo fue poeta, político, un ferviente católico y un hombre de visión progresista, un digno representante de su generación.

Emiliano J. Crespo Astudillo nació en la ciudad de Cuenca en julio de 1885. Según contaría años después en sus memorias, desde el día de su nacimiento sus padres presagiaron que se dedicaría a la medicina, su padre don Emiliano Crespo Astudillo, también un eminente médico, presagió el destino de su primogénito. No se equivocó.

En julio de 1908 se graduó en la Facultad de Medicina de la Universidad del Azuay, como se llamaba la actual Universidad de Cuenca. Destacó como el estudiante más brillante de su generación. Al año siguiente su padre decidió que debía especializarse en el extranjero, así escogieron Francia para sus estudios, ya que en ese momento era el centro del desarrollo de las ciencias modernas, ahí permaneció cuatro años, siendo alumno del «Instituto Pasteur».

No es una coincidencia que el doctor Crespo Astudillo escogiese París para realizar sus estudios, siempre sintió un gran entusiasmo por ese país y su cultura, fue un lector asiduo de Julio Verne y a su regreso sentía una profunda admiración por Louis Pasteur y su trabajo. Los estudios de bacteriología y parasitología que desarrollo en el Azuay estaban fundamentados en los principios de Pasteur y sus años de aprendizaje en Europa.

A su regreso en 1913 fue incorporado como catedrático de la Facultad de Ciencias Médicas, así la medicina en Cuenca se divide en dos épocas, es decir, antes y después de Emiliano J. Crespo, hasta entonces la práctica médica en la ciudad no se había desarrollado completamente y, por lo tanto, la enseñanza de la misma se encontraba estancada. Él es el iniciador de la era de la asepsia y antisepsia en Cuenca. El doctor Crespo

cambió radicalmente la enseñanza y la práctica de la medicina. Al incorporar la asepsia y la antisepsia en las operaciones realizadas a sus pacientes, el peligro de infecciones se redujo drásticamente, adquiriendo notoriedad muy pronto. Sus pacientes lo describían como «tan bueno, delicado y constante para con sus enfermos (...) infatigable y celoso, desde que inició en esta ciudad los verdaderos conocimientos en Cirugía». Fue decano de la Facultad de Medicina por casi diez años, pero nunca descuidó su verdadera pasión: el servicio a los enfermos.

En este contexto tuvo que afrontar el escepticismo de antiguos maestros y colegas que no aceptaban la existencia de las bacterias y de su papel decisivo en algunas enfermedades. Finalmente, se impusieron las nuevas ideas, mucho más efectivas, y será él mismo quien dicte la cátedra de Bacteriología e Higiene desde 1923. Cirujano de un gran talento, poseía una genialidad única que le permitió actuar en la poesía, en la política, en el periodismo y ser una persona interesada en el bienestar y desarrollo de su ciudad natal, fue un investigador incansable y un maestro en todo el sentido de la palabra, durante cuarenta y dos años dedicó su vida a enseñar en las aulas de la Universidad con la misma dedicación que cumplía sus labores en el Hospital San Vicente de Paúl.

En 1930 la «Sociedad Médico Quirúrgica del Azuay» de la cual formaba parte junto a otros médicos consideró que se debía «Propender al mejoramiento de los estudios médicos quirúrgicos mediante la presentación y discusión de casos (...) propender al concurso médico para el esclarecimiento del diagnóstico y tratamiento en casos difíciles, en beneficio del enfermo», colaboró con la «Gota de Leche», institución benéfica destinada a cuidar de los recién nacidos y fue parte de la Junta de Asistencia Pública. Presidió también la Federación Médica del Azuay cuando esta institución empezaba a consolidarse, hoy es el Colegio de Médicos del Azuay.

Siempre interesado en las necesidades sociales y en el panorama político de su provincia y de su país, representó al Azuay y al Partido Conservador como diputado en el Congreso Nacional en una época de profundos cambios donde siempre

actuó de acuerdo con sus firmes convicciones ideológicas que lo muestran como un hombre profundamente católico y tradicional con una indiscutible visión progresista.

También fue el primer presidente del Consejo Provincial del Azuay, organismo que fue establecido por la Constitución de 1946, estando apenas unos meses, en los que impulsó el proyecto de la carretera Girón-Pasaje ya que creía firmemente que el desarrollo vial de la provincia ayudaría a superar la crisis económica que en los años cuarenta afectaba a la región.

Sus trabajos e investigaciones fueron recogidos en la *Revista Anales de la Universidad de Cuenca*, no solamente fueron textos sobre medicina, también dedicó discursos a personajes como Pasteur con motivo de los cien años de su nacimiento elogiándolo como el genio que revolucionó al mundo. Fue uno de los impulsores de la revista de la Facultad de Ciencias Médicas y miembro del comité redactor, siempre con la idea de que el conocimiento debía ser compartido.

Escritor nato, utilizó los seudónimos de «Jerome» y «Meñique» para escribir artículos de opinión para varios periódicos de Cuenca, no porque quisiera ocultarse pues se caracterizó por ser un hombre frontal, sino porque la originalidad era parte de su forma de expresión. En los temas que trataba, políticos o sociales, su singularidad al escribir lo delataba inmediatamente. En sus libros: *Memorias de un Cirujano* podemos encontrarnos con la Cuenca del cambio de siglo, a través de su pluma revivimos a una ciudad tradicional, romántica y que vivía a un lento ritmo colonial, pero de la misma forma nos muestra como la Revolución liberal la alcanzó y como se vivieron esos días, siendo todavía un niño pequeño observa con gran agudeza los acontecimientos para años después plasmarlos en sus memorias. Lastimosamente, y como suele suceder aquellos libros, llenos de anécdotas y datos que nos acercan a una historia más auténtica y real, han caído en el olvido.

Hoy en día, en su honor se levanta un monumento en la entrada del Hospital Vicente Corral Moscoso y cerca de dónde funciona actualmente la Facultad de Ciencias Médicas

de la Universidad de Cuenca. Innegablemente un hombre tan polifacético y tan entregado a la medicina, la pasión de su vida, debe ser honrado y recordado por la ciudad donde nació, y su obra tiene que ser conocida y quizás el mejor homenaje a este personaje sea a través de una sala en el Museo de la Medicina, ubicado en el antiguo local del Hospital San Vicente de Paúl, derecho al que se hizo merecedor hace mucho tiempo. La propuesta de la sala que recuerde la vida y obra de Emiliano J. Crespo existe por parte de su familia y del Museo de la Medicina, los mismos que han puesto todos sus esfuerzos en concretarlo, pero se necesita también el apoyo de la ciudad para que perdurará la memoria de uno de esos hombres que nacieron a finales del siglo XIX y que perteneció a ese grupo selecto de cuencanos de principios del siglo XX que contribuyeron al desarrollo de su pueblo.



24 | «Profesores de la Escuela de Medicina [El segundo desde la izquierda es el Doctor Emiliano J. Crespo]», 1922. Fotógrafo M. Serrano, Fondo Audiovisual, Archivo del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador.

Exportación de zarzaparrilla y condurango desde el sur

Manuel Carrasco Vintimilla

La zarzaparrilla y el condurango son plantas de uso medicinal hoy casi olvidadas, la una curaba la sífilis y la otra, problemas estomacales, con el avance de la medicina este sector productivo perdió espacio.

Este es un asunto prácticamente desconocido en la historiografía regional, por lo menos esto se desprende de la bibliografía consultada, puesto que ninguno de los historiadores regionales trae referencias sobre la zarzaparrilla y el condurango, especies vegetales que al parecer fueron objeto de exportación, quizás desde la temprana colonia, junto con las cascarillas o quinas.

Carlos Aguilar Vázquez en su singular novela «Los Idrovos», testimonio literario que bien puede ser revertido a la historia como fuente confiable por los valores de observador sagaz del autor sobre la vida comunal de la ciudad que periclita entre el siglo XIX que fenece y el XX que inicia sus pinitos, al intentar un fugaz análisis de la realidad económica y social en que vivía Cuenca hacia 1900 expresa: «La cascarilla y el condurango difuntos después de haber enriquecido a Ordóñez, Heredias i Malos». Esta y la referencia escrita por la doctora Magdalena Molina en su obra «Fitoterapia», son las dos únicas noticias que hemos encontrado sobre esta planta, considerada en la época como anticancerígena.

De una breve averiguación que realizamos en esta ciudad sobre el condurango obtuvimos las siguientes conclusiones: Al parecer existe escaso conocimiento de esta planta en medios académicos. Encontramos una referencia, como ya se señaló, sobre este vegetal en la obra de la Dra. Magdalena Molina quien realizó las siguientes acotaciones que nos interesan para este trabajo:

A principios del siglo pasado se tenía la seguridad de que el condurango podía curar el cáncer y la sífilis, sin una explicación científica; incluso la exportaron a Europa, sobre todo a Francia, para que se realicen los estudios respectivos para comprobar tal aseveración. Goza de fama popular por sus propiedades terapéuticas como tónico aperitivo, calmante del dolor de estómago.

En Europa fue recomendada para la curación del cáncer de estómago. Se empleaba para calmar los dolores del cáncer y de la úlcera estomacal; para evitar la hematemesis –hemorragias digestivas– se han usado preparaciones a base de condurango, también como aperitivo, en la debilidad general y convalecencia, al igual que para estimular las funciones digestivas. Preparaban un cocimiento con veinte gramos por litro de agua, lo enfriaban antes de filtrarlo, para tomar una copita antes de cada comida

En dos puestos de ventas de yerbas medicinales del mercado «10 de Agosto» de esta ciudad pudimos encontrar pedazos de un tallo que se nos dijo pertenecía a esta planta que, al parecer, como manifiesta la Dra. Molina, goza de fama popular para ser utilizada en el tratamiento de varias dolencias del estómago y de la artritis reumatoide. Se nos informó que el vegetal procede de Loja. En los almacenes donde se venden productos naturales cuatro de cinco propietarios desconocían la existencia de esta planta; finalmente en el quinto pudimos adquirir un frasco de cien tabletas elaboradas con condurango en la provincia de Tungurahua.

Conozcamos algo sobre este interesante vegetal propio de nuestras tierras: su nombre común o vulgar es: Condurango, Bejuco de sapo, Bejuco del cóndor, Cundurango. Nombre científico o latino: *Gonolobus condurango*. Hábitat: crece espontáneamente en la vertiente occidental de los Andes, entre los 1 500 y los 2 000 metros de altitud.

Planta trepadora de la familia de las Asclepiadáceas, que, al ser una liana, se ciñe al tronco de los árboles hasta alcanzar su copa. Sus hojas son de forma oval o acorazonada, vellosas y de color verde claro por el envés. Es muy conocida y apreciada en América del Sur, para sanar las dolencias del estómago. Su

sabor recuerda al de la canela, aunque resulta algo amargo. Partes utilizadas: la corteza del tallo y la raíz. Propiedades e indicaciones: la corteza y la raíz del condurango contienen un aceite esencial, resina, ácidos orgánicos, sustancias gomosas y almidón. Su principio activo más importante es la *condurangina*, un glucósido amargo. El condurango posee propiedades aperitivas, digestivas y antieméticas –detiene los vómitos. Su empleo resulta apropiado en casos de pesadez de estómago y digestiones lentas. Calma el dolor y los espasmos estomacales, aunque no conviene usarlo sin haber diagnosticado primero la causa de los trastornos. Indicaciones: pérdida del apetito.

Otro vegetal prácticamente desconocido en la actualidad es la zarzaparrilla. Una breve referencia la encontramos en el artículo *La zarzaparrilla*, publicado en *Crónicas de Guayaquil* por José Antonio Gómez Iturralde, donde se refiere a dicha planta así: «Es [dice] una de las más importantes plantas que mayor nombradía alcanzó aun entre los españoles, que formaba parte importante de la riqueza medicinal nativa, casi perdida con la llegada de la conquista». Al parecer la zarzaparrilla fue un medicamento conocido en la Colonia, pues el articulista señala algunos nombres de conquistadores y cronistas que se refieren a él como eficaz contra las bubas y la sífilis, para luego citar a Girolamo Benzoni, quien habría escrito lo siguiente en torno a la zarzaparrilla: «La zarzaparrilla se extraía especialmente de Puerto Viejo, en La Puná y en algunos lugares donde había mangles, para enviarla a Panamá o distintas áreas del Perú. La raíz era muy apreciada como medicina para curar la sífilis, pues actuaba como un antibiótico natural. Servía para curar el «mal francés» y otras enfermedades».

Pertenece al género *Smilax officinalis* y como las cascarillas tiene varias especies que crecen en algunas regiones del globo. El Doctor Luis Cordero Crespo, en sus *Estudios Botánicos* indicaba que crece en nuestros bosques y sus raíces se vendían con bastante aprecio en las plazas extranjeras. Hoy parece que ha menguado mucho su demanda, a consecuencia, sin duda, de medicamentos más eficaces, como los yoduros.

Lo cierto es que nadie exporta actualmente del país este despreciado artículo de comercio, termina manifestando.

Finalmente, recordamos que en nuestra niñez y juventud se vendía en nuestro medio la afamada «Zarzaparrilla de Bristol», jarabe o suspensión cuya promoción se realizaba en el afamado *Almanaque Bristol* que circula hasta nuestros días, pero ya no anuncia el mencionado medicamento que era utilizado para curar la sífilis y purificar la sangre. Conviene decir que es posible encontrar en el mercado de hierbas de esta ciudad una raíz rojiza que venden con el nombre de zarzaparrilla como remedio para diversas dolencias; también se la puede encontrar en los almacenes de expendio de productos vegetales y ecológicos de los que abundan en Cuenca.

La quina o cascarilla: la olvidada planta nacional del Ecuador

Jacinto Landívar Heredia

En el sur de la Real Audiencia de Quito, en la zona bajo el control de Cuenca se escondía la cura para el paludismo o malaria, enfermedad muy temida por su virulencia, la cascarilla o quina sería la planta que salvaría miles de vidas y que enriqueció a una región.

Don Manuel Jiménez anciano agricultor nativo del antiguo caserío azuayo de Chacanceo, y que hoy vive en Llaqueo, recuerda que: «cuando joven en busca de trabajo adquirí una parcela que tenía bosque, a doña Tarcila Contreras; al poco tiempo me entero de la noticia de que por los alrededores de Chacanceo se estaba explotando la cascarilla». Pronto se convierte en cascarillero pues en su propiedad había abundantes árboles y esto le rendía económicamente. Procede como sus vecinos a cortar el árbol, lo descorteza y esta, una vez seca, es cargada en sus mulares. Cada una de ellos llevaba dos quintales, por los que, una vez entregados en Cuenca le pagaban entre veinte y cinco y treinta sucres. Desde su propiedad hacía tres agotadores días de viaje por el alto páramo del Cajas.

La quina como medicamento único para el paludismo

El árbol de cascarilla o quina (*Cinchona* sp.) ha proporcionado el más grande favor a la humanidad, fue el primer medicamento específico para una grave enfermedad conocida desde la antigüedad, la malaria o paludismo, epidemia de amplia distribución en todo el mundo tropical, particularmente en el Mediterráneo, África y Cercano Oriente, mal que luego del descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo fue trasplantado a América, cuyos pobladores no poseían defensas ante ella. Fue introducida con los primeros grupos de esclavos que llegaron del África.

Cuenca y el auge de la cascarilla

En el siglo XVII, exactamente desde 1633 se da inicio a la explotación de la quina. En los siglos XVIII y XIX la aislada ciudad de Cuenca tenía como uno de los principales rubros de ingreso la explotación de la corteza de quina, y en algún momento, fue definitivamente el más importante.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII existen dos razones para que el crecimiento económico del entonces Corregimiento de Cuenca haya tenido una significativa importancia: la primera, la actividad productiva de tejidos de lana y algodón de buena calidad –las famosas bayetas y tocuyos– confeccionados por las artesanas mestizas e indígenas, supliendo la demanda creciente; esta demanda proviene de la misma Real Audiencia y del sur del continente. Los tejidos por su buena calidad llegaban hasta el norte de Argentina, Chile, Lima y el norte del Perú, Panamá y Guayaquil.

La segunda, la extensión de la explotación de la cascarilla. Las ciudades de Cuenca y Loja comenzaron a explotar de manera intensiva la cascarilla, que se exportaba por Guayaquil o por la vía de Piura-Paita-Lima y de allí a Panamá y a tierras de Castilla (España) de donde se distribuía para el mercado mundial, particularmente el Mediterráneo europeo y africano. A fines del siglo XVIII en Cuenca existen diversas vinculaciones comerciales. El sistema de bosques «acotados» de la Real Hacienda define un monopolio comercial, apoyado por inversionistas privados, que posibilita la exportación hacia los mercados.

El siglo XIX, un segundo momento de explotación

Un segundo auge de explotación y exportación de la cascarilla surge cuando el Distrito del Sur se transforma en la provincia del Azuay durante la época republicana, a partir de 1830. En los primeros seis años se exportó alrededor de 10 000 quintales, sobre todo de los puntos de El Jordán, Santa Rita, San Pablo

y en los alrededores de las montañas de Gualaceo y Paute. El esplendor dura hasta el año 1885, en el que es desplazado por la producción en las colonias inglesas de la India y Java. En los años previos entre 1824 y 1850 la explotación es irregular, en un primer momento por la necesidad de venderla y trocar por fusiles para las Guerras de la Independencia. Es más importante el rubro naciente de la producción y exportación del sombrero de paja toquilla. En el año de 1885, la escasez de artículos exportables sobre todo de la quina, la que decae de manera casi completa, produce un serio colapso en la economía del Azuay.

El tercer y último auge de la cascarilla

En 1939 ante la inminencia de la Segunda Guerra Mundial, los ejércitos de las grandes potencias en conflicto, debieron desplazarse hacia zonas tropicales; la demanda de la cascarilla reapareció, así se termina con los últimos bosques de cascarilla, particularmente de la región de Chacanceo, parroquia de Molleturo.

La quina, planta nacional del Ecuador

Irónicamente, pocos años antes de este hecho, concretamente en 1936, el Gobierno Nacional bajo la presidencia de Federico Páez, decreta a la Cascarilla o quina, «PLANTA NACIONAL DEL ECUADOR, por representar a las tres regiones naturales y porque con su descubrimiento en el siglo XVII en Loja, se salvó a la humanidad del azote de las fiebres palúdicas». El golpe definitivo al auge cascarillero ecuatoriano fue cuando se logró sintetizar el compuesto químico de la quinina el año de 1944.

Don Manuel Jiménez, don Segundo Pancho Álvarez y don Manuel Mesías Paguay, se convierten de la noche a la mañana en cascarilleros, en los alrededores del antiguo pueblo de Chacanceo, y como ha señalado don Segundo Pancho, «nosotros hicimos algún dinerito, pero al final solo nos quedamos con los campos libres de montaña para producir el maíz, el poroto y los zambitos para el diario, y nada más».

Hoy Chacanceo y la cascarilla han pasado a un injusto olvido.

La explotación de cascarillas o quinas y su auge en los siglos XIX y XX

Manuel Carrasco Vintimilla

La exportación de las cascarillas significó para la región del Austro siglos de bonanza y la acumulación de enormes fortunas para algunas familias cuencanas, pero cuando los campos asiáticos empezaron a producirla en fantásticas cantidades la sombra de la ruina las alcanzó.

Es un acercamiento inicial al tema de explotación y exportación de las cascarillas en los siglos XIX y XX en y desde Cuenca –puesto que la mayoría de tratadistas han analizado los siglos XVII y XVIII– preferimos denominarlas cascarillas pues, al parecer, existen diversas especies de este valioso vegetal. Las cascarillas o quinas, especialmente el género *Cinchona*, y otros vegetales medicinales e industriales fueron productos que dinamizaron la economía del Austro del país en buena parte de los siglos XVII al XIX y tuvo cierta relevancia en el XX, especialmente en los años de la Primera y Segunda Guerras Mundiales, toda vez que desde el legendario descubrimiento de Pedro Leiva y la divulgación de sus virtudes medicinales por los jesuitas en la Colonia, las cascarillas se habían convertido en el remedio para combatir el paludismo y prácticamente en el componente de las principales drogas de la medicina moderna.

A partir de 1850 en Cuenca se inicia un nuevo e interesante ciclo exportador fundamentado en el comercio de las cascarillas que se prolongó hasta 1900. Consorcios comerciales como el conformado por Miguel Heredia y Luis Cordero C., las familias Ordóñez Lasso, Malo, Toral y Montesinos figuran, entre otras, en función de gestoras de la gran acumulación de capitales y de las consecuentes transformaciones económicas que vive la región en este lapso. Según Silvia Palomeque «El mejor indicador de la acumulación que permite la cascarilla la brinda la historia de la familia Ordóñez, cuyo enriquecimiento, prestigio social y político fue adquirido en cortos años, basándose en esta actividad».

En lo que respecta al Azuay los principales centros de explotación estaban ubicados en las estribaciones y zonas tropicales de las cordilleras Oriental y Occidental en sitios como Gualaquiza y otros lugares del Oriente, en Pechichal, Sanahuín y Norcay en la cordillera Occidental, en la que, según Cordero Crespo, se producía la *Cinchona succirubra*, quina roja, «la más notable de todas las quininas, por su abundancia de quinina y demás alcaloides». La explotación de las cascarillas en el siglo XIX presenta ciertas especificidades: hubo por lo menos dos científicos de las llamadas provincias azuayas – Cañar y Azuay–que se dedicaron al estudio de las diversas variedades, nos referimos a fray Vicente Solano y al doctor Luis Cordero Crespo, quienes en *Primer Viaje a Loja* y en *Excursión a Gualaquiza*, respectivamente, dan cuenta de sus observaciones botánicas; se realizaron también ensayos de cultivo de la variedad chinchona por parte de Carlos Ordóñez Lasso, Miguel Toral y José María Montesinos, en uno de los flancos de la Cordillera Occidental.

Mas en ese mismo siglo el Asia y otras regiones del Viejo Mundo comenzaron a producir abundante quina, aun de mejor calidad que la silvestre de nuestras repúblicas; se inundaron de este nuevo producto los mercados de Londres, Hamburgo y otros, llegando a ser ruinosa la inesperada competencia, cayó el antiguo negocio causando enormes pérdidas a muchos exportadores del artículo, según testifica Cordero Crespo, como resultado de que científicos y aventureros europeos, a partir de 1839, comenzaron a llevar plantas y semillas a fin de aclimatarlas y cultivarlas en otras regiones del orbe.

En lo que respecta a nuestro país, se anota que un tal «mister Spruce, que se encontraba en Guaranda, introdujo en Europa y en las Indias Orientales la verdadera quina roja o *Cinchona succirubra*, una de las especies más preciosas, constituyéndose en la base de las grandes plantaciones de la India». Los estudios y referencias en torno a la explotación y exportación de las cascarillas en el siglo XX son escasos y, de lo que conocemos, no se ha realizado un estudio sistemático en

los archivos locales, en consecuencia, es un tema prácticamente inédito. Por su parte, Freile manifiesta que: «En los Andes del Sur del país se concentra la mayor diversidad de especies, y es allí donde vive la *Cinchona officinalis*, la más célebre de las quininas por ser el origen de las portentosas cortezas amargas contra el paludismo».

En el siglo XX, las dos guerras mundiales dieron oportunidad para que nuevamente despertara el interés por exportar cascarilla y esa es la razón de por qué hubo un nuevo hormigueo de gente por las selvas subtropicales en busca de este oro vegetal, sobre todo cuando durante la Segunda Guerra Mundial, en la década del cuarenta, los japoneses estaban, luego de *Pearl-Harbor*, apoderados de Java, Sumatra y más islas orientales de donde ni europeos ni norteamericanos podían sacar la cascarilla.

La explotación de las cascarillas superó el corte y envió al exterior de las cortezas; en efecto, en 1937, el director de la Escuela Superior de Minas de la Universidad de Cuenca, manifiesta que: «el señor Ingeniero Onitchenko, Profesor de Química General e Industrial, ha levantado ya en esta ciudad de Cuenca una fábrica de quinina con capacidad para fabricar diariamente unos dos kilos de este específico tan necesario para la salubridad de nuestras zonas tropicales». Una segunda fábrica de quinina existente en esa época en la ciudad fue la denominada «Montana», de propiedad de la sociedad Kranner-Eisenberger, judíos alemanes que habían ingresado al país hacia 1941 huyendo de la persecución nazi. Esta fábrica sufrió dos incendios, el primero en su sede situada en El Batán y luego en la calle Tomás Vega –hoy Pío Bravo a pocos metros del Convento de los Salesianos– el 3 de octubre de 1942, según información proporcionada por Agatha Rodríguez, en su tesis de licenciatura. Ahora bien, al parecer, a partir de 1944, los entusiasmos del padre Semanate y las esperanzas de los fabricantes de quinina en el Austro, se fueron al traste, por obra y gracia del esfuerzo de los químicos norteamericanos Wood Ward y Derogan, quienes iniciaron el proceso científico a fin de

obtener la quinina a partir de procedimientos sintéticos. Uno de los primeros recuerdos de mi niñez lo constituyen los amplios tendales levantados en la hacienda «El Paso».

Se conservan los recuerdos de la cascarilla o quina

Aún se recuerda cómo se traía la cascarilla desde las montañas de Tutupali y el Ortega, a lomo de mula, todo esto desde la provincia de Zamora Chinchipe y los frecuentes viajes de nuestro padre a esos sitios en busca del preciado vegetal, en los años de la Segunda Guerra Mundial. También queda en la memoria de mi hermano Adrián y de algunos primos el recuerdo de grandes montículos de una especie de aserrín, el mismo que estaba acumulado en una de

las dependencias de la quinta Miguel Moreno, de propiedad de nuestro abuelo, en el barrio del Corazón de Jesús, esto en Cuenca; en la quinta se trataba la cascarilla, posiblemente en una pequeña fábrica, de la que no ha quedado evidencia documental; solo en «la hijuela de partición de los bienes pertenecientes a la mortuoria del señor Francisco Carrasco Serrano» consta un rubro por la venta de la cascarilla de alrededor de 7000 sucres, única prueba documental del negocio de la familia.



25 | Carlos Ordóñez, c. 1860. Fotógrafo no
identificado, colección privada.

Capítulo VI

Movimientos sociales y crisis



La rebelión de los jóvenes en 1869 en contra de García Moreno

Ana Luz Borrero Vega

Los promotores de la revolución iniciaron la revuelta el 15 de diciembre, estudiantes y obreros se levantaron al grito de «¡Viva la libertad!», «¡muera el despotismo!»

Cuando los jóvenes consideraron que era imposible continuar con el sistema autoritario del Gobierno y que había que mostrar su oposición, decidieron –con total disposición al sacrificio– tomarse el cuartel militar y tomar presas a las más altas autoridades: el gobernador y el jefe político, entre otros. Los jóvenes promotores de la revolución de Cuenca iniciaron su revuelta el 15 de diciembre de 1869, en «forma intempestiva y temeraria» actuaron bajo el lema de las libertades, pero sin considerar las consecuencias de luchar contra el régimen.

Por el proceso judicial que se les siguió, se conoce que fueron los promotores de la revolución los siguientes jóvenes: Manuel Ignacio Aguilar, Cayetano Moreno, Antonio y Manuel M. Banegas, Vicente Heredia, Francisco Ramírez, Avelino Palomeque, Gregorio Uzhca, Hilario Suárez, Mariano Bacuilima y Jerónimo Merchán, pero de acuerdo con el doctor Antonio Borrero Vega, que estudió el caso, además de los procesados también actuaron en esa rebelión los siguientes jóvenes estudiantes: Rafael y Jerónimo Torres, Juan Bautista Dávila, Carlos Joaquín y Antonio Córdova, Luis y Joaquín Vega, José María Borrero, Adolfo y Darío Lozano, Abel Landívar, José María Heredia, Mariano Mera, Federico Andrade y otros. Triunfantes en su revolución se tomaron la plaza y enviaron emisarios al Cañar para conseguir apoyo a su propuesta, pero el triunfo duró apenas pocas horas, porque desde Azogues llegaron tropas que tomaron presos a los rebeldes.

El fusilamiento del gobernador Ordóñez

Cuando tomaron preso al gobernador Ordóñez, los jóvenes revoltosos intentaron fusilarlo, y así tomaron las armas del cuartel y decidieron ejecutarlo en la plaza principal; para suerte del gobernador, las heridas no fueron graves y salvó su vida. Inmediatamente al enterarse, el presidente García Moreno ordenó el uso de facultades extraordinarias y que se reuniese de inmediato un Consejo de Guerra Verbal para el ejemplar juzgamiento y castigo de los jóvenes y obreros como reos de Estado.

Las palabras del mismo gobernador Ordoñez en un informe que envía al gobierno, describen el suceso: Los rebeldes habían penetrado en la Casa de Gobierno, y «subiendo varios de ellos, me encontraron en el corredor, en un punto inmediato a la grada, me intimidaron con la orden de prisión, haciéndome preguntas uno de ellos (...) que si yo era el Gobernador de la Provincia. Preso yo en el Gabinete y custodiado por centinelas (...) me pusieron grillos», por órdenes de uno de los jóvenes los grillos fueron remachados por un herrero, luego fue puesto preso en la prisión del Juzgado de Comercio, donde pasó la noche del día 15 de diciembre, al día siguiente fue llevado a la plaza y colocado en el puente de la entrada a la casa de Gobierno, tres de los jóvenes dispararon sus rifles, quedó herido, pero no muerto. Según palabras del mismo gobernador, los más activos fueron Aguilar, los Torres, los Lozano, especialmente Adolfo, considerados los cabecillas.

El consejo de guerra y juicio

El primero de enero de 1870 en el Convento de San Agustín, que servía de cuartel a la Columna Azuaya, se llevó a cabo el Consejo de Guerra verbal, presidido por el comandante Ramón Pesántez, con oficiales y jefes. A partir de las aseveraciones de los testigos, se sabe que las razones presentadas por los rebeldes fueron entre otras: «Abajo la tiranía, abajo el

despotismo, abajo García Moreno». Entre las ideas que se esgrimieron en la defensa está la presentada por Manuel Ignacio Aguilar, quién decía: «que él no se había comprometido para asesinar a nadie, y que su compromiso se había limitado a cambiar por medio de la revolución el personal de los empleados». Muchos pidieron que el Consejo de Guerra no fuera considerado competente y no siguiera la causa, el propio gobernador del Azuay pidió indulto para los insurgentes y decidió perdonarlos, pero al presidente García Moreno no le pareció ni oportuna ni consecuente la declaratoria de incompetencia del Consejo de Guerra y siguió buscando el escarmiento de los jóvenes revolucionarios, así que mandó que se instituyera un nuevo tribunal con personas que estaban dispuestas a acatar su voluntad.

Un nuevo Consejo de Guerra sentenció a muerte a los jóvenes Manuel Ignacio Aguilar, Vicente Heredia y Cayetano Moreno, pena que se cumplió en la plaza mayor de Cuenca, hoy parque Calderón, el 4 de febrero de 1870, otros fueron llevados presos a Quito y continuaron las persecuciones, hasta que muchos de ellos optaron por el destierro voluntario o se ocultaron. Años más tarde, la causa seguía abierta, pero no había voluntad política de parte de las autoridades de Cuenca, para seguir en la persecución y condena de los jóvenes. El padre de uno de los complotados, ministro juez en el año de 1876, en defensa de su hijo afirmó: «este fue un acto de imprevisión juvenil, no fue ni es un delito», puesto que habían tratado, únicamente de restablecer el Gobierno legítimo del doctor Javier Espinoza, que desapareció mediante la inicua revolución acaudillada por el doctor Gabriel García Moreno, y apoyada por los empleados y funcionarios públicos de esta provincia. El juicio finalmente fue archivado y suspendido en julio 27 de 1876.

Los jóvenes que se apoderaron del cuartel

La octava Constitución Política del Ecuador, llamada la «Carta Negra» por todos los adversarios del presidente Gabriel García Moreno, denotaba el abuso de poder y la limitación de las libertades, la necesidad de ser católico para poder ser ciudadano, las formas con las que llegara a la Presidencia en el año de 1869 García Moreno, así como la prepotencia de su gobierno y sus gobernadores, llevaron a que los jóvenes, los estudiantes y los obreros en Cuenca, consideraran desconocer al gobierno y reclamar por el gobierno legítimo de Javier Espinosa.

Pocos meses después de la posesión en Quito, un grupo de jóvenes en Cuenca trataron, bajo las consignas de: «¡Viva la libertad!», «¡muera el despotismo!», mostrar su desacuerdo con el gobierno del autoritario García Moreno, así que se apoderaron del Cuartel Militar en Cuenca y aprisionaron al

Gobernador de la provincia, don Carlos Ordóñez Lasso así como al Jefe Político doctor Juan Bautista Vázquez proclamando así su rebelión.

El gobernador del Azuay, don Carlos Ordóñez Lasso, propietario y miembro de la élite económica de la ciudad de Cuenca, muy amigo y partidario de García Moreno, según sus biógrafos, secundaba las obras del presidente en especial la carretera Cuenca-Molleturo-Naranjal, antiguo camino que unía Cuenca con Guayaquil, y que era el sueño de los cuencanos para mejorar las condiciones de transporte.

Todas las clases apoyaron la campaña por la candidatura de Antonio Borrero Cortázar

Ana Luz Borrero Vega

Años después de los fusilamientos de los complotados en contra de García Moreno, en Cuenca se vivió una fiesta por la democracia a favor de quien llegaría a ser presidente de la república, Antonio Borrero Cortázar.

Cuenca y la fiesta cívica del 16 de octubre de 1875

El día 16 de octubre de 1875, Cuenca vivió una gran fiesta cívica, de la cual nos queda como memoria histórica el hermoso relato escrito e impreso en Cuenca, en forma de carta dirigida a los miembros de la «Sociedad Patriótica de Loja», por parte del lojano Francisco Muñoz M., miembro de esta Sociedad. Este breve relato nos permite conocer los sucesos de la aclamación y de la aceptación de la candidatura a la presidencia de la República, así como parte del discurso del ilustre cuencano y azuayo Doctor Antonio Borrero Cortázar. Muñoz inicia su relato diciendo: «Recordados amigos: cuando partí de mi país para esta ciudad, les ofrecí comunicar cuanto aquí ocurriese favorable a la causa que sostenía la sociedad que formamos, y en cumplimiento de esta oferta les he remitido varios impresos y por las mismas le dirijo esta que se concentra a instruirles de lo ocurrido el día sábado [16 de octubre]».

A través de esta carta deseaba Muñoz que los pueblos de las provincias y Loja tengan conocimiento de los honores tributados por los liberales a su candidato y trata de brindar un recuento fidedigno de los sucesos del día 16 de octubre, vividos como una verdadera fiesta cívica. Siguiendo las palabras de Muñoz:

La mañana del sábado 16 del presente era risueña deliciosa; y, a la vez que el sol bañaba ya con su dorada lumbre las lejanas colinas de los montes, movíase el pueblo en grupos más o menos numerosos, y con noble afán volaba en pos de su engrandecimiento y al encuentro de su libertad. En todos los semblantes se había estampado la esperanza de un futuro

feliz, de una era de emancipación. Los respetables ancianos, los jóvenes y los niños de las diversas clases de la sociedad cuencana sin distinción de puestos ni de alcurnia, como debe ser en un pueblo ilustrado y republicano, ocupaban en masa las calles de la ciudad y presentaban a mi vista un conjunto variado y majestuoso.

Dando a mi imaginación un ideal sublime de la soberanía de un pueblo. En el mayor número de las casas se habían expuesto al público el signo de su regocijo; el pabellón de la República pendía de los balcones, lujoso en competencia y marcado con las inscripciones que el genio y la verdad de la causa había inspirado a los liberales.

Ese día comenzó la movilización de los ciudadanos que deseaban mostrar su apoyo, patriotismo, regocijo y respeto a su candidato. Hacia las once de la mañana, cruzaron por la calle más de 200 caballeros bien montados, que se encaminaron hacia la casa de la «Sociedad Patriótica Azuaya», de donde salió una numerosa y populosa comitiva que, de manera armoniosa, ordenada y simbólica, fue precedida por su presidente el doctor Manuel Vega, quien portaba la bandera nacional y se dirigió hacia la plaza.

Desfile cívico de los miembros de la «Sociedad Patriótica del Azuay»

El desfile cívico estaba presidido por la banda de música, cuyo director, a caballo y terciado de una banda púrpura, llevaba su respectiva bandera. Según las palabras de Francisco Muñoz: «Los músicos que eran 20, hacían brotar de sus instrumentos una melodía capaz de mover al alma a distintos afectos, como la movían las líricas notas del inmortal Paganini. Ellos llevaban al costado izquierdo del pecho una rosa de cinta tricolor y sobre ella el retrato del señor doctor Antonio Borrero». Seguían a la banda, marchando a pie, el cuerpo de artesanos:

enseguida y a caballo el apreciable cuerpo médico; después (...) el respetable cuerpo de abogados; uno y otro con sus respectivas banderas, y a continuación ostentaba su cara batiéndose orgullosa, la bandera de la Sociedad patriótica, honrada de sus miembros que igualmente a caballo, con suma elegancia, daban a su estandarte un carácter de magnificencia.

Como el último de los grupos, además de los señalados, marchaban a pie un gracioso cuerpo de niños secundando con su débil, pero ferviente voz, las vivas y aclamaciones de los cuerpos precedentes. Este cuerpo llevaba también su bandera, sencilla como su alma y sin embargo honrada con la que con el acompañamiento de no poca gente que lo rodeaba.

El desfile dio vueltas a la plaza y luego se dirigió cantando vivas, hacia la casa del doctor Borrero, donde fue saludado y se entonaron tres himnos: el nacional y dos de los dedicados a este personaje por parte de los profesores Morocho y Rodríguez.

En su casa, el candidato pronunció un discurso de agradecimiento y ofreció un gobierno de paz. Luego la marcha cívica continuó por la carretera de San Sebastián recibiendo en el tránsito algunas coronas de los balcones. En la plaza de San Sebastián dio vivas por Guayaquil y en el puente de El Vado por Loja; y volvió al punto primero dando también en la calle que conduce a Quito vivas por la capital, como también por otras provincias. Por la noche «más de 500 cirios conducía el pueblo en las manos, acompañados por la bandera liberal llevada por los liberales que apoyaban la candidatura de Borrero», y se dirigieron hacia la plaza para escuchar nuevos discursos, los cuales fueron pronunciados desde el balcón como tribuna, dispuesto por el señor Mariano Moreno en su residencia. Finalmente, terminados los discursos los participantes volvieron la bandera a la casa de la Sociedad Patriótica. Mujeres, niñas y jovencitas también formaron parte de esta armoniosa fiesta cívica, en la que manifestaron su interés y esperanza por la felicidad de la patria.

Finalizado el día escribe la carta el señor Muñoz, invitando a los lojanos de la Sociedad Patriótica a realizar o imitar la fiesta cívica en su ciudad. Este relato nos permite entender las propuestas políticas de los liberales y las esperanzas que los pueblos de las provincias de Azuay y Loja habían puesto en el cambio político que significaba la presencia de Borrero en la presidencia, que quedó trunca con el golpe de Estado que arrebató el poder a quién lo había ganado en justas y populares elecciones.

Un discurso cargado de emociones

Recuento de Francisco Muñoz M. sobre el discurso cívico de Borrero: Con la sonrisa de un amoroso padre para sus leales y nobles hijos, se dirigió al pueblo así:

Desde el Carchi al Macará, y a pesar de mi oposición para elevarme al poder, se ha invocado mi oscuro nombre en las provincias de la República; y, a la vez que me llena de gratitud, me avergüenza también la firme constancia de mis favorecedores. En vosotros, cuencanos el entusiasmo es grande, es quizás sin rival, os lo agradezco de corazón, porque para vosotros no puede haber de mi parte otro mérito que el vínculo que me une como azuayos; mas, permitidme que en este solemne día, sin duda de vuestro aniversario, extienda mi gratitud profunda a las provincias de Loja y Guayaquil, donde, sin recomendación alguna ha sido sostenida con valeroso honor mi candidatura. Venero, pues, altamente el augusto nombre de la libertad que proclamáis con nobles fines. Mi vida será corta para manifestar a estas provincias, a vosotros, azuayos, y a las demás

secciones de la República mi agradecimiento. Mi misión, si la Providencia me ha destinado para que en este periodo gobierne la Nación ecuatoriana, será de paz; os lo prometo.

Terminó la alocución con infinitos vivas para Borrero y para las provincias de Azuay, Guayaquil y Loja; y luego regresó el concurso de la plaza, donde se entonó por segunda vez el himno en el punto en que se había colocado la tribuna.



26 | Antonio Borrero Cortázar, c. 1900. Fotografía no identificado, colección privada.

La apropiación de cantos vascos en la fuerza de *La Voz del Azuay* en 1876

Manuel Carrasco Vintimilla

Con el país sumido en el caos y en medio de una guerra civil los cuencanos se preguntaban: ¿Podrá vencernos una legión de hombres oscuros y desacreditados, representantes siniestros del petróleo y de la Comuna?

Revisando viejos papeles de la Hemeroteca Azuaya en la Biblioteca del ex Banco Central, hoy Ministerio de Cultura, nos encontramos con una verdadera joya de la crónica azuaya, escrita en 1876, que deseamos compartirla en su prístina virginidad, no sin antes realizar la consiguiente y necesaria ubicación de los hechos.

Gobernaba la república el doctor Antonio Borrero Cortázar, elegido presidente con un total de votos hasta entonces no visto en los actos electorales ecuatorianos, según Gabriel Cevallos G., pero su candidatura fue producto de una coalición de centristas con extremistas y esta alianza iba a resquebrajarse el momento menos pensado. En efecto, el 8 de septiembre de 1876 estalló en Guayaquil el golpe de Estado. El general Ignacio de Veintemilla, había sido reincorporado al Ejército a su retorno de un largo exilio en Europa, aprovechando su amistad con Ramón Borrero, hermano del presidente, logrando que se le designara comandante general de la plaza de Guayaquil.

Ante el destierro a Lima de Secundino Darquea y de los Jefes 1° y 2° del Cuartel de Artillería, ordenado por Veintimilla, –Darquea había sido tildado de autor intelectual en el asesinato de José de Veintemilla, hermano de Ignacio– el presidente Borrero airadamente mandó a decir a su comandante general que el Gobierno no estaba dispuesto a vengar agravios ajenos. Veintemilla se indignó y comenzó a conspirar con los jóvenes liberales Miguel Valverde, Marcos Alfaro y Nicolás Infante, que se sentían frustrados porque Borrero no derogaba la Constitución garciana o «Carta Negra». Veintemilla, encerrado en el cuartel

con los batallones y la caballería, fue proclamado jefe supremo y general en jefe de los Ejércitos hasta que se convocara a una Convención Nacional Constituyente para que gobierne bajo los verdaderos principios de la causa liberal. Se acordó entregar el poder a Pedro Carbo, por entonces en Nueva York, y el cambio de la bandera tricolor por la celeste y blanca de Guayaquil.

Ante los sucesos del 8 de septiembre los azuayos, indudablemente partidarios de Borrero, reaccionaron enérgicamente como nos deja ver el artículo: «EL AZUAY SOBRE LAS ARMAS» publicado en *La Voz del Azuay* el 30 de septiembre del indicado año. Sus redactores y colaboradores fueron: Alberto Muñoz Vernaza, Juan de Dios Corral, Rafael Villagómez Borja, Tomás Abad, Julio Matovelle, José Rafael Arízaga y Mariano Borja. He aquí algunos fragmentos:

La actitud bélica que ha asumido la provincia del Azuay con la noticia de la facción militar de Guayaquil, es un acontecimiento que nos llena de noble orgullo (...) todo se mueve, se agita, hierve y se desborda en la Provincia del Azuay (...). ¿Podrá vencernos una legión de hombres oscuros y desacreditados, representantes siniestros del petróleo y de la Comuna? En primer lugar su pie de fuerza (la de los traidores) es relativamente insignificante, (...) las provincias del interior pueden poner treinta mil hombres sobre las armas, sin que haya la más pequeña exageración (...) sola esta provincia cuenta, pues, según cálculos rigurosamente matemáticos, con más de mil fusiles, entre rémingtons y fulminantes, cinco o seis mil bocas de fuego más, entre carabinas, escopetas, trabucos, revólveres; y con más de dos mil armas blancas, siendo en mayor número el de bien templadas lanzas, manejadas por el prepotente brazo de los llaneros del Azuay, los invencibles del Escuadrón Cañar. En segundo lugar, tenemos seguridad de que las dos terceras partes de las fuerzas de Guayaquil, han sido engañadas por los traidores, cohechadas con mil falsas invenciones (...). En tercer lugar, los hombres notables de la provincia del Guayas (...) y en general, todos los guayaquileños honrados, no podrán tolerar que se tome su nombre, en plena mitad del siglo 19, por un miserable grupo de hombres oscuros y generalmente execrados y maldecidos, para lanzarse en la bárbara conquista del interior, e imponer sus ideas profundamente disociadoras y salvajes (...) a cien pueblos que pueden enseñarles a leer y escribir. ¡Que! el suelo de Espejo, Mejía y Salvador; la tierra de Velazco y Maldonado; la patria de Lamar, Solano y Malo podrán ser conquistadas, aherrojadas y amordazadas, para que piensen y sientan como los Alfaro y Baldas, los Infantes y Valverdes de Guayaquil? Ni pensemos en semejante absurdo. ¡Miserables!

A continuación, como una advertencia, copian en esta crónica los cantos vascos «encontrados en un convento de Fuenterrabía»:

Ahí vienen! Ahí vienen!. Oh! que selvas de lanzas. Cuántas banderas de diversos colores flotan en el aire! Cómo brillan las armas! Cuántos son! Muchacho, cuéntalos bien. Uno, dos, tres, cuatro... veinte, veintiuno y miles más. Tiempo inútil el que se emplea en contarlos; unamos los nervudos brazos, arranquemos estas rocas; y que caiga desde lo alto sobre sus cabezas; matémoslos, aplastémoslos.

«Qué tenían que hacer en nuestras montañas esos hombres?. Por qué han venido a turbar nuestra paz?. Cuando Dios formó las montañas, fue para que los hombres no las atravesasen. Pero los peñascos abandonados a su ímpetu se precipitan a aplastar las tropas; corre la sangre y se estremecen las carnes. Oh! cuántos cráneos rotos. Qué mar de sangre!

«Huyen! Huyen!. Dónde está la selva de sus lanza?».

«Dónde las banderas de colores que flotan en medio ?. Ya no brillan sus armaduras teñidas de sangre. Cuántos son, muchacho, cuéntalos bien; veinte, diez y nueve, 18, 17..... 3. 2, uno. ¡Uno! Ni uno siquiera. Todo ha concluido: soldados podéis volver a vuestras casas (...).

Sin embargo, anota Gabriel Cevallos García:

En diciembre Veintemilla decidió atacar a la Sierra, a la que solamente había amenazado con el avance de tropas. Apertrechado con los elementos bélicos llegados de EE.UU., inició un movimiento envolvente y fue avanzando hasta Galte, donde una gran refriega que dejó mil muertos y seiscientos heridos, determinó la caída de Borrero y el final de una etapa de nuestra historia.

Inicio de la resistencia conservadora-progresista a la Revolución liberal

Manuel Carrasco Vintimilla

La importancia de las fuentes primarias para una relectura de la historia en las últimas décadas ha permitido mirar con una nueva perspectiva la afirmación de una «Cuenca ultraconservadora».

El 4 de agosto de 1895 se efectuó la revista de las tropas organizadas para la defensa de la ciudad ya que Alfaro había dispuesto la movilización de una fuerza armada a mando de los coroneles Manuel Serrano, Gabriel Arsenio Ullauri y José Luis Alfaro, a fin de que se dirijan a la provincia del Azuay, siguiendo la ruta de la provincia de El Oro para combatir a las fuerzas opositoras comandadas por Antonio Vega Muñoz. Como consecuencia de esta incursión militar, el 23 de agosto de 1895 se produjo el enfrentamiento militar conocido como la Batalla de Girón, con el triunfo de las fuerzas liberales; fue una verdadera carnicería en la que murieron cerca de doscientos hombres de las fuerzas antiliberales; con este enfrentamiento se inicia un largo proceso bélico liderado por Vega Muñoz que será sellado un año más tarde con la cruenta toma de la ciudad de Cuenca por las fuerzas liberales mandadas por Alfaro el 22 de agosto.

Los preparativos bélicos previos al combate de Girón son publicados en la prensa local con el título «CRÓNICA DE LA SITUACIÓN», el 6 agosto de 1895:

Anteayer tuvo lugar en la plaza mayor la revista de las tropas organizadas para la defensa de la ciudad, que la hizo el Comandante de Armas de la Provincia, Coronel Sr. Doctor Alberto Muñoz V.

A la una de la tarde principió la marcha de los varios cuerpos que, saliendo de su respectivos cuarteles, se dirigieron a ocupar sus puestos en la plaza mayor. Formaban dichos cuerpos, la «Guardia de Honor», compuesta de los jóvenes de la Universidad, con su jefe el Sor. Doctor David Neira; la Columna «Comercio», al mando del Coronel Sor. D. Pablo Chacón; el Cuerpo de Policía, con su Jefe el Intendente de la Provincia,

Sor. Doctor Moisés Arteaga; el Batallón «Azuay» formado por lo más selecto de nuestros artesanos, al mando del Coronel Sor. Doctor Miguel Prieto; el Batallón «Guardia Nacional No. 39» al mando del Coronel Sor. Doctor Héctor Bravo; un cuerpo de «Ambulancia» compuesto de médicos distinguidos y hábiles practicantes de la Universidad, con su jefe el rector del Colegio Nacional, Sor. Doctor Eugenio Malo T.; y muchas personas pertenecientes a distinguidas familias que a caballo, rodeaban al Comandante de Armas de la Provincia. El número efectivo de la fuerza se acercó a 600 hombres, sin tomar en cuenta guardias que quedaron en los respectivos cuarteles, y una avanzada de exploración y reconocimiento, que formada en gran parte, por jóvenes de la Universidad y de los Colegios, marchó hacia el Sur, al mando del Coronel Jefe de Operaciones de la Provincia, Sor. Doctor Francisco Guillermo Ortega.

Formadas las tropas, el Coronel Sr. Doctor Alberto Muñoz V., como Jefe Militar de la plaza, arengó en breves y bien cortadas frases a cada uno de los cuerpos, enalteciendo el ardoroso entusiasmo con que habían acudido al primer llamamiento, para rechazar con las armas aquella menguada expedición de Machala, acaudillada por pérfidos hijos de este mismo suelo; y que, en torno de tan abnegados jefes y soldados participaría de los laureles de la victoria en esta lucha del honor y la justicia. Prolongados y estrepitosos «vivas» de la tropa se dejaron oír en la contestación a las palabras dirigidas por su digno Jefe.

Luego desfilaron los cuerpos debidamente armados, por las principales calles de la ciudad, regresando después a la plaza mayor, de donde partieron en el mayor orden a sus respectivos cuarteles. En seguida, quedó llamado al servicio activo el numeroso y entusiasta Batallón «Azuay», formado por nuestros más inteligentes artesanos que, en su mayor parte, han sido veteranos; a fin de contar con la fuerza respetable y lista para un momento dado.

Esta espléndida manifestación ha puesto en claro la enérgica actitud de nuestra sociedad. Se trata ahora de lo más sagrado: la religión y la patria; y a este grito y bajo esta bandera corren a agruparse todos los ciudadanos, sin distinción de edad ni posición. El dinero ha principiado a ofrecerse con profusión. Miles de sucos han consignado ya dignísimos patriotas. Un grupo de respetables hacendados ha ofrecido el pago anticipado del cuatro por mil sobre el valor de sus propiedades. En un momento, en un círculo de patriotas se colectó una suma respetable para hacer un agasajo público a las tropas.

Se ha herido el honor y el patriotismo, y no se excusarán sacrificios; y cuando llegue la hora del conflicto, Cuenca, se levantará como un solo hombre para castigar a estos pérfidos invasores, que tratan manchar con sangre hermana, este querido suelo, que en hora menguada es también el suyo.

Ayer, a las cinco de la tarde, tuvo lugar una solemne procesión con la hermosa efigie de la Virgen del Rosario, que saliendo de la iglesia de Santo Domingo, recorrió las principales calles de la ciudad. La concurrencia fue numerosísima. El inmenso gentío que desfilaba, en el mayor orden, ocupaba más de

cinco cuerdas, distinguiéndose el crecido número de señoras y caballeros. Esta sociedad sabe, como lo sabe la República que Dios protege el triunfo de nuestra causa; y por esto, acude creyente y ardorosa a implorar en las calles y plazas ese favor de lo alto que aniquila y desbarata las maquinaciones de los perversos.

La marcha ordenada y solemne de la procesión se interrumpió por algunos instantes a consecuencia de un alboroto formado por mujeres del pueblo. Era el caso que, preparándose para dirigir al público la palabra desde el balcón de la Casa de Gobierno, el orador sagrado Sr. Doctor Vicente Alvarado, se insinuó la idea de colocar a la tropa en lugar adecuado para que pudiera oír de cerca la alocución dirigida principalmente a ella. Para esto hubo necesidad de ordenar un movimiento retrógrado, a consecuencia de la gran aglomeración de gente que obstruía la calle principal. Observado esto por algunas mujeres, creyeron que se trataba de alguna operación militar, y esto originó las carreras y alarma de muchas hasta que persuadidas de lo ocurrido por las advertencias de todos, se restableció completamente la calma.

Para conocimiento del público y de la Nación, continuaremos dando cuenta de todo lo relativo a esta situación de resuelta y ardorosa expectativa.

Las incidencias en el Ecuador de 1895

El 5 de junio de 1895, el pueblo de Guayaquil, proclamó la Jefatura Suprema del General Eloy Alfaro y se inició una cruenta guerra civil; el ejército regular, que defendía la sucesión constitucional fue derrotado por las fuerzas liberales en los campos de Gatazo, a mediados de agosto. Mientras...

En Cuenca desempeñaba el cargo de gobernador el doctor Benigno Astudillo y la Comandancia de Armas estaba a cargo del coronel Antonio Vega Muñoz. Según el doctor José Peralta existían en Cuenca tres tendencias políticas: los clericalistas, los progresistas y los liberales. Conocida la supuesta venta de la bandera solo a los liberales se les negó todo derecho para protestar contra la profanación del emblema nacional, según el mismo Peralta, que fue perseguido, con otros liberales, por haber publicado una hoja suelta en la que exhortaba a los cuencanos a que se

abstuvieran de celebrar una festividad patriótica en esos días de vergüenza y luto para el Ecuador.

En Girón y en el valle de Yunguilla se refugiaron alrededor de un centenar de hacendados liberales, liderados por Peralta, dispuestos a combatir por Alfaro. Las autoridades cuencanas recibieron comisionados enviados desde Guayaquil por el caudillo liberal a fin de obtener que la ciudad plegara a la revolución, mas, el gobernador Astudillo se mantuvo en el criterio de respaldar el orden constituido que representaba el sucesor de Cordero por lo que el enfrentamiento militar se tornó inminente.

Lucha política y alzamiento en armas el 5 de julio de 1896: la muerte del gobernador Luis Malo Valdivieso

Ana Luz Borrero Vega

Conservadores contra liberales en Cuenca: la resistencia fue tenaz por parte de los cuencanos, pero finalmente la ciudad fue tomada por Eloy Alfaro, los hechos deben matizarse, entre ellos la muerte del gobernador de la provincia del Azuay, Luis Malo Valdivieso.

Antecedentes a los sucesos del 5 de julio de 1896

Al tomar fuerza en Cuenca la propuesta del coronel Antonio Vega Muñoz y de Alberto Muñoz Vernaza, un movimiento de carácter restaurador toma las armas y busca el retorno del poder a manos de los progresistas y de las propuestas constitucionales y anti liberales radicales, que habían sido desplazadas a raíz de la revolución del 5 de junio de 1895, que triunfó al final del período liberal progresista, y del Gobierno de Luis Cordero. Es así que se formó en la ciudad de Cuenca, una oposición que limitaba el poder liberal y que tenía cierta dificultad para expresarse en la ciudad y región. Entre los pocos miembros del círculo liberal se encuentran: Luis Malo Valdivieso y sus hijos, Gabriel Arsenio Ullauri y Federico Malo, el importante político liberal José Peralta y otros personajes de los que se hablará en otro estudio.

La resistencia al Gobierno liberal de Alfaro fue creciendo en Cuenca, a pesar de todo lo que Luis Malo Valdivieso y su grupo hiciera para conseguir respaldo. El pequeño círculo liberal de Cuenca conferenció con Alfaro, que se encontraba en Guayaquil, cuya respuesta fue enviar un contingente armado para poder derrotar a las fuerzas comandadas por el grupo «conservador». La fuerza liberal estuvo comandada por los coroneles Manuel Serrano, Gabriel Arsenio Ullauri y José Luis Alfaro, y en Cuenca por Belisario Torres. Alfaro en el mes

de mayo de 1896, había designado como gobernador de la provincia del Azuay a don Luis Malo Valdivieso.

Los enfrentamientos y luchas entre las fuerzas liberales y la resistencia o los «restauradores» de Cuenca, comandados por Vega Muñoz y Muñoz Vernaza no se hizo esperar, un día clave fue el 5 de julio de 1896, el combate se dio en las calles de Cuenca, con la colaboración en el interior de la ciudad de mujeres del pueblo, clérigos y niños, campesinos e indígenas, abiertamente declarados en contra de los liberales alfaristas.

La muerte de Luis Malo: diferentes versiones

Lo que se puede afirmar casi 120 años más tarde y unas cuantas generaciones después de lo sucedido, tiene mucho que ver con la tradición oral y testimonios que sobreviven en generaciones, de ambos bandos, liberales y conservadores en Cuenca, que forman parte de la «memoria colectiva». La memoria y los relatos de ambos lados, nutrieron las conversaciones con mis abuelos durante mi niñez y juventud, el amor a la historia hizo el resto, donde la investigación a través de documentos y libros permitió indagar y profundizar.

Esta corta investigación ofrece luces sobre la historia política de Cuenca de finales del siglo XIX, enriquecida por la presencia de múltiples actores sociales, y que refleja la situación vivida en Cuenca en la época de la revolución alfarista. Se basa en un estudio más amplio realizado por el doctor Antonio Borrero Vintimilla, que me ha cedido para este artículo, que revisa variadas publicaciones, que permiten acercar al lector a múltiples testimonios y voces, para que pueda llegar así a sus propias conclusiones.

El 5 de julio de 1896, retornó a Cuenca la expedición de tropas del coronel Antonio Vega Muñoz, que luchaba contra el Gobierno alfarista, con doscientos hombres, se toman la ciudad Cuenca, y se imponen ante la guarnición de la plaza, que cae vencida. Un triunfo efímero, ya que las tropas gobiernistas aplastarán sucesivamente a los contrarios, pero, por corto

tiempo, la ciudad se convierte en un baluarte anti Alfaro, que cesa con la batalla del 22 de agosto de 1896, cuando este entra triunfante a Cuenca. Los enfrentamientos según nos narran algunos autores, dieron como resultado 1000 bajas en sus tropas, que ascendían a cuatro mil hombres, y los defensores de Cuenca apenas llegaban a 600, convirtiendo el momento en heroico para los restauradores.

José Peralta del círculo liberal, en su obra *Mis Memorias Políticas*, dice que Malo sucumbió «asesinado por mano cobarde y a traición», que alguien penetró en la casa, lo acechó y descargó un tiro mortal por su espalda. Carlos Aguilar Vázquez, en sus *Obras Completas*, dice que cuando retornaba a su vivienda después de exhortar a las tropas liberales –entre ellos su hijo Carlos– una certera bala disparada del lado opuesto de la plaza le hirió de muerte. Luis Monsalve Pozo en *La Patria y un Hombre*, afirma que el gobernador Malo fue asesinado en su propia casa, sigue la afirmación de Peralta.

Manuel María Borrero, conocido liberal en *El Coronel Antonio Vega Muñoz y su última campaña militar*, afirma que el Gobernador Malo, «caballero de acendrado liberalismo, hombre valiente y activo», murió en el reducido escenario de la acción, junto con los jefes Leandro Paladines y Víctor Rivadeneira. Rafael Arízaga Vega, en la obra *Antonio Vega Muñoz, el insurgente* dice que en la batalla murieron Malo, Paladines y Rivadeneira y que los alfaristas fueron reducidos a prisión. María Rosa Crespo en *Los morlacos y la Cruzada Alfarista*, relata la participación del pueblo y de las cholitas en la toma de Cuenca, «muriendo en la refriega Luis Malo, el primer Gobernador liberal de la provincia».

Finalmente, Daniel Toral Malo, sobrino carnal de Luis Malo, en su libro *Memorias*, relata como testigo presencial, que la plaza de Cuenca fue defendida por «dos mil hombres bien armados», siendo el grupo restaurador pequeño y mal armado, pero, a pesar de ello, las tropas cuencanas conquistaron las calles al grito de «Viva Vega», victoria enlutada por la muerte de su tío Luis Malo, que como Gobernador momentos antes

alentaba a los soldados liberales, cuando una bala «que no se sabe de dónde vino», lo hirió de muerte. Toral Malo relata que junto con su hermano encontraron muerto a su tío, en el almacén de la planta baja de la vivienda –del gobernador– y comenta entristecido: «era el precio alto de la toma de Cuenca».

Breve y necesaria biografía de Luis Malo Valdivieso

Cuencano, gobernador del Azuay y rector de la Universidad, en 1896 fue nombrado para el cargo por el general Eloy Alfaro; hermano del conocido político Benigno Malo, nace en agosto de 1823 y fallece el 5 de julio de 1896, durante la toma de Cuenca, cuando ejercía estos altos cargos, en plena revolución alfarista, siendo parte del gobierno liberal radical. Estudió en Quito la carrera militar y también la de Leyes, en la primera llegó al grado de teniente coronel, y en la segunda obtuvo el grado de abogado, doctorándose en 1851; se dedicó al comercio, a la industria y a la política, siendo miembro del círculo liberal y muy cercano a Eloy Alfaro.

Fundó con sus hermanos Benigno y Joaquín una industria textilera en 1856, con maquinaria importada de Boston, que fue instalada a las orillas del Tomebamba. La difícil competencia con las textiles inglesas, produjo su bancarrota. A más de su actividad privada ejerció el cargo de gobernador en varias ocasiones, así como de presidente del

Concejo Municipal, comandante de Distrito del Azuay y finalmente ejerció el rectorado de la Corporación Universitaria del Azuay, hoy Universidad de Cuenca.

Luis Malo Valdivieso, tuvo su primer hijo con la señora Mercedes Ullauri: Gabriel Arsenio Ullauri, coronel liberal que apoyó a Eloy Alfaro y fue uno de los importantes líderes liberales al igual que su padre. Contrajo matrimonio con la cuencana Jesús Andrade y Morales, nieta del general Antonio Morales y Galavis, héroe de la independencia gran-colombiana, con quien tuvo cinco hijos Malo Andrade, entre los que destaca Federico Malo, progresista y modernizador. El día del fallecimiento de Luis Malo, su hijo Carlos, luchaba como soldado liberal, con otros jóvenes y oficiales contra los restauradores o conservadores cuencanos liderados por el coronel Vega Muñoz, durante la toma de la ciudad de Cuenca.

El *Club Electoral Azuayo* y su apoyo a la candidatura de Emilio Estrada en 1910

Agatha Rodríguez Bustamante

Los liberales azuayos decidieron apoyar a Emilio Estrada en su candidatura y formaron el Club Electoral Azuayo. En enero de 1911, a vísperas de las elecciones, se formó también «El Comité Electoral de la Juventud» que apoyó a Estrada siguiendo el ejemplo del «Club Electoral».

El triunfo de la Revolución Liberal en el año de 1895 en el Ecuador produjo grandes cambios, a partir de aquella fecha trascendental para nuestra historia el país empezaría a gozar de algunos derechos que el liberalismo proclamaba como sustento de su proyecto político. Además del laicismo, que transformó la educación lentamente pero con seguridad, hubieron otros cambios en lo social, económico y político que permitieron a una gran variedad de grupos expresarse. La Carta Constitucional de 1906, que eligió para su segundo período presidencial al General Alfaro, mostraba lo avanzado del pensamiento que se pretendía imponer en el país. Años más tarde dicha constitución volvería a regirnos cada vez que la crisis política se agudizaba como por ejemplo en 1944 durante el episodio conocido como «La Gloriosa» cuando se anuló la Constitución y, mientras la Asamblea trabajaba en una nueva Carta Magna, entró en vigencia la de 1906.

«Toda la historia de mi país es una historia de dolor» señalaba Alfredo Pareja Diezcanseco en su gran obra *La Hoguera Bárbara*. Las desavenencias que empezaron a producirse, desde el inicio entre los liberales, marcarían el rumbo de los acontecimientos de los primeros veinte años del siglo pasado. Por un lado el general Eloy Alfaro junto a José Peralta, y otros connotados liberales representaban la facción radical de este proyecto mientras que por otra parte estaba el general Leonidas Plaza Gutiérrez quién personificaba el lado moderado del liberalismo.

El primer mandato de Eloy Alfaro como presidente constitucional de la república terminó en 1901, fueron años de inestabilidad en los que se pretendía consolidar el nuevo orden, lo que sucedería en el papel con la constitución de 1906 pero que en la práctica tomaría varios años más. Alfaro fue sustituido por Leonidas Plaza Gutiérrez y en 1905 tomó el poder Lizardo García que no contaba con el apoyo de los radicales por lo que fue depuesto por Alfaro, así el general empezó su segundo mandato. Al acercarse el final de este período a Alfaro nuevamente le preocupaba la sucesión, y en medio de la situación eligió a Emilio Estrada como sucesor, lo que causó el resentimiento de Flavio Alfaro, quien creía tener derecho a ser el candidato liberal.

Estrada era un político guayaquileño y fiel liberal, que había demostrado su compromiso con la causa, Pareja Diezcanseco lo describe así:

Era éste un liberal de profundas convicciones, poseía clara cabeza, y firme carácter, que aun motejado de intransigente, dábale cualidades de organizador. Viejo camarada de los años de montonera, intendente de su ejército en la toma de Guayaquil, en 1883, donde, sin estar obligado por sus funciones, se lanzó a la lucha en la vanguardia, chapulo fogueado y hombre de cultura que no pocos servicios había prestado al gobierno; con aquella historia en su favor, Alfaro no vaciló en escogerlo (...).

Emilio Estrada, editor de *El Federalista* fue encerrado en prisión por criticar el gobierno de Plácido Caamaño, apoyó el proyecto del ferrocarril y fue la primera opción para ser el sucesor de Alfaro en 1901, pero no tenía el apoyo suficiente y declinó su candidatura que finalmente recayó en Plaza Gutiérrez. Cuando los Estados Unidos intentaron arrendar las Galápagos y Alfaro consideró esta opción para invertir el dinero en «el saneamiento de Guayaquil, el ferrocarril a Cuenca (...)» y otras obras tan necesarias para el país pidió su opinión. Estrada ya candidato presidencial en enero de 1911 rechazó esta oportunidad por considerar «que tal negociación hiere el patriotismo», enojado con su viejo compañero, se despedía firmando: su afectísimo amigo.

Emilio Estrada contaba con las características necesarias para ocupar la presidencia y tales cualidades no pasaron inadvertidas para un grupo de cuencanos que decidieron apoyar su candidatura. Así el 14 de diciembre de 1910 apareció una «hoja volante» dirigida «A la Nación» que informaba que:

con el nombre de «Club Electoral Azuayo» se organizó anoche una sociedad de ciudadanos, con el objeto de trabajar al amparo de la Constitución de la República, por el triunfo de la Candidatura del eximio patriota Sr. Don Emilio Estrada (...) Guiados por el noble deseo de terciar en la lucha electoral, ya que se acerca el día en que debemos decidir con nuestro voto la suerte futura de la Patria, no era posible que los verdaderos ecuatorianos amantes de las libertades públicas y que tienen fe en sus principios, permanecieran indiferentes a tratar de poner los medios para elevar al capitolio al representante de la Escuela Republicana Democrática (...) En la ciudad de Cuenca reunidos muchísimos ciudadanos con el fin de fijarse en un candidato digno de ocupar la Presidencia de la República en el próximo período constitucional, acordaron formar un centro de donde emanen los respectivos trabajos; y para ello procedieron bajo la dirección del Sr. Doctor Adolfo A. Torres, quien manifestó a la concurrencia el objeto de la reunión (...).

Meses después, en julio de 1911 Alfaro le pidió al presidente Estrada, electo por una gran mayoría, entre ellos muchos azuayos convencidos de que era el hombre correcto para gobernar el país, que renunciara al cargo argumentado que su salud estaba muy deteriorada a lo que don Emilio contestó: «eso es cosa mía, general», Alfaro fue más allá y le confesó que la verdadera razón por la que le pedía que renuncié era su impopularidad y falta de apoyo entre los liberales, Estrada inalterable afirmó: «estoy completamente resuelto a no renunciar (...) hoy, que muchísimos miles de ecuatorianos han comprometido su nombre exhibiéndome y sosteniéndome, me sostendré aunque me maten».

Los acontecimientos se precipitaron durante los seis meses siguientes: Flavio Alfaro intrigaba y Estrada se negaba a renunciar hasta que finalmente falleció en diciembre de 1911 por una insuficiencia cardiaca. El general Eloy Alfaro regresó de Panamá en 1912, en medio de las intrigas, a un país inmerso en la crisis política y social. El resto ya es historia.



Banquete ofrecido por el Círculo Liberal del Azuay al Sr. Dr. José Peralta - Sit. 29-21

27 | «Banquete ofrecido por el Círculo Liberal del Azuay al Sr. Dr. José Peralta», 1916. Fotógrafo no identificado, Archivo del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador.

Apoyo al Partido Liberal en Cuenca y en la región

La historiografía nacional ha tratado a la ciudad de Cuenca y a la región como un bastión del conservadurismo en el país. A pesar de que es verdad que el Partido Conservador estaba consolidado y que contó con hombres valiosísimos que aportaron al desarrollo de la nación, investigaciones recientes y nuevos documentos muestran que las nuevas ideas así como el liberalismo tuvieron gran repercusión en una ciudad tan tradicionalista.

Adolfo A. Torres, Aurelio Bayas, Francisco Cuesta, Félix María Pozo, Alfonso Malo, Luis Aguilar, Alfonso M. Borrero, coronel Luis Cobos, Moisés Arteaga, José María Montesinos, Francisco R. Iglesias, Guillermo F. de Córdova, David A. Ponce, Isidoro Andrade, Miguel Heredia C, Vicente Tamariz Toral, Juan B. Rolando Coello, Roberto Abad R., Francisco Oramas y Cornelio Merchán fueron los hombres que tomaron la decisión de apoyar la candidatu-

ra presidencial de don Emilio Estrada formando el «Club Electoral Azuayo» y bajo su ejemplo un grupo de jóvenes cuencanos hicieron lo mismo. No se equivocaron y el candidato ganó las elecciones.

No es algo inverosímil lo sucedido en 1910-1911 y llevado a cabo por aquellos caballeros, pasó antes en los inicios de la lucha liberal y siguió pasando después de la muerte de Alfaro. Lo que se debe rescatar de este episodio es que el entusiasmo por la candidatura de Estrada se extendió por el resto del territorio azuayo, he encontrado documentos procedentes de Gualaquiza y Girón en donde grupos se adhirieron a la proclama del «Club Electoral Azuayo».

Municipio, obra pública y educación en la época de la Revolución liberal, 1900-1910

Catalina Carrasco Aguilar

Imagínese usted a los concejales siendo parte de la toma de exámenes de los estudiantes durante la época liberal, ¡cosas que pasaban en ese tiempo!

Educación, un sistema distinto

Una de las principales funciones y servicios que prestan las municipalidades del Ecuador a principios del siglo XX, en la época del triunfo de la Revolución liberal es la de la educación, es un proceso que está institucionalizado tanto dentro del papel del Estado y Gobierno central, cuanto por parte de las municipalidades y la iglesia, particularmente a través de ciertas órdenes religiosas que tienen como principal labor la educación. Para la época existía el Ministerio de Instrucción Pública, que velaba por el desarrollo de la educación, pero la obra, inversión e incluso los recursos, aspectos didácticos y pedagógicos, así como el pago a los maestros e institutores estaba a cargo de la municipalidad. Uno de los objetivos de esta investigación es entender y analizar las relaciones entre educación y municipio, así como la obra pública destinada a crear espacios para la educación y para el desarrollo de los niños y jóvenes en Cuenca, en la época de la Revolución liberal, entre 1900 y 1910.

Uno de los fines del liberalismo será la educación laica, gratuita y obligatoria. Entre los problemas y preguntas que me he planteado a través de mi experiencia como profesora constan: ¿el Estado central dirigía este proceso a través de su Ministerio de Instrucción Pública?, ¿cuál era, realmente, el papel de los Municipios en la educación, en particular del Municipio de Cuenca?

Educación, Municipio y Ministerio de Instrucción Pública

La educación se encontraba dirigida por el Ministerio de Instrucción Pública, sin embargo, los municipios tenían protagonismo en el desarrollo educativo. No solo en el Ecuador sino en América Latina en general. Gabriela Ossenbach sostiene que: «en términos generales, los primeros planes para organizar una red de instrucción primaria pública asignaron esta tarea a los municipios, que, de acuerdo con la tradición colonial, debieron asumir el sostenimiento de las escuelas públicas, así como el nombramiento y pago de los maestros».

De esta manera, el Cabildo cuencano además de preocuparse del desarrollo urbano, debía sustentar la construcción de espacios, útiles, sueldos y premios para algunas escuelas tanto confesionales particulares, como estatales, entre las que se contaban: la Escuela Central de niños, la Escuela Central de niñas, la Externa de niñas huérfanas, la Escuela de los Hermanos Cristianos, el colegio de los Sagrados Corazones y el colegio de las Madres Dominicanas, el Rosa de Jesús Cordero conocido como «las Catalinas».

Presupuesto del Municipio para la educación

Desde del Ministerio de Instrucción Pública, a partir de finales del siglo XIX e inicios del XX, se produjo una centralización creciente de la educación, en la que las mediaciones de poderes, entre el Gobierno central y el ciudadano, tienden a disolverse. Tal cosa parecería ocurrir con la educación municipal, con el poder mismo de gestión y con los mecanismos de representación de los gobiernos locales. Se debilitan los procesos modernos de representación local, a la par que se fortalecen los cacicazgos regionales. Patricio Crespo y Cecilia Ortiz (1999) plantean que este proceso dio paso a un retroceso de los ayuntamientos en cuanto al manejo de la educación y de los presupuestos.

En la época de estudio, pese al escaso presupuesto con el que contaba el municipio cuencano, este apoya mayoritariamente a la obra educativa, financiando construcciones escolares, pagando a los institutores, ayudando a los estudiantes más necesitados, y así, de esta manera se confirma lo que sostienen Crespo y Ortiz sobre que «la relación entre gobierno central y el municipio en el aspecto educativo, era de corresponsabilidad y cooperación». Un ejemplo de lo dicho, aparece a continuación, en la contratación que hace la municipalidad con el Hno. Alfonso Herberto visitador de los Hnos. Cristianos, en julio de 1902:

1a. La renta de cada uno de los Hermanos empleados en el Establecimiento, tanto del Hermano Director, como de los demás Inspectores, Profesores, Ecónomo, será de trescientos sesenta sucres anuales, pagados por la I. Municipalidad al principio de cada mes, por dividendos de treinta sucres.-2da. La I. Municipalidad debe pagar por cada Hermano que se agregue á la Comunidad, cuarenta sucres por la traslación y trescientos sucres á que por razón del moviliario y ajuar tiene derecho cada Hermano (...) -6ta. El R.I.Capellán gozará de trescientos sesenta sucres anuales, que se entregará al H. Director, por dividendos de treinta sucres, al principio de cada mes.-7ma. La reparación del Establecimiento queda á cargo de la I. Municipalidad, así como la adquisición de nuevos útiles para la enseñanza.-8a. Cada año, al principio del mes de Julio, la misma Municipalidad dará al H. Director, doscientos sucres para que los emplee a su voluntad, en hacer reparar el moviliario, tanto de la Comunidad, como de las clases, y en hacer blanquear los corredores y las dichas clases y demás reparaciones locativas (...) -10a. ciento cincuenta sucres anuales para útiles de enseñanza á los niños más pobres.-11a. Cada año, al principio del mes de junio, la I. Municipalidad, dará al H. Director, cien sucres para los premios y gastos de los exámenes.- (AHM/C, Actas de Cabildo 1900-1904, f. 207)

Esto es solo parte del contrato suscrito ya que hay muchas otras cosas en las que el Municipio interviene económicamente, y como se dijo anteriormente, fueron varias instituciones que recibieron apoyo monetario por parte de la municipalidad cuencana, pese a su escaso presupuesto. Además, se puede señalar que las responsabilidades adquiridas no se limitaban solamente a lo educativo, en época de crisis también se preocupaba de la alimentación de los niños más desposeídos,

tema que será tratado posteriormente. Si bien es cierto que la educación estuvo a cargo del Ministerio de Instrucción Pública, no debemos olvidar que fue un organismo local quien afrontó los grandes retos.

Hoy los municipios del país mantienen, en diferente grado, relaciones con el sector educativo público, pensemos el publicitado caso de Guayaquil; sin embargo, el Ministerio de Educación es el único rector. Es interesante pensar que no hace muchos años se creó una nueva malla curricular y se endurecieron reglamentos, para manejar el mismo contenido entre las instituciones del país, un intento de reducir brechas entre instituciones privadas y particulares, rurales y urbanas en pro de la igualdad de oportunidades, un trabajo que no debe cesar y que plantea todavía grandes retos. Ya que es indiscutible que la educación es un medidor de desarrollo y buen vivir, el estudio de su historia nos mostrará, sin duda, caminos útiles.

La prensa obrera a principios del siglo XX

Agatha Rodríguez Bustamante

La Iglesia no dudo en utilizar todos los medios, incluyendo la prensa para rechazar las ideas de izquierda, en Cuenca aquella que se autodenominaba obrera era también católica, nacida con la fuerte convicción de combatir las ideas socialistas y comunistas.

La historia del siglo XX estuvo determinada por las dos guerras mundiales, las mismas que cambiaron las estructuras hasta ese momento intactas del mundo. Es innegable que hubo un cambio radical en lo político y social y quizás el cambio que marcó definitivamente a nuestras sociedades fue la Revolución Volchevique de 1917.

En el Ecuador las ideas de la Revolución rusa llegaron con cierta facilidad, aunque hay que aclarar que debido a las grandes diferencias que existían entre los países a los que lograron penetrar las ideas socialistas y comunistas, en varias ocasiones no se pudieron aplicar y tuvieron que adaptarse a las realidades de cada sociedad. La organización social y la lucha por los derechos que se había proclamada décadas atrás en Europa se evidenciaron en el reclamo y posterior matanza del 15 de noviembre de 1922.

Los movimientos obreros y artesanales que empezaron a formarse en las primeras décadas del siglo XX en la ciudad de Cuenca, no estuvieron inspirados en la ideología socialista ni mucho menos en la comunista, ya que hubo una fuerte resistencia a tales ideas por parte de la sociedad en general y de la Iglesia en particular. Dichas ideologías empezaron a tener mayor aceptación en el Azuay recién a partir de los años cincuenta.

En este corto artículo se pretende analizar, de manera breve, cómo algunas agrupaciones y organizaciones tuvieron a su disposición medios impresos para que sus reclamos, opiniones y en momentos puntuales el apoyo electoral a ciertos candidatos como al doctor Gonzalo S. Córdova se conocieran en la ciudad.

Existen dos periódicos que debemos nombrar por su relevancia: El *Periódico de la Alianza Obrera* perteneciente a dicha organización que apareció en 1905 y el *Boletín del Obrero Órgano de la Sociedad Obreros de la Salle*, también del año 1905, que tuvieron como principal objetivo la divulgación de las actividades de sus respectivas organizaciones y por supuesto del pensamiento que defendían sus miembros. Ahora si bien es cierto que estos dos periódicos son importantes y quizás son los más conocidos, debemos resaltar que Cuenca ha sido una ciudad con una larga trayectoria en cuanto a la divulgación de periódicos y boletines informativos, aunque en su gran mayoría hayan tenido una corta duración respondiendo a un sinnúmero de circunstancias.

En este contexto debemos señalar que existieron otras publicaciones vinculadas al artesano y al obrero entre los años 1920 y 1950, que tuvieron una corta duración y casi ninguna relevancia pero que aparecieron como una forma de «estar presentes» en una ciudad donde las ideas de «izquierda» estaban siendo fuertemente combatidas por la Iglesia, la que no dudó en utilizar todos los medios, incluyendo la prensa, para rechazar esta ideología.

Así encontramos periódicos que aparecieron bajo el nombre de *Obrero*, pero que en ocasiones no tenían relación con ningún grupo u organización de este tipo, a excepción de las ya nombradas, pero que sí tienen un punto en común: una feroz resistencia a la recepción del socialismo o del comunismo por parte del clero, por lo tanto estas publicaciones están fuertemente influenciadas y se declaran católicas y defensoras de la Iglesia.

El Obrero Libre dirigido por Lorenzo Semería y Abelardo Rosales, muestra claramente su posición de apoyo al candidato liberal Gonzalo S. Córdova por parte del «Obrerismo Azuayo» nombrándolo como «la bandera de paz y unión para los ecuatorianos» y que contaba con el apoyo incondicional del «Comité Obreros del Azuay pro-Córdova» en 1923. En este periódico escriben, además, sobre los postulados liberales y

el laicismo, dejando entrever que un grupo de personas estaba firmemente convencido de que el país debía ser gobernado por los liberales.

El Heraldo del Obrero Azuayo fue un periódico de pensamiento católico, dirigido y redactado por Carlos J. Torres y administrado por Antonio Rodríguez. En 1942 en su primera publicación aparecía el editorial «El Obrero y las dignidades de la Iglesia» y en 1943 redactaba artículos dirigidos a la clase obrera intentado convencerla de que la religión católica es la única que puede representarla, evidenciando, en esas líneas, todos los supuestos perjuicios que implicaría caer en manos de los socialistas y que «el catolicismo es la base del nacionalismo». Por otra parte, defiende el derecho electoral, que tienen todos los ciudadanos, señalando que el único camino del bienestar del país se haría a través de la democracia representada por los Estados Unidos de América.

Es interesantísimo leer con detenimiento como en estos periódicos se rechaza enérgicamente la Revolución francesa y sus postulados, llamándola una simple continuación del protestantismo tan fuertemente combatido, y así mismo se exalta la figura de Gabriel García Moreno como «redentor» de la patria. ¡Finalmente cierra una de sus publicaciones de 25 de octubre de 1942 con esta frase «Ay! si la clase trabajadora llega a ser descristianizada por la propaganda izquierdista (...)». Mostrando claramente la posición de quienes se hacían llamar los representantes de la clase obrera azuaya.

El Ideal Obrero se declaraba defensor del doctor Velasco Ibarra y en una de sus publicaciones, 13 de julio de 1952, apareció el Manifiesto del Obrero Velasquistas del Azuay. La «Federación Barrial de Obreros Velasquistas del Azuay» y el «Comité Universitario Velasquista» que también son nombrados repetidas veces a lo largo de sus páginas fueron conformados para defender la candidatura de Velasco Ibarra. Quizás lo más importante de resaltar es su lema, que apareció el 7 de agosto de 1952, que resume su pensar y actuar: «despertar en la conciencia del trabajador un acendrado civismo para

la restauración del honor de la Patria; y un espíritu viril para reclamar los derechos humanos a fin de obtener un mejor nivel de vida. Este vocero del obrero velasquista independiente del Azuay, no anhela otro fin, sino la unificación del Velasquismo en el Azuay».

En la opinión del señor Galo Gallegos, exasesor de la Confederación de Trabajadores del Ecuador (CTE), las personas que manejaron estos periódicos no representaban realmente a la clase obrera, en primer lugar porque hasta los años 1950-1960 no hubo un proceso de industrialización en el Azuay y por lo tanto, no existió una conformación de una clase obrera como tal. Por otra parte, como se ha observado claramente, los fines de la prensa que se hacía llamar «obrera» son otros. El apoyo que necesitaban conseguir algunos grupos en Cuenca para sus candidatos también tuvo un papel importante en la prensa que bajo el nombre del obrerismo azuayo logró su objetivo: popularizar a un personaje, el que según su opinión, debía asumir el gobierno para que en el país se generara un cambio.

El inicio de la ciudadanía en el Azuay

Aunque las opiniones pueden ser, y de hecho lo son, divergentes en cuanto al verdadero papel que jugaron estos periódicos por el beneficio del obrero y el artesano azuayo, no cabe duda que lograron influenciar en la conformación de una idea de pertenencia a un grupo social y a la idea de ciudadanía en cuanto al ejercicio de sus derechos y deberes como parte de una ciudad y del país.

Combatir el socialismo y al comunismo a través de las ideas del catolicismo era su principal objetivo, la Iglesia no podía perder su hegemonía, la que se veía amenazada por los ideales radicales de la izquierda y utilizó todos los medios que tenía disponibles desde el púlpito hasta la prensa para llegar a la mayor cantidad de gente.

Fiestas por la Patria y la Libertad: celebraciones centenarias del 10 de Agosto de 1809 y 3 de Noviembre de 1820

Ana Luz Borrero Vega

Las celebraciones centenarias de los movimientos libertarios fueron recibidas con gran regocijo para la mayoría de los ecuatorianos, desde el esperado 10 de Agosto de 1909 hasta el 9 de Octubre y el 3 de Noviembre de 1920, motivaron excelsas muestras de patriotismo.

Las conmemoraciones del centenario de la independencia

En todo el territorio nacional, los ecuatorianos conmemoraron el primer centenario de la independencia el 10 de Agosto de 1809, con ricos y vistosos programas de aniversario, celebraciones solemnes, exposiciones, certámenes, discursos, guirnaldas, banderas, música, alegría, erección de monumentos conmemorativos, misas, publicaciones recordatorias, libros y álbumes fotográficos, y numerosos actos cívicos-militares y religiosos, conmemoraciones republicanas que en similares condiciones se produjeron más tarde en el resto de países hispanoamericanos. El eje o hilo conductor de las celebraciones fue honrar la memoria de precursores y héroes de la independencia, las fiestas relievieron el amor patrio, la libertad, la igualdad y el anhelo por el progreso. El contexto será el período liberal radical, siendo jefe supremo del Gobierno Eloy Alfaro, quién buscaba una centralización estatal, el predominio del laicismo y la integración nacional. Las celebraciones centenarias evocaban el pasado, para apostar al futuro, mostraron el avance y el progreso republicano, se fundamentaban en la necesidad de crear y recrear una memoria nacional, que permitiese el afianzamiento del Estado-nación.

Casi todas las celebraciones en Hispanoamérica en pleno proceso de construcción de la identidad nacional

y republicana, tuvieron un ritmo similar, la erección de monumentos en bronce y mármol para perpetuar la memoria y para rendir un homenaje a los «libertadores de la patria», y a la «libertad». Un importante momento conmemorativo fue la erección del «Monumento a los Próceres de la Independencia en Quito», el mismo que fuera inaugurado el 10 de agosto de 1906. Su construcción fue un proceso de unidad nacional, ya que cada localidad y toda municipalidad, por pequeña o pobre que fuera colaboró con dinero e impuestos para la erección del mismo, como es el caso de Gualaceo, Cuenca, y otras distantes zonas de la Sierra -Sur. También se crean espacios de memoria, nuevas plazas como en Guayaquil, o un cambio simbólico en las antiguas, destinadas ahora a conmemorar la independencia.

Los discursos y la narrativa en las conmemoraciones fueron patrióticos y republicanos, dirigidos a perpetuar la memoria de los héroes de la patria, como sucede en el momento de la inauguración del monumento a los Próceres, el presidente del Comité, Jenaro Larrea plantea al monumento como una «deuda de gratitud para con nuestros mayores, que, al precio de su vida misma, nos dieron (...) Patria y Libertad».

La Exposición Nacional de 1909 en Quito y los festejos en Cuenca

Un elemento cohesionador de lo nacional fue la «Exposición Nacional» que se llevó a cabo en Quito para conmemorar el 10 de Agosto de 1809. Tempranamente Cuenca, –como otras ciudades del sur del país– se preparó para las celebraciones, para lo cual en esta ciudad, se creó en 1907, a través del Municipio, un comité para la celebración del centenario de la independencia, que tenía como finalidad también la colaboración para la construcción del Monumento de los Próceres, así como para la participación de las comarcas azuayas, como se llamaban en la época las de Cañar y Azuay en dicha exposición.

Los cuencanos se aprestaron a participar en la famosa Exposición Nacional, para lo que se destinó unos fondos anuales de 2000 sucres y lo que sea necesario para la creación del pabellón de la provincia del Azuay, y juntarse a la memoria del «Centenario del Primer Grito de la Independencia de la América Latina». El Pabellón del Azuay, exhibió a los cantones de Cuenca, Girón, Gualaceo, Gualaquiza y Paute, donde mostró la riqueza de las provincias azuayas en artesanía, industria, producción agrícola, cultura, arte y literatura.

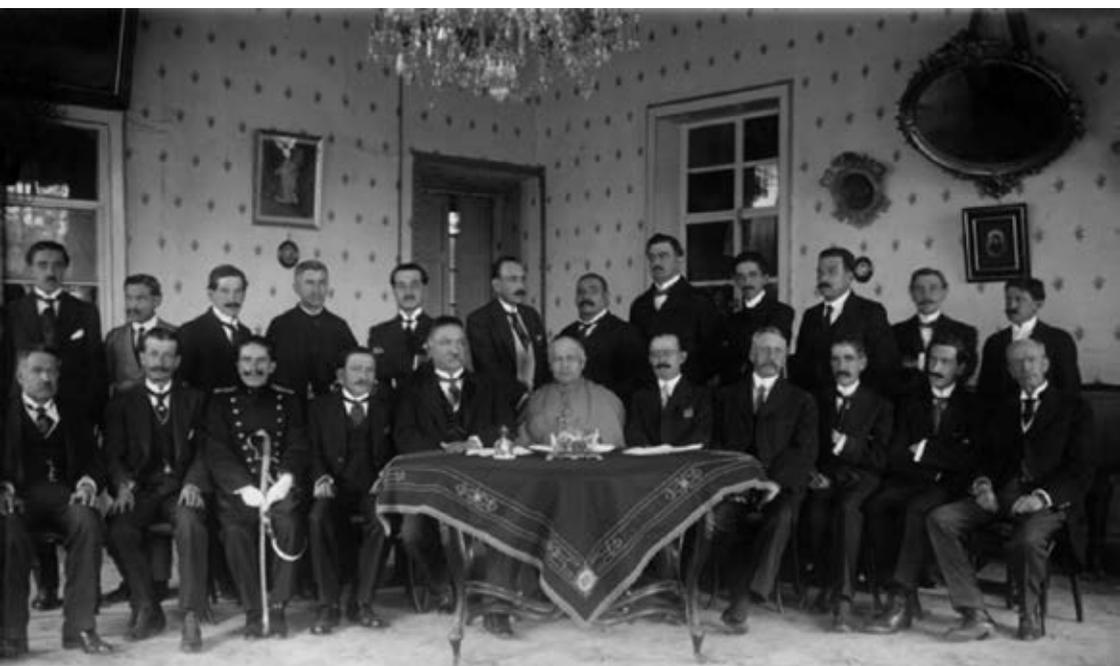
El 10 de agosto de 1909 en Cuenca, se celebró con una fiesta llena de alegría popular y patriotismo, así como con solemnidad por parte de autoridades y el pueblo cuencano. Se inició con una sesión solemne, cuyos acuerdos destacaron la importancia de conmemorar el «Primer Grito de Independencia», y la admiración por los Próceres, que formaron en Quito la primera Junta con que principió en la América Española el movimiento general de emancipación». En honor a estas gestas, nominaron la plaza de San Blas como «Diez de Agosto», y se resolvió crear un monumento conmemorativo de la Independencia del Azuay.

El centenario de la independencia, gran fiesta cívica

Desde el año de 1916 el Municipio de Cuenca y los azuayos, se aprestaban a festejar y conmemorar el importante momento independentista que representó el 3 de noviembre de 1820. Se establecieron las ordenanzas y acuerdos municipales necesarios para rememorar la trascendencia e importancia de las efemérides para sus comarcas y pueblos beneficiados por la «libertad e independencia». Se creó entonces la «Junta del Centenario de la República de Cuenca», esta debía encargarse de todos los festejos, así como la creación de una «Exposición Nacional de Artes e Industrias», concursos científicos y literarios, y la erección de un monumento al prócer cuencano, Abdón Calderón. El Municipio donó 5000 sucres por año entre 1918 a 1920, pero también pidió colaboración al resto del país

para la creación del bronce que inmortalizará a Calderón y se estableció la Orden de Mérito Militar «Abdón Calderón», para los militares ecuatorianos que han mostrado valentía y honra. Además, acordó abrir una plaza que llevaría el nombre de «Plaza de los Héroes», cambiar la nominación de las calles a nombres alusivos a la conmemoración centenaria: «Tres de Noviembre, Diez de Agosto, Sucre, Veinticuatro de Mayo, Nueve de Octubre», la erección de un monumento en bronce en honor a Sucre –un busto– en la parroquia San Roque, el cambio de su nombre a «Sucre» y la construcción de variada obra pública, donde destaca el puente del centenario, que une al centro histórico con la avenida Solano.

Fiesta, procesiones, música, bandas militares, ceremoniales, erección de arcos de triunfo, varios monumentos alusivos a la independencia, en honor de la libertad, en honor de Abdón Calderón se erigieron, de manera temporal unos y de mayor duración otros, en la plaza central, que cambió de nombre a parque Calderón. Con derroche de gastos, para un pueblo en crisis, se llevaron a cabo las celebraciones en Cuenca, que terminarán con un descontento popular por los impuestos para esas celebraciones, pero esa es otra historia.



28 | «Junta del Centenario de la Independencia de Cuenca», 1920. Fotógrafo M. Serrano, Archivo del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador.



29 | «Monumento: Columna del Trabajo», 1915.
Fotógrafo no identificado, Fondo Audiovisual,
Archivo del Ministerio de Cultura y Patrimonio
del Ecuador.

El levantamiento indígena de 1920 y la Huelga de la Sal de 1925

Ana Luz Borrero Vega

Al grito de «sal o sangre» los indígenas se tomaron Cuenca en 1925, años antes habían protestado porque se pretendió que pagaran con sus impuestos la celebración del Centenario de la Independencia, ahora clamaban por sal...

Los levantamientos de los años veinte en Cuenca

Cuenca y su provincia vivió en la década de los años veinte del siglo XX, dos importantes levantamientos y protestas donde los indígenas fueron sus principales protagonistas, eventos que mostraban las tensiones sociales y económicas de la región, conocidos como «el levantamiento indígena de 1920» y «la Huelga de la Sal de 1925», siendo la provincia del Azuay y la ciudad de Cuenca los epicentros de la movilización de las masas de indígenas y campesinos, ambas situaciones muestran un enfrentamiento entre campesinos y Estado, con saldos de muertos y heridos y persecución a sus cabecillas.

Los indígenas hicieron escuchar su voz de protesta por los altos impuestos que pesaban sobre ellos. A Cuenca llegaban desde todos los sitios de la provincia, los rumores de un gran descontento, se decía que los indígenas estaban resueltos a morir, si no se cambiaban las autoridades y se disminuían los impuestos. Eran los años del liberalismo, la Revolución liberal de 1895, produjo un mejoramiento en la posición legal-jurídica de la población indígena, pero a su vez, el mismo Estado liberal exigía el trabajo obligatorio en la obra pública y establecía impuestos al tabaco y al aguardiente, que afectaba a los campesinos, así como nuevos impuestos a las propiedades rurales. La memoria colectiva todavía recuerda esos importantes levantamientos, unos con temor y otros con la valentía que viene de la protesta justa.

El levantamiento indígena en Cuenca de 1920

La huelga de 1920 fue un momento de explosión y de descontento generalizado entre la población rural y sobre todo indígena del Azuay, pero este hecho como diría Michiel Baud en su estudio: «no fue comprendido por la élite y las autoridades políticas de Cuenca, que se preocupaban de las festividades del Centenario de la independencia». Como antecedentes estaría la situación económica de la región a consecuencia de la baja en la exportación del sombrero de paja toquilla a consecuencia de la Primera Guerra Mundial, y de sequías y hambrunas en los años anteriores, principalmente en 1917. Pero la élite de la ciudad y la provincia no se preocupó mucho de la situación, estaba su atención dirigida hacia la celebración del centenario de la independencia y querían organizar una gran fiesta, para ello, pidieron que los campesinos contribuyeran con su mano de obra, a través de mingas organizadas por los tenientes políticos, sino que también a través de impuestos debían pagar sus costos, así es que se había elevado el impuesto al aguardiente, y otros. Hacia el mes de marzo y principios de abril de 1920, frente a las preocupadas autoridades, la población campesina se levantó y cundió el pánico en la ciudad, que fue defendida por el ejército y la policía. La movilización indígena pedía el cambio de autoridades y la reducción de los impuestos.

Los enfrentamientos se produjeron durante marzo y abril, y así el 1 de abril, en la página editorial de la *Alianza Obrera* –Diario Obrero– un poema intitulado «La huelga del indio» de Alfonso Andrade Chiriboga deja ver la situación de manera desgarradora.

Grupos de indígenas caminan hacia Cuenca, llamados por el mítico sonido de la «Quipa» [conocido como Churo en el Norte] y de la bocina. Se los encuentra en Turi, en Guzho, en Narancay, se acercan por Ricaurte y Milchichig, se conoce que atacaron las haciendas de las Monjas en Quingeo, que se enfrentan en San Juan y en Gualaceo contra las autoridades, en Lalcoite arrasan con la hacienda de las Monjas Conceptas, por otro lado destruyen ciertos depósitos de aguardiente. Los indígenas combaten con sus puños en alto y bajan desde Turi hacia la Virgen de Bronce, entran en la plaza de San Blas, se habla de

miles de indígenas. Para el 4 de abril, unos 5000 indígenas se reúnen en el Tablón de Ricaurte, que deciden avanzar contra Cuenca y las autoridades, algunas noticias de la época hablan de unos 10 000 a 12 000 indígenas. El Diario «El Progreso», publica los nombres de los cabecillas de las huelgas, algunos de ellos con sus mujeres, que también incitaban a la huelga.

Los cabecillas de la huelga gritaban sin fin contra los impuestos que los indios tienen que pagar, incluso por la luz eléctrica que se consume en la ciudad, y contra una serie de contribuciones como el trabajo para la obra pública. Finalmente, para bajar la presión, las autoridades hacen correr la voz e imprimen avisos en *Kichwa* y castellano donde anunciaban que se abolían los impuestos: a la electricidad, la prohibición a los jueces civiles de cobrar la contribución, la protección al indio minorista que acudía con sus productos al mercado, la abolición de los trabajos forzados, gratuidad de los servicios del registro civil y se garantizaba el retorno tranquilo de los indígenas a sus huasipungos, sin represalias por parte del ejército.

La Huelga de la Sal: «sal o sangre»

En el año de 1925, tanto la provincia del Azuay como la ciudad de Cuenca se convirtieron en el escenario de tumultos, protestas y desfiles hostiles, de campesinos, pueblo e indígenas que protestaban por la escasez de la sal. Inicialmente, la protesta fue protagonizada por el pueblo de Cuenca, pero luego, los indígenas embravecidos se dirigieron hacia la ciudad en pos de la sal, con enfrentamientos que resultan en muertos y heridos, tanto en la ciudad como en el campo.

Se prologaron las movilizaciones y revueltas por algunos meses, enfrentándose al ejército y a la policía, que invadió casas, campos y sementeras, causando grandes destrozos en busca de los principales cabecillas.

María Rosa Crespo, en sus *Estudios, Crónicas y Relatos de Nuestra Tierra*, cuenta que las razones fueron: «por un lado, el estancamiento del producto (...) el mal estado de los caminos, la larga cadena de intermediarios (...) la voracidad

de los especuladores dueños de tiendas de abarrotes, el contrabando y la angustia de la gente por conseguir la sal». Después de un invierno particularmente duro en marzo de 1925, por un daño de los pozos de las salinas de la Costa, por otro lado por la paralización del ferrocarril que se da después de la destrucción de varios kilómetros de rieles, se hizo muy difícil el transporte de la sal hacia Cuenca, por lo que se convierte en un artículo de lujo, con un precio cuarenta veces mayor que el de su costo real.

La escasez aumentaba y los domingos y días de feria, una muchedumbre cada vez mayor especialmente de indígenas y campesinos se concentraba en los lugares de expendio en la plaza de San Francisco, y empezaban las protestas frente a la gobernación en búsqueda de «un pedacito de Sal». El Presidente de la República envió 1500 quintales y el gobernador convocó a gremios de arrieros para su transporte desde Naranjal, pero los primeros sacos no llegarán a Cuenca ya que son asaltados en el camino. El pueblo se levantó al grito de «sal para el pueblo y no para los privilegiados», y estalló una violencia inusitada, con una gran masa de campesinos y pueblo que se concentraron, un domingo 19 de abril, en torno al parque Calderón.

Las autoridades habían ofrecido una libra por persona, y regalar sal a quiénes se retiren del tumulto, pero, al grito «sal o sangre», se lanzó una multitud contra los que acarreaban sal desde la gobernación hacia un almacén, la sal fue derramada en la calle, donde cientos de personas se lanzaron a recogerla. Un piquete detuvo al pueblo, que se defendió con palos y piedras. Comenzaron los saqueos a las tiendas, murieron y fueron heridos algunos indígenas en el forcejeo con la fuerza pública.



30 | Huelga de la Sal y levantamiento indígena, 1925. Manuel Jesús Serrano, colección Manuel J. Serrano.

La Gloriosa y sus repercusiones

Manuel Carrasco Vintimilla

A inicios de la década de 1940 el pueblo ecuatoriano había perdido parte de su alma nacional, el Tratado de Río de Janeiro nos costó más de la mitad de nuestro territorio y los ecuatorianos habían perdido toda confianza en el gobierno de Arroyo del Río.

Carlos Alberto Arroyo del Río se posesionó como presidente del Ecuador el 1 de septiembre de 1940. El gobierno era el producto de un fraude electoral; la derrota militar frente al Perú en 1941 había causado un profundo trauma en la conciencia del pueblo; existía animosidad entre los carabineros, el ejército y amplios sectores de la población civil que llevó a frecuentes y sangrientos enfrentamientos; la política económica del Gobierno había provocado un casi inaguantable alto costo de la vida y era motivo de angustia y desazón entre las clases populares; los partidos de izquierda consideraban al gobierno de Arroyo deshonesto, el presidente se desempeñaba como abogado de compañías norteamericanas, mientras sus colaboradores cobraban altos honorarios y coimas para facilitar negocios con el gobierno, se decía; se le acusaba de entreguista a los intereses de los Estados Unidos, implicados en la Segunda Guerra Mundial; a quienes les vendía materias primas a precios muy bajos y les cedió las Islas Galápagos para la instalación de bases militares. Estos, fueron factores que prepararon la sublevación popular.

La situación se tornó más difícil ante la proximidad de las elecciones presidenciales en la que terciarían Miguel Albornoz, candidato oficialista, y José María Velasco Ibarra, «El Gran Ausente», «El Profeta», exiliado en el exterior, perseguido por el gobierno «arroista» a raíz de las fraudulentas elecciones de 1940. Velasco Ibarra había logrado catalizar las esperanzas de la reconstrucción nacional frente a la desacertada política del gobierno cesante. Desde el exilio combatió al Gobierno de Arroyo: «Estoy listo a ir cuando haya una revolución, con

la que podamos purificar al país», había escrito a uno de sus partidarios. Su candidatura aglutinó a partidos de derecha e izquierda en la «Alianza Democrática Ecuatoriana» (ADE) y con el apoyo de oficiales jóvenes del ejército se buscó derrocar a Arroyo del Río quien pretendía, mediante el fraude, entregar el gobierno al candidato oficialista. La sublevación, que tenía como uno de sus objetivos principales entregar el gobierno al doctor Velasco Ibarra, se inició en Guayaquil el 28 de mayo, extendiéndose luego a todo el país; el líder de las multitudes debía ingresar al territorio nacional por la frontera norte.

En Cuenca al día siguiente diario *El Mercurio* a grandes titulares informaba: «En Guayaquil, ocurrió movimiento armado»; y con un subtítulo menor: «Repercusiones locales del movimiento de Guayaquil en la noche de ayer y en la madrugada de hoy», se daba a conocer que:

Al acudir a la Jefatura de la Segunda Zona de Carabineros de la República e Intendencia General de Policía, uno de nuestros empleados de información fue cultamente atendido por el Señor Coronel don Miguel Angel Fernández Ampuero, quien manifestó a nuestro enviado que por orden del Gobierno habíase efectuado algunas prisiones de carácter político en esta ciudad en la madrugada de hoy, sin que se haya creído conveniente dar los nombres de los presos, mas por familiares de estos sabemos que son el doctor Carlos Cueva Tamariz, Rafael Galarza Arizaga, Joaquín Moscoso Dávila, Luis Cobos Moscoso, otros.

Entre ese «otros» se encontraban el universitario Rafael Arizaga V. y el artesano José Miguel León.

El 29 de mayo fueron apresados el gobernador de la provincia, el jefe de Zona y el Comandante del Batallón «Esmeraldas», a la par que se organizaba la Junta Provincial de Gobierno, presidida por el doctor Cueva Tamariz e integrada en su mayoría por los presos de la víspera; mientras, el teniente coronel Samuel Reyes controlaba las fuerzas del ejército y la guardia cívica, constituida con anterioridad a los sucesos del 28. Para el 30 se conformó una comisión que debía concurrir al recibimiento triunfal del doctor Velasco Ibarra.

En la memoria colectiva de la ciudad aún subsiste el recuerdo de la multitudinaria manifestación que se congregó el 29 de mayo en el Mercado «9 de Octubre», a raíz de la cual una exaltada multitud procedió al linchamiento de los «pesquisas», mientras se solicitaba armas en los cuarteles; el asalto al local de los estancos dejó un saldo de tres muertos y nueve heridos y, se acometió la casa de uno de los dirigentes «arroistas», procediéndose al incendio de muebles, entre ellos un gran piano, «que fueron arrojados a la calle por el pueblo enardecido (...) y cuando se encontró dinero en efectivo [el pueblo] lo dejó sin tocar un sucre, pues el asalto no fue para robar, sino para castigar la insolencia de cuatro años de los dueños de la vivienda», recuerda Rafael Arízaga Vega. El robo habría contradicho el sentido moral de la revuelta en contra del corrupto régimen liberal.

Pánico en 1950: el río se lleva todo a su paso

Manuel Carrasco Vintimilla

Aguas en enero, atranca tu granero, decía la abuela y nosotros le seguíamos con aquello de abril, aguas mil y mayo, ¡hasta que se pudra el sayo!, porque así se expresaban los morlacos de antaño para señalar los tres meses más lluviosos del año en la ciudad de la eterna primavera.

¡Pero nada como ese abril!, así recuerda mi hermano Adrián la noche del 3 de ese mes de 1950, cuando el manso Tomebamba se tornó en el colérico «Julián Matadero»:

La gente se había reunido en las balaustradas del final de la calle Tarqui para mirar la inundación. La gente le contaba a Teodoro Rodas cómo se derrumbó el costado derecho del puente de El Vado y como con su caída el agua saltó unos dos metros. Teodoro Rodas le contaba a la Voz del Tomebamba cómo en las Tres Tiendas el río se había dividido en dos brazos, el uno corriendo por donde siempre lo hacía y el otro era una cosa espantosa que arrastraba ramas de gigantes eucaliptos y sauces y se tragaba las huertas de hortalizas y los animales amarrados en las orillas. La Voz del Tomebamba le contaba a mamá que al río se le dio por entrar en el barrio de San Roque con un enorme bramido arrastrando por las calles cristales, camas, cunas, mesas, aparadores, cómodas, vigas, tejas, radios y vitrales. Bueno, la Voz del Tomebamba contaba a todos.

Casi en iguales términos en el diario un cronista narraba con profundo desaliento, al día siguiente, los pormenores de la tragedia que sorprendió a los vecinos de la franciscana urbe:

Nuestra pacífica ciudad fue estremecida el día de ayer por un desastre nunca registrado en la historia de Cuenca, y nunca esperado tampoco, dada la especial ubicación de la urbe y las condiciones naturales excepcionales de los alrededores. Con todo, el día de ayer, fatal, y que dejará doloroso recuerdo en la memoria, no solamente de todos los cuencanos sino del país todo, la naturaleza estuvo contra nosotros y desató su furia acrecentando el caudal de agua del río Tomebamba hasta el punto de salirse de madre y arrasarlo con todo lo que

encontró a su paso en las riberas. Un aluvión que dejará huellas imprecisas se desató desde la siete de la noche, más o menos, luego de haber llovido fuertemente casi toda la tarde, especialmente en las alturas del Cajas. El antes hondo cauce del Tomebamba apenas fue pequeño canal para dar cabida a los miles de toneladas de agua que corría por segundo; de este modo las turbulentas aguas rebasando las orillas llegaron a anegar toda la extensión de la Avenida Tres de Noviembre, por un lado, al norte, y la avenida 12 de Abril, lo mismo que los terrenos de la orilla opuesta, arrasando desde luego con todas las propiedades ubicadas en sus inmediaciones.

La tragedia golpeó con rudeza las existencias y las conciencias de las generaciones que la vivieron. Así, don Octavio Sarmiento Abad en uno de los volúmenes de su *Cuenca y yo* dejó para la posteridad testimonio del suceso al escribir:

Solamente al día siguiente se supo la magnitud del desastre: la destrucción total de la capilla de Santa María de El Vergel; la desaparición de catorce puentes, entre ellos los del Vado y Todos Santos —hoy Puente Roto— ambos de la época colonial; la muerte de tres personas, la desaparición de la Avenida Doce de Abril en toda su extensión; el derrumbe de varias casas cerca del centro parroquial de San Roque; la desaparición del islote que quedaba junto al puente del Centenario; sitio que un día insinuaron algunos de que allí debía levantarse el edificio de la Casa de la Cultura Núcleo de Cuenca, por ser un lugar poético y sobre todo por hallarse a las márgenes del Tomebamba, río al que habían cantado todos los trovadores morlacos y, un sin número de otras novedades más.

Salvo las muertes de los ciudadanos, que reseña el cronista, a las que se sumaría la de una persona que se acercó al puente del Vado al momento de la caída, la ciudad no tuvo que lamentar mayores tragedias, más que las pérdidas materiales producidas por el desbocado torrente. Don Enrique Arízaga Toral, que en esa época estaba al frente del Ayuntamiento, tuvo que centuplicarse para resolver los problemas más urgentes del momento, puesto que la ciudad había quedado casi incomunicada, es decir, apenas con los puentes del Centenario y Mariano Moreno (escalinata). Ambos en inminente peligro de irse al agua. El Gobierno presidido por don Galo Plaza Lasso tan luego como tuvo conocimiento de la catástrofe, remitió una cantidad de dinero para la construcción del actual puente de El Vado, acota el señor Sarmiento.

Hoy, a los sesenta y cuatro años de la fatídica noche pocas son las cicatrices de la tragedia: el ya vetusto puente de El Vado, el Puente Roto, el reconstruido Ingachaca, hoy de El Vergel, y la modesta capillita que se yergue a su vera; al parecer la ciudadanía, gracias a las obras de reconstrucción, puede dormir tranquila.



Estragos causados por la inundación del río Tomebamba en la noche del 3 de Abril de 1950.=Cuenca.

1052

31 | «Estragos causados por la inundación del río Tomebamba en la noche del 3 de abril», 1950. Fotógrafo no identificado, Archivo del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador.

La Asociación de Joyeros del Azuay, del fútbol a la lucha social

Ángeles Martínez Donoso

Organizaciones y movimientos, obreros o artesanales, han marcado la historia del Austro, interesa recuperar su memoria a través de valiosos testimonios orales.

Una doble y distinta mirada nos permite acercarnos al complejo tema de los orígenes de la ciudadanía. Por un lado están quienes investigaron y escribieron para dejar un testimonio de las agrupaciones en el Azuay en sus orígenes con su arduo trabajo de recolección y por otro, quienes desde su testimonio nos dejan ver un lado humano y a veces distante para quienes observamos de fuera. Nos aproximamos a la importancia de los artesanos en el Azuay, y a la fundación de una de las más importantes organizaciones que se mantienen hasta la actualidad, renovando su compromiso y que ha podido romper con el rótulo invisible de una asociación sin mayor trascendencia: «La Asociación de Joyeros del Azuay». El letrero con las banderas de Italia y Alemania en la Asociación de Joyeros era la carta de presentación de una asociación de artesanos adaptados al presente, con todo lo que ello implica. Ahí nos atendió el presidente, Ernesto Peña, nieto de uno de los fundadores.

Peña nos comenta que se trata de una organización fundada el 12 de diciembre de 1945. Su abuelo, junto con otros orfebres cuencanos –Mario Vanegas, Juan Machado, Gonzalo Merchán, Luis Balarezo, Miguel Tello, entre otros– iban tras un sueño, pero no social, sino deportivo. Peña habla con orgullo sobre la Asociación: «[Esta] surge con el anhelo de formar un equipo de fútbol, justamente de mi abuelo, Antonio Peña Bernal, y otros joyeros del Azuay, pero luego se asociaron con otros fines». Por supuesto, el edificio donado por su abuelo no es el mismo pues ha tenido mejoras a lo largo del tiempo, debido

a la gestión de sus presidentes, incluido nuestro entrevistado. Peña cuenta que «el salón de recepciones es para 200 o 250 personas y sirve para agasajos a los socios; tenemos un taller equipado con tecnología de punta, resultado de autogestión y apoyo de los Gobiernos alemán e italiano».

Lo del fútbol aquí es trascendental, a veces imaginamos que la lucha significa solo comida, salario, horas de trabajo, pero también implica, para ellos, otros beneficios, eso de las «mejores condiciones», recuperar quizá lo que se mantiene en los campos y que se apaga en las ciudades: la fiesta y el agasajo, estándares válidos de nivel de vida. Tienen razón y no sería descabellado pensar en un estudio sobre los hechos que hemos tomado por nimios y que han sido y son verdaderos motores, mucho se lamenta que organizaciones hayan quedado solo con un papel para los entierros de los socios y algún paseo deportivo, o misa; sin embargo, quizá debamos replantearnos su importancia, pues, mientras desde la academia o las ideologías nos «devanamos los sesos», ellos nos hablan de la elección de la reina que se retomó y cosas realmente significativas como esta: «hoy en día seguimos participando en las jornadas deportivas de la organización de artesanos profesionales del Azuay y nuestro equipo ya varios años ha sacado los campeonatos en la *Senior* y en la *Junior* (...)».

Seguramente la acalorada discusión de 1945 pasó del nombre del equipo o el uniforme, a si se debía llamar a tal o cual jugador, proyectarse en otros fines o a dar vida jurídica a la institución. Su patrona es la Virgen Dolorosa, cada 12 de diciembre se organizan la misa y sesión solemne, un homenaje a quienes se jubilan, un reconocimiento a los socios distinguidos y la elección de la reina: «Diciembre para nosotros es un mes de fiesta».

¿Cuáles son sus objetivos? «Capacitar a los socios, agruparlos con fines comunes, generar vida social entre los socios, la elección de la reina, agasajo a los niños, estar

pendientes de las iniciativas del MIPRO, del Ministerio Relaciones Laborales y del SRI para informar a los socios, pues se ha puesto difícil porque ya no se obliga al carné profesional». Todos esos objetivos, así, en un mismo plano, en una organización «sin fines políticos (...) pues la finalidad es estar bien con todos, no ir por ningún partido, tener buenas relaciones con quien llegue al poder» es lo que más o menos indican sus estatutos generales.

Cuando Peña es consultado por más datos de su historia, resalta su Dolorosa, un cuadro que es parte de su memoria y de las anécdotas. Con este tenían la costumbre de hacer velaciones y la imagen rotaba por las casas de los miembros. Años atrás, recuerda, se prendió fuego la casa de un joyero en la que estaba la imagen, pero a esta no le pasó nada. «Siempre que se limpia nos damos cuenta de que en la parte posterior tiene huellas del incendio, pero no le afectó». Los socios fundadores, donaron piedras preciosas o trabajo, por eso es portadora de un tesoro «una corona hecha a mano por los orfebres que se coloca en la imagen con tornillos de oro, está en una bóveda, este año sí le exhibimos en la fiesta».

Además de la casa no tienen otros bienes, a diferencia de otras organizaciones que hablan de estos con recelo por miedo a que sean expropiados, Peña manifiesta lo que poseen. Los socios de Santa Isabel, Girón, Chordeleg, Gualaceo y otras parroquias que antes tenían una mayor presencia en la asociación hoy están justificados de no ir a las reuniones por la distancia; por tanto, no participan activamente, los tiempos han cambiado.

Los puntos de vista para analizar el movimiento obrero han sido muy diversos desde la izquierda o la derecha, pero este merece estudios menos apasionado y más objetivos, como los realizados por Maiguashca, Bustos, North, etc. Es importante repensar la historia, que «no es lo mismo que re-escribirla» nos recuerda el historiador Manuel Carrasco Vintimilla; lo que era y es necesario aún es poder hacerlo alejados de los puntos de

poder. Nuestra provincia aparece como tema ineludible en la historia nacional, pero no ha sido tratada, con la profundidad que merece quedando muchas veces enmarcada en conceptos errados, como una provincia comodín para Guayaquil y Quito, olvidando características y aportes propios de una región.

Los artesanos y su importancia en la provincia

La lucha social es inherente al ser humano. Si bien el gran marco teórico marxista la divide en precapitalista y capitalista, y a grandes empujones hemos entrado en la segunda fase, con realidades distintas, sin las monstruosas fábricas inglesas o de las grandes ciudades del mundo, pero sí con explotaciones también reales y una sociedad jerarquizada que despreciaba a ciertos oficios y ciertos grupos humanos, especialmente a los indígenas, cuya lucha contra el poder se ve reflejada desde tiempos coloniales. Se llegó a una importante organización en la década de 1930 que exigía la legalización de las tierras y territorios.

Al tiempo que se esperaba al Mesías transfigurado en la clase obrera, los artesanos estuvieron en pie de lucha. El mismo Patricio Ycaza reconoce que: «La germinal clase obrera ecuatoriana, abrumadoramente semi-artesanal por su número, surge

a finales del siglo pasado y comienzos del presente. Su origen más remoto lo podemos situar en los obrajes coloniales, ejes de la economía de la Real Audiencia de Quito durante el siglo XVII y la primera mitad del siglo XVIII». Las organizaciones artesanales, en forma de mutualidades, aparecen desde 1875. Se puede contabilizar más de una decena fácilmente antes de 1910 en Ecuador, sin embargo, los artesanos estuvieron organizados con o sin personería jurídica y tuvieron y tienen un peso importante en nuestra provincia.

Lucha ideológica en los años sesenta

Agatha Rodríguez Bustamante

Los años sesenta fueron muy agitados por los constantes conflictos ideológicos en el mundo. Cuenca fue alcanzada por esta lucha, que vuelve a la memoria de sus ciudadanos al escuchar la frase: ¡una bomba en San Alfonso!

En los años sesenta, Latinoamérica estuvo marcada por la Guerra Fría, por la Revolución cubana y la postura de los Estados Unidos de crear la «Alianza para el Progreso» que buscaba ganarse ideológicamente al resto del continente realizando varios pactos con países que no estaban alineados con ninguna de las potencias en disputa. En el Ecuador, Velasco Ibarra triunfó por cuarta vez junto a Carlos Julio Arosemena. La decisión del presidente de retirar su apoyo a la izquierda causó un enfrentamiento con Arosemena, pero Velasco Ibarra perdió el poder y salió hacia el exilio en 1961. Al asumir el poder Arosemena se mostró pro-izquierdista, y aunque rompió relaciones con Cuba en 1962 recibió a una delegación de ese país en la playa lo que causó indignación en varios sectores. El Ejército, ante esta situación, se hizo con el poder tras un golpe de Estado, la dictadura duraría entre 1963-1966 y se sabe que hubo injerencia de la CIA en el país.

En Cuenca surgieron grupos revolucionarios con ideas socialistas y comunistas, los estudiantes universitarios pensaban que debían llevar a cabo una revolución parecida a la cubana y se planteaban la misma como una verdadera misión. La juventud era efervescente, muchos estaban dispuestos a unirse al ideal comunista por lo que el gobierno militar desconoció a la FEUE como recuerda Rubén Calderón Alvear quien fuese presidente de este organismo en 1964. Los grupos tradicionales rápidamente se opusieron a estas ideas y empezaron los enfrentamientos con las personas acusadas de ser comunistas. Hubo quienes se perjudicaron a sí mismos y acusaron a los comunistas, la amenaza a quien se mostrara afín a esta ideología era clara.

En un momento de absoluta tensión se colocaron tacos de dinamita, confundidos con una bomba por el estruendo que causaron, en la puerta de la Iglesia de San Alfonso, lo que provocó alboroto entre la gente, que gritó a viva voz que los comunistas estaban atentando contra las iglesias, y aunque no hubo daños mayores el ataque fue atribuido de inmediato a los de izquierda, sin tener ninguna prueba. Con este tipo de sucesos las reacciones anticomunistas en Cuenca se volvían cada vez más violentas, quienes vivieron esos días recuerdan que hasta se llegó a restringirles la venta de víveres.

Los clérigos llamaban a la lucha contra los «ateos comunistas» desde sus púlpitos y en los campos se decía que atentaban contra la propiedad privada. Se dice que el párroco del Cenáculo, Ramón de la Torre, inició una campaña anticomunista, proponiendo en un apasionado discurso salir y protestar contra el comunismo señalándolo como anticatólico y lleno de todos los males posibles; «hay que matarlos si es posible» decía. Se podría nombrar además al padre Aulestia como un sacerdote extremista que junto a los jesuitas apoyaban al partido conservador y desacreditaban al comunismo. Esta actitud era lógica ante una «ideología comunista anticatólica» que era la interpretación que los sacerdotes le daban y que defendían en sus púlpitos. Entre los años 1963-1964 se organizó una manifestación en contra del comunismo que convocó a cientos de personas, pero la marcha fue relativamente pacífica.

En el campo y en grupos sociales mal informados se fue creando un gran temor ante el comunismo y es así que los acontecimientos se precipitaron hasta el punto de ocurrir hechos trágicos como: el ataque a la casa del doctor Carlos Cueva Tamariz, un reconocido socialista o el ataque al dirigente artesanal Ángel Gutiérrez, a quien se le persiguió a través de una quebrada en la pequeña quinta que poseía en San Joaquín, la que fue asaltada y a él se le intentó quemar vivo acusándolo de comunista.

La histeria colectiva causó el fatal asesinato del médico Jorge Merchán Aguilar entre los años 1961-1962, atacado en «San Cristóbal» cerca del cantón Paute. Como médico de la «Misión Andina» junto a una comisión integrada por algunas personas visitaron aquel sitio donde les esperaban con la idea de que eran comunistas y que venían a quitarles sus propiedades. Esta idea enardeció a los campesinos que atacaron a la comisión, asesinando al médico y al trabajador social Hernán Vinuesa que lo acompañaba, los demás lograron escapar con la ayuda de los miembros de una comisión del CREA que por coincidencia visitaba el lugar aquel día. En Santa Ana se atacó a un profesor de primaria, no tenemos certeza de si efectivamente tenía ideas de izquierda, pero por esta acusación los padres de los niños a los que estaba educando, campesinos de la localidad, fueron quienes lo lincharon.

Aunque la situación era grave debemos matizar el problema. En primer lugar, Gerardo Martínez Espinosa nos recuerda que se trataba de una época muy conflictiva por lo que estaba sucediendo en el mundo y en el Ecuador, la sociedad cuencana tal vez viviendo anacrónicamente en esa época seguía apegada a gran parte de las tradiciones, lo que no permitía que nuevas ideas se filtraran con facilidad y menos unas tan radicales como las comunistas. Y nos dice acertadamente:

Recuerda también que tampoco la sociedad cuencana estaba muy a gusto con la presidencia de Carlos Julio Arosemena. En Cuenca, así como en otras partes del país, se realizaron muchas marchas, lo que se consideraba una actitud democrática y no una persecución, mostrando su desacuerdo con el comunismo, la ciudad a lo largo de su historia se ha caracterizado por ser una ciudad con afinidad a la Derecha por lo que no es extraña la presencia de un Partido Conservador consolidado, con una fuerte influencia y en armonía con la iglesia católica.

En cuanto a los ataques realizados a iglesias como el Santo Cenáculo y San Alfonso a los que se hacía referencia anteriormente, diremos que este último fue atribuido al Partido Conservador en un intento por desacreditar a los comunistas. Sobre esto Martínez Espinosa narra que aquella bomba existió

y que tenía la finalidad de poner en mal a los comunistas en la ciudad, pero nos cuenta que en esos años él era el vicepresidente del Partido Conservador y que jamás se decidió tomar este tipo de medidas, cuando se les acusó del hecho en cuestión decidieron investigar encontrando al verdadero culpable quien no pertenecía ni al partido conservador ni al comunista. Al parecer el enfrentamiento del Partido Conservador con el Partido Comunista fue de tipo ideológico aunque estos últimos fueron bastante radicales en sus acciones; otro aspecto que se resalta es la concepción diametralmente opuesta que tenían y que los volvía antagonicos.

Sobre los tacos de dinamita que estallaron en la Iglesia de San Alfonso, los conservadores niegan el hecho como propiciado por alguno de sus miembros y menos para desacreditar al Partido Comunista mientras que los últimos vieron en esta acción un claro ataque por parte de grupos tradicionales. En ese momento la situación era muy agitada en el mundo y el país no aceptaba al comunismo ni lo veía como una opción; Cuenca se había caracterizado siempre por ser una ciudad tradicionalista y no podía asimilar tan rápido una tendencia tan radical como la comunista, pero no se puede negar que logró impregnarse fuertemente sobre todo en los estudiantes universitarios que la tomaron como una misión de vida.

Aunque hubo repetidos ataques hacia quienes simpatizaban con la izquierda, que desembocaron en la huida de varios de sus miembros, es cierto también que los asesinatos que recordamos responden a la falta de educación y a la manipulación de la información con la que se animó a los campesinos a atentar contra lo que se ciertos grupos consideraban una grave amenaza.

Las mujeres indígenas y su lucha por una educación intercultural bilingüe en las provincias de Azuay y Cañar

Estefanía Palacios Tamayo

En nuestro país la exclusión de las mujeres de la vida en general ha sido muy fuerte, desde la simple acción de hacer fila para un trámite municipal hasta la intención de formar parte de la toma de decisiones a nivel local y nacional ha sido conflictiva, pero la lucha a seguido a la par de este tipo de acciones, ejemplos nos sobran, la educación intercultural es muestra de ello.

El ser mujer, indígena, campesina, pobre y analfabeta, décadas atrás en América Latina y en Ecuador, significaba estar, en un escalón debajo de los demás, implicaba ser excluida e invisibilizada. Sin embargo, esto no impidió que a través de la historia nacional, varias mujeres indígenas lideren procesos socioculturales importantes para el desarrollo del país, como el de la creación e institucionalización de un «Sistema de Educación Intercultural Bilingüe», suceso que además de mejorar la calidad de la educación en diferentes comunidades rurales indígenas, aportó también para un cambio en los esquemas mentales, machistas y racistas que estaban presentes en diferentes sectores de la sociedad ecuatoriana.

Breve síntesis histórica

La historia generalmente es escrita por grupos de poder y con una visión excluyente, que en algunos casos llega a silenciar a los o a las verdaderas protagonistas de trascendentales hechos históricos para un país o nación. Dentro de este contexto en Ecuador, el proceso por alcanzar una educación intercultural bilingüe, incluyó la participación de diferentes actores locales; entre estos a varias mujeres

indígenas que entregaron gran parte de su vida a la defensa de los derechos de los pueblos indígenas.

Dolores Cacuango o más conocida como «Mama Dulu», juntamente con Tránsito Amaguaña fueron quizás, después de la década de los años cuarenta, las primeras educadoras indígenas en formar centros-escuelas por y para los indígenas. Ellas lograron una potente cohesión social en diferentes comunidades indígenas del norte del país; cuyo objetivo además de educar mediante una alfabetización bilingüe, también era la de difundir, fortalecer y proteger la identidad *kichwa*.

Las mujeres indígenas y su participación en la consolidación de la educación intercultural bilingüe en Azuay y Cañar

En las provincias de Azuay y Cañar, el proceso por la institucionalización de la educación indígena estuvo dirigido por un importante número de mujeres indígenas y no indígenas que pese a los diferentes obstáculos de orden social, político e incluso idiomático, lograron representar a sus comunidades o territorios de la mejor manera.

Con el «Subprograma de Alfabetización en Quichua» a inicios de los años ochenta, en la presidencia del doctor Oswaldo Hurtado, se logró captar a representantes indígenas de diferentes comunidades. En el caso de Azuay se trabajó en los cantones de Gualaceo, Sígsig, Nabón, Oña y Cuenca. Durante el desarrollo de este proyecto, paulatinamente se fueron formando educadoras apasionadas por su trabajo como la licenciada Nieves Morocho perteneciente al cantón Nabón; esta docente y líder indígena, que mediante su constante lucha por proteger la educación indígena fue la única educadora que mantuvo en pie el Centro-Escuela de la comunidad de Luchin, pese a las órdenes del Gobierno del ingeniero León Febres Cordero de cerrar y dar por terminado todo proyecto relacionado con la educación indígena a nivel nacional. Posterior a esto la licenciada Nieves Morocho formó parte del grupo fundador

de la «Dirección Provincial de Educación Intercultural Bilingüe en Azuay». En el mismo cantón nos encontramos con la licenciada Amelia Erráez, otra mujer que dirigió procesos sociales y políticos significativos para el fortalecimiento de las bases organizativas indígenas y a su vez para la creación de la educación indígena en Nabón.

En el caso de la provincia del Cañar la educación indígena inició un poco más temprano con la frecuencia radial de las escuelas radiofónicas populares del Ecuador, dentro de este programa se mantenía presente durante las clases la filosofía de Dolores Cacuango y de Tránsito Amaguaña como mentoras de una educación en lengua materna. Poco se sabe de quiénes participaron como educadores en este programa, sin embargo, lo que es seguro es que dentro de las filas docentes también estaban varias religiosas y educadoras indígenas.

Con la creación del «Instituto Normal Bilingüe Quilloac», la oportunidad de ser profesora y estudiante se fue incrementando, en este contexto varias mujeres indígenas egresaron y se titularon; algunas como bachilleres y otras como educadoras interculturales bilingües. La licenciada María Rosa Camas Ahueza, exalumna del instituto y docente del mismo por más de trece años, representa un ícono de constancia y aprendizaje. Su vida estuvo marcada por varios obstáculos principalmente económicos, pero mediante el apoyo de sus padres ella y sus hermanos lograron ser profesionales. Actualmente, el hecho de ser profesora, le significa a María Rosa, una retribución a la institución que tanto aportó para su formación profesional.

Están presentes también bachilleres del nivel secundario del Instituto Quilloac como las licenciadas Mariana Pichizaca e Isaura Quiroz quienes llevan en sus memorias momentos agrídulces durante todo el proceso educativo; ellas nos comentan que el nivel primario lo cursaron en un centro educativo castellano, en donde se discriminaba cualquier acción relacionada con la cultura indígena, desde nombrar alguna palabra en *kichwa* hasta acudir a clases con la vestimenta

tradicional del pueblo de Cañar. Nos indican también que la metodología de enseñanza se resumía en la frase «la letra con sangre entra», la violencia hacia los estudiantes sobre todo indígenas era algo cotidiano durante las horas de clase, como lo señalan las licenciadas. Sus años de colegio lo cursaron en el Instituto Quilloac, ellas nos indican que pese a la gran distancia entre sus hogares y la institución educativa, así como también de la presión social por estudiar en un colegio para «indios»; el estudiar en el Quilloac fue importante ya que todos los conocimientos, incluidos el idioma *kichwa*, hoy son un gran aporte para su vida personal y profesional.

Reflexión

La contribución que realizaron diferentes organizaciones y movimientos indígenas por la defensa de una educación en lengua materna, fue definitivo para que en lo posterior se obtenga un reconocimiento legal en el año de 1988. Empero, el proceso por alcanzar este derecho que ha sido negado durante siglos a los pueblos indígenas, lleva consigo miles de vivencias y sentimientos guardados en cada una de las memorias de quienes participaron y lideraron esta lucha, aún más en los recuerdos de diferentes educadoras, estudiantes y actoras locales que haciendo frente a la discriminación por su condición cultural y de género demostraron que el acceso a una educación que revalorice su cultura e identidad, generó poder y este poder a su vez cambios para sus comunidades.

Conscientes de que con el pasar del tiempo la memoria se vuelve frágil y los recuerdos, poco a poco, se van perdiendo, consideramos que es imprescindible encontrar estrategias sociales e interculturales que entreguen voz a estos grupos femeninos silenciados, no tan solo con obsequiar rosas por el 8 de Marzo, sino que se convierta en un reconocimiento constantemente por la valiosa labor que estas importantes mujeres indígenas y mestizas han logrado, mediante su trabajo incansable por la afirmación de una educación indígena y por mejorar la calidad de vida de sus territorios y territorialidades.

Conflicto limítrofe entre Guayas-Azuay, una mirada pendiente

Ismael Ochoa Cobos

En el Ecuador existen más de doscientos conflictos territoriales a nivel interno, muchos tienen larga data y siguen sin una solución próxima, el Azuay mantiene conflictos territoriales con varias de las provincias vecinas.

Para entender el problema limítrofe que actualmente mantiene la provincia del Azuay con la vecina provincia del Guayas, por el sector llamado Abdón Calderón, hay que regresar varias décadas en el pasado. Los problemas limítrofes entre estas provincias empiezan desde la cantonización del cantón Balao, en 1987, y por el territorio que a este se le asignaba, el cual según la provincia del Azuay, afectaba a su integridad territorial. La respuesta de la provincia del Azuay, en 1990, fue impulsar la cantonización de Camilo Ponce Enríquez. Las pretensiones azuayas con dicha propuesta fueron rechazadas por el Guayas porque se veía como un intento de despojar de su territorio al cantón Balao. Más de una década tuvo que pasar, no sin controversias por los problemas de límites, para que la parroquia Camilo Ponce Enríquez se convierta finalmente, en el 2002, en un cantón azuayo. Asimismo, con la Ley que oficializó la cantonización de Ponce Enríquez también se intentó poner fin a los conflictos limítrofes entre el Guayas y el Azuay, sin embargo, estos estuvieron lejos de acabar.

La Ley que aprobaba la cantonización de «La Ponce» fue inmediatamente rechazada por el Azuay debido a que asignaba territorios al Guayas que esa provincia consideraba, por filiación cultural e histórica, azuayos. Las comunidades en mención eran: Abdón Calderón, Tres de Noviembre, Camacho, entre otras. Estas se rehusaron a pertenecer al cantón que se estaba creando, por lo que la Ley en cuestión las anexó al Guayas. Por Ley estas comunas fueron asignadas al cantón Balao, Guayas, pero el reclamo azuayo pasó a sustentarse en el sentimiento de pertenencia de los habitantes de Abdón

Calderón, y otras comunas, quienes según el Azuay eran parte de la parroquia Molleturo del cantón Cuenca.

Esta controversia siguió subiendo de tono y alcanzó gran magnitud desde 2012 cuando el Consejo Cantonal de Cuenca sesionó en Abdón Calderón, hecho que fue rechazado por las autoridades del Guayas y por la Municipalidad de Camilo Ponce Enríquez. Desde el Guayas se anunció que esa acción era una clara infracción a su territorialidad. Cuando el prefecto del Azuay, Paúl Carrasco, propuso una consulta popular o arbitraje presidencial para solucionar el conflicto, la Prefectura del Guayas esgrimió que los reclamos territoriales del Azuay no podían ser escuchados solo por un sentimiento de pertenencia de los pobladores.

En este punto podría ser comprensible la posición del Guayas, ¿qué pasarían con los límites actuales si todas las provincias comienzan a reclamar territorios por sentimiento de pertenencia? Por otro lado, también es entendible la posición del Azuay, ¿por qué habrían de desconocer la voz de los pobladores que han pintado sus casas con mensajes a favor de pertenecer a dicha provincia?

Sea como fuere, los reclamos por las acciones del Concejo Cantonal de Cuenca no solo vinieron por parte del Guayas, sino también de la municipalidad de Camilo Ponce Enríquez. Dicha municipalidad anunció que no apoyaba la pretensión azuaya al tratar de desconocer la Ley que lo cantonizó porque eso significaría que «La Ponce» no existía siquiera como cantón y que seguía siendo una parroquia de otro cantón azuayo, Pucará.

Asimismo, el Guayas por su parte anunció que si se desconoce la Ley de cantonización de Ponce Enríquez, eso significaría que no hay límites fijos entre Azuay y dicha provincia, por lo que se apoyaría una teoría de 1986, que fijaba el límite entre las provincias en la cota de 1600 m.s.n.m. Esto último también despertó las alarmas de Ponce Enríquez, porque la gran mayoría del cantón pasaría a la otra provincia. Aun así, este anuncio fue tomado con más calma por la provincia del Azuay, quien dejó su postura de querer desconocer la Ley de

Cantonización de Camilo Ponce Enríquez y pasó a apoyar únicamente una consulta popular o arbitraje. Algo que también rechazó el Guayas al no aceptar ni siquiera la existencia de un conflicto limítrofe pendiente entre ambas provincias.

Los problemas de Ponce Enríquez están lejos de acabar en lo que se refiere a su integridad territorial. Su única parroquia rural: El Carmen del Pijilí, que representa la mitad de su territorio, rechaza la Ley de Cantonización que los anexó a Ponce Enríquez porque ellos tienen un sentimiento de pertenencia al cantón Santa Isabel. Situación por la cual la municipalidad de dicho cantón incluye en sus mapas oficiales al Carmen del Pijilí como una parroquia rural suya.

El 2013 no presentó un descenso en el tono que había alcanzado del problema debido a la posición cerrada de ambas partes. De hecho llegó a un punto álgido cuando el CNE aprobó la instalación de un recinto electoral azuayo –para las elecciones presidenciales de dicho año– en Abdón Calderón. Esto no fue aceptado por la provincia del Guayas, aunque reconoció que el problema se había convertido en un tema muy sensible de abordar.

En este tiempo el Azuay nuevamente propuso a su vecina provincia una consulta popular por Abdón Calderón y otra vez el Guayas rechazó el pedido, debido a que un triunfo a favor del Azuay sería probable, pues el 60 % de la población de Abdón Calderón se identifica como azuaya. Desde ese entonces la única solución que la Prefectura guayasense ha estado dispuesta a reconocer es un arbitraje. Esta salida da ventaja a la posición de dicha provincia por el respaldo legal que le otorga la ya mencionada Ley que cantonizó a Camilo Ponce Enríquez.

Finalmente, desde que entró en vigencia la Ley para la Fijación de Límites Territoriales Internos en 2013, la confrontación ha disminuido. Esto se debe principalmente a que esta establece los pasos que dos entidades en conflicto deben seguir para resolver su problema. También se ha llamado a mantener la «ecuatorianidad» en los problemas para poder

resolverlos y a trabajar en conjunto, teniendo en mente que solo se está perjudicando a los habitantes de estos territorios, que se mantienen en un estado de limbo sin saber a qué provincia o cantón pertenecen. Debido a las posiciones de ambas partes, un arbitraje podría ser la solución para el conflicto, y por el plazo que da la Ley, este debe ser resuelto como máximo hasta el año 2015.

Capítulo VII

Comercio, dinero

y progreso



La minería colonial en la jurisdicción del Corregimiento

Juan Carlos Brito

Los primeros años de la conquista española estuvieron marcados por la fiebre del oro en todos los territorios americanos bajo su dominio. Cuenca y su provincia no fueron la excepción.

Varios autores han descrito la riqueza y abundancia de minerales en tierras del colonial Corregimiento de Cuenca –hoy las provincias de Azuay, Cañar y parte de Chimborazo. Tenemos así que 1544 el célebre cronista Cieza de León daba testimonio de que era tal la cantidad del áureo metal en la provincia de los cañaris: «que muchos sacaban en la batea más oro que tierra, dándose el caso de un minero que sacó, en una batea, más de setecientos pesos de oro». Durante 1736 en términos parecidos, Solórzano también llegó a afirmar que en la región existen minas donde se saca más oro que tierra.

Si bien no podemos tomar estos relatos al pie de la letra –porque de haber más oro que tierra, o de descubrirse la fórmula de la alquimia, el oro perdería todo su valor– lo cierto es que las ricas minas de oro y plata del corregimiento colmaron en buena medida las expectativas de algunos aventureros y colonizadores, al tiempo que ofrecieron un destacado aporte económico al desarrollo de importantes instituciones coloniales. A este respecto, en 1967, Segarra escribió que con oro del río Santa Bárbara se mantuvo la prestigiosa Universidad de San Marcos de Lima, así como diversos hospitales en la misma ciudad virreinal.

Los cantos de sirena de las minas atrajeron a muchos aventureros a la región, incluso antes de la fundación de Cuenca. El trabajo minero no era aporte de los vecinos, ya que como informara el Conde de Nieva al Consejo de Indias en 1583: «las minas no se labran con españoles, porque para esto hay pocos y de muy gran presunción que antes morirían de hambre que ninguno tome una azada en mano». En tal virtud, se llegó

a instaurar la abominable mita minera, un trabajo obligatorio por turnos que recaía inexorablemente sobre las espaldas de los indígenas, bajo condiciones lamentables: el contacto con el mercurio, la humedad de las minas, las enfermedades, las nulas condiciones de seguridad, se encargaron de minar más que lavaderos y socavones, pues minaron también muchas vidas humanas.

Los dos asientos mineros más importantes de la jurisdicción fueron: el del río Santa Bárbara, en Gualaceo, donde se rescataba oro, y las minas de oro y plata de Espíritu Santo, actual parroquia de Baños, a una legua de la ciudad de Cuenca. Hacia 1562, estos dos centros entraron en franca disputa cuando los comisarios de minas entregaron al mercader Manuel de Modaya 200 indios de la jurisdicción de Cuenca para la labor minera en Gualaceo, mano de obra que también codiciaban los vecinos de la ciudad. Las alarmas no tardaron en sonar; el Cabildo del 10 de junio del referido año recoge la protesta de los representantes de Cuenca, pues dicho repartimiento implicaba que Modaya se alzaría con toda la fuerza de trabajo disponible, dejando a la ciudad sin posibilidades de explotar las minas de su vecindad inmediata.

Sobremanera, lo que estaba en peligro era la propia existencia de la ciudad fundada hacía apenas cinco años, puesto que al ver los vecinos menguadas sus modestas economías al no contar con entrega de mitas, es muy posible que hubiesen resuelto abandonar Cuenca para siempre. Frente a este panorama, se inició una campaña de desprestigio de las minas del Santa Bárbara, alegando el Cabildo del 10 de junio que «una legua desta ciudad hay minas de oro y plata donde se podrán aprovechar los vecinos y sin trabajo, por ser en un cerro y donde no andan en el agua, y lo otro, por ser que el dicho Manuel de Modaya no sabe de minas y el río de Santa Bárbara es peligroso para los naturales». Las acciones del Cabildo dieron sus frutos, y pese a que las minas del río Santa Bárbara eran más productivas, quedaron relegadas a un segundo plano, por detrás de las de Espíritu Santo. Con

este episodio; ¿se habrá salvado la Santa Ana de los Cuatro Ríos de desaparecer? A criterio del historiador Juan Chacón es altamente probable que así sea.

El ocaso del ciclo minero

Con el fenecer del siglo XVI también se extinguía el auge minero en la región, permaneciendo su llama tenuemente encendida hasta la segunda mitad del siglo XVII. De ahí en más, la economía del Corregimiento de Cuenca pasó a depender casi enteramente de las labores agropecuarias y las actividades artesanales. Allende el paulatino agotamiento de las minas, varias son las causales que determinaron el fin de este ciclo productivo, no siendo una de las menores la inmensa sombra que sobre las minas cuencanas proyectó el Cerro de Potosí, o para no ir tan lejos, el de Zaruma, opacando así su luz.

Respecto a las minas de Gualaceo, a la acción del Cabildo cuencano se sumaron las invasiones que, desde la «frontera jíbara», constantemente amenazaban las tierras altas orientales. Efectivamente, las incursiones guerreras de los pueblos amazónicos arrasaron varias poblaciones de dicha frontera; a Gualaceo le tocaría el turno en 1579, tras lo cual se produjo la aterrada huida de los mineros.

La escasa cuota de mitas fue otra de sus causales. Chacón refiere que al erigirse la Real Audiencia de Quito en 1563, su primer presidente, Hernando de Santillán, hizo regresar a sus hogares a los indios puruhaes traídos como mitayos para el laboreo de las minas de Espíritu Santo, con lo cual estas decayeron completamente. Empero, dichas minas continuaron productivas hasta el siglo XVII, aun cuando fuese de manera bastante precaria y arrojando apenas cortos beneficios.

Otras minas de importancia

Menos productivas respecto a las anteriores, pero también destacables, fueron las minas de Cañaribamba, Malal y Sayausí. Las minas auríferas de Cañaribamba, localizadas al sur de Cuenca, hoy el cantón Santa Isabel, contaron —a diferencia de otras regiones— con abundante población indígena apta para el trabajo minero, la que también cabía en los repartimientos de mitas que se enviaban a desollar las doradas entrañas del cerro de Zaruma, en el vecino Corregimiento de Loja. En ocasiones, cuando escasearon los enteros de mitas, en Cañaribamba también se acudió a abundante mano de obra esclava, procedente de África.

Las minas argentíferas de Malal, en la región de Gualleturo perteneciente a la actual provincia del Cañar, empezaron a ser explotadas desde 1575, y continuaron productivas, de manera intermitente, hasta la década de 1680. Igual que

en el mítico Cerro de Potosí, el beneficio de la plata se hacía por el método de amalgamación de mercurio, e igual que en Cañaribamba, también se llegó a emplear mano de obra esclava para el trabajo.

En el camino que se dirigía hacia el Puerto de Bola y Naranjal, al occidente de Cuenca y muy cercanas a la ciudad, se encontraban las minas de plata de Sayausí, las que continuaron productivas hasta mediados del siglo XVII. En todo caso, su producción parece haber sido menos importante respecto a las minas de Malal, pues su huella en los documentos es escasa y esporádica. Con todo, su cercanía a la ciudad las hacía apetecibles a ojos de los empresarios mineros.

Auge y crisis del tejido de sombreros de paja toquilla. El cambio en la economía de Azuay y Cañar entre 1930 y 1950

Gabriela Neira Escudero

La producción de sombreros, en la primera mitad del siglo XX, fue uno de los rubros más altos de entrada de divisas al país. A la caída de la exportación se crearon políticas colectivas regionales, el Centro de Reconversión Económica de Azuay, Cañar y Morona Santiago (CREA) es el mejor ejemplo.

El siglo XX trajo consigo tendencias de transformación muy importantes para las ciudades ecuatorianas. La urbanización, el crecimiento poblacional, la dotación de servicios y la integración al mercado mundial por la exportación de sombreros de paja toquilla, generaron particulares y complejas dinámicas en las relaciones sociales, políticas y económicas de Cuenca y la provincia del Azuay, que deben ser estudiadas desde el desarrollo regional de la Sierra-Sur.

Los sombreros de paja toquilla, equivocadamente conocidos como «Panama Hat», son de origen ecuatoriano y constituyen sin duda un ícono cultural, así como un producto mercantil de importancia. La Unesco declaró al tejido del sombrero de paja toquilla como Patrimonio Intangible de la Humanidad, el 5 de diciembre de 2012, hecho que evidencia el arte de su elaboración y la trascendencia de su uso. Dos emprendedores iniciaron el traslado de la materia prima proveniente de la Costa ecuatoriana, Manuel Alfaro, en 1835, y Bartolomé Serrano, de Azogues, en 1845, a Cuenca y Azogues respectivamente. Empero, su comercialización de manera masiva debió esperar la apertura del Canal de Panamá, a inicios del siglo XX.

Para analizar la situación de auge y caída de la producción toquillera en la región de la Sierra-Sur del Ecuador en las primeras décadas del siglo XX, es necesario ubicar esta

producción, que corresponde a muchos espacios de nuestro país, aunque su tejido y comercialización se localizaron en nuestra región.

La materia prima para el sombrero provenía desde la Costa ecuatoriana, principalmente desde Manglaralto según Monsalve Pozo, y de Montecristi. La palma tratada era llevada a Guayaquil para su posterior traslado hacia Cuenca, Azogues y demás cantones y poblaciones aledañas donde se tejían mayormente los sombreros. Monsalve Pozo identifica a Cuenca, Azogues, Biblián, Loyola, Gualaceo, Chordeleg, Sígsig y otros espacios aledaños. Vale la pena hacer una importante distinción, en la provincia del Azuay el tejido es mayoritariamente femenino, mujeres campesinas y de clase baja de las áreas urbanas; mientras en la provincia del Cañar el tejido lo realizan mujeres y varones, particularmente en Azogues, Biblián y Loyola, según menciona Monsalve Pozo. También nos dice que en temporadas muy específicas y por la subida de los precios del sombrero, el número de tejedores crecía incluso entre personas de clases altas que prestaban sus manos para el tejido.

En zonas rurales el tejido es complementario de la actividad agrícola, durante el tiempo libre de las actividades agrícolas, muchas mujeres campesinas actúan como «prestamanos» para el desarrollo del tejido, mientras que en espacios más urbanos muchas mujeres dedican su tiempo de manera exclusiva al tejido de sombreros. Por lo anterior Monsalve Pozo concluye «que la industria del sombrero de paja toquilla es una manufactura casera, que pertenece al tipo de economía familiar abierta para el mercado externo (...)».

Esta actividad constituyó la base fundamental en el desarrollo económico de Cuenca en la primera mitad del siglo XX, junto con otros productos como el alcohol permitió un proceso de embellecimiento, modernización y significativo crecimiento de la ciudad, a la vez que fue, muchas de las veces, un sistema de explotación a gran escala en donde las tejedoras, y los tejedores, percibían cantidades irrisorias por

un trabajo extenuante y obligatorio, frente a las ganancias de intermediarios y casas exportadoras. En las décadas de 1940 y 1950 existieron diez casas de comercialización grandes —cinco de ellas pertenecientes a familias de origen extranjero, principalmente judíos— y ocho casas de exportación, más bien pequeñas.

Durante los primeros años de la década de 1950, la exportación del sombrero de paja toquilla sufrió una repentina caída que marcó un período de crisis importante, los datos de las exportaciones cayeron drásticamente generando una baja significativa en la economía local, pero el tejido no ha terminado, e incluso en la actualidad se sigue tejiendo el sombrero en las zonas rurales y urbanas de las provincias del sur del país. En ese período el desarrollo que había experimentado la región se vio disminuido por esta baja en las exportaciones. La baja en las ventas de sombreros se muestra en el siguiente cuadro:

Número de tejedores de Azuay y Cañar			
Año	Total	Urbanos	Rurales
1950	26 635	5967	20 668
1953	18 000	5500	12 500
1954	14 850	5266	9584

Fuente: Lucas Achig y Leonardo Espinoza (1981), *«Proceso de desarrollo de las provincias de Azuay, Cañar y Morona Santiago»*

En 1952 aparece la primera intención de una intervención en la economía regional con la creación del «Instituto de Reconversión Económico de Azuay y Cañar», que asumía la idea de solventar la inevitable crisis que supuso para la región tan importante baja en las exportaciones de los sombreros de toquilla, a lo que se debía sumar una baja considerable en la producción y distribución del aguardiente.

En 1958 aparece el «Centro de Reversión Económica de Azuay, Cañar y Morona Santiago», (CREA) como continuación de la anterior y con los fines de planificación y desarrollo pensados en la primera versión. Entre sus propuestas estaban el incentivo de las actividades económicas nuevas y tradicionales en las distintas provincias, colonizaciones dirigidas, planes de desarrollo, la generación de granjas para el desarrollo agrario y ganadero, entre otras.

Estas políticas colectivas regionales de planificación y desarrollo económico iniciadas con el Instituto de Recuperación Económica de las provincias Azuayas, IRE (1952-1958) y más adelante el Centro de Reversión Económica del Azuay, Cañar y Morona Santiago, CREA (1958-2009), procuraron mediar en la pérdida significativa del mercado externo, dichos organismos contaron con fondos que provenían de organizaciones no gubernamentales extranjeras.

La crisis de los primeros años de la década de 1950 plasmó la creación de organismos de planificación y desarrollo a nivel regional con el fin de dar impulso a las actividades económicas deprimidas y diversificar otras posibilidades de producción, así como el acompañamiento de otros procesos complementarios en la provincia del Azuay, Cañar y Morona Santiago.



32 | «Venta de sombreros», 1930. Fotógrafo Salvador Sánchez, Fondo Audiovisual, Archivo del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador.

Significado social y cultural, la necesidad de comprender un proceso

Las condiciones económicas y sociales del crecimiento urbano desde 1930 hasta 1950 reconfiguraron las dinámicas de Cuenca, la provincia del Azuay y la Sierra-Sur, generando nuevos elementos identitarios que marcaron diferencias con otras regiones.

El tejido de los sombreros de paja toquilla es una ocupación campesina permanente, en ocasiones fue la única forma de acceder a la moneda en un medio en el cual todavía dominaba el trueque. En la primera mitad del siglo XX, como hoy, esta labor estuvo relacionada con la población campesina, como una actividad complementaria realizada por una población mayormente femenina, siendo también el ingreso exclusivo de muchas familias monoparentales. Como artesanía, debemos recordar su valor agregado, como un saber que ha pasado de padres a hijos a través de generaciones.

En la historia las y los tejedores de sombrero, campesinos y obreros que se encontraban completamente dispersos, eran los menos favorecidos económicamente, en ocasiones se agruparon en organizaciones artesanales para defender sus derechos. ¿Pero qué significaron en el desarrollo de la región durante este período?, ¿qué instituciones gubernamentales se fundaron?, ¿quiénes son los rostros y las manos detrás de este importante producto de exportación?, ¿sabemos el valor simbólico que tiene?, ¿lo usamos con orgullo?

Comerciantes judíos: las casas exportadoras de sombreros de paja toquilla entre 1930 y 1950

Agatha Rodríguez Bustamante

La exportación del sombrero de paja toquilla se convirtió en un negocio altamente rentable desde 1930, lo que atrajo a inversionistas extranjeros. Poco se sabe de ellos, y menos se conoce que la mayoría de estos caballeros eran judíos, que no huían de la guerra sino que llegaban a la ciudad cautivados por el comercio de este producto.

La industria del sombrero de paja toquilla constituyó por varias décadas el principal ingreso económico de las provincias de Azuay y Cañar, desde sus inicios en el siglo XIX hasta cuando alcanzó altas cifras de exportación en la primera mitad del siglo XX llegando a representar el segundo producto de exportación a nivel nacional. A partir de los años cincuenta dicha industria cayó drásticamente y nunca volvió a recuperar su anterior prosperidad.

El negocio de la toquilla se desarrollaba en distintas etapas. En primer lugar al llegar la materia prima desde la provincia de Manabí a manos de las tejedoras de Cuenca, Azogues, Biblián, Gualaceo, Chordeleg y Sígsig, estas procedían a tejer un sombrero cuya elaboración podía llevar más o menos dos semanas. Los sombreros eran comprados por los llamados «revendones» o «perros» quienes trabajaban buscando el producto para entregarlo a los comisionistas, que a su vez eran quienes se entendían directamente con los dueños de las casas exportadoras, todas ubicadas en la ciudad de Cuenca.

Generalmente el negocio de la toquilla no terminaba en las casas de exportación sino en las casas de importación en Nueva York, quienes recibían un producto todavía por terminar, en estos lugares se agregaban detalles como la decoración de acuerdo con el mercado donde se iba a distribuir, proceso que tenía lugar en las «casas de acabado» en Estados Unidos.

Luis Monsalve Pozo en su artículo «El sombrero de paja toquilla» señaló que las casas exportadoras se dividían entre mayoristas y minoristas. A partir de los años cuarenta serían diez las casas mayoristas que controlaban la industria, en sus palabras «de estas diez Casas, las cinco son extranjeras, siendo sus principales de nacionalidad judía (...)». Hemos podido concluir que el autor se refiere a la K. Dorfzaun (1939), la Ernesto J. French (s/f), la Lukaiser Corp. S.A. (1939) y la Brandon Hat Co. (1950) que en distintas fechas y por múltiples circunstancias habían sido fundadas por familias judías o por caballeros judíos en asociación con cuencanos.

Por ejemplo, hay que señalar el caso de la casa exportadora K. Dorfzaun de propiedad del judío-alemán Rodolf Sydow, nombre que adoptó al llegar al país y su sobrino Kurt Dorfzaun quien se haría cargo del negocio. Ambos huyeron de la persecución nazi y encontraron en el negocio de la exportación de sombreros de paja toquilla la forma de insertarse económicamente en el país que les había acogido, de acuerdo con las leyes, las mismas que les pedían dedicarse a una industria que favoreciera al desarrollo nacional. Asimismo en los años que empezaron sus operaciones las exportaciones decayeron debido a la Segunda Guerra Mundial teniendo a partir de 1946 un repunte que garantizó el éxito de quienes se dedicaban a este negocio.

Por otra parte, están las casas exportadoras Lukaiser Corp. S.A. y La Brandon Hat Co., la primera de propiedad de Henry Lukaiser, judío-norteamericano, en sociedad con ecuatorianos y la segunda les pertenecía al señor Stanley Brandon y a su hijo Stanley Brandon Henríquez, probablemente judíos-norteamericanos que mantenían una sociedad con el cuencano Marcelo Jaramillo. En este caso no huían de una guerra, sino que creyeron firmemente en la industria toquillera y en el éxito que podrían conseguir si se dedicaban a este negocio.

Ernest John French M., de nacionalidad inglesa, según consta en una lista de extranjeros que se radicaron en Cuenca

a mediados de 1940, tenía por profesión comerciante y fundó la casa Ernesto J. French, la que llegó a ser parte del grupo de las mayoristas y al igual que la casa Brandon Hat tenía un plazo de funcionamiento de veinte años. La desaparición de casi todas las casas exportadoras, antes mencionada, está relacionada con el paulatino decaimiento de la industria del sombrero de paja toquilla que aunque nunca desapareció del todo sí fue perturbada por los cambios del mercado mundial.

Interesa destacar que la última fase del negocio de los sombreros de paja toquilla tenía lugar fuera del país, como ya se había señalado, las casas importadoras fueron el último sitio al que llegaba el producto y de ahí se distribuía al mercado norteamericano y europeo. Los llamados importadores mayoristas, dice Monsalve Pozo, poseían «unas seis casas de este orden de propiedad judía casi todas (...)». Así las casas exportadoras en Cuenca se convertían en agentes exclusivos de las casas importadoras de Nueva York por los lazos familiares o amistades ya consolidadas, haciendo rentable el negocio y convirtiéndolas en las más exitosas tanto en el país como en el extranjero.

Tal es el caso de la exportadora K. Dorfzaun, fundada en 1939 por un emigrante alemán, sobre la llegada de su familia al Ecuador, Alberto Dorfzaun relató que «por casualidad su tío tenía en un sombrero de paja toquilla, en este se indicaba su procedencia, por esa razón escogieron venir a este país», su tío abuelo fue el que inició el negocio en Cuenca pero en 1945 su padre Kurt Dorfzaun tomó a su cargo la exportadora mientras que su tío se encargaría de la importadora en Nueva York. La K. Dorfzaun es la casa exportadora con más tradición de las fundadas por extranjeros y la única que se mantiene en la actualidad.

El sombrero de paja toquilla y la necesidad de un espacio para que se conozca su historia

El sombrero de paja toquilla fue declarado en el 2012 «Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad», lo que representó un gran logro para el Ecuador y un motivo de orgullo para la región de Azuay y Cañar. Sin embargo, todavía hay mucho por hacer y aunque se ha escrito incontables artículos y libros sobre la industria toquillera aún existen temas que no se han debatido con profundidad como es el caso de la presencia de extranjeros manejando grandes casas exportadoras. Esto implica que en la época y gracias a la presencia de estos personajes el sombrero de paja toquilla se estaba abriendo paso a mercados mucho más amplios.

También es válido decir que aunque el sombrero de paja toquilla es parte de nuestra identidad aún sigue siendo conocido como «Panama Hat» o simplemente como «panama», un error que no se ha corregido totalmente a

pesar de los múltiples esfuerzos por parte del Ecuador, entre los que destacó en los años cincuenta y sesenta la orden de que los sombreros tengan una pegatina obligatoria para la exportación con la frase: «made in Ecuador». Hoy la declaratoria realizada por la Unesco ha contribuido también a aclarar esta confusión. La falta de un espacio donde se dé a conocer la historia y trayectoria de este objeto tan representativo de la región es una deuda pendiente.

Las dificultades de la vialidad azuaya en la primera mitad del siglo XX

Ana Luz Borrero Vega

La vialidad para nuestra región ha sido un tema complicado, por decir lo menos, por lo que se puede concluir que no todos los caminos llevan a la «Atenas del Ecuador».

En los albores de 1900, el gobierno de Eloy Alfaro esbozó programas viales y ferroviarios para conseguir, según el ideario del progreso, la modernización del país, así como para mejorar la integración y las comunicaciones. Se programó continuar con lo que habían iniciado gobiernos anteriores. Entre las propuestas estaba la creación de una línea férrea que uniera la Costa con la Sierra, el puerto de Guayaquil con Quito y con otras ciudades del país; para los azuayos era indispensable unir a Cuenca con el sistema nacional de ferrocarriles. Se contempló propuestas como el ferrocarril Quito-Guayaquil, Huigra-Cuenca, Ambato-Curaray, Quito-Ibarra, Manta-Santa Ana, Bahía-Chone. Algunos proyectos llegaron a desarrollarse y algunos de ellos jamás se realizaron. Si bien la construcción y mantenimiento de vías, caminos, puentes y vías férreas era la meta de las diversas sociedades regionales del país y de los distintos gobiernos, no siempre se pudo atender las necesidades y las propuestas de las provincias australes, particularmente del Cañar y Azuay.

A finales del siglo XIX, el expresidente Luis Cordero escribía sobre la importancia de la vialidad y de la educación, y afirmaba en la pequeña obra *Una Excursión a Gualaquiza, observaciones sobre el camino que conduce a esta colonia* que:

El mejoramiento de las vías de comunicación debe ser, después de la instrucción pública primaria, el objeto preferente de la atención de los gobiernos; más como los recursos con que cuenta el erario no bastan, en la actualidad, para emprender en la construcción de ellas, en todas las secciones de la República, conviene por lo menos, que las autoridades subalternas cuiden de mantener en un estado regular los malos senderos que conducen de parroquia a parroquia, senderos que se ponen intransitables en las épocas de lluvia.

Hacia la primera mitad del siglo XX, el Estado ecuatoriano mostró interés en mantener ciertas vías como las que unían a ciudades de la Sierra y la Costa, así como las vías de penetración para la colonización hacia zonas de la Costa, sobre todo hacia los valles orientales y la Amazonía, con la finalidad de incorporar a la economía nacional vastas zonas de alta producción de cacao, café, tagua, canela, tabaco, resinas, zarzaparrilla, vainilla, caucho, frutos de las zonas cálidas, maderas de toda clase, así como la explotación de minas y de lavaderos de oro en el Oriente.

Vías hacia el norte, sur y a la Costa en la década de los veinte

En 1926 se publicó en Cuenca la *Monografía del Azuay*, por Luis F. Mora y Arquímedes Landázuri, la obra describe tres vías como las más importantes –en realidad eran las únicas– que intentaban comunicar al Azuay con el resto del país, pero no llegaban sino al radio exterior de la ciudad de Cuenca; estas eran las que llevaban hacia el norte, camino a Quito: la Cuenca-Biblián, de una extensión de treinta y ocho kilómetros y siete metros de ancho. Luis F. Mora describe la belleza del recorrido, los paisajes: «Saliendo de El Vecino, comienzo de la carretera, deleita la verdura de las pequeñas pampas que, repletas de arboleda, asoman a derecha e izquierda del viajero. Y se miran casitas blancas enterradas en el follaje de los bosquecillos que les hacen sombra. Lejos aparecen los perfiles azulinos de los cerros de Cañar (...)».

Para la fecha de publicación de la obra, existía también la Carretera del Sur, con veinte kilómetros, que trataba de comunicar Cuenca con Yunguilla y con Machala, y partía desde el puente de El Vado, por la actual Av. Loja y, finalmente, la vía Cuenca-Naranjal, que se convirtió en un cuento sin acabar hasta hace pocos años, y que tenía solamente trece kilómetros. Para finales de la década de los veinte, Azuay tenía tan solo cincuenta y siete km de vías de primera clase.

En 1923, se llevó a cabo la «V Conferencia Internacional» que resolvió crear la Panamericana de Alaska al Cabo de Hornos, pasando por todas las capitales de América. Ecuador participó activamente. Cuando se analizaba la construcción de las vías en el Ecuador se habló sobre las dificultades, insistiendo en los problemas de la estructura geológica y topografía de los territorios. Considerables obstáculos eran la presencia de la cordillera de los Andes, la irregularidad de los valles interandinos, el clima y las lluvias, y, principalmente, los escasos recursos y tecnología. Por la falta de recursos se construyó la vía por tramos; fueron importantes para Cuenca los que se construyeron hacia Quito y luego hacia Loja.

Poco a poco se construirán las obras planificadas para unir al país de norte a sur, y para unir a Cañar y Azuay con la Costa y con Guayaquil, entre ellas, la vía Durán-Tambo, que se inicia en 1947, durante el gobierno de Arosemena Tola, y que permite la comunicación entre Cuenca y Guayaquil. Cabe recordar que las vías fueron fruto del esfuerzo de la gente, de los peones y jornaleros: todo hombre debía, según lo establecido en la Ley de la conscripción vial, servir gratuita y obligatoriamente en la construcción de carreteras. Ley injusta e infamante que fue derogada en 1949 en la presidencia de Galo Plaza, que implicaba trabajo obligatorio y gratuito en la obra pública.

Emiliano J. Crespo también ofreció vialidad

En década de los años veinte, los presupuestos del Estado – que no eran mayores–estuvieron destinados a la apertura de caminos hacia el Oriente: la vía Baños-Pastaza, y hacia el sur, la Cuenca-Paute-Méndez. Uno de los impulsores de este camino será el sacerdote salesiano Albino del Curto. Esta vía fue trazada a inicios de los años veinte, y se convertiría en el eje del sueño de la planificación regional y nacional de finales del siglo XX: la vía transoceánica que empezaría en Puerto Bolívar o Guayaquil-Cuenca-Paute-Méndez-Morona-Puerto Borja-Sarameriza y que llegaría hasta Manaos.

Sobre este nunca terminado eje vial, nos narra hace unos pocos años, en una entrevista a mediados del año 2009, el exalcalde de Cuenca, doctor Ricardo Muñoz Chávez, que el padre Albino del Curto, quién se empeñara mucho en la construcción de esa carretera, decía: «Todo

ecuatoriano que trabaje por la vía Paute-Méndez-Morona, se irá al cielo». Este sacerdote salesiano inició en 1917 un camino de herradura desde El Pan hacia Méndez. El doctor Muñoz Chávez, también recordaba que durante la campaña del candidato a la Diputación del Azuay, el doctor Emiliano J. Crespo Astudillo, importante médico y político cuencano, este había ofrecido la construcción de la anhelada vía, pretensión que tenía desde que fuese nombrado presidente del Consejo Provincial del Azuay.

SEDTA: La aerolínea alemana que volaba a la ciudad entre 1939 y 1941

Agatha Rodríguez Bustamante

Me gusta imaginar lo que sintieron los cuencanos al observar las acrobacias de Elia Liut aquel memorable noviembre de 1920, pero también me gusta pensar en la emoción que sintieron cuando la SEDTA les dio la oportunidad de volar a través de los Andes.

Es un hecho muy bien conocido que el primer avión que aterrizó en Cuenca fue el «Telégrafo I» de la mano del piloto italiano Elia Liut causando gran expectativa, aunque no llegara el día señalado, 3 de noviembre de 1920, sino que aterrizó en el campo Jericó al día siguiente, 4 de noviembre, realizando el primer vuelo trasandino al cruzar la cordillera ecuatoriana, infranqueable hasta entonces. Llegó con el correo para Cuenca y fue uno de los actos centrales de la conmemoración del Primer Centenario de la Independencia, inaugurando así una sucesión de vuelos que a través de los años tendrían como destino la ciudad.

A principios del siglo XX la navegación aérea estaba todavía desarrollándose. En Europa y Estados Unidos había tenido ya grandes avances, los que tendrían su auge durante la Segunda Guerra Mundial. En el Ecuador se seguía muy de cerca el desarrollo de este transporte que disminuía distancias pero aún era muy costoso, por lo tanto las primeras aerolíneas en operar en el país eran extranjeras: PANAGRA y SEDTA.

Algunos años después de la llegada de dichas aerolíneas, había vuelos regulares de pasajeros y cargamento hacia varias ciudades. Desde los años treinta la compañía *Pan American Grace Airways Inc.* conocida como PANAGRA inició sus operaciones con capitales norteamericanos y, en menor medida, peruanos que alcanzaron ciudades tan importantes como Buenos Aires y Santiago de Chile incluyendo en su ruta a Guayaquil desde donde salía el correo a Estados Unidos. Por otra parte, estaba la Sociedad Ecuatoriana Alemana de

Transportes Aéreos conocida como SEDTA que empezó a funcionar en 1939 ofreciendo vuelos entre las ciudades de Guayaquil, Salinas, Manta, Esmeraldas, Quito y Cuenca. La SEDTA fue subsidiaria de la *Deutsche Lufthansa*, aerolínea alemana que desde su fundación en 1926 acaparó el mercado alemán convirtiéndose en un negocio muy rentable.

La compañía SEDTA tenía vuelos regulares a Cuenca, donde anunciaba en 1940: «La ciudad ha empezado a gozar de este gran servicio, y con la cooperación y entusiasmo de sus habitantes anotaremos cifras. Vuele usted por el hermoso cielo ecuatoriano». Tanto el avión *Pichincha* como el *Guayas* aterrizaron en Cuenca guiados solamente como se hacía en la época por la frecuencia de las radios a falta de radares de alta tecnología. También fueron propiedad de esta aerolínea los aviones nombrados *Ecuador* y *Azuay*.

La agencia en Cuenca que funcionaba en la calle Benigno Malo 160-162 era dirigida por el señor Cornelio Vintimilla, quien hacía las reservas, con considerable anticipación, y vendía los boletos, que podían alcanzar el costo de ciento sesenta sucres. El beneficio de este transporte en aquella época era enorme considerando el descuido de las vías terrestres que incomunicaban al Azuay, pero seguramente era un lujo poder abordar uno de estos aviones.

El problema para SEDTA llegó a los dos años de su funcionamiento, teniendo un relativo éxito viajando con regularidad a las ciudades antes citadas, el Estado ecuatoriano decidió retirarle el permiso de funcionamiento y embargar todos los aviones que estaban en posesión de la empresa. Se dice que uno de estos magníficos aviones pasó a ser usado por el presidente José María Velasco Ibarra quien lo nombró *El Poeta*.

Cuando Ecuador entró en la Segunda Guerra Mundial en 1942, como país beligerante les declaró la guerra a los países del Eje, esto significó que todo ciudadano alemán o italiano fuese considerado sospechoso, incluso personas de esas nacionalidades que estaban casados con ciudadanos ecuatorianos fueron enviados a los campos de prisioneros

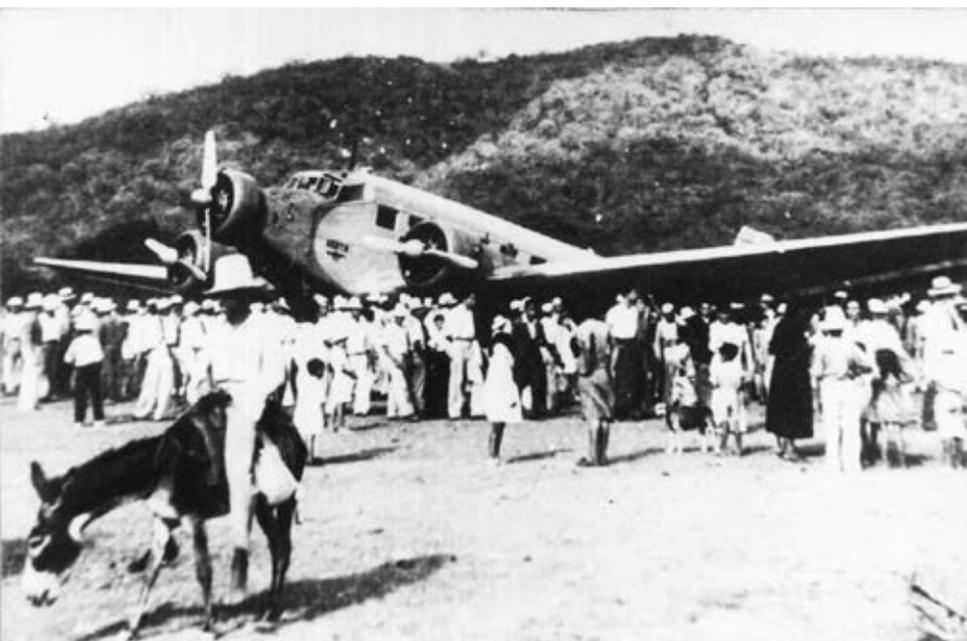
que existían en Estados Unidos. Así como se sospechó de cada ciudadano también se puso en duda las actividades, comercios e industrias que les pertenecían, incluso antes de la declaración oficial de guerra. SEDTA dejó de funcionar en septiembre de 1941 por ser filial de la *Deutsche Lufthansa* a pesar del comunicado que se publicó en *El Comercio* donde su representante aclaraba «que dicha Compañía en ningún momento ha sido subsidiaria de la Lufthansa; además manifiesta que de los 74 empleados que tenía solamente 17 eran de nacionalidad alemana y esto porque han tenido a su cargo los servicios técnicos y en obligación de adiestrar al personal ecuatoriano».

En el mismo diario se aseguraba que el Estado ecuatoriano tenía sus razones para rescindir dicho contrato, pero nunca aclara cuales fueron esas razones. La paranoia que se sentía en esa época por todo lo que venga de Alemania se dejaba sentir también en el país y al ser SEDTA subsidiaria de la fuerza aérea alemana la desconfianza era mayor. No se ha podido probar si ciertamente dicha aerolínea era parte de un plan con intenciones que fuesen más allá de las de abrir nuevos mercados dentro de Sudamérica, pero es claro que intentaban ingresar al continente ya que para los mismos años tenían filias en otros países como Brasil, Colombia y Bolivia.

Las rutas de las que se ocupaba la SEDTA, una vez que el Gobierno ecuatoriano les retiró todos los permisos, fueron curiosamente asignadas inmediatamente a la aerolínea PANAGRA que como ya se dijo contaba con capitales norteamericanos y los aviones y demás equipos fueron comprados por el Ecuador para uso de las Fuerzas Armadas ecuatorianas.

La presencia de partidarios del nazismo en el Ecuador aunque mínima era verdadera. En cierta ocasión encontré en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores a un tal Otto Schwarz, quien estuvo al frente de varios negocios desde 1922, fue gerente general de la «Casa Tagua», a la cual se le acusó de asistir a submarinos alemanes y de emplear

solo a nazis. Schwarz fue descrito como un líder nazi en su distrito y se aseguró que estuvo activo en el desarrollo de un club de deportes que más tarde se convirtió en un centro de propaganda nazi. Se informó que estaba en constante contacto con Panse, Pino y otros nazis. Probada esta situación se le negó la nacionalización.



33 | [Portoviejo. En primer plano un hombre sobre un burro; en segundo plano varias personas delante de un avión de la compañía SEDTA durante la inauguración del aeropuerto], s. f. Fotografía no identificado, Archivo del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador.

¿Existió un plan para crear una «América nazi»?

La bibliografía sobre el tema en verdad es extensa. Muchos son los artículos, narraciones, novelas y libros históricos que tratan sobre el tema ¿en verdad Hitler y todo el aparato nazi tenían un plan para el continente americano una vez terminada, y por supuesto siendo los vencedores de la Segunda Guerra Mundial?, sin duda alguna la presencia del fascismo en América Latina es innegable, pero lo que no podremos saber nunca es cual pudo haber sido su alcance si la historia de la guerra hubiese sido distinta.

Leyendo el fabuloso libro «América Nazi» de Jorge Camarasa y Carlos Basso hay incógnitas que van siendo resueltas. Muchos países sudamericanos contaban con considerables colonias alemanas, hay que aclarar que eso no los volvía partidarios del nazismo pues algunos huían de ese régimen o ya se habían establecido en Sudamérica a principios del siglo XX, pero dichas colonias son

numerosas y Ecuador posee una de ellas, considerable en tamaño, tan solo detrás de Argentina, Chile y Paraguay.

Los autores aseguran que nazis como Walther Rauff y Alfons Sassen se radicaron en Quito después de la guerra, incluso este último entrenaba policías en la capital. No sería raro que, además de ellos, otros partidarios del nazismo encontrarán un lugar dónde empezar de nuevo en Sudamérica. Tenemos el caso de Otto Schwarz que ingresó antes del conflicto y empezó una campaña pro-nazi y tenemos el caso de los nazis que huyeron a nuestro país después de 1945. Es un hecho histórico que nuestro continente se convirtió en un refugio con o sin ayuda de los gobiernos.

El tren llegó tarde, los camiones de carga se le adelantaron

Isabel Matute Crespo y Jessica Redrován

Hubo una concurrencia masiva de personas que llegaron hasta el sector del puente de Ingachaca, hoy conocido como «Gapal», para observar la primera locomotora. Otros, mucho más emocionados, fueron hasta «El Descanso».

En Ecuador, para finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, los proyectos políticos estaban encaminados a la modernización, conexión y unificación del país a través de la construcción de un amplio sistema vial. El expresidente Gabriel García Moreno emprendió la construcción de una carretera que conectaría la Costa con la Sierra ecuatoriana; esta vía partió desde Quito hasta el pueblo de Sibambe, para, posteriormente, extenderla desde ese punto con un sistema ferroviario hasta Durán. En el período presidencial del general Eloy Alfaro se retoma la idea de la construcción de la obra ferroviaria que no había sido fortalecida por gobiernos anteriores, decretando, el 12 de enero de 1907, la destinación de fondos para la construcción del ferrocarril denominado inicialmente Huigra-Cuenca.

Es en 1923, cuando se inició la construcción de un ramal ferroviario para Cuenca, luego de que se hiciera la rectificación del trazado de la línea por el inspector Octavio Cordero Palacios. Se estableció entonces que el punto de partida de este ramal sería en Sibambe y no en Huigra. Desde este lugar la compañía Vela y Villagómez se encargó de la obra, luego de que fracasaran las constructoras Chantry y Orenstein & Koppel. La Junta de Mejoras y Obras Públicas, la institución rectora de la construcción del Ferrocarril del Austro, contrató como director al ingeniero Jaroslav Jizba, quien se encargó junto con el ingeniero Benigno Malo Crespo de que la obra se realice eficazmente.

En 1925 los trabajos habían avanzado hasta Tipococha, en esa época una Junta Provisional gobernaba Ecuador; el ferrocarril «Guayaquil & Quito Railway Company» se nacionalizó y la construcción del ramal austral pasó a manos de la «Inca Company». El ferrocarril llegó hasta el pueblo de El Tambo en 1930 con la ayuda del Batallón «Montúfar» bajo las órdenes del mayor Ricardo Astudillo. Desde esta fecha hasta 1944, continuaron los trabajos hasta el cantón Biblián con la ayuda del Batallón «Vencedores» y la gente del pueblo. El 16 de mayo de 1948 llegó la primera locomotora N^o 3 a la estación de Azogues, construida en las cercanías del río Burgay. El ferrocarril, hasta este punto, requirió de la inversión de fuertes sumas de dinero; pues en el transcurso de la construcción de la línea férrea se presentaron grandes conflictos geográficos que dañaron la enrielladura e hicieron indispensable la construcción de obras de mampostería. El dinero invertido por azuayos y cañarejos provenía principalmente del Banco del Azuay y también de un porcentaje de los excedentes producidos por la venta del sombrero de paja toquilla.

Llegada oficial del ferrocarril

Cuenca, para las décadas del cincuenta y del sesenta, estaba atravesando momentos de transición de lo rural a lo urbano y con ello surgía también la industrialización. En aquel entonces esta ciudad no se extendía más allá del casco urbano, enfrentaba fuertes problemas económicos, sociales y sobre todo la falta de conectividad con el resto del país; todo esto debido a una desatención por parte del Gobierno. Con el ferrocarril se pretendía salir de ese estancamiento, pues se pensaba que ayudaría a que la ciudad se incorpore al mercado nacional. Estos ideales no contaban con que el ferrocarril llegaría tardíamente y que el vehículo de transporte pesado cubriría dichas necesidades.

De la construcción del tramo entre Azogues y la capital azuaya se encargarían el Gobierno Militar al mando

del contralmirante Ramón Castro Jijón y, junto con el Batallón «Cazadores de los Ríos», el Ministerio de Obras Públicas, el Consejo Provincial y Cantonal y la compañía constructora Inka, que finalmente dieron por terminada la obra. Fue el 6 de enero de 1965 cuando llegó por primera vez la máquina locomotora a la estación de Gapal; sin embargo, la inauguración oficial del servicio ferroviario Sibambe-Cuenca se realizó el sábado 6 de marzo del mismo año.

Aquel 6 de marzo, fue un día de fiesta para la ciudad, pues después de casi medio siglo veía cumplida una gran obra; la ceremonia estaba programada para las tres de la tarde, radio *El Mercurio* y *Radio Visión* transmitían los pormenores del arribo a la estación de las locomotoras y del autoferro que traía consigo a la comitiva oficial de la Junta Militar. Gapal se convirtió en el sitio donde miles de azuayos recibirían con gran emoción al ferrocarril, incluso muchos fueron hasta el sector de El Descanso para ver cómo avanzaban las locomotoras a vapor hasta Cuenca. El programa inició a las 6 de la tarde, con la bendición de la estación y las locomotoras por parte del arzobispo, monseñor Serrano Abad; posteriormente se pronunciaron los discursos y el agradecimiento por el alcalde de la ciudad, doctor Severo Espinoza. Para el día siguiente los actos programados continuaron, hubo un agasajo para los ferroviarios, un cóctel y se realizó también un viaje gratuito con la población desde la estación hasta el sector de El Descanso y viceversa.

La tardía llegada del ferrocarril a Cuenca puso a este medio de transporte en desventaja frente a servicios de transporte que ya tenían mayor desarrollo como el automóvil y el avión; convirtiéndolo, por tanto, en una obra simbólica. Los sistemas de carreteras y de transporte tenían ya un notable desarrollo, lo que convirtió al ferrocarril en un medio no indispensable y ya no se lo requería como en décadas anteriores. Fue tanto el esfuerzo que requirió terminar este ramal que con justa razón se lo denominó el «ferrocarril más difícil del Ecuador» y por las grandes cifras que se invirtió en este «debió llegar en rieles de oro» como dijera una vez César Dávila Andrade.



FERROCARRIL SIBAMBE-CUENCA. Puente en Charasol
para el paso del Ferrocarril. Kl. 123 ^{12x9}
2874

34 | «Ferrocarril Sibambe-Cuenca. Puente en Charasol», s.f. Fotógrafo no identificado, Archivo del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador.

Una obra con un retraso de casi medio siglo

El ferrocarril representó para Azuay el sueño del progreso. Los inicios del siglo XX exigían que la comunicación con otros lugares del país fuera una realidad concreta que borre el aislamiento obligado en que vivió toda una población con claros efectos negativos en la economía y todas las áreas vinculadas al desarrollo. Lo cierto es que la historia del ferrocarril en esta región merece ser recordada como una promesa o un sueño, y también como el fracaso de la gestión y la falta de voluntad política. Los recursos que se gastaron desde 1923, los cambios en la planificación, las compañías y las personas a cargo, muestran un mosaico de errores.

El retraso hizo que no tuviera la relevancia inicial con la que fue concebida la obra, así, el urgente proyecto tuvo un retraso de casi medio siglo. A Cuenca había llegado el primer avión en 1920, irónicamente antes que el ferrocarril,

y los automóviles trasladados a «lomo de indígena» ya circulaban desde comienzos del siglo XX. Hoy que el sueño del ferrocarril despierta desde una postal turística para el Ecuador, revivir la historia del abandono del Austro no deja de ser un interesante tema de reflexión que muestra las dinámicas de una estructura social y de un contexto determinado.

El memorable raid Cuenca-Molleturo-Naranjal de 1969

Jacinto Landívar Heredia

El Sindicato de Choferes del Azuay organizó la expedición para llegar a Guayaquil vía El Cajas en un jeep Land Rover. Veinte personas fueron parte de esta empresa. Pocos creían en su realización.

En 1969, la vialidad de la provincia del Azuay, y del sur del país en general, estaba muy retrasada y sin que ningún gobierno tomara en consideración la imperiosa necesidad de mejorarla. Era tal el estado de las vías que la región prácticamente estaba aislada del resto del país, principalmente del litoral. Recordemos que el tren había llegado a El Tambo, Cañar, en 1930, pero recién en 1965 llegaría a Cuenca y tendría una efímera utilidad. Ninguna de las quejas de estamentos como el comercio, la industria, la agricultura, mucho menos de los moradores y de las autoridades seccionales, tuvo eco a nivel del Gobierno central. Recién en la última década del siglo pasado tuvo feliz término la construcción de la carretera Cuenca-Molleturo-Naranjal; mientras, ya se había adelantado el transporte carrozable por la vía Durán-Tambo en 1952, luego de una considerable distancia que debían recorrer los conductores para llegar a Guayaquil.

Ha sido un afán permanente de las civilizaciones andinas, interesadas en el contacto con los territorios costaneros allende la cordillera hacia el oeste, salir a las orillas del mar Pacífico, por dos razones: buscar el preciado alimento marino y ampliar horizontes de conquista. Se conoce que tanto los cañaris como los incas tuvieron contacto con la Costa, lo demuestra el *Qhapaq Ñan*, camino del inca, que unía el valle de Cuenca (Tomebamba) con Molleturo por Paredones hacia la Costa. Los conquistadores españoles se dieron cuenta de que les resultaba más corto, más fácil y menos fatigoso entrar a la Región Andina desde el litoral utilizando los caminos aborígenes.

Cuenca no distaba sino cien kilómetros en línea recta del Litoral. En el Gobierno de García Moreno empezó la

rehabilitación de los caminos coloniales de herradura que unían Cuenca con Guayaquil. En el sur, con el gobernador Carlos Ordóñez Lasso (a fines del siglo XIX) se realizaron numerosas gestiones hasta conseguir un camino de herradura estable para el Azuay, con salida al Pacífico, hacia el Puerto de Bola (Naranjal), conocido luego como Balao. Durante cien años no existió otra iniciativa.

El primer transporte motorizado fue el tren, que se concretó en el gobierno de Eloy Alfaro, concluyéndose la vía ferroviaria Guayaquil-Quito en 1908 y, además, estaba planificado acercarse al sur del país, saliendo de Sibambe. Molleturo un paso obligado entre Cuenca y Naranjal, dependía de la parroquia de Sayausí y a su vez del Cantón Cuenca –un caserío muy antiguo– ubicado al occidente de la provincia del Azuay; a 2500 m s. n. m., con un clima templado, y un área geográfica muy extensa, que avanza hasta la zona costanera en las estribaciones occidentales del macizo de «El Cajas». Este territorio rural posee diferentes pisos climáticos desde el frío páramo hasta el subtropical húmedo. En los años sesenta del siglo pasado, época en que se iniciaba la aventura de llegar en auto, su población era eminentemente rural, dedicada a la agricultura, ganadería, crianza de cuyes y aves de corral, y en la parte caliente a la producción de alcohol, miel y panela de caña de azúcar. Su aislamiento tenía una larga historia. Frente a la indiferencia de las autoridades y para despertar el interés de los gobernantes y de la ciudadanía, varios conductores unidos en el «Club Deportivo Choferes» planificaron una incursión en un vehículo todoterreno, para demostrar la factibilidad de unir Cuenca con Molleturo y Naranjal.

Escogieron para la proeza un *jeep Land Rover*, con el que pretendían atravesar el macizo de El Cajas, es decir, el ramal occidental de la cordillera de los Andes, siguiendo el antiguo camino de herradura denominado «camino de García Moreno». El 19 de octubre de 1969 parten de Cuenca, ante la incredulidad de autoridades y pobladores, con la meta puesta de salir a la carretera Troncal de la Costa. Veinte choferes

dirigidos por Julio Bueno, como presidente del Sindicato, y el padre Roberto Samaniego, párroco de Molleturo, parten desde Sayausí. El primer día llegan al sector de «Aguas Regadas», tramo que no presentó mayores dificultades hasta llegar a «Dos Cuevas», pues existía para entonces una trocha. El segundo día presentó mayores dificultades; se trataba de atravesar el macizo de El Cajas y llegar hasta el caserío de Migüir, sorteando el altísimo paso de «Tres Cruces». Debieron esquivar desfiladeros, roquedales, pantanos y quebradas por lo que hoy es el «Parque Nacional Cajas». A las cuatro de la tarde llegaron a su destino.

Innumerables pobladores de Molleturo se unieron a la dura tarea de abrir la trocha. Hasta las mujeres colaboraban, algunas con mano de obra, otras preparando los alimentos y las agüitas con el aguardiente de Sanagüin para aportar con la *fuercita*. El tercer día, muy de mañana, pues era el más exigente de todos, debían llegar a Molleturo, pasando los ríos Migüir, Chorro, y Siticay. Se necesitó mucho esfuerzo de alrededor de trescientos pobladores, pues debían colocar vigas, rellenar pantanos, poner piedras, hasta llegar a Copte, y como refiere don Luis Macas, habitante del sector: «El carro más iba cargado que nada» y cuando ya se divisaba Molleturo el *jeep* rodó por una pendiente; los ánimos decayeron, entonces afloró la entereza del padre Samaniego y los molleturenses, hasta que a las nueve de la noche ante el asombro del poblado, el *jeep* y sus ocupantes llegaron a la meta.

Niños, jóvenes, ancianos y mujeres de Molleturo concurren masivamente. Se desató una fiesta, ya que era el primer carro que llegaba al olvidado pueblo. Al cuarto día, entrada la mañana, continuó la incursión; ayudado por el buen clima empieza el descenso hacia el litoral por una trocha que desde «Pueblo Nuevo» había sido abierta por la compañía minera Granda Centeno. Se llegó hasta Guarumales. El quinto día llegaron hasta Chacayacu. El sexto con «hacha y machete» de los molleturenses y algunos campesinos del lugar, pudieron acercarse a Naranjal.

El 26 de octubre, al mediodía, el *Land Rover* llegó al cantón Naranjal y como cuenta don Neftalí Peñaloza, nativo de Molleturo, hoy de noventa y cuatro años, y quien participó en todo el trayecto: «Se fue hecho una flecha, echando polvo a Guayaquil (...) duro mismo fue». La prensa cuencana, de la época se hizo eco de la «hazaña» de los choferes, los «raidistas» recibieron un trato digno de héroes, realizando un recorrido por las principales vías de la ciudad. Los diarios ocuparon mucho espacio en narrar el recorrido, recalcando la factibilidad de la vía carrozable por Molleturo, lo que ahorraría tiempo y distancia, entre Cuenca y Guayaquil. Las autoridades de turno se movilizaron a la capital para, de manera oficial, gestionar a nivel estatal la construcción de la vía, que, como sabemos comenzó su realización recién a inicios de los noventa, y así la parroquia Molleturo comenzó a salir de su abandono y su injusta postergación.



35 | [Raid a Gualaceo] c. 1930. Fotógrafo no
identificado, Archivo del Ministerio de Cultura y
Patrimonio del Ecuador.

La necesidad de una carretera para el desarrollo

En el año 1963, el párroco de Molleturo, Adolfo Clavijo, organizó numerosas mingas con los pobladores entre los meses de junio y noviembre de dicho año. Participaron alrededor de trescientos a cuatrocientos molleturenses incluyendo jóvenes, adultos, hombres y mujeres que a «pico y pala» se propusieron sacar adelante el camino Cuenca-Molleturo. La presencia del invierno hizo que se suspendan los trabajos. Hasta que llegó el fatídico día 14 de marzo de 1964, como refiere Ángel Puín en el *Libro de Molleturo*, tomo II:

En un acto desventurado de apresuramiento en defensa de la religión católica y de su religioso, una turba enardecida, ciega de venganza, proceden a quemar viva a Doña Josefa Escandón a quien se le acusa de adulterio y sobre todo por haberse opuesto a la petición del cura, de donar un terreno para la casa parroquial. Desde entonces el pueblo perdió luces, sus moradores se

dispersaron, apresados unos, sentenciados a cumplir grandes penas, y los más, prófugos huidos por los alrededores del lugar. El sacerdote fue retirado del lugar; el pueblo quedó completamente abandonado a su suerte, sin dios ni ley desde 1964 hasta 1967.

Este repudiable hecho hizo que Molleturo fuera olvidado y menospreciado por las autoridades civiles, e incluso las religiosas y que los molleturenses fueran estigmatizados, años buscaron su reivindicación frente a este desmedido acto de violencia.

La disyuntiva entre encierro e influencia externa a inicios del siglo XX

Gabriela Neira Escudero

El siglo XX representó para Cuenca y su región un momento crucial, ya que en las primeras décadas los cambios fueron vertiginosos, la contribución de sus gentes y varios factores culturales, sociales, políticos y económicos fueron claves en este proceso.

La primera mitad del siglo XX estuvo marcada por la presencia de nuevos procesos históricos asentados sobre viejas estructuras del siglo XIX que todavía estaban presentes en muchos procesos y relaciones de inicios del siglo. Es innegable que el contexto mundial y nacional tuvo gran influencia en las dinámicas económicas, políticas, sociales y culturales que se desarrollaron en este período. Sin embargo, la situación que inquietaba a los cuencanos, y de la cual manifestaban constantes quejas, se refería a una suerte de encierro que dificultaba su relación con espacios externos.

El Ecuador, bajo el gobierno de Carlos Arroyo del Río, vivía importantes procesos de institucionalización económica y social: la formación de la clase obrera, un marco de expresión cultural, artístico y literario de innegable trascendencia, la creación del Banco Central que inició en 1927 y cuyas reformas alcanzaron hasta la mitad de la década de 1940. Por otra parte, el Ecuador también estaba afectado fuertemente por la importante pérdida de territorio a consecuencia de la guerra con el Perú, hecho que tuvo gran impacto en la sociedad de la época, más aún, con el Tratado de Río de Janeiro de 1942. Este conflicto afectó a la construcción de la identidad del Estado nacional y generó grandes cuestionamientos por las decisiones políticas.

En la década de 1930, muchos espacios a nivel mundial vivieron las consecuencias de la fuerte crisis producida por la caída de los mercados en 1929; sin embargo, Cuenca y su región se encontraban, en cierta medida, a salvo de esas condiciones

por los importantes movimientos comerciales a través de las exportaciones de sombreros de paja toquilla, especialmente durante los primeros años de la década de 1940.

La Región Centro-Sur vivió un lento proceso de urbanización, pasó de ser una sociedad sumamente rural a tener un desarrollo semiindustrial, iniciando un proceso de crecimiento medido. Mantenía una visión muy religiosa de la vida en muchos aspectos, la falta del ferrocarril y de una red de comunicaciones efectiva, hizo que se encontrara aislada en muchos sentidos, el ferrocarril se había constituido en un importante medio de comunicación, tanto en la Sierra Norte como en la Costa pero no había llegado a Cuenca, y esa falta en la región, perturbó a los cuencanos, quienes permanentemente manifestaron su molestia por la situación de encierro en que vivía la zona. Además de esa queja, la prensa de la época recogía otros reclamos a propósito de la desatención y constante despreocupación hacia Cuenca y su región por parte de las autoridades, haciendo de este tema una afirmación que se convirtió en una constante en la historia de Cuenca durante ese período.

La sociedad de 1940 se desenvolvía entre la tradición y la modernidad, una sociedad que enfrentaba la contradicción de verse hacia adentro y, también, con una mirada puesta hacia el exterior, especialmente los miembros de la clase exportadora de sombreros de paja toquilla que recibían una considerable influencia de las modas externas, cuya materialización es visible en la arquitectura del centro de la ciudad, muchas de las viviendas en el casco urbano fueron parcialmente destruidas, manteniendo su estructura y reconstruidas con nuevas fachadas a la usanza francesa. Esta bonanza económica también se vio revertida en la instalación de un sinnúmero de servicios que beneficiaron notablemente a la sociedad cuencana; en principio los proyectos de implementación de los mencionados servicios respondieron a esfuerzos e iniciativas privadas de los grupos que habían acumulado capital por los recursos de la exportación toquillera. Desde los primeros años de la década de 1940, Cuenca comenzó a superar el enclaustramiento territorial

y económico, se inició lentamente la construcción de ciertas carreteras y se concretó la incorporación de la producción local al comercio internacional, a través de la producción de sombreros de paja toquilla y su venta en mercados internacionales. En ese contexto, citaré un interesante recuento que realizó Leonardo Espinoza sobre algunos de los cambios significativos y novedades que aparecen en Cuenca en esta década, los que fueron conformando la ciudad y sus manifestaciones, de cierta manera se puede reconocer en este período el inicio de una modernidad que hoy conocemos.

Los aspectos económicos, como la creación del Banco del Azuay, responden a la necesidades financieras propias de un economía dinámica generada por la exportación del sombrero de paja toquilla; en ese sentido, esa misma bonanza permitió que la ciudad viera el crecimiento e implementación de muchos servicios en gran parte de Cuenca: los sistemas de agua potable y alumbrado eléctrico; la llegada con cada vez más frecuencia de vehículos motorizados a las calles de la ciudad; la proliferación de medios de comunicación como periódicos, diario *El Mercurio*, y radios locales, la primera emisora local, *La Voz del Tomebamba* ,y la señal de otros de fuera que retransmitían noticias y música.

En lo cultural habían teatros y salas de cine que proyectaban películas dando un giro a las actividades tradicionales en la ciudad. La literatura y otras manifestaciones se encontraban muy difundidas, más todavía por la riquísima producción que se había dado en el país y en la ciudad en la década anterior y en esta misma con exponentes nacionales y locales como Arturo Montesinos Malo, Arturo Cuesta Heredia, Carlos Aguilar Vázquez, César Dávila Andrade, entre otros; y aunque sus obras tuvieron apogeo en la década de 1930, la influencia que estas tuvieron continuó vigente durante la década de 1940 y aún después. No menos importante será la incorporación del transporte aéreo que generó una nueva forma de comunicación, cambiando radicalmente las relaciones para nuestra ciudad y la región.

La ausencia de transporte, la gran deuda con el Austro

Cuenca y su región evidenció un crecimiento importante en las primeras décadas del siglo XX, el mismo que se inició a partir de un complejo de dinámicas de transformación y continuidades de importante recordación. La región, todavía muy ligada a la ruralidad, se debatía entre el compromiso de mirar hacia afuera con una fuerte crítica de lo establecido y una constante búsqueda por cambios urgentes

y, la permanente situación de encierro y relego que sienten los cuencanos por la falta de servicios y conexión con el exterior de la región, en especial por la ausencia de medios de comunicación como el ferrocarril, deuda que nunca fue pagada a los cuencanos, al menos no a tiempo pues a su llegada en los años sesenta, este empezaba a ser sustituido por otros medios de transporte.

Conclusión

Agatha Rodríguez Bustamante

Conocer nuestra historia es conocernos a nosotros mismos. Saber de dónde venimos para avanzar hacia dónde anhelamos, son mucho más que palabras para nuestra ciudad, ya que el progreso ha sido uno de los deseos más fuertes de los cuencanos, lo que se verá en estas páginas, pero siempre pensado en quienes fueron y con la convicción de conseguirlo sin perder su esencia. La historia de Cuenca es la historia de una gran región, no solo de lo que hoy es la ciudad sino de un gran territorio que desde hace 12 000 años ha venido construyéndose y que tiene su propia identidad, también construida. En esta ocasión un grupo de historiadores, investigadores y estudiantes han concentrado sus esfuerzos en escribir sobre esa Cuenca que tanto valoramos. Este libro es una pequeña muestra de nuestra historia, memoria y tradición pero al mismo tiempo nos recuerda que aún queda mucho por investigar.

Dividido en siete secciones, el presente libro cuenta con investigaciones que van desde la época de los cañaris, considerados nuestros antepasados, seguida de la ocupación inca, la conquista española y el proceso independentista, por una parte y por otra, la época denominada republicana hasta nuestros días. Se debe resaltar que los textos aquí recopilados han sido elaborados basándose en fuentes primarias, pero también se han apoyado en valiosas fuentes secundarias. La utilización de fuentes primarias de distintos archivos de la ciudad y del país es una muestra de la calidad de la investigación y el sentido crítico de sus autores.

La cronología ha sido construida en función de cómo se enseña la historia en nuestro país, sin embargo, este libro ha decidido optar por una forma distinta de organizarse. Dentro de cada sección la organización es cronológica, pero al mismo

tiempo muestra una arista distinta de nuestra historia que a su vez está conectada con las demás.

No podemos entender a esta ciudad sin aquella región que ha estado bajo su influencia por siglos así como no podemos comprender su presente sin mirar los múltiples esfuerzos de «cuencanos y visitantes» y la constante lucha por un progreso que se veía cristalizado primero con la minería, espejismo que pronto se esfumó, luego con la cascarilla y el sombrero de paja toquilla, que representaron un crecimiento económico fugaz, y que son parte de su identidad. Los movimientos sociales y las distintas crisis nos han moldeado como cuencanos, sucesos que han marcado nuestro camino y que se mantienen en nuestra memoria, la misma que debe ser recuperada y conservada, a este objetivo pretende contribuir la presenta obra.

Este libro es el resultado de un esfuerzo colectivo de un grupo diverso de profesionales y estudiantes que han construido conocimiento desde distintos campos, que ha sido escrito en un lenguaje sencillo que permitirá la divulgación de este material a un gran público. Esta historia de Cuenca no pretende ser compleja, totalizadora y acabada, sino todo lo contrario, en estas páginas entregamos una historia con rigor académico, imprescindible en nuestro campo, pero accesible y crítica, que nos acerca al pasado invitándonos a plantearnos nuevas preguntas.

Para saber más

- Aguilar Orejuela, Rodrigo, (ed.) (1998). *Cuenca de los Andes*. Cuenca: Municipalidad de Cuenca - Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Albornoz, Víctor Manuel, (1935). *Cuenca a través de Cuatro siglos*. Cuenca: Dirección de Publicaciones Municipales.
- (1946). *La antigua Tomebamba y Cuenca que nace*. Cuenca: Talleres tipográficos del Concejo Cantonal de Cuenca.
- (1948). *Monografía histórica de Cuenca*. Cuenca: Editorial Austral.
- Borrero, Alfonso María, (1967) [1894]. *Décadas de Cuenca*. Cuenca: Municipalidad de Cuenca.
- (1922). *Cuenca en Pichincha, obra escrita con motivo del centenario de aquella batalla*. Cuenca: Tip. «Municipal».
- Borrero Vega, Ana Luz, (1989). *El paisaje rural en el Azuay*. Cuenca: Banco Central del Ecuador - Centro de Investigación y Cultura.
- (1993). *Cambio demográfico e impacto de la migración en la distribución espacial de la población en Azuay-Ecuador*. Santiago de Chile: Centro Latinoamericano de Demografía.
- Candau de Cevallos, María del Carmen, (1986). *La señorita Jacinta*. Mayagüez: Edición de la autora.
- Cárdenas, Cristina, (2005). *Región y Estado nacional en el Ecuador, el progresismo azuayo del siglo XIX (1840-1895)*. Quito: Academia Nacional de Historia — Universidad Pablo de Olavide.
- Carpio Vintimilla, Julio, (1983). *La evolución urbana de Cuenca en el siglo XIX*. Cuenca: Ediciones del IDIS — Universidad de Cuenca.
- Carrasco Vintimilla, Manuel, (2015). *A la sombra de Clío. Escritos de historia de toda una vida*. Cuenca: Universidad de Cuenca — Cátedra Abierta Editores.
- Chacón, Juan, (1986). *Historia de la minería en Cuenca*. Cuenca: Universidad de Cuenca.
- (1990). *Historia del Corregimiento de Cuenca*. Cuenca: Banco Central del Ecuador.
- Chacón, Juan, Diego Mora y Pedro Soto, (1993). *Historia de la Gobernación de Cuenca 1777-1820, Estudio Económico – Social*. Cuenca: CONUEP – Universidad de Cuenca – Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay – Gobernación del Azuay.

- Cordero Íñiguez, Juan, (2007). *Tiempos indígenas o los sigsales: culturas aborígenes del sur ecuatoriano*. Cuenca: Municipalidad de Cuenca.
- (2007). *Historia de Cuenca y su región: siglo XVI; choques y reajustes culturales*. Cuenca: Municipalidad de Cuenca.
- Córdova, Carlos J., (1975). *El canto cuencano: reseña comparativa del habla de Cuenca del Ecuador*. Cuenca: Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay.
- Crespo, Emiliano J., (1963). *Memorias de un Cirujano*. Quito: Ediciones Quitumbre.
- Crespo, María Rosa, (comp.) (1996). *Estudios, Crónicas y Relatos de nuestra tierra* (Tomo I). Cuenca: Universidad de Cuenca — Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, Núcleo del Azuay.
- (1999). *Estudios, Crónicas y Relatos de nuestra tierra*. (Tomo II). Cuenca: Universidad de Cuenca — Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, Núcleo del Azuay.
- Cuenca (Ecuador), (1957). *El libro de oro: edición conmemorativa del IV centenario de la fundación española de Cuenca del Ecuador*. Cuenca: El Tiempo.
- Cuesta Heredia, Alfonso, (1983). *Los hijos: novela*. Cuenca: Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, Núcleo del Azuay.
- Einzmann, Harald y Martínez Borrero, Juan, (1993). *La cultura popular en el Ecuador: Azuay*. Cuenca: Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares.
- Espinosa, Leonardo y Achig Subía, Lucas, (1981). *Proceso de desarrollo de las provincias de Azuay, Cañar y Morona Santiago: breve historia económica y social de la región cañari*. Cuenca: Centro de Reconversión Económica del Azuay.
- González Suárez, Federico, (1922). *Estudio Histórico sobre los Cañaris, pobladores de la antigua provincia del Azuay*. Cuenca: Universidad del Azuay.
- Ilustre Municipalidad de Cuenca, (2007). *El libro de oro: Cuenca 450 años*. Cuenca: Libri Mundi Enrique Grosse-Luemern.
- Jaramillo, Diego; Martínez, Juan; Salazar, Ernesto y otros, (2004). *Cuenca: Santa Ana de las Aguas*. Quito: Libri Mundi.
- León, Luis A., (1983). *Compilación de crónicas, relatos y descripciones de Cuenca y su Provincia*. (Primera parte). Cuenca: Banco Central del Ecuador – Centro de Investigación y Cultura.
- (1983). *Compilación de crónicas, relatos y descripciones de Cuenca y su Provincia*. (Tercera parte). Cuenca: Banco Central del Ecuador – Centro de Investigación y Cultura.
- Lloret Bastidas, Antonio, (1990). *Cuencanerías*. (Tomo I). Cuenca: Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, Núcleo del Azuay.
- (1993). *Cuencanerías*. (Tomo II). Cuenca: Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, Núcleo del Azuay.

- (2000). *Crónicas de Cuenca*. (Tomo I – La poesía). Cuenca: Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, Núcleo del Azuay.
- (2006). *Crónicas de Cuenca*. (Tomo V – La Cultura). Cuenca: Universidad de Cuenca.
- (2015). *Biografía de Cuenca*. (Tomo 1). Cuenca: GAD Municipal del cantón Cuenca.
- (2015). *Biografía de Cuenca*. (Tomo 2). Cuenca: GAD Municipal del cantón Cuenca.
- Malo, Benigno, (1940). *Escritos y Discursos*. (Tomo I). Quito: Editorial ecuatoriana.
- Malo, Claudio, (1980). *Antología de La Escoba*. Cuenca: Editorial Don Bosco.
- (1991). *Cuenca, Ecuador*. Bogotá: Mayr & Cabal.
- (1999). *Expresión estética popular de Cuenca*. Cuenca: Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares.
- Márquez Tapia, Ricardo, (1994). *Cuenca colonial*, Quito: Corporación Editora Nacional.
- Martínez, Gerardo, (2009). *Historias de Cuenca*. Cuenca: Grupo Editorial Pajarera.
- (2011). *Pasaporte a la vida. La callada historia de un cuencano, Héroe de Israel*. Cuenca: Pajarera ediciones.
- Mora, Luis F., y Landázuri, Arquímedes, (1926). *Monografía del Azuay*. Cuenca: Tipografía Burbano Hnos.
- Muñoz Cueva, Manuel María, (1977). *Cuentos morlacos*, Cuenca: Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay.
- Palomeque, Silvia, (1990). *Cuenca en el siglo XIX. La articulación de una Región*. Quito: FLACSO – ABYA-YALA.
- Sarmiento Abad, Octavio, (1981). *Cuenca y yo. Reminiscencias*. (Tomo I). Cuenca: Editorial Amazonas.
- (1984). *Cuenca y yo. Reminiscencias*. (Tomo II). Cuenca: Editorial Amazonas.
- (2001). *Cuenca y yo. Reminiscencias*. (Tomo III). Cuenca: Editorial Amazonas.
- (s.f.). *Cuenca y yo. Reminiscencias*. (Tomo IV). Cuenca: Editorial Amazonas.
- Vázquez de Fernández de Córdova, Nydia, (2004). *Homenaje al paladar comidas y mistelas tradicionales del Azuay*. Cuenca: Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares.

Autores

•Ana Luz Borrero Vega

Cuenca, 1958. Profesora-investigadora titular principal de la Universidad de Cuenca, miembro del Programa Académico Cátedra Abierta de Historia de Cuenca y su Región. Sus estudios de pregrado los realizó en la Universidad de Cuenca, en Historia y Geografía, luego ha cursado los siguientes posgrados: Master of Arts, Ohio University, Estados Unidos (1983). Doctor en Ciencias de la Educación, en Historia y Geografía, Universidad de Cuenca (1986). Doctora en Historia, Ph.D., Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador (2016) Miembro de Número de la Academia Nacional de Historia (2013). Miembro de la Asociación de Historiadores del Ecuador ADHIEC-Ecuador. Ha publicado libros y artículos dedicados a estudios regionales, paisajes, población y migraciones. Sus más recientes publicaciones tratan sobre historia de las independencias y cultura política en el siglo XIX, así como historia urbana en el siglo XIX e inicios del XX.

ana.borrero@ucuenca.edu.ec

•Juan Carlos Brito

Cuenca, 1978. Antropólogo que ha dedicado una parte de sus estudios a los procesos sociales y etnohistóricos de la Región Austral. En coautoría con Yadira Cuesta Rodríguez, en 2011, ganó el Primer Concurso de Historia de los Cantones de la Provincia del Azuay, organizado por Cátedra Abierta de Historia de Cuenca y su Región de la Universidad de Cuenca. En 2016 publicó el libro *El pueblo palta en la historia: continuidades, transformaciones y rupturas*. Se encuentra escribiendo su tesis doctoral en Educación, estudios doctorales que cursó en la Universidad de Santiago de Compostela. Actualmente es docente de la Universidad Nacional de Educación (UNAE).

juan.brito@unae.edu.ec

•Catalina Carrasco Aguilar

Cuenca, 1968. Miembro del Programa Académico Cátedra Abierta de Historia de Cuenca y su Región. Licenciada en Ciencias de la educación especialidad Historia y Geografía. Máster en Estudios Latinoamericanos mención en Historia. Doctoranda en Educación, Universidad de La Plata, Argentina. Profesora de la Universidad de Cuenca: Didáctica de las Ciencias Sociales y Educación como Hecho histórico. Se dedica a la investigación de la Historia de la Educación en Cuenca.

catalina.carrascoa@ucuenca.edu.ec

•Manuel Carrasco Vintimilla

Cuenca, 1939. Miembro del Programa Académico Cátedra Abierta de Historia de Cuenca y su Región, Profesor de Segunda Enseñanza, Especialidad Historia y Geografía, Licenciado en Humanidades, Master en Docencia Universitaria e Investigación Educativa, títulos concedidos por la Universidad de Cuenca; ejerció la docencia en colegios de la ciudad y en la Carrera de Historia y Geografía de la Universidad de Cuenca. Fue becario de la Organización de Estados Americanos (OEA) para realizar investigaciones documentales en el Archivo de Indias en Sevilla, España (1978-79). Es miembro de la Sección de Historia de la Casa de la Cultura, Núcleo del Azuay. Entre varios escritos destaca su coautoría de *Docencia e Investigación*, estudio realizado en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Cuenca, 1995 y de *Historia de la Universidad de Cuenca*, 2000. Su última publicación recopila varios artículos escritos a lo largo de su fructífera carrera, titulado *A la Sombra de Clío. Escritos de Historia de toda una vida*, 2015.

manuel.carrasco@ucuenca.edu.ec

•Tamar Durán

Cuenca, 1991. Miembro del Programa Académico Cátedra Abierta de Historia de Cuenca y su Región. Licenciada en Ciencias de la Educación en Historia y Geografía y en Lengua y Literatura Inglesa por la Universidad de Cuenca. Actualmente es ayudante de investigación en la Universidad de Cuenca.

ktamyd91@gmail.com

•Ana Paula Jerves

Cuenca, 1991. Licenciada en Ciencias de la Educación en Historia y Geografía por la Universidad de Cuenca. Colabora con Cátedra Abierta de Historia de Cuenca y su Región desde 2016. Actualmente es profesora en la Unidad Educativa Particular «Asunción».

anajerves@gmail.com

•Jacinto Landívar Heredia

Cuenca, 1950. Miembro del Programa Académico Cátedra Abierta de Historia de Cuenca y su Región. Médico patólogo. Exprofesor de la cátedra de Anatomía Patológica e Historia de la Medicina en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Cuenca. Realizó una especialización superior en Historia en la Universidad Andina Simón Bolívar – Universidad de Cuenca y en Antropología Cultural en la Universidad Politécnica Salesiana.

jacintolandivar@yahoo.com

•Juan Martínez Borrero

Cuenca, 1955. Miembro del Programa Académico Cátedra Abierta de Cuenca y su Región y profesor principal de la Universidad de Cuenca y antes de la Universidad del Azuay. Posee estudios en la Universidad de Cuenca y la Universidad Pablo de Olavide, Sevilla. Ha publicado libros sobre pintura mural, ritualidad, artesanías y cultura popular. Sus intereses académicos son la historia de la cultura, mito y ritual, historia de la alimentación, vida cotidiana, culturas populares, enseñanza de la historia.

juan.martinezb@ucuenca.edu.ec

•María de los Ángeles Martínez

Cuenca, 1980. Miembro del Programa Académico Cátedra Abierta de Historia de Cuenca y su Región. Graduada en la Universidad de Cuenca, Ecuador. Ha publicado varios libros de poesía y su obra aparece en diversas antologías de poetas contemporáneos. Realizó una investigación pionera sobre *Bohemia y Vanguardia en Cuenca en el primer cuarto del siglo XX* a más de otros trabajos. Editora de revistas y libros. Sus intereses académicos son la historia de la mujer, transgresiones sociales, historia cultural y de la literatura, modernismo, entre otros.

•Gerardo Martínez Espinosa

Cañar, 1924. Político y empresario de larga trayectoria. Representó al Azuay en el Congreso Nacional y desempeñó diversas funciones públicas locales, nacionales e internacionales. Ha publicado libros sobre historia de América, historia de Cuenca y memorias de viaje. Sus intereses académicos son la historia local y americana, el uso del lenguaje, los territorios culturales.

•Isabel Matute Crespo

Azogues, 1992. Licenciada en Ciencias de la Educación en Historia y Geografía, sus intereses académicos son los estudios etnográficos y los proyectos que se vinculen directamente con la comunidad. Actualmente trabaja en la Unidad Educativa Fisco misional La Salle en Azogues.

matuteisabel@gmail.com

•Gabriela Neira Escudero

Cuenca, 1977. Miembro del Programa Académico Cátedra Abierta de Historia de Cuenca y su Región. Licenciada en Ciencias de la Educación con especialidad en Historia y Geografía, por la Universidad de Cuenca, Especialista Superior en Historia por la Universidad Andina Simón Bolívar y la Universidad de Cuenca y Magíster en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Cuenca.

gabineirae@hotmail.com

•Ismael Ochoa Cobos

Cuenca, 1989. Ismael Alejandro Ochoa Cobos tiene dos licenciaturas, en Ciencias de la Educación en las especializaciones de Historia y Geografía y Lengua y Literatura Inglesa. Ambas fueron conseguidas en la Universidad de Cuenca. Obtuvo el Botón de Oro a mejor bachiller en el colegio Fray Vicente Solano y fue el mejor egresado de su promoción de la carrera de Historia y Geografía.

lehamsy@gmail.com

•Estefanía Palacios Tamayo

Cuenca, 1988. Licenciada en Ciencias de la Educación en Historia y Geografía por la Universidad de Cuenca, la misma casa de estudios

que le otorgó el premio Accésit al Benigno Malo. Licenciada en Gestión para el Desarrollo Local y Sostenible por la Universidad Politécnica Salesiana. Egresada de la Maestría en Ordenamiento Territorial por la Universidad de Cuenca. Egresada de la Maestría en Sistemas de Información Geográfica por la Universidad San Francisco de Quito y por la Universidad de Salzburg en Austria.

palaciostamayoestefana@gmail.com

•Fabricio Quichimbo

Cuenca, 1992. Licenciado en Ciencias de la Educación en Historia y Geografía por la Universidad de Cuenca. Se ha dedicado a la investigación en los campos de la geografía, la antropología, la etnohistoria, la historia y otros. Siendo participe en los proyectos *Estudio histórico y antropológico de la parroquia El Valle* y *Reconstrucción Histórica del Origen de Tarqui*. Prestó sus servicios profesionales en el Departamento de Interculturalidad de la Universidad de Cuenca.

fausto_quichi@hotmail.com

•Jessica Redrován

Cuenca, 1992. Licenciada en Ciencias de la Educación en Historia y Geografía por la Universidad de Cuenca. Colabora con Cátedra Abierta de Historia de Cuenca y su Región desde 2016. Actualmente labora en la Unidad Educativa Particular «Camino de Vida». Sus temas afines son la fotografía histórica, la historia de Cuenca y la cultura e interculturalidad de los pueblos ecuatorianos.

redrovanjessica@gmail.com

•Agatha Rodríguez Bustamante

Cañar, 1989. Miembro del Programa Académico Cátedra Abierta de Historia de Cuenca y su Región. Licenciada en Ciencias de la Educación en Historia y Geografía por la Universidad de Cuenca, la misma casa de estudios que le otorgó el premio Benigno Malo como mejor estudiante de su promoción. Cursó la maestría de investigación en Historia en la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador. (2015-2017). Se ha especializado en los siglos XIX y XX.

agatharodriguezbustamante@gmail.com

•Gabriela Tapia

Sevilla de Oro, 1993. Licenciada en Ciencias de la Educación en Historia y Geografía. Ha participado en el proyecto *Estudio histórico y antropológico de la parroquia El Valle*. Sus áreas de interés son la docencia y la antropología.

g.t_322@hotmail.com

•Juan Pablo Vargas Díaz

Cuenca, 1978. Magíster en Arqueología por El Colegio de Michoacán (COLMICH), La Piedad – México. Egresado de la Maestría en Arqueología del Neo trópico, Escuela Superior Politécnica del Litoral-ESPOL, Especialista Superior en Historia por la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador y la Universidad de Cuenca. Actualmente es estudiante del programa de doctorado en Arqueología en la Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Olavarría-Argentina. Actualmente, es arqueólogo de la Dirección de Áreas Históricas y Patrimoniales del municipio de Cuenca.

juanvargas_27@hotmail.com



Esta edición de *Claves de la historia de Cuenca*
se imprimió en Cuenca del Ecuador,
en diciembre de 2017, con un tiraje
de 500 ejemplares.

El libro *Claves de la historia de Cuenca* es un aporte del Programa Académico de la Universidad de Cuenca: Cátedra Abierta de Historia de Cuenca y su Región y de la Municipalidad de Cuenca (Dirección de Cultura, Educación y Deportes) a la historia y a la memoria de la ciudad.

Esta obra ofrece un abanico de miradas sobre la historia de nuestra ciudad, algunas claves de su pasado y su presente. A través de cortos artículos, una veintena de autores nos impulsa a conocer las penas y alegrías, las vicisitudes y los conflictos, la sencillez de la vida, los oropeles, los odios y los amores, los visitantes ilustres, las catástrofes naturales, las enfermedades y su tratamiento, la exploración de lo desconocido, desde el momento en que los cañaris sufrieron el casi mortal diluvio.

En sus diversas y ágiles secciones, el lector encontrará referencias a la Cuenca andina, a los cuencanos y sus visitantes, a las identidades mestizas, a la vida y la muerte, a los movimientos sociales e incluso al comercio, al dinero y al progreso.

Claves de la historia de Cuenca es un tapiz en el que se entretajan las vidas de hombres y mujeres anónimos y conocidos que hilaron la historia de Cuenca durante siglos, y se convertirá en referencia imprescindible para la definición de lo cuencano.



DIRECCIÓN MUNICIPAL
DE CULTURA, EDUCACIÓN
Y DEPORTES



Cátedra  Abierta
Historia de Cuenca
y su Región

10
AÑOS

